

Samuel Beckett

Molloy

Lectulandia

Primera de las novelas de la gran trilogía que completan «Malone muere» y «El innombrable», «Molloy» constituye el punto de arranque de la etapa iniciada por Samuel Beckett (1906-1989) tras la Segunda Guerra Mundial, caracterizada por el abandono del inglés en favor del francés como lengua literaria y el ahondamiento de la visión trágica del mundo contemporáneo a través de imágenes en las que lo grotesco sirve para potenciar al máximo el patetismo y desolación de la vida humana. La enajenación, la soledad, la falta de identidad y el anonimato condenan a los personajes del novelista irlandés a una lucha sin sentido con su propia existencia, para la que ni siquiera la aniquilación final de la muerte constituye ya una esperanza.

Lectulandia

Samuel Beckett

Molloy

ePub r1.3

Trips 23.07.14

Título original: *Molloy*
Samuel Beckett, 1951
Traducción: Pedro Gimferrer

Editor digital: Trips
Corrección de erratas: bestofus, Trips
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

I

Estoy en el cuarto de mi madre. Ahora soy yo quien vive aquí. No recuerdo cómo llegué. En una ambulancia, en todo caso en un vehículo. Me ayudaron. Yo solo no habría llegado nunca. Quizá estoy aquí gracias a este hombre que viene cada semana. Aunque él lo niega. Me da un poco de dinero y se lleva los papeles. Tantos papeles, tanto dinero. Sí, ahora vuelvo a trabajar, un poco como antes, solo que ya no me acuerdo de cómo se trabaja. Tampoco parece que eso tenga mucha importancia. A mí lo que ahora me gustaría es hablar de las cosas que aún me quedan, despedirme, terminar de morirme de una vez. No me dejan. Si, parece que son varios. Pero siempre viene el mismo. «Más tarde, más tarde», me dice. Bueno. La verdad es que mucha voluntad ya no me queda. Cuando viene a recoger los nuevos papeles trae los de la semana anterior. Vienen señalados con signos que no comprendo. Tampoco me tomo la molestia de releerlos. Y cuando no he hecho nada, no me da nada y gruñe un poco. Pero no trabajo por dinero. ¿Por qué trabajo? No lo sé. No sé gran cosa, si he de ser franco. La muerte de mi madre, por ejemplo. ¿Había muerto ya cuando llegué? ¿O murió más tarde? Muerta para enterrarla, quiero decir. No lo sé. A lo mejor no la han enterrado todavía. Sea como sea, soy yo el que estoy en su cuarto. Duermo en su cama. Uso su orinal. He ocupado su lugar. Cada vez debo parecerme más a ella. Solo me falta tener un hijo. Puede que tenga alguno en cualquier parte. Pero no es probable. Ahora ya sería casi tan viejo como yo. No era más que una chacha. El verdadero amor no es esto. Mi verdadero amor lo tenía puesto en otra. Ya os lo contaré. Mira, hasta he olvidado su nombre. A veces incluso me parece que he llegado a conocer a mi hijo, que me he ocupado de él. Luego pienso que esto es imposible. Es imposible que me haya ocupado de nadie. También he olvidado la ortografía, y la mitad de las palabras. No parece que esto tenga mucha importancia. Vale. Es un tipo raro el que viene a verme. Parece que viene todos los domingos. Los otros días trabaja. Siempre está sediento. Él fue quien me dijo que yo había empezado mal, que no era así como había que empezar. Vale. Figuraos, había empezado por el principio, como un viejo imbécil. Así es cómo me dio por empezar. De todos modos, creo que van a conservarlo, si entendí bien. Me costó mucho trabajo. Aquí está. Me tomé mucho trabajo. Claro, haceos cargo, era el comienzo. Mientras que ahora, en cambio, se trata del final. ¿Es mejor lo que hago ahora? No lo sé. No es este el problema. Conque así empecé yo. Si lo conservan, para algo debe servir. Aquí está. Esta vez, y otra vez más, y después pienso que se habrá acabado todo, y este mundo también. Es el sentido de lo antepenúltimo. Todo se difumina. Un poco más y la ceguera. Es cuestión de la cabeza. Ya no funciona. Dice: ya no funciono. Luego uno se queda mudo y los sonidos se van oyendo más débilmente. En cuanto cruzas el umbral te empieza a ocurrir. Debe de ser que la cabeza ya no resiste más. De modo

que uno piensa: «Esta vez voy a conseguirlo, y aún otra quizá, y después habrá terminado todo». Cuesta trabajo formular este pensamiento, porque al fin y al cabo es un pensamiento, en cierto sentido al menos. Entonces uno trata de poner atención, considerar con atención todas estas cosas oscuras, decirse penosamente que ocurren por culpa nuestra. ¿Culpa? Es la palabra que suele emplearse. ¿Pero qué culpa? No es aún el momento de la despedida, y qué magia tienen esas cosas oscuras de las que habrá que despedirse cuando vuelvan a pasar. Porque hay que despedirse, no despedirse sería una tontería, cuando uno quiere hacerlo. Y si uno piensa en los contornos de la luz de antaño, lo hace sin melancolía. Pero ya no se piensa mucho, ¿con qué íbamos a pensar? No lo sé. También pasan personas de las cuales no es fácil distinguirse con claridad. Esto sí que le desanima a uno. Por ejemplo, así fue como vi que A y B iban el uno en dirección al otro, sin darse cuenta de lo que estaban haciendo. Era un camino de una soledad impresionante, quiero decir, sin setos, ni vallas ni tapias de ninguna clase, en pleno campo, porque había vacas pasciendo en extensiones inmensas, de pie o tendidas, en el silencio del atardecer. Puede ser que invente un poco, tal vez esté embelleciendo los detalles, pero en conjunto venía a ser así. Las vacas mastican, luego tragan, luego, tras una breve pausa, se preparan calmosamente para el próximo bocado. Un tendón del cuello se agita y las mandíbulas vuelven a triturar. Pero a lo mejor todo esto son solo recuerdos. El camino, blanco y compacto, acuchillaba los suaves pastos, subía y bajaba según los accidentes de la orografía. La ciudad no estaba lejos. Eran dos hombres, sobre este punto no hay error posible, uno alto y el otro bajito. Habían salido de la ciudad, primero el uno y luego el otro, y el primero, cansado o recordando de pronto algún compromiso, había vuelto sobre sus pasos. Hacia fresco, porque llevaban abrigo. Se parecían, pero no más que otros. Al principio estaban bastante alejados. Aunque hubiesen levantado la cabeza para buscarse con la mirada no se habrían visto a causa del espacio que les separaba, y también a causa de la orografía, que hacía ondular el camino, no muy profundamente, pero sí lo bastante, sí lo bastante. Pero llegó un momento en que descendieron simultáneamente al mismo hoyo y allí terminaron por encontrarse de una vez. No, nada induce a suponer que ya se conocieran. Pero quizá por el ruido de sus pasos o advertidos por algún oscuro instinto, levantaron la cabeza y estuvieron observándose sus buenos quince pasos antes de detenerse, el uno junto al otro. No, no se cruzaron, pero se detuvieron, muy cerca el uno del otro, como suelen hacer en el campo, al atardecer, en un camino desierto, dos caminantes que no se conocen, y eso nada tiene de extraordinario. Aunque quizá se conocían. En todo caso, ahora si se conocen y supongo que en lo sucesivo se reconocerán y se saludarán, aunque sea en el mismo centro de la ciudad. Se volvieron hacía el mar que, lejos al Este, más allá de los campos, ascendía en el cielo palideciente, y cambiaron algunas palabras. Luego cada uno prosiguió su camino, A en dirección a la ciudad, B a través

de regiones que no parecían serle familiares, porque avanzaba a un paso inseguro y se detenía con frecuencia para mirar en torno, como quien busca fijar en su memoria puntos de referencia, pensando que quizá un día —nunca se sabe— deberá volver sobre sus pasos. Las engañosas colinas donde, no sin temor, se aventuraba, sin duda le eran conocidas únicamente por haberlas visto de lejos, quizá desde la ventana de su cuarto o desde la cúspide de un monumento algún día aburrido en el que, sin tener nada especial en que ocuparse, había abonado los tres o seis peniques de la entrada y subido hasta la plataforma por la escalera de caracol. Desde ahí debía verse todo, la llanura, el mar y estas colinas que hay quien prefiere llamar montañas, de color añil en algunos parajes bajo la luz del atardecer, que se agolpan unas tras otras hasta perderse de vista, veteadas por valles apenas visibles, pero que se adivinan a causa de la escala de los tonos y también a causa de otros indicios que no sería posible traducir en palabras y menos aún en pensamientos. Pero ni siquiera desde semejante altura se las adivina a todas, y a menudo donde solo hemos visto una ladera o una cima hay en realidad dos laderas, dos cimas, separadas por un valle. Pero ahora ya conoce estas colinas, es decir, al menos las conoce un poco mejor, y sí alguna otra vez vuelve a contemplarlas de lejos, creo que ya será con otros ojos, y no solo las colinas, sino el interior, todo el espacio interior que nunca vemos, el cerebro y el corazón y las otras cavernas donde sentimiento y pensamiento celebran su aquelarre, todo bajo una disposición muy distinta. Tiene aspecto de hombre ya entrado en años y da un poco de pena verle caminar completamente solo después de tanto tiempo, tantos días y noches consagrados sin llevar la cuenta a este rumor que se eleva desde el nacimiento e incluso antes, a este insaciable *¿Cómo hacer? ¿Cómo hacer?*, a veces muy bajo, un simple susurro, a veces claro y distinto como cuando el camarero de un hotel nos pregunta: «¿Y qué tomará el señor para beber?», y otras veces creciendo hasta las proporciones de un clamor. Total, para terminar yéndose solo, o casi solo, por caminos ignorados, cuando cae la noche, apoyado en un bastón. Era un bastón grande; le servía para apoyarse al avanzar, y también para defenderse, si llegara el caso, de los perros y los salteadores. Sí, la noche estaba cayendo, pero el hombre era inocente, de una gran inocencia, no tenía miedo de nada, sí, tenía miedo, pero no tenía por qué tenerlo, nadie iba a hacerle daño, o muy poco. Aunque, claro, esto él lo ignoraba. Yo mismo, con tal de que me pusiera a reflexionar, también lo ignoraría. El hombre se veía amenazado, en su cuerpo, en su razón, y quizá lo estaba realmente, a pesar de su inocencia. ¿Qué tiene que ver la inocencia con todo este asunto? ¿Qué relación puede tener con los innumerables agentes del Maligno? La cuestión no queda muy clara. El hombre llevaba un sombrero puntiagudo, o al menos esto me parecía. Me acuerdo de que el detalle me sorprendió más de lo que me habría sorprendido una gorra, por ejemplo, o un bombín. Lo miré alejarse, dominado por su inquietud, mejor dicho, por una inquietud que no era necesariamente suya, pero de la

cual participaba en cierto modo. Quién sabe, quizá era mi propia inquietud la que le invadía. Él no me había visto. Yo estaba encaramado por encima del nivel más elevado del camino y además pegado a una roca del mismo color que yo, quiero decir gris. Es probable que viera la roca. Miraba en torno suyo, según he hecho ya observar, como para grabar en su memoria las características del camino, y debió de ver la roca a cuya sombra me había agazapado, al modo de Belacqua, o de Sordello, ya no me acuerdo bien. Pero un hombre, y yo más, no se puede decir en rigor que forme parte exactamente de las características habituales de un camino. Quiero decir que si por alguna casualidad extraordinaria vuelve a pasar algún día por ahí, tras un largo período de tiempo, vencido, o en busca de algo que se le haya perdido, o para quemar algo, lo que buscará con los ojos es la roca y no el azar de esta cosa movediza y fugitiva que es la carne aún viviente. No, desde luego que no me vio, por las razones que he dicho, y además porque no estaba para estas cosas aquella tarde, porque no tenía el pensamiento puesto en los seres vivos, sino más bien en lo que nunca cambia de lugar, o cambia tan despacio que hasta a un niño le daría risa, para no hablar ya de la reacción de un viejo. Sea como sea, quiero decir, tanto si me vio como si no me vio, insisto en que le miraba alejarse, víctima (yo) de la tentación de levantarme para seguirle, quizá incluso para acompañarle algún día en su camino, tanto con objeto de conocerle mejor como de sentirme yo mismo menos solo. Pero a pesar de que mi alma sentía este impulso hacia él, yo le divisaba con dificultad, a causa de la oscuridad y también de la configuración del terreno, entre cuyos repliegues desaparecía de vez en cuando para volver a emerger más tarde, pero sobre todo yo creo que a causa de otras cosas que me llamaban y hacia las cuales se precipitaba mi alma también en su momento, sin reflexión ni método, alocada. Naturalmente, estoy hablando de los campos que blanqueaban bajo el rocío, y de los animales que cesaban en su vagabundeo para adoptar sus actitudes nocturnas, y del mar, sobre el cual me abstendré de decir cosa alguna, y del perfil cada vez más nítidamente recortado de las cumbres, y del cielo donde sin verlas sentía titilar las primeras estrellas, y de mi mano en mi rodilla, y, sobre todo, también del otro caminante, A o B, ya no me acuerdo, que prudentemente volvía a su casa. Sí, también de mi mano, que sentía temblar en mi rodilla y de la que solo alcanzaba a ver la muñeca, el dorso bajo un apretado vendaje y la blancura de las primeras falanges. Pero no quiero hablar de ella, quiero decir de esta mano, cada cosa a su tiempo, de lo que quiero hablar ahora es de este A o B que vuelve a la ciudad de donde había salido. Pero, en el fondo, ¿había en su aspecto algo especialmente urbano? Llevaba la cabeza descubierta, calzaba alpargatas, fumaba un cigarro. Se movía con una negligencia de paseante que, con razón o sin ella, me parecía expresiva. Pero todo ello no probaba nada, no refutaba nada. Podía haber venido de lejos, incluso del otro extremo de la isla, podía dirigirse a esta ciudad por primera vez en su vida o regresar

a ella tras una larga ausencia. Le seguía un perrito, creo que de Pomerania; no, no lo creo. No estaba muy seguro entonces y ahora todavía no lo estoy, aunque bien es verdad que no he meditado mucho sobre esta cuestión. El perrito le seguía con dificultad, al modo de los perros de Pomerania, deteniéndose, dando largos rodeos, renunciando, quiero decir abandonando, para reemprender el camino un poco más lejos. El estreñimiento en los perros de Pomerania es señal de buena salud. En un momento dado —si se prefiere, preestablecido— el caballero volvió sobre sus pasos, tomó en brazos al perrito, se quitó el cigarro de la boca y sumergió su rostro en el pelaje anaranjado. Saltaba a la vista que era todo un caballero. Sí, era un perro de Pomerania de pelaje anaranjado, cuanto más lo pienso más me voy convenciendo. Y, sin embargo, ¿deberé creer que este caballero había venido de lejos, sin sombrero, calzando alpargatas, con un cigarro en la boca, seguido por un perro de Pomerania? ¿O más bien tenía la apariencia de haber traspuesto las murallas, después de una buena comida, para pasearse y para pasear a su perro, entre pedos y ensueños, como tantos ciudadanos cuando hace buen tiempo? Pero el cigarro tal vez era en realidad una pipa corta, y las alpargatas, zapatos claveteados que el polvo blanqueaba, y en cuanto al perro, ¿por qué no podía ser uno de esos perros vagabundos que recogemos y tomamos en brazos, por compasión o porque llevamos mucho tiempo errando completamente solos, sin otra compañía que estos caminos interminables, estos arenales, estas marismas, guijarros, matorrales, esta naturaleza indicadora de otra justicia, o de vez en cuando un compañero de cautiverio que quisiéramos abordar, abrazar, ordeñar, amamantar, y con el que nos cruzamos, fría la mirada ante el temor de que se permita familiaridades? Hasta que llega un día en que no podemos más, en este mundo que no nos abre los brazos, y cogemos entre los nuestros a un perro sarnoso, y lo llevamos con nosotros el tiempo preciso para que llegue a amarnos, para que lleguemos a amarlo, y después lo mandamos a paseo. A lo mejor le ocurría esto, pese a las apariencias. Desapareció, con el objeto humeante en la mano, y la cabeza gacha. Me explico. Siempre me apresuro a retirar la mirada de los objetos a punto de desaparecer. Nunca he podido mirarlos hasta el último momento. Me refiero a esto cuando digo que desapareció. Con la mirada en otra parte, yo seguía pensando en él. Me decía: «Se va haciendo pequeño, se va haciendo pequeño». Me comprendía muy bien. Tullido y maltrecho como estaba, hubiera podido llegar a reunirme con él. Solo tenía que quererlo. Y ni siquiera eso, porque lo quería. Levantarme, descender al camino, precipitarme renqueando en su persecución, llamarle desde lejos, nada más fácil. Mis gritos llegan a sus oídos, se vuelve, me espera. Jadeando, sosteniéndome en mis muletas, estoy junto a él, junto al perro. Le inspiro un poco de miedo y un poco de compasión. Le asqueo moderadamente. No soy muy agradable de ver, no huelo muy bien. ¿Qué quiero? Ah, conozco tan bien este tono, hecho de miedo, de asco, de compasión. Quiero ver al perro, ver al hombre de cerca, saber lo que fuma,

inspeccionar los zapatos, tomar nota de otros indicios. Es una buena persona, me dice esto y lo otro, me dice cosas, de dónde viene, adónde va. Yo le creo, porque sé que no tengo otra oportunidad de... otra oportunidad, creo todo lo que me dice, demasiadas veces me he hecho el remolón en la vida, ahora me lo trago todo, ávidamente. Lo que necesito es que me cuenten historias, he tardado mucho en saberlo. Bueno, por otra parte tampoco estoy muy seguro. En resumen, estoy seguro respecto a determinadas cosas, sé algunas cosas de él, cosas que ignoraba, que me picaban la curiosidad, cosas por las que ni siquiera había sufrido. Qué verborrea. Soy capaz hasta de haberme enterado de su oficio, yo que me intereso tanto en oficios y profesiones. Hago todo lo posible por no hablar de mí. Ya veréis cómo dentro de poco vuelvo a hablar del cielo y de las vacas. Vaya, ahora se marcha, tiene prisa. No parecía que tuviera prisa, estaba dando un paseo, ya lo hice notar, pero al cabo de tres minutos de conversación conmigo ya tiene prisa, debe apresurarse, va con retraso. Lo creo. Y me quedo otra vez no diré solo, no es mi estilo, sino, como diría, no sé, devuelto a mí, no, nunca me he dejado, libre, eso es, no sé lo que significa, pero es la palabra que quiero emplear, libre para qué, para nada, para saber, pero qué, las leyes de la conciencia tal vez, de mi conciencia, por ejemplo, que el agua sube de nivel según uno se va sumergiendo en ella y que sería preferible, es decir, por lo menos igual de bueno, borrar los textos que emborronar los márgenes, cubrirlos hasta que todo sea blanco y liso y la estupidez revele su verdadero rostro, sin sentido, sin salida. De modo que sin duda hice bien, en fin, bastante bien no moviéndome de mi puesto de observador. Pero en vez de observar tuve la flaqueza de volver mentalmente hacia el otro, hacia el hombre del bastón. Entonces se dejaron oír de nuevo los murmullos. Restablecer el silencio, este es el papel de los objetos. Yo me decía: «Quién sabe si a lo mejor simplemente habrá salido a tomar el fresco, a relajarse, a desentumecerse, a descongestionarse el cerebro haciendo afluir la sangre a los pies, a fin de asegurarse una noche tranquila, un feliz despertar, un venturoso mañana». ¿Llevaba siquiera un hatillo? Pero este modo de andar, estas miradas ansiosas, este garrote, ¿pueden conciliarse con la idea que uno tiene formada de lo que suele considerarse un paseo? Y el sombrero era indudablemente un sombrero de ciudad, anticuado, pero de ciudad, de esos que volarían en cuanto se levantara un poco de viento. A menos que se lo hubiera atado bajo la barbilla con un cordón o con una goma. Me quité el sombrero y lo estuve mirando. Siempre lo he tenido atado con un largo cordón a mi ojal, siempre el mismo ojal, sea cual fuere la época del año. Así que sigo con vida. Siempre es bueno saberlo. Alejé de mí tanto como me fue posible la mano que había cogido el sombrero y seguía sosteniéndolo, y le hice describir arcos en el aire. Entre tanto, me dediqué a contemplar el revés de mi abrigo y le vi abrirse y cerrarse. Ahora comprendo por qué nunca llevaba flores en el ojal, aunque hubiera cabido todo un ramo. Mi ojal estaba destinado a sostener mi sombrero. Mi sombrero era mi flor. Pero yo ahora no quiero

hablar de mi sombrero ni de mi abrigo, sería prematuro. Ya hablaré de todo esto más tarde, cuando llegue el momento de establecer el inventario de mis bienes y pertenencias. Si es que entre tanto no los he perdido. Pero incluso si los he perdido figurarán en el inventario de mis bienes. Pero estoy tranquilo, no voy a perderlos. Y mis muletas tampoco. Aunque a lo mejor cualquier día voy y las tiro. Debía de estar situado en la cima, o en la ladera, de una colina bastante elevada, porque de lo contrario, ¿cómo habría podido abarcar con la mirada tantas cosas a la vez, lejos y cerca, fijas y en movimiento? Pero ¿cómo es posible que hubiera una colina en un paisaje casi llano? Y, en todo caso, ¿qué hacía yo allí? Bueno, precisamente es esto lo que trataremos de averiguar. Y tampoco hay que tomarse estas cosas tan en serio. En la naturaleza parece que hay de todo y nos gasta muchas bromas. Y es posible que confunda varias ocasiones diferentes, y las horas, en el fondo, y el fondo es mi hábitat, oh, no el fondo propiamente dicho, más bien un punto situado entre el lodo y la espuma. Y a lo mejor un día A en este sitio, y otro día B en otro sitio, y otro día yo y la roca, y así sucesivamente respecto a los demás componentes, las vacas, el cielo, el mar, las montañas. No puedo creerlo. No, iba a decir una mentira, en realidad lo concibo fácilmente. Pero eso no importa, prosigamos, hagamos como si todo hubiera surgido de un mismo tedio, vayamos amontonando cosas hasta que todo quede sumergido en la más absoluta oscuridad. De una cosa estoy seguro, de que el hombre del bastón no volvió a pasar por aquel sitio aquella noche, porque lo hubiera oído. No digo que lo hubiera visto, digo que lo hubiera oído. Duermo poco y este poco lo duermo de día. Oh, no sistemáticamente, desde luego, en mi vida desmesurada he probado todas las clases de sueños, pero en la época a que aludo echaba mi sueñecito de día y, lo que es más, por la mañana. Que no vengan a hablarme de Luna, en mi noche no hay Luna, y si alguna vez hablo de las estrellas se debe a un descuido. De modo que de entre todos los ruidos de aquella noche, ninguno fue el de aquellos pasos pesados e inseguros, el sonido de aquel garrote con el que a veces golpeaba la tierra hasta hacerla temblar. Qué agradable resulta ver confirmadas, tras un período más o menos largo de vacilación, estas primeras impresiones. Debe de ser esto lo que hace soportables las angustias de la muerte. No es que me considerara confirmado de un modo concluyente en mi primera impresión respecto a —un momento— respecto a B. Porque las carretas y tartanas que pasaron un poco antes del amanecer con un estruendo de mil diablos, llevando al mercado fruta, huevos, queso y manteca, podían llevarle también a él, vencido por la fatiga o el desánimo, quién sabe si muerto. O también habría podido volver a la ciudad por otro camino, demasiado alejado para que yo pudiera oír lo que ocurría allí, o por diminutos atajos, pisando silenciosamente la hierba, apisonando un suelo mudo. Así pasé esta noche lejana, dividido entre los murmullos de mi ser cortésmente perplejo y los murmullos tan diferentes (¿tan diferentes?) de todo lo que pasa y permanece entre dos soles. Ni una sola vez se dejó

oír una voz humana. Solo las vacas, mugiendo en vano para que las ordeñaran, al paso de algún campesino. En cuanto a A y B, no volví a verlos nunca. Pero quizá los volveré a ver. En este caso, ¿sabré reconocerlos? Y ¿es que estoy seguro de haberlos visto? ¿A qué llamo ver y reconocer? Un instante de silencio, como cuando el director de orquesta golpea con la batuta en el atril y levanta los brazos, antes del estrépito. Humo, bastones, carne, cabellos, al atardecer, a lo lejos, en torno al deseo de un hermano. Sé muy bien cómo suscitar la aparición de estos harapos para cubrir con ellos mi vergüenza. Me pregunto qué significa esto. No siempre tendré necesidad. Pero, a propósito del deseo de un hermano, he de decir que habiéndome despertado entre las once y las doce (poco después escuché el Angelus que nos recuerda la encarnación), decidí ir a ver a mi madre. Para tomar la decisión de visitar a esa mujer debían concurrir razones de urgencia y, teniendo en cuenta que no sabía qué hacer ni dónde ir, fue para mí un juego de niños, de niño único, llenarme la cabeza de tales razones, hasta el punto de que se me quitó toda otra preocupación y me entraron temblores ante la sola idea de poder verme privado de hacerlo en el acto. Así, pues, me levanté, ajusté las muletas y bajé hasta el camino, donde encontré mi bicicleta (vaya, esto sí que no me lo esperaba) en el mismo lugar donde debía de haberla dejado. Lo cual me permite hacer notar que, lisiado y todo, en aquel tiempo yo montaba en bicicleta con cierta soltura. Lo hacía del modo siguiente. Sujetaba las muletas en la barra superior de la armazón, una a cada lado, apoyaba el pie de mi pierna inválida (no me acuerdo de cuál era, ahora tengo inválidas las dos) en el extremo del eje de la rueda delantera, y con la otra pierna pedaleaba. Era una bicicleta sin cadena, de rueda libre, si es que existe tal cosa. Querida bicicleta, no te llamaré bici, estabas pintada de verde, como tantas bicicletas de tu promoción, ignoro por qué causa. Con qué gozo vuelvo a verla. Me gustaría describirla. Tenía una pequeña bocina o trompeta en lugar de esos timbres que ahora os gustan tanto. Hacer sonar esta bocina era para mí un verdadero placer, casi una voluptuosidad. Diré más, si tuviera que establecer la lista de honor de las cosas que no me han dado demasiadas ganas de vomitar en el curso de mi interminable existencia, el bocinazo y trompeteo ocuparían un lugar de preferencia. Y cuando tuve que separarme de mi bicicleta, le quité la bocina y la guardé. Creo que todavía la conservo en alguna parte, y si ya no me sirvo de ella es porque se me quedó muda. Hoy en día, ni siquiera los automóviles llevan bocina, en el concepto que yo tengo de bocina, o la llevan muy raramente. Cuando yendo por la calle divisó una tras la ventanilla abierta de un coche aparcado, muchas veces me paro y la hago funcionar. Habría que escribir otra vez todo esto en pluscuamperfecto. Hablar de bicicletas y de bocinas, qué descanso. Por desgracia, no es de esto de lo que tengo que hablar ahora, sino de la que me dio a luz, por el ojo del culo si mal no recuerdo. Primer sabor a mierda. Me limitaré, pues, a añadir que aproximadamente cada cien metros me detenía para descansar las piernas, tanto la

sana como la enferma, y no solo las piernas, no solo las piernas. En rigor, no me bajaba del sillín, me quedaba a horcajadas, apoyando los dos pies en el suelo, los brazos sobre el manillar, la cabeza entre los brazos, y esperaba a encontrarme mejor. Pero antes de dejar estos encantadores parajes, suspendidos entre mar y montaña, al abrigo de ciertos vientos y abiertos a cuanto ofrece él mediodía, en este país condenado, de perfumes y tibiezas, no me perdonaría silenciar el grito terrible de los rascones que merodean por la noche en los trigales, en las praderas, mientras dura el buen tiempo, agitando su carraca. Lo cual me permite, además, saber cuándo empezó este viaje irreal, penúltimo de una forma que palidecía entre formas que palidecían, y que declaro, sin otra formalidad legal, haberse iniciado en la segunda o tercera semana de junio, es decir, en el momento, penoso si los hay, en que sobre lo que llamamos nuestro hemisferio el Sol alcanza su máximo encarnizamiento y la claridad ártica viene a mear sobre nuestras noches. Entonces se oye el griterío de los rascones. Mi madre me veía con gusto, es decir, me recibía con gusto, pues hacía mucho tiempo que no veía nada. Haré lo posible por hablar de ella con serenidad. Éramos los dos tan viejos, yo había nacido siendo ella tan joven, que parecíamos una pareja de viejos compinches, sin sexo, sin parentesco, con los mismos recuerdos, los mismos rencores, las mismas esperanzas. No me llamaba nunca hijo, cosa que por otra parte yo tampoco habría soportado, sino Dan, no sé por qué, no me llamo Dan. Quizá Dan era el nombre de mi padre, si, quizá me tomaba por mi padre. Yo la tomaba por mi madre y ella me tomaba por mi padre. «Dan, ¿te acuerdas del día en que salvé a aquella golondrina?» «Dan, ¿te acuerdas del día en que enterraste el anillo?» Conque así era como me hablaba. Yo me acordaba, yo me acordaba, quiero decir que más o menos sabía de qué me estaba hablando, y aunque no siempre había participado personalmente en los acontecimientos que ella evocaba, todo venía a ser lo mismo. Cuando tenía que darle algún nombre, la llamaba Mag. Y la llamaba Mag porque, aunque no hubiera sabido razonarlo, para mí la letra g abolía la sílaba ma, le escupía en la cara, por así decirlo, mejor que cualquier otra letra. Y al mismo tiempo así satisfacía una necesidad, profunda y sin duda inconfesada, la necesidad de tener una ma, es decir, una mamá, y de anunciarlo en voz alta. Porque antes de decir mag se dice ma, es evidente. Y da, en mi tierra, quiere decir papá. Por lo demás, aquello no representaba para mí un problema, en la época a través de la cual ahora me estoy deslizando, quiero decir que no representaba un problema el hecho de llamarla ma, Mag o condesa de la Caca, pues hacía una eternidad que estaba sorda como una tapia. Creo que se hacía sobre ella misma sus aguas mayores y menores, pero una especie de pudor nos inducía a soslayar este tema en el curso de nuestras conversaciones, de modo que nunca pude llegar a adquirir una certeza sobre el particular. Por lo demás, debía de ser muy poca cosa, algunas cagaditas de chiva parsimoniosamente rociadas cada dos o tres días. El cuarto olía a amoníaco, bueno, no solo a amoníaco, pero a

amoníaco, a amoníaco. Ella me distinguía por mi olor. Su viejo rostro apergaminado y velludo se iluminaba, estaba contenta de haberme oído. Articulaba mal, con un ruido como de astillero, y casi nunca se daba cuenta de lo que decía. Cualquiera otro que no fuera yo se habría extraviado en esta cháchara chasqueante y chisporroteante, interrumpida únicamente por sus momentos de inconsciencia. Aunque yo tampoco venía para escucharla. Me comunicaba con ella golpeándole el cráneo. Un golpe significa sí; dos, no; tres, no sé; cuatro, dinero; cinco, adiós. Me había costado mucho adiestrar a este código su entendimiento arruinado y delirante, pero lo había conseguido. Claro que podía ser que ella confundiera si, no, no sé y adiós, pero eso no tenía importancia, porque yo también los confundía. Ahora bien, lo que había que evitar a toda costa era que asociara los cuatro golpes con otra cosa que con el dinero. Así, pues, durante el período de adiestramiento, al mismo tiempo que le daba los cuatro golpes en el cráneo le pasaba un billete de banco por la nariz o se lo embutía en la boca. ¡Hay qué ver lo ingenuo que era yo entonces! Porque ella había perdido la noción de mensurabilidad, si no del todo, sí por lo menos la facultad de contar más allá de dos. Hay que hacerse cargo, de uno a cuatro era demasiado para ella. Cuando llegábamos al cuarto golpe creía que era el segundo, los dos primeros se habían borrado de su memoria tan rápidamente como si no hubiesen existido nunca, si bien no acabo de comprender cómo una cosa que no ha existido nunca puede borrarse de la memoria, aunque es algo que vemos todos los días. Debía creer todo el rato que yo le iba diciendo que no, cuando nada estaba más lejos de mis intenciones. A la luz de tales razonamientos, me dediqué a buscar, y acabé encontrando un medio más eficaz de insuflar en su espíritu la idea de dinero. Consistía en sustituir los cuatro golpes dados con el índice por uno o varios (según mis necesidades) puñetazos en el cráneo. Esto sí que lo comprendía. Por lo demás, no iba a verla por dinero. Me llevaba dinero, pero no venía para esto. No le guardo demasiado rencor a mi madre. Sé que hizo todo lo posible para que yo no naciera, salvo lo principal, y si no consiguió deshacerse de mí fue porque el destino me reservaba otra letrina peor. Pero con que haya tenido tan buenas intenciones me doy por satisfecho. No, no me doy por satisfecho, pero siempre le tendré en cuenta a mi madre los esfuerzos que hizo por mí. Y le perdono haberme zarandeado un poco los primeros meses y haberme amargado el único período ligeramente potable de mi enorme historia. Y también le tendré siempre en cuenta que no haya reincidido, instruida por mi ejemplo, o se haya detenido a tiempo. Y si algún día debo buscar algún sentido a mi vida, empezaré a hurgar por ahí, por el lado de esta pobre ramera unípara y de mí, último de esta calaña, no sé cuál. Añadiré, antes de pasar a los hechos, pues parece que realmente debiera hablarse de hechos, acaecidos aquella lejana tarde estival, que con aquella vieja sorda, ciega, incapacitada y demente, que me llamaba Dan y a la que yo llamaba Mag, con ella, y solo con ella, yo..., no, no puedo decirlo. Es decir, podría decirlo,

pero no lo diré, sí, me sería fácil decirlo, porque sería mentira. ¿Qué veía yo de ella? Invariablemente, una cabeza, las manos a veces, alguna vez los brazos. La cabeza, siempre. Cubierta de vellos, de arrugas, de porquería, de babas. Una cabeza que ennegrecía el aire. No es que lo que pudiera verse tuviera mucha importancia, pero siempre es un comienzo. Era yo quien sacaba la llave de debajo de la almohada, quien cogía el dinero del cajón, quien volvía a dejar la llave bajo la almohada. Aunque no iba a verla por dinero. Creo que venía una mujer cada semana. Una vez, vagamente, precipitadamente, posé mis labios sobre aquella pequeña pera grisácea y arrugada. Puaf. No sé si aquello le gustó. Su cháchara cesó un momento para reanudarse a continuación. Supongo que se preguntaría qué le estaba ocurriendo. Quizá se dijera puaf. Exhalaba un hedor insoportable. Debía de ser cosa de los intestinos. Perfume de antigüedad. No es que la critique, yo tampoco destilo esencias de Arabia. ¿Voy a describir el cuarto? No. Ya tendré ocasión más tarde, posiblemente. Cuando vaya a refugiarme allí, como último recurso, ya sin ningún pudor, con el rabo entre las piernas, vete a saber. Bueno. Ahora que sabemos lo que hay que hacer, pongamos manos a la obra. Está bien eso de saber desde el primer momento por dónde va uno. Está tan bien que casi me quita las ganas de hacerlo. Yo estaba distraído (y no suelo distraerme nunca, con qué iba a distraerme), y en lo que respecta a mis movimientos, más inseguro aún que de costumbre. Debía haberme fatigado a lo largo de la noche, bueno, debía estar un poco débil, y el sol, cada vez más alto en el Este, me había envenenado mientras dormía. Hubiera tenido que interponer entre él y yo la masa de la roca antes de cerrar los ojos. Confundo Este y Oeste, y los polos también los invierto de buena gana. Estaba fuera de mis casillas, lo que me ocurre rara vez, porque mis casillas son hondas. Por eso lo hago constar. No por ello dejé de recorrer algunas millas sin dificultad, y así llegué al pie de las murallas. Allí me bajé del sillín, conforme al reglamento. En efecto, para entrar y salir de la ciudad la Policía exige que los ciclistas se apeen, que los automóviles avancen en primera, que los coches de caballos vayan al paso. Creo que esta ordenanza se debe a que las entradas, y por supuesto las salidas, son angostas y oscurecidas por inmensas bóvedas, sin excepción. Es una buena norma y la acato cuidadosamente, pese a la dificultad que me supone avanzar apoyándome en mis muletas y empujando mi bicicleta al mismo tiempo. Me las iba arreglando. Había que poner atención. Así mi bicicleta y yo franqueamos juntos tan difícil acceso. Pero un poco más adelante oí que me interpelaban. Levanté la cabeza y vi a un agente de Policía. Hablo de un modo elíptico, pues sólo más tarde, por vía de inducción, o de deducción, ya no me acuerdo, supe quién era. «¿Qué hace usted ahí?», me preguntó. Estoy acostumbrado a esta pregunta, la comprendí en seguida. «Estoy descansando», le dije. «Está descansando», dijo él. «Estoy descansando», le dije. Y él gritó: «¿Quiere hacerme el favor de responder a mi pregunta?» Esto es algo que me ocurre muy frecuentemente

cuando estoy acorralado, creo sinceramente haber respondido a las preguntas que se me hacen, y en realidad no he dicho nada. No voy a reconstruir aquella conversación en todos sus meandros. Terminé comprendiendo que mi modo de reposar, mi actitud durante el reposo, a horcajadas sobre mi bicicleta, el brazo sobre el manillar, la cabeza entre los brazos, atentaba ya no recuerdo contra qué, el orden, el pudor. Señalé modestamente mis muletas y aventuré algunos rumores sobre mi enfermedad, que me obligaba a reposar como podía y no como debía. Entonces creí comprender que no había dos leyes, una para los sanos y otra para los inválidos, sino una sola, a la que debían someterse ricos y pobres, jóvenes y viejos, felices y desdichados. Hablaba bien el hombre. Me permito poner de relieve que yo no estaba triste. ¡Qué había dicho! «Sus papeles», dijo, lo supe un instante después. «No dije, no». «¡Sus papeles!», aulló. «Ah, mis papeles». Los únicos papeles que llevo encima son algunas hojas de periódico, para limpiarme, comprendéis, cada vez que voy al tocador. Oh, no digo que me limpie cada vez que voy al tocador, no, pero me gusta estar en situación de poder hacerlo si se presenta el caso. Es natural, ¿no? Aturdido, saqué este papel del bolsillo y se lo puse ante la nariz. Era un hermoso día. Empezamos a andar por callejuelas soleadas, poco concurridas. Yo iba dando saltitos sobre mis muletas y él empujaba la bicicleta delicadamente, con su mano enguantada de blanco. Yo no... yo no me sentía desgraciado. Me detuve un instante y, asumiendo esta responsabilidad, alcé la mano y toqué la copa de mi sombrero. Quemaba. Sentía volverse a nuestro paso rostros alegres y serenos, rostros de hombres, de mujeres, de niños. En un momento dado, me pareció oír una música lejana. Me detuve para escucharla. «Andando», me dijo el policía. «Escuche», le dije. «Andando», me dijo. No me dejaban escuchar música. Hubiera podido provocar una aglomeración. Me dio un empujón en la espalda. Me había hecho daño, oh, no en la piel, pero de todos modos mi piel, a través de la ropa, había sentido la dureza de aquel puño. Mientras avanzaba a mi mejor paso me abandonaba a aquel dorado instante, como si yo fuera otro. Era la hora de la siesta. Los más juiciosos tal vez, descansando en los jardines públicos o sentados a la puerta de su casa, saboreaban aquellas languideces expirantes, olvidando las recientes congojas, indiferentes a las que se avecinaban. Otros, por el contrario, aprovechaban el momento para devanar proyectos, la cabeza entre las manos. ¿Había uno siquiera capaz de ponerse en mi lugar, de sentir hasta qué punto, en aquel momento, yo era distinto de lo que parecía, y qué poder había en mí, qué amarras tensas a punto de estallar? Es posible que lo hubiera. Sí, yo me orienté hacia esa falsa profundidad, hacia las falsas apariencias de paz y gravedad; me precipité en ellas con todos mis antiguos venenos, sabiendo que no arriesgaba nada. Bajo el cielo azul, ante la mirada de mi guardián. Olvidándome de mi madre, liberado de la acción, fundido en la hora ajena, diciéndome pausa, pausa. Llegados a la comisaría, se me introdujo a presencia de un funcionario sorprendente. Vestido de paisano, en mangas

de camisa, estaba hundido en un sillón, con los pies sobre la mesa del despacho, tocado con un sombrero de paja y pendiente de sus labios un objeto delgado y flexible que no llegué a identificar. Antes de que me largara tuve tiempo de constatar todos estos detalles. Escuchó el informe de su subordinado, a continuación pasó a interrogarme en un tono que, desde el punto de vista de la urbanidad, dejaba a mi juicio cada vez más que desear. Entre sus preguntas y mis respuestas (cuando valía la pena tomar aquellas en consideración) mediaban intervalos más o menos largos y sonoros. Estoy tan acostumbrado a que no me pregunten nada, que cuando me preguntan algo, tardo un buen rato en comprender qué me preguntan. Y cometo la equivocación de que, en vez de reflexionar tranquilamente sobre lo que acabo de oír, y que he oído perfectamente, porque soy bastante fino de oído, pese a mi ancianidad, me apresuro a responder cualquier cosa, probablemente por temor a que mi silencio haga estallar la cólera de mi interlocutor. Soy muy miedoso, toda mi vida he tenido miedo de que me peguen. Soporto fácilmente insultos e invectivas, pero a los golpes no he podido acostumbrarme nunca. Es curioso. Hasta los escupitajos me molestan. Pero si se me trata con un poco de dulzura, quiero decir, si se deja de tratarme a patadas, suelo dejar finalmente satisfecho a mi interlocutor. Pero el comisario se contentaba con amenazarme con una regla cilíndrica, de modo que tuvo la ventaja de irse enterando de que yo no tenía papeles en el sentido que él daba a este término, ni ocupación, ni domicilio, que por el momento se me escapaba mi apellido y que yo me dirigía a casa de mi madre, a cuyas expensas yo agonizaba. Por lo que respecta a las señas de la susodicha, las ignoraba, pero sabía encontrar perfectamente la casa, incluso a oscuras. ¿El barrio? El de los mataderos, alteza, pues desde el cuarto de mi madre, a través de las ventanas cerradas, por encima de su cháchara, yo había oído rugir a los bovinos, este mugido violento, trémulo y ronco que no proviene de los pastos, sino de las ciudades, de los mataderos y mercados de animales. Sí, pensándolo bien, tal vez me había precipitado al decir que mi madre vivía cerca de los mataderos, porque también podía ser que viviera cerca del mercado de animales. «No se preocupe usted —dijo el comisario—. Está en el mismo barrio». El silencio que siguió a tan amables palabras fue empleado por mí en volverme hacia la ventana, sin ver nada realmente, ya que había cerrado los ojos, limitándome a ofrecer a esta dulzura de oro y azul rostro y garganta, y también mi espíritu vacío, o casi, porque debía preguntarme si no tenía ganas de estar sentado, después de tanto rato de pie, y recordar lo que me habían enseñado al respecto, a saber, que la posición sedente no era ya la más adecuada para mí, debido a mi pierna corta y tiesa, que para mí sólo había dos posiciones posibles, la vertical, varado entre mis muletas, apoyándome en ellas de pie, y la horizontal, tendido en el suelo. Y, sin embargo, de vez en cuando me venían ganas de sentarme, desde un mundo lejano y desaparecido. Y, prevenido y todo, no siempre sabía resistirlas. Sí, seguramente mi espíritu sentía este sedimento,

moviéndose imperceptiblemente como granitos de arena en el fondo de un charco, mientras en mi cara y mi gran nuez pesaban el cielo soberano y el aire estival. Y de pronto recordé mi nombre: Molloy. «Me llamo Molloy —grité, completamente aterrado—. Molloy, acabo de acordarme». No tenía ninguna obligación de facilitar este dato, pero lo facilité, sin duda con la esperanza de ganarme simpatías. No me habían hecho quitar el sombrero, ignoro por qué razón. «¿Se llama así su mamá?», dijo el comisario, porque debía de ser un comisario. «Molloy —dije—, me llamo Molloy». «¿Es ese el apellido de su mamá?», dijo el comisario. «¿Cómo?», dije. «Usted se llama Molloy», dijo el comisario. «Sí —dije—, acabo de acordarme». «¿Y su mamá?», dijo el comisario. Yo no comprendía. «¿También se llama Molloy?», dijo el comisario. «¿Se llama Molloy?», dije yo. «Sí», dijo el comisario. Yo reflexioné. «Usted se llama Molloy», dijo el comisario. «Si», dije. «Y su mamá —dijo el comisario—, ¿se llama también Molloy?» Yo reflexioné. «Su mamá de usted —dijo el comisario—, se llama...» «¡Déjeme reflexionar!», grité. Bueno, al menos así imagino que ocurrían las cosas. «Piénselo», dijo el comisario. ¿Mi mamá se llamaba Molloy? Sin duda. «Sí, también debe llamarse Molloy», dije. Me llevaron, creo que a la sala de guardia, y allí me ordenaron sentarme. Mediaron explicaciones. Abreviando, obtuve el permiso, si no de tumbarme en un banco, si al menos de quedarme de pie, apoyado en la pared. La estancia era sombría y la recorrían en todas direcciones gentes apresuradas, malhechores, policías, hombres de leyes, sacerdotes y periodistas, o al menos eso supongo. Todo era oscuro, formas oscuras apresurándose en un espacio oscuro. A mí nadie me prestaba atención y yo les pagaba con la misma moneda. Siendo así, ¿cómo podía yo saber que ellos no me prestaban atención y cómo podía hacer yo otro tanto, puesto que ellos no me prestaban atención a mí? No lo sé. Yo lo sabía y les pagaba con la misma moneda, de eso estoy seguro y basta. Pero de pronto surgió ante mí una mujerona vestida de negro, o más bien de malva. Aún hoy me pregunto si era la asistente social. Me tendía un tazón lleno de un jugo grisáceo que debía de ser té verde con sacarina y leche en polvo, en un platillo desaparejado. Eso no era todo, porque entre el platillo y el tazón se alzaba en equilibrio precario una rebanada de pan seco, de la que me puse a decir, con una especie de angustia: «Va a caerse, va a caerse», como si el hecho de que se cayera o no tuviese alguna importancia. Un instante después yo mismo sostenía entre mis manos temblorosas este pequeño amasijo de objetos heterogéneos y vacilantes, donde se codeaban lo duro, lo líquido y lo blando, sin la menor idea de cómo se había llevado a cabo la transferencia. Voy a advertiros de una cosa: cuando las asistentes sociales os ofrecen graciosamente una bazofia como para ni mirarla, lo cual en ellas constituye una obsesión, es inútil mostrarse recalcitrante. Os perseguirían hasta los confines de la Tierra blandiendo su vomitivo. Las del Ejército de Salvación no están mucho mejor. No, realmente no conozco defensa alguna contra el gesto caritativo.

Hay que inclinar la cabeza, tendiendo las manos confusas y temblorosas, y decir gracias, señora; gracias, buena señora. El que no tiene nada, no tiene derecho a despreciar la mierda. El líquido desbordaba, la taza vacilaba con un ruido de crujir de dientes, y no eran los míos, porque no tengo dientes, y el pan chorreante se inclinaba cada vez más. Hasta el momento en que, llegado al colmo de mi inquietud, lo arrojé lejos de mí. No es que lo dejara caer, no, sino que de un empujón convulsivo con las dos manos lo mandé a estrellarse contra el suelo, o contra la pared, tan lejos de mí como me permitían mis fuerzas. No voy a contaros la continuación, porque ya me he cansado de este sitio, así que me largo. La tarde empezaba ya a caer cuando me dijeron que quedaba en libertad. Se me advirtió que debía comportarme mejor en el futuro. Consciente de mi culpa, enterado ya de los motivos de mi detención, sensible a las contravenciones que mi interrogatorio puso de manifiesto, quedé asombrado de recobrar tan fácilmente la libertad, si aquello era la libertad, y eso sin que se aludiera a la más mínima sanción. ¿Podría ser que, sin saberlo, tuviera un protector en algún alto cargo? ¿Me había yo impuesto al comisario sin darme cuenta? ¿Habían conseguido encontrar a mi madre y obtener de ella, o de gente del barrio, la confirmación de algunas de mis aseveraciones? ¿Juzgaban quizá que no valía la pena someterme a un procedimiento penal? Porque la verdad es que no resulta cómodo castigar en forma sistemática a un ente como yo. Ocurre a veces, pero la más elemental prudencia lo desaconseja. Vale más remitirse a la opinión de los agentes. No sé. Si es obligatorio llevar los documentos de identidad, ¿por qué no insistieron para que me los procurara? ¿Porque es un asunto costoso y yo no tengo dinero? Pero, siendo así, ¿no habrían podido requisar mi bicicleta? Probablemente no, sin un auto del tribunal. Todo resulta incomprensible. Lo que es cierto es que nunca he vuelto a descansar de aquel modo, los pies obscenamente apoyados en el suelo, los brazos en el manillar y la cabeza entre los brazos, abandonada y bamboleante. En efecto, constituía indudablemente un triste espectáculo, y un triste ejemplo para los demás ciudadanos, tan necesitados de aliento en su dura tarea que solo deben ofrecérseles manifestaciones de fuerza, de alegría y de celeridad, para evitar que se desplomen al terminar la jornada y rueden por tierra. Bastó con que me enseñaran qué comportamiento era el bueno para que me comportara bien, en la medida en que mi físico me lo permite. Y no he cesado de mejorar en este aspecto, pues he sido inteligente y rápido de comprensión. Y en cuanto a buena voluntad, me desbordaba por todos los poros esta exasperada buena voluntad de los ansiosos. De manera que mi repertorio de actitudes lícitas no ha cesado de enriquecerse, desde mis primeros pasos hasta los últimos, que di el año pasado. Y si bien es verdad que me he comportado siempre como un cerdo, no hay que achacármelo a mí, sino a mis superiores, que me corregían únicamente en pequeños detalles en vez de mostrarme lo esencial del sistema, según el ejemplar método de los grandes colegios

anglosajones, así como los principios a que obedecen los buenos modales y el modo de pasar sin posible error de aquellos a estos, y de remontarse hasta las fuentes a partir de una posición dada. Todo ello me hubiera permitido, antes de desplegar en público ciertos modos de proceder dictados solamente por la comodidad, tales como el dedo en las narices, la mano en los cojones, el sonarse con los dedos o la meada ambulante, atenerme a las normas primeras de una teoría razonada. Sí, a este respecto yo sólo poseía nociones negativas y empíricas, lo que equivale a decir que las más de las veces me hallaba sumido en la más completa oscuridad, y tanto más si se tiene en cuenta que mis observaciones, recogidas a lo largo del siglo, me predisponían a poner en duda hasta los más altos dictámenes respecto al modo de vida, incluso en un espacio reducido. Pero sólo pienso en estas cosas, y en otras, desde que ya no vivo. En el relajamiento de la descomposición recuerdo aquella prolongada emoción confusa que fue mi existencia, y la juzgo, como dicen que Dios nos juzgará, y con el mismo ánimo impertérrito. Descomponerse también es vivir, lo sé, no insistáis más, pero nunca es posible entregarse a ello del todo. Por otra parte, es posible que también cualquier día tenga la bondad de echaros un discurso sobre esa vida, el día en que sepa que creyendo saber lo único que hacía era existir, y la pasión sin forma ni descanso me haya devorado hasta las carnes pútridas, y, sabiendo esto, no sepa nada, no haga sino gritar como no he hecho sino gritar, más o menos fuerte, de un modo más o menos descarado. Venga, gritemos, se supone que eso sienta bien. Sí, esta vez a gritar, y quizá otra vez aún. Gritemos que el Sol poniente daba de lleno en la fachada blanca de la comisaría. Parecía que estuviéramos en China. Una sombra compleja se dibujaba en la fachada. Éramos yo y mi bicicleta. Me puse a jugar, gesticulando, agitando mi sombrero, haciendo ir y venir la bicicleta ante mí, hacia adelante, hacía atrás, haciendo sonar la bocina. Miraba la pared. Me miraban desde las ventanas enrejadas, sentía aquellos ojos puestos en mí. El agente que estaba de guardia ante la puerta me dijo que me largara. Yo solo ya me habría calmado. A fin de cuentas, la sombra no resulta mucho más divertida que el cuerpo. Le pedí al agente que se compadeciera de mí, que me ayudara. No comprendía. Recordé con nostalgia el refrigerio que me ofreciera la asistenta social. Me saqué un guijarro del bolsillo y lo succioné. Era liso, de tantas chupadas que le había dado, y de las veces que lo había arrebatado la tempestad. Un pequeño guijarro redondo y liso en la boca le calma a uno los nervios, le refresca, burla el hambre, engaña a la sed. El agente se me acercaba, le molestaba mi lentitud. A él también le miraban desde las ventanas. Se oían risas. También en mí reía alguien. Tomé mi pierna enferma entre las manos y la hice pasar por encima de la armazón de la bicicleta. Me marché. Había olvidado dónde iba. Me detuve para reflexionar sobre este asunto. Es difícil reflexionar mientras se anda en bicicleta, para mí al menos. Cada vez que intento hacerlo, pierdo el equilibrio y me caigo. Hablo en presente por lo fácil que resulta hablar en presente

cuando se trata del pasado. No le prestéis mucha atención, se trata de un presente mitológico. Ya me iba a liberar de mis humores en mis andrajos cuando recordé que no estaba bien hacer esto. Reanudé mi camino, camino del que solo sabía, en cuanto tal camino, que era únicamente una superficie clara u oscura, regular o llena de baches, pero siempre amada, a poco que pensara en ello, y amado este rumor del aparato que se desplaza y que cuando hace tiempo seco es saludado por una leve polvareda. De modo que, sin acordarme siquiera de haber salido de la ciudad, me encontré a la orilla del canal. El canal cruza la ciudad, ya lo sé, ya lo sé, si hasta hay dos. Pero entonces, ¿aquellos setos, aquella campiña? Molloy, no te atormentes. De pronto me acuerdo, era la pierna derecha la que tenía paralizada, en aquel tiempo. Vi avanzar hacia mí, en la otra orilla, una yunta de asnillos grises recorriendo trabajosamente el largo camino de sirga, y oí gritos de ira y golpes sordos. Puse pie en tierra para ver mejor la gabarra que se acercaba, tan lentamente que ni siquiera el agua se rizaba a su paso. Llevaba un cargamento de tablones y clavos, destinados sin duda a algún carpintero. Mi mirada se cruzó con la de un asno, y la bajé hacia sus pasos delicados y vigorosos. El piloto apoyaba el codo en la rodilla y la cabeza en la mano. Cada tres o cuatro bocanadas, sin quitarse la pipa de la boca, escupía en el agua. El Sol ponía en el horizonte sus colores de azufre y de fósforo. Yo avanzaba hacia ellos. Finalmente me apeé, llegué a saltitos hasta la zanja y me acosté en ella, al lado de mi bicicleta. Me acosté cuan largo soy, los brazos en cruz. El espino blanco pendía sobre mí, lástima que no me guste el olor del espino blanco. En la zanja la hierba era alta y espesa, me quité el sombrero y me rodeé el rostro de largos y frondosos tallos. Sentí entonces la tierra, su olor estaba en la hierba que mis manos entrelazaban sobre el rostro hasta cegarme. Comí también un poco de hierba. Ahora me acuerdo, tan repentina e inexplicablemente como de mi nombre, de que había salido para ver a mi madre la mañana de aquel día que tocaba a su fin. ¿Por qué razones? No me acordaba ya. Pero las conocía, creía conocerlas, bastaba con encontrarlas para salir volando hacia la casa de mi madre, jinete en las alas de gallina de la necesidad. Sí, a partir del momento en que se conoce el porqué todo resulta más fácil, un simple asunto de magia. Todo consiste en conocer la santidad, y cualquier tontaina puede consagrar su vida a este ideal. En cuanto a los detalles, si uno se interesa por ellos, no hay por qué desesperarse, podemos terminar llamando a la puerta adecuada del modo adecuado. Aunque para el conjunto parece que no hay ningún libro de fórmulas. Acaso no hay más conjunto que el póstumo. No hace falta ser muy listo para encontrar un calmante en la vida de los muertos. Entonces, ¿qué espero para conjurar la mía? Ya llega, ya llega, desde aquí estoy oyendo el estertor que, aunque no sea yo quien lo exhale, va a sumirlo todo en la calma. Mientras, es inútil saber que estoy difunto, no lo estoy, me voy retorciendo todavía, los cabellos crecen, se alargan las uñas, se vacían las entrañas, han muerto todos los enterradores.

Alguien, quizá uno mismo, ha descornado las cortinas. Ni el más leve ruido. ¿Dónde están las moscas de las que tanto nos habían hablado? Hay que rendirse a la evidencia, no soy yo el muerto, sino todos los demás. De modo que me levanto para ir a ver a mi madre, que aún se cree con vida. Estas son mis impresiones. Pero ahora tengo que salir de esta zanja. De buena gana desaparecería en ella, hundiéndome cada vez más bajo el influjo de las lluvias. Probablemente volveré algún día a esta zanja o a otra parecida, para esto me fío de mis piernas, del mismo modo que estoy seguro de que algún día volveré a encontrarme con el comisario y sus secuaces. Y si he cambiado demasiado para reconocerlos y no llego a precisar que son los mismos, no os dejéis engañar por ello, serán los mismos aunque hayan cambiado. Pues conocer a una persona, conocer un lugar, iba a decir conocer una hora, pero no quisiera ofender a nadie, y luego no darle ningún papel más en la vida de uno, es como si, no sé cómo decirlo. No querer decir, no saber lo que se quiere decir, no poder decir lo que se cree querer decir, y decirlo siempre, o casi, esto es lo que importa no perder de vista, en el calor de la redacción. Aquella no fue una noche como las demás, si lo hubiera sido me daría cuenta. Pues cuando intento pensar en aquella noche que pasé al borde del canal, no encuentro nada, no hay noche propiamente dicha, solamente Molloy en la zanja, y un silencio absoluto, y en mis párpados cerrados la pequeña noche en la que nacen, llamean y se extinguen manchas de claridad, alternativamente vacías y pobladas, como llama de excrementos de santos. Hablo de una noche, pero quizá fueron varias. Traicionemos, traicionemos al pensamiento traidor. Pero la mañana, una mañana, ahora me acuerdo, aquella mañana ya avanzada, y el sueñecito que descabecé según mi costumbre, y la nueva sonoridad del espacio, y el pastor que me miraba dormir y ante cuyos ojos se abrieron los míos. A su lado un perro jadeante, que me miraba también, aunque con menos fijeza, ya que de vez en cuando se detenía para mordisquearse furiosamente, probablemente en los lugares donde las garrapatas le imponían su tributo. ¿Me tomaba por un carnero negro enredado en las zarzas y esperaba una orden de su amo para sacarme de allí? No creo. No huelo a carnero, me gustaría oler a carnero o a macho cabrío. Al despertarme, distingo con bastante claridad las primeras cosas que se ofrecen a mi mirada, y si no son demasiado difíciles hasta llego a comprenderlas. Luego empieza a caer sobre mi cabeza y mis ojos una lluvia fina, como lanzada por una regadera. Esto es lo importante. De modo que me di cuenta inmediatamente de que lo que tenía delante era un pastor y su perro, mejor dicho, por encima de mí, ya que no habían salido del camino. Y también identifiqué sin dificultad los balidos del rebaño, inquieto al no sentirse ya hostigado. Esta es igualmente la hora en que el sentido de las palabras me resulta menos oscuro, así que dije, muy seguro y tranquilo: «¿Adónde los lleva usted, a pacer o al matadero?» Yo debía haber perdido totalmente el sentido de la orientación, como si la orientación pintara aquí algo. Pues incluso en la hipótesis de que se dirigiera a la

ciudad, ¿por qué no podía dar un rodeo, o salir por otra puerta, en dirección a los pastos más tranquilos? Y sí es que se alejaba, esto tampoco significaba nada, pues no hay mataderos solamente en las ciudades, los hay en todas partes, cada matarife tiene su matadero y el derecho a matar según las propias necesidades. Pero, ya porque no me comprendió, ya porque no quiso responderme, no me respondió, y se marchó sin decir palabra, sin decirme palabra a mí por lo menos, porque sí que habló a su perro, que le escuchó atentamente, las orejas erguidas. Yo me puse de rodillas, no, no fue así, me puse en pie y mire alejarse a la pequeña caravana. Oí silbar al pastor, y le vi hacer molinetes con su bordón, y vi al perro que se ocupaba del ganado, expuesto a todas luces, sin su vigilancia, a precipitarse en el canal. Todo ello a través de una polvareda centelleante, y poco después a través de esta llovizna que cada día me entrega a mí mismo y me oculta lo demás y me oculta a mí mismo. Se calmaban los balidos, ignoro si debido a que los carneros estaban menos inquietos, o a su progresivo alejamiento, o a que yo los oía peor, lo que me sorprendería, porque siempre he tenido el oído bastante fino, apenas un poco embotado al amanecer, y aunque a veces paso horas sin oír nada se debe a razones que ignoro, o porque quizá todo lo que me rodea se sume verdaderamente en el silencio, de vez en cuando, mientras que para los justos nunca cesa el mundanal ruido. Y así empezó aquella segunda jornada, salvo que fuera la tercera o la cuarta, y empezó mal, porque introdujo en mí una perplejidad de gran alcance respecto al destino de los carneros, entre los cuales había corderos, y me preguntaba con frecuencia si habrían llegado finalmente a alguna dehesa o habrían caído con el cráneo roto, con un roce de sus patas flacas, primero de rodillas, luego apoyados sobre el flanco lanudo, bajo la maza del matarife. Pero no vayáis a creer, las pequeñas perplejidades tienen también su lado bueno. Qué país rural, Dios mío, cuadrúpedos por todas partes. Y no solo estos, sino también los caballos y las cabras, para no mencionar a otros. Los siento al acecho, dispuestos a cruzarse en mi camino, de lo cual no tengo ninguna necesidad. Pero a todo esto yo no perdía de vista mi objetivo inmediato, a saber, ir a ver a mi madre lo más rápidamente posible, y de pie desde dentro de la zanja invocaba las muchas y buenas razones que tenía para ello. Y si bien yo era capaz de hacer muchas cosas sin saber lo que iba a hacer hasta que estaba ya hecho, y no siempre, ir a ver a mi madre no era una de estas cosas. Mis pies nunca me conducían a casa de mi madre sin haber recibido desde arriba una orden terminante en tal sentido. El tiempo era delicioso, delicioso, cualquier otro se habría alegrado en mi lugar. Pero yo no tengo por qué alegrarme de que haga sol y me abstengo siempre. Maté al Egeo, sediento de luz y calor, el Egeo se mató hace tiempo dentro de mí. Las sombras pálidas de los días lluviosos respondían mejor a mi temperamento, no, me expreso mal, a mi humor tampoco, no tenía temperamento ni humor, hace tiempo que los perdí. Bueno, quizá lo que quiero decir sea que las pálidas sombras, etc., me ocultaban mejor, sin

parecerme por ello especialmente agradables. Mimético a pesar mío, este es Molloy, desde cierto punto de vista. Y en invierno me envolvía, bajo el abrigo, con tiras de papel de periódico, y no me las quitaba hasta que despertaba la tierra, hasta que despertaba realmente, en abril. El Suplemento Literario del *Times* era excelente a tal efecto, de una solidez e impermeabilidad a toda prueba. Ni los pedos lo rompían. Qué voy a hacerle, suelto ventosidades a cada paso, de modo que alguna alusión he de hacer de vez en cuando al asunto, pese a la lógica repugnancia que me inspira. Un día conté mis gases. Trescientos quince en diecinueve horas, lo que da una media de más de dieciséis pedos por hora. Lo cual no es mucho. Cuatro pedos cada cuarto de hora. Total, nada. Ni un pedo cada cuatro minutos. Es increíble. Vaya, vaya, soy un pedorrero de pacotilla, he hecho mal en decir otra cosa. Resulta extraordinario cómo las matemáticas ayudan a conocerse a sí mismo. Por otra parte el problema climático carecía de interés para mí, me adaptaba al viento que soplara. Me limitaré por tanto a añadir que en aquella región solía brillar el Sol por la mañana hasta las diez o diez y media, momento en que el cielo se cubría y empezaba a caer la lluvia, ininterrumpidamente, hasta la noche. Entonces salía el Sol y se ponía, la tierra empapada destellaba un instante, luego se oscurecía su resplandor. De modo que monté de nuevo en mi bicicleta, con una chispa de inquietud en el embrutecido corazón, como el canceroso obligado a consultar a un dentista. Porque ignoraba si seguía el buen camino. Normalmente, todos los caminos eran buenos para mí. Pero para ir a ver a mi madre solo había un buen camino, el que llevaba a su casa, o uno de los que llevaban a su casa, porque no todos los caminos llevaban a su casa. Yo no sabía si estaba siguiendo uno de los buenos caminos y eso me molestaba, como lo hace toda llamada a la vida. Juzguen ustedes, pues, cuál no sería mi alivio cuando, a cien pasos ante mí, vi surgir las murallas familiares. Una vez que las hube franqueado, me encontré en un barrio para mí desconocido, pese a conocer la ciudad a la perfección, pues había nacido en ella y no había conseguido alejarme nunca —tal era la atracción que, ignoro por qué causa, ejercía sobre mí— más de quince o veinte millas. De modo que estaba a punto de preguntarme si me hallaba realmente en mi ciudad, aquella en que había visto la noche y que encerraba aún a mi madre en alguna parte. O si más bien, por alguna falsa maniobra, había venido a caer en otra ciudad de la que ni el nombre conocía. Porque yo no conocía otra ciudad que mi ciudad natal, ni había puesto nunca los pies en ninguna otra. Pero había leído con atención, cuando aún sabía leer, libros de viajeros más afortunados que yo, donde se hablaba de otras ciudades tan hermosas como la mía, y hasta puede que más hermosas, aunque con otro tipo de belleza. Y busqué en mi memoria el nombre de esta única ciudad que conocía, con la intención, en cuanto hubiera dado con él, de pararme y decirle a un transeúnte, quitándome el sombrero: «Dispense, señor: ¿haría el favor de decirme si estamos en X?», pongo por caso. Me parecía que el nombre en cuestión empezaba

por B o P, pero a pesar de tal indicio, o tal vez a causa de ser falso, las otras letras se me seguían resistiendo. Hacía tanto tiempo que vivía alejado de las palabras, haceos cargo, que me bastaba, por ejemplo, con ver mi ciudad, ya que estamos hablando de mi ciudad, para que me fuese imposible, ustedes se harán cargo. Bueno, es demasiado difícil para mí decirlo. Del mismo modo la sensación de mi personalidad se envolvía de un anonimato a veces impenetrable, como espero haber demostrado. Y así sucesivamente con las demás cosas que se burlaban de mis sentidos. Sí, incluso en aquel tiempo, cuando todo empezaba ya a difuminarse, partículas y ondas, la condición del objeto era ya carecer de nombre, y a la inversa. Ahora digo esto, pero en el fondo, ¿qué puedo saber de aquella época ahora, cuando granizan sobre mí palabras glaciales de sentido y el mundo muere así, indignamente, pesadamente nombrado? Sé lo que saben las palabras y las cosas muertas, y todo ello forma una pequeña y bonita suma, con un comienzo, una mitad y un final, como en las frases bien construidas y en la larga sonata de los cadáveres. Y no tiene mucha importancia que diga esto u otra cosa. Decir es inventar. Sea falso o cierto. No inventamos nada, creemos inventar, evadirnos, cuando en realidad nos limitamos a balbucear la lección, los restos de unos deberes escolares aprendidos y olvidados, la vida sin lágrimas, tal como la lloramos. Y a la mierda. Veamos. Incapaz de recordar el nombre de mi ciudad, tomé la resolución de detenerme al borde de la acera, en espera de un transeúnte de aspecto agradable e instruido, para quitarme el sombrero y decirle con mi mejor sonrisa: «Dispense, señor, perdone, señor, por favor, ¿cómo se llama esta ciudad?» Pues una vez pronunciada la palabra, yo recordaría si era o no la palabra que había estado buscando en mi memoria. Con lo cual sabría de una vez a qué atenerme. Un absurdo y desgraciado percance impidió que ejecutara esta resolución, tomada mientras iba pedaleando. Pues mis resoluciones tenían la particularidad de que una vez tomadas surgía un incidente incompatible con su puesta en práctica. Sin duda hay que atribuir a esto que ahora tome muchas menos resoluciones que en la época a que me refiero y que entonces tomara menos que algún tiempo atrás. Pero a decir verdad (¡ha decir verdad!) nunca me he distinguido por ser particularmente resuelto, quiero decir dispuesto a tomar resoluciones, sino más bien dispuesto a hundirme con la cabeza gacha en la mierda, sin saber quién se me estaba cagando encima ni de qué lado me convenía recostarme. Pero tampoco esta predisposición me procuraba muchas satisfacciones, y aunque nunca he llegado a liberarme de ella, no vayáis a creer que no lo haya intentado. El hecho es, según parece, que a lo máximo que puede aspirar uno es a ser al final algo menos de lo que era al principio, y así sucesivamente. Pues apenas había establecido mentalmente mi plan, cuando me di de manos a boca con un perro, según supe más tarde, y caí al suelo, torpeza tanto más imperdonable cuanto que el perro, atado con un lazo, no estaba en la calzada, sino en la acera, paseando juiciosamente al lado de su dueña. Hay que tomar las precauciones

con precaución, ocurre como con las resoluciones. Aquella señora debía creer que no dejaba nada al azar, en lo que respecta a la seguridad de su perro, cuando lo que hacía en realidad era desafiar a toda la naturaleza, como yo con mis disparatadas pretensiones de poner algo en claro. Pero en vez de humillarme, haciendo valer mi avanzada edad y mis defectos físicos, agravé mi situación con una intentona de huida. No tardé en ser alcanzado por una jauría de justicieros de ambos sexos y de todas las edades, ya que divisé barbas blancas y caritas casi en plena edad de la inocencia, y ya se disponían a hacerme picadillo cuando intervino la señora. Vino a decir en resumen, según me dijo más tarde y yo creí: «Dejad en paz a este pobre viejo. Desde luego mató a Teddy, a quien amaba como a mi propio hijo, pero la cosa no es tan grave como parece, porque precisamente le llevaba a casa del veterinario, para que pusiera término a sus sufrimientos. Porque Teddy era viejo, sordo, ciego, baldado por el reuma y se hacía sus necesidades encima a cada paso, día y noche, tanto en casa como en el jardín. De modo que este pobre viejo me ha evitado un itinerario penoso, para no hablar de un gasto que no tengo muchos recursos para sufragar, pues mi único medio de subsistencia es la pensión de guerra de mi querido difunto, muerto por lo que llaman su patria, de la que en vida no obtuvo provecho alguno, solo afrentas y bastonazos a discreción». La aglomeración empezaba ya a disiparse, había pasado el peligro, pero la señora no paraba el carro. «Me objetarán ustedes — prosiguió— que ha obrado mal al darse a la fuga, que hubiera debido presentarme sus excusas, darme explicaciones. De acuerdo. Pero salta a la vista que no está totalmente en sus cabales, por razones que ignoramos y que quizá nos avergonzarían a todos, caso de conocerlas. Llegó a preguntarme incluso si se habrá dado cuenta de lo que ha hecho». Aquélla voz monótona originaba tal hastío, que ya me disponía a proseguir mi camino cuando apareció ante mi vista el indispensable sargento de Policía. Dejó caer pesadamente sobre el manillar de mi bicicleta su manaza roja y velluda, lo noté por mí mismo, y, según parece, sostuvo con la señora la siguiente conversación: «Al parecer, este individuo ha aplastado a su perro, señora». «Exactamente, ¿y qué?» No, renuncio a transcribir aquel diálogo estúpido. Me limitaré a decir que también el sargento de Policía terminó dispersándose, espero no emplear una palabra demasiado fuerte, refunfuñando, seguido por los últimos mirones que habían perdido ya toda esperanza de que las cosas se me pusieran feas. Pero de pronto se volvió y dijo: «Llévese a su perro inmediatamente». Como ya era libre de partir, adopté la posición de partida. Pero la señora, una tal señora Loy, más vale decirlo cuanto antes, o Lousse, ya no me acuerdo, un nombre de pila que sonaba como Sofia, me retuvo, cogiéndome los faldones y diciendo, en el supuesto de que la última frase fuera igual que la primera: «Señor, le necesito». Y me figuro que al ver en mi expresión, siempre reveladora, que la había comprendido, debió de decirse: «Si ha comprendido esto puede comprender lo demás». Y no andaba equivocada, pues al cabo de un rato me

encontraba en posesión de algunas ideas o puntos de vista que solo podían provenir de ella, a saber, que, ya que había matado a su perro, tenía que ayudarla a llevarlo a su casa y enterrarlo, que ella no quería querellarse por lo que yo le había hecho, pero que no siempre uno deja de hacer lo que quiere, que yo le resultaba simpático pese a mi aspecto repugnante y que sería para ella un placer el ayudarme, y no sé cuántas cosas más. Conque, al parecer, yo también la necesitaba a ella. Ella me necesitaba para que la ayudase a hacer desaparecer a su perro y yo la necesitaba no sé para qué. Sin duda me dijo los motivos, pues se trataba de una insinuación que no podía pasar decorosamente por alto como había pasado decorosamente por alto lo anterior, y no vacilé en decirle que yo no la necesitaba ni a ella ni a nadie, bueno, quizá decir esto era un poco exagerado, porque necesitaba a mi madre, porque si no la necesitaba, ¿a qué venía aquel empeño en ir a verla? Esta es una de las razones que me impulsan a hablar lo menos posible. Y es que siempre digo demasiado o demasiado poco, lo que me apena, pues soy muy amante de la verdad. Y no voy a dejar este asunto, sobre el cual no podré volver ya nunca más, tantos son los nubarrones que se acumulan, sin hacer la siguiente curiosa observación, que a veces, cuando aún hablaba, me ocurría que decía demasiado creyendo decir demasiado poco, o demasiado poco creyendo decir demasiado. Quiero decir que, a la larga, si se pensaba en ello, pecaba en mis palabras por exceso cuando creía haber pecado por defecto, y al revés. Curiosa inversión, ¿verdad?, operada por el simple transcurso del tiempo. En otras palabras, dijera lo que dijese, nunca era suficiente o demasiado poco. Dijera lo que dijese, no me callaba, eso es, no me callaba. Divino análisis, cómo nos ayudas a conocernos a nosotros mismos y, si nos conocemos a nosotros mismos, a nuestros semejantes. Porque al decir que no necesitaba a nadie no estaba diciendo demasiado, sino una ínfima parte de lo que hubiera debido decir, no hubiera sabido decir, hubiera debido callar. ¡Necesidad de mi madre! Sí, era realmente inefable la ausencia de necesidad en que yo perecía. De modo que debió decirme, me refiero nuevamente a Sofía, las razones por las que tenía necesidad de ella, ya que me había permitido llevarle la contraria sobre el particular. Y pensando un poco, supongo que me acordaría de estas razones, pero no seré yo quien se tome este trabajo. Pero ya estoy harto de aquel bulevar, sí, debía tratarse de un bulevar, y de aquellos hombres justos que pasaban, de aquellos policías al acecho, de aquellos pies, de aquellas manos, pisando, cargando, defraudadas en sus ansias de golpear, de aquellas bocas que solo se aullaban a sabiendas, de aquel cielo que se ponía a chorrear, estoy harto de encontrarme fuera, cercado, visible. Un señor removía el perro con la punta de su bastón de junquillo. Era un perro enteramente amarillo, sin duda bastardo, aunque no sé distinguir muy bien entre perros bastardos y de raza. Supongo que se hizo menos daño al morir que yo al caer. Y además estaba muerto. Lo atravesamos en el sillín de la bicicleta y partimos no sé cómo, supongo que ayudándonos los unos a los otros a sostener el

cadáver, a hacer avanzar a la bicicleta, a avanzar nosotros mismos por entre la chocarrera multitud. La casa de Sofia, no, no puedo llamarla así, voy a tratar de llamarla Lousse, simplemente Lousse, la casa de Lousse no estaba lejos. Tampoco estaba cerca, llevé la cuenta durante el recorrido. Bueno, no la llevé. Uno cree llevar la cuenta, pero en realidad casi nunca la lleva. Creía haberla llevado porque sabía que llegábamos, si hubiera debido recorrer una milla más no habría llevado la cuenta hasta una hora más tarde. Así somos. ¿Tendré que describir la casa? No creo. De momento, lo único que sé es que no voy a hacerlo. Quizá más tarde, según me vaya introduciendo. ¿Y Lousse? Es difícil describirla. De modo que empecemos por enterrar al perro lo más rápidamente posible. Ella se encargó de cavar la fosa, al pie de un árbol. No sé por qué será, pero a los perros se les entierra siempre al pie de un árbol. Bueno, es mi teoría. Cavó ella la fosa porque yo, aunque hubiera debido por ser el caballero, no habría podido a causa de mi pierna. Mejor dicho, hubiera podido cavarla con un desplantador, pero no con una pala. Porque cuando se cava con una pala, siempre hay una pierna que soportar el peso del cuerpo mientras que la otra, tendiéndose y plegándose, hunde la pala en tierra. Ahora bien, mi pierna enferma, no recuerdo cuál, pero poco importa para el caso, no me permitiría desempeñar la segunda función, pues estaba rígida, ni la primera, porque no habría podido soportar el peso. De modo que solo disponía, por así decirlo, de una pierna, moralmente era unipiernista y hubiera vivido más ágil y feliz si me la hubieran amputado a altura de la ingle. Y tampoco me hubiera opuesto a que de paso me quitaran algunos testículos. Porque mis testículos, boleándose a medio muslo pendientes de un delgado cordón, no me servían ya de nada, tanto más cuanto que ya no quería que me sirvieran, sino ver desaparecer a esos testigos de cargo y de descargo de mi larga acusación. Porque me acusaban de haberlos manoseado, y al mismo tiempo se alegraban, desde el fondo de su bolsa reventada, el derecho más bajo que el izquierdo, o al revés, ya no me acuerdo, fenómenos de circo. Y, lo que es más grave, me molestaban para caminar y para sentarme, como si no tuviera ya bastante con mi pierna enferma, y cuando montaba en bicicleta iban golpeando con todo. Así que tenía interés en que desaparecieran y me habría encargado yo mismo de que ocurriera, con un cuchillo o unas tijeras de podar, a no ser por el temor, que me sobrecogía, al dolor físico y las llagas infectadas. Sí, toda mi vida la he pasado bajo el terror de las llagas infectadas, yo que era tan ácido que no me infectaba nunca. Mi vida, mi vida, tan pronto hablo de ella como de algo ya terminado como de una tomadura de pelo que dura todavía, y hago mal, pues ha terminado y dura todavía, pero ¿con qué tiempo gramatical del verbo podría expresar esta situación? Reloj que el relojero entierra después de volverlo a montar, y cuyos engranajes torcidos hablarán un día de Dios a los gusanos. Pero en el fondo debía sentir cierta debilidad por mis cojones, como otros por sus cicatrices o por el álbum de fotos de su abuela. Aunque de todos modos no eran ellos

quienes me impedían cavar, sino mi pierna. Así que Lousse cavó la fosa mientras yo sostenía el perro en brazos. Ya estaba frío y rígido, pero aún no hedía. Oía mal, si nos empeñamos, pero como puede oler mal un perro viejo, no como un cadáver. Él también había cavado agujeros en vida, quién sabe si en aquel mismo lugar. Lo enterramos tal como estaba, sin ninguna clase de caja o envoltorio, como a un cartujo, pero con su lazo y su collar. Fue ella quien lo colocó en el agujero, porque yo no puedo inclinarme, ni arrodillarme, a causa de mi dolencia, y si alguna vez, olvidando mi personaje, me inclino o me arrodillo, no os dejéis engañar, no seré yo, será otro. Lo único que yo habría podido hacer hubiera sido tirarlo al agujero, cosa que hubiera hecho de buena gana. Sin embargo, me abstuve. ¡Qué de cosas haría uno de buena gana, sin entusiasmo, claro está, pero de buena gana, y sin ninguna razón aparente para no hacerlas, y sin embargo no las hace! ¿Habría que poner en duda la libertad humana? Es una cuestión que debe someterse a examen. Pero, en suma, ¿cuál fue mi contribución a aquel entierro? Fue ella quien cavó la fosa y la volvió a rellenar después de haber colocado al perro. De modo que yo desempeñaba un papel de mero espectador. Contribuía al acto con mi presencia. Como si hubiera sido mi propio entierro. Y lo era. Era un alerce. Es el único árbol que puedo identificar con certeza. No deja de ser curioso que eligiera para enterrarle el único árbol que puedo identificar con certeza. Las hojas acicaladas color verde agua parecen de seda y están salpicadas, creo, de puntitos rojos. El perro tenía garrapatas bajo las orejas, en esas cosas me fijo mucho, y fueron enterradas con él. Cuando Lousse terminó de cavar me pasó la pala y se recogió. Creí que iba a llorar, era un buen momento, pero en cambio se echó a reír. Quizá era su forma de llorar. O a lo mejor me equivocaba yo y lo que hacía era llorar, bajo la apariencia de reír. Nunca me he aclarado muy bien en eso de la risa y el llanto. No volvería a ver más a su Teddy, que había amado como a un hijo. Me pregunto por qué, ya que estaba evidentemente decidida a enterrar al perro en su casa, no había hecho venir al veterinario. ¿Iba realmente a casa del veterinario cuando nuestros caminos se cruzaron? ¿O lo había afirmado únicamente con objeto de atenuar mi culpabilidad? Ciertamente que las visitas a domicilio cuestan más caras. Me hizo pasar al salón y me dio comida y bebida, muy buena por cierto. Pero, desafortunadamente, no me gustaban la buena comida ni la buena bebida. Aunque sí me gustaba emborracharme. Si vivía en la escasez, no saltaba precisamente a la vista. La escasez la noto en seguida. Viendo lo que me costaba mantenerme de pie, se apresuró a ofrecerme una silla para mi pierna tiesa. Mientras me iba atendiendo pronunciaba discursos de los que apenas comprendía nada. Me quitó el sombrero con sus propias manos y se alejó con él, para colgarlo en alguna parte, sin duda de una percha, y pareció asombrarse mucho al ver su impulso detenido por el cordón. Tenía un papagayo, muy bonito, de los más preciados colores. Le comprendía mejor. No quiero decir que le comprendiera a él mejor que ella, quiero decir que le comprendía

mejor que a ella. Decía de vez en cuando «Putita del coño de la mierda cagada». Debía de haberlo aprendido de su anterior propietario. Los animales cambian muchas veces de dueño. No decía gran cosa más. Sí, decía también: «¡Fuck!» Vete saber quién le había enseñado a decir ¡fuck! A lo mejor lo había aprendido solo, no me sorprendería. Lousse intentaba enseñarle a decir: «¡Pretty Polly!» Me parece que era demasiado tarde para eso. Escuchaba, con la cabeza ladeada, reflexionaba, y luego decía: «Putita del coño de la mierda cagada». Hay que reconocer que ponía buena voluntad. A él también le enterraría Lousse un día u otro. Probablemente en su jaula. A mí también me hubiera enterrado, si llego a quedarme. Si tuviera su dirección le escribiría, para que me viniera a enterrar. Me dormí. Me desperté en una cama, desvestido. Había llegado durante mi sueño al impudor de limpiarme, a juzgar por el hedor que había dejado de despedir. Me dirigí a la puerta. Cerrada con llave. A la ventana. Barrotes. Aún no había anochecido del todo. ¿Qué queda por probar, después de la puerta y la ventana? Tal vez la chimenea. Busqué mis vestidos. Encontré un interruptor y lo pulsé. Sin resultado. Vaya, qué situación. Todo ello me dejaba bastante indiferente. Encontré mis muletas apoyadas en un sillón. Sin duda el lector se extrañará de que yo hubiera podido efectuar sin su ayuda los movimientos anteriormente indicados. Me extraña. Al despertar no siempre me acuerdo de quién soy. Encontré en una silla un orinal blanco con un rollo de papel higiénico en su interior. No olvidaban detalle. Describo aquellos instantes con cierta minuciosidad, porque pienso que me alivia de lo que se está avecinando. Acerqué el sillón a una silla, me senté en el sillón, tendí en la silla mi pierna tiesa. La habitación estaba llena a rebosar de sillas y sillones, pululaban a mi alrededor en la oscuridad. También abundaban los veladores, taburetes, cómodas, etc. Extraña impresión de zozobra disipada con el día, que iluminó también la araña de cristal, porque había dejado prendido el contacto. Pasando una mano angustiada por mi rostro, eché a faltar algunos pelos. Habían afeitado mis restos de barba. ¿Cómo había podido mi sueño resistir a tantas familiaridades? Y con lo ligero que solía tenerlo. Encontré varias respuestas a tal pregunta. Pero no sabía cuál era la acertada. Quizá ninguna. Yo no tengo realmente barba más que en el mentón y el pescuezo. Donde a otros les crecen tan lozanas pelambres a mi no me crece nada. Me habían recortado la barba, en resumen. Puede que también me la hubieran teñido, nada probaba lo contrario. Hundido en el sillón, creía estar desnudo, pero me di cuenta de que llevaba un camisón extremadamente ligero. Aunque hubieran entrado para anunciarme que me ejecutaban al amanecer, lo habría encontrado natural. Si seré imbécil. También me parecía que me habían perfumado, quizá con espliego. No distingo muy bien los perfumes. Me dije a mí mismo: «Si tu pobre madre pudiera verte». Me gustan bastante los tópicos. Mi madre me parecía muy lejana, y sin embargo estaba un poco más cerca de ella que las noches anteriores, si mis cálculos eran exactos. Pero, ¿eran exactos? Si estaba en la

ciudad adecuada, había progresado. ¿Pero estaba en la ciudad adecuada? Si en cambio estaba en otra ciudad de la cual mi madre se hallaría inevitablemente ausente, había perdido terreno en vez de ganarlo. Debí haberme quedado dormido, porque en la ventana brillaba una enorme Luna. Dos barrotes la dividían en tres partes, la intermedia era constante de tamaño, mientras que poco a poco la derecha iba ganando lo que perdía la izquierda. Porque la Luna iba de izquierda a derecha o el cuarto iba de derecha a izquierda, o quizá los dos a la vez, las dos de izquierda a derecha, solo que el cuarto más despacio que la Luna, o de derecha a izquierda, solo que la Luna más despacio que el cuarto, si es que en tales condiciones puede hablarse de izquierda y derecha. Parecía indudable que estaban produciéndose movimientos de gran complejidad, y sin embargo, aparentemente, ¿qué más claro que aquel gran resplandor amarillo que bogaba lentamente detrás de los barrotes y era lentamente absorbido, hasta el eclipse, por la opacidad del muro? Y entonces su lento recorrido se inscribía en las paredes, bajo la forma de una claridad rayada de arriba abajo que por algunos instantes hicieron estremecer las hojas, si es que eran hojas, y que terminó por desaparecer también, dejándome sumido en la oscuridad. ¡Qué difícil es hablar comedidamente de la Luna! ¡Es tan estúpida! Debe de ser su culo lo que nos está exhibiendo todo el rato. Como pueden ver, hubo un tiempo en que me interesó la astronomía. No voy a negarlo. Después me ocupó bastante la geología. Luego la antropología me sirvió para cagar una temporadita, junto con las otras disciplinas, como la psiquiatría, que se entroncan con ella, se desentroncan y se vuelven a entroncar según los últimos descubrimientos. Lo que me gustaba en la antropología era su poder de negación, su empeño en definir al hombre, a ejemplo de Dios, en términos de lo que no es. Pero a este respecto yo nunca he tenido más que ideas muy confusas, porque conozco poco a los hombres y sé muy bien qué significa eso de ser. En fin, lo he probado todo. Correspondió por último a la magia el honor de aposentarse en mis escombros, y aún hoy, cuando me paseo por ellos, encuentro algún vestigio. Pero casi siempre se trata de un lugar sin límite ni plano donde incluso los materiales —y no digamos su disposición— me resultan incomprensibles. Y no sé qué es lo que está en ruinas ni, por consiguiente, si se trata de ruinas o de la inquebrantable confusión de lo eterno, si se dice así. En todo caso, es un lugar sin misterio, la magia lo ha abandonado, al encontrarlo sin misterio. Y aunque no voy a visitarlo de muy buena gana, quizá voy allí más a gusto que a otra parte, asombrado y tranquilo, iba a decir como en un sueño, pero no es esto, no es esto. Pero no es uno de esos lugares a los que uno va, sino que uno se encuentra en ellos, a veces sin saber cómo, sin ningún placer, y sin poder marcharse cuando uno quiere, pero quizá con menos molestia que en otros sitios de los que es posible alejarse a poco que uno se tome el trabajo, parajes misteriosos, poblados con los misterios habituales. Escucho y me oigo dictar un mundo paralizado en el momento de perder el equilibrio, bajo una

luz débil y tranquila sin más, suficiente para ver, ustedes comprenderán, y también paralizada. Y oigo murmurar que todo se dobla y cae, como bajo una pesada carga, pero aquí no hay carga, y también el Sol, poco adecuado para llevar cargas, y también la luz, hacia un final que parece que no va llegar nunca. Porque ¿qué fin podrían tener estas soledades donde nunca hubo verdadera claridad, ni equilibrio, ni simple tierra firme, sino perpetuamente estos objetos pendientes deslizándose en un derrumbamiento sin fin, bajo un cielo sin recuerdo de alborada ni esperanza de atardecer? Digo estos objetos, pero ¿qué objetos, venidos de dónde, formados de qué sustancia? Y parece que aquí nada se mueve, ni se ha movido nunca, ni se moverá nunca, salvo yo, que tampoco me muevo cuando estoy ahí, sino que miro y me hago ver. Sí, es un mundo acabado, pese a las apariencias, su fin le dio origen, empezó al acabar, ¿me expreso con bastante claridad? Y yo también estoy acabado, cuando me encuentro ahí, se me cierran los ojos, cesan mis sufrimientos y termino, doblado como no pueden hacerlo los vivos. Y si hubiera seguido escuchando aquel hálito lejano, callado hace tanto tiempo y que termino por escuchar, hubiera sabido todavía más cosas a este respecto. Pero no escucharé más, de momento, aquel hálito lejano, porque no me gusta, y hasta le temo. Pero no es un sonido como los demás, que se escuchan cuando uno quiere y muchas veces pueden hacerse cesar, alejándose o tapándose los oídos, sino que es un sonido que empieza de pronto a zumbear en la cabeza de uno, sin saber cómo ni por qué. Es la cabeza quien lo oye, las orejas no tienen nada que ver, y no hay modo de pararlo, se para cuando quiere. No tiene importancia que le preste atención o no, lo estaré oyendo siempre, ni un trueno podría ocultármelo antes de que quiera cesar. Pero no tengo ninguna obligación de hablar de él, ya que no es asunto mío. Y no es asunto mío, de momento. No, de momento mi asunto es terminar aquella historia de la Luna que quedó inacabada, si, ya sé que es este mi asunto. Y aunque lo terminaré peor que si estuviera en plena posesión de mis facultades, de todos modos voy a terminarlo lo mejor que pueda, o al menos eso creo. De modo que esta Luna, pensando en ella, me llenó súbitamente de estupor, de asombro si lo preferís. Si, pensaba en ella a mi modo, con indiferencia, en cierto sentido volvía a verla mentalmente, cuando un gran terror hizo presa en mí. Y juzgando que el asunto merecía cuando menos que le echara un vistazo, se lo eché, y no tardé en hacer, entre otros, el descubrimiento siguiente, solo tomaré en cuenta este, que aquella Luna llena y altiva que acababa de pasar ante mi ventana era la misma que había visto la víspera o la antevíspera, la antevíspera, frágil y primeriza, tendida de espaldas, nada, una viruta. Y yo me había dicho, vaya, ha esperado la Luna nueva para lanzarse por caminos desconocidos que conducen hacia el Sur, y, un poco más tarde, mira, mañana podría ir a ver a mamá. Porque, como suele decirse, todo funciona por obra del Espíritu Santo. Y si no mencioné esta circunstancia en su momento, fue porque no todo hay que mencionarlo en su momento, sino más bien

escoger entre las cosas que no merecen ser mencionadas y las que todavía lo merecen menos. Porque si quisiéramos mencionarlo todo no acabaríamos nunca, y lo que interesa es esto, acabar, acabar de una vez. Sí, ya sé que aunque me limite solo a mencionar algunas de las circunstancias presentes tampoco voy a acabar nunca, ya lo sé, ya lo sé. Pero siempre es cambiar de mierda. Y aunque todas lasmierdas se pareciesen (lo que es inexacto), no importaría nada, siempre va bien cambiar de mierda, ir un poco más lejos en la mierda, de vez en cuando, mariposear, en fin, como si fuéramos efímeros. Y aunque a veces nos equivocamos, quiero decir al dar cuenta de circunstancias que hubiera sido preferible callar y omitir otras, justificadamente si se quiere, pero cómo diría, sin razón, justificadamente, pero sin razón, como por ejemplo aquella Luna nueva, lo hacemos de buena fe, de la mejor fe. De modo que entre la noche pasada en el monte, la de los dos ladrones, aquella en que tomé la decisión de ir a ver a mi madre, y la noche presente, podía haber transcurrido más tiempo del que yo suponía, a saber, quince días completos aproximadamente. En tal caso, ¿qué se había hecho de estos quince días y dónde los había pasado? ¿Y cómo concebir la posibilidad, cualquiera que fuese su contenido, de incorporarlos al encadenamiento tan riguroso de incidentes que yo acababa de vivir? ¿No resultaba más interesante suponer, o bien que la Luna que había visto la antevíspera, lejos de ser Luna nueva como yo había creído, estaba entrando en plenilunio, o que la Luna vista desde casa de Lousse, lejos de estar en plenilunio, como me había parecido, entraba apenas en su primera fase, o bien, por último, que se trataba de dos lunas equidistantes de la Luna nueva y del plenilunio y tan parecidas en su curva que a simple vista resultaba difícil distinguirlas, y que todo lo que viniera a contradecir tales hipótesis sería solo humo e ilusión? De todos modos, gracias a estas consideraciones llegué a calmarme y a recobrar, ante las travesuras de la Naturaleza, aquella ataraxia que vale lo que vale. Y acudió nuevamente a mi espíritu, mientras me iba volviendo a vencer el sueño, la idea de que mis noches no tenían Luna y de que la Luna nada tenía que ver con mis noches, de modo que aquella Luna que acababa de ver cruzando a través de la ventana, evocándome otras noches, otras Lunas, nunca la había visto en realidad, me había olvidado de quién era (no me faltaban motivos) y había hablado de mí como hubiera podido hablar de otro, caso de tener absoluta necesidad de hablar de otro. Sí, me ocurre y me volverá a ocurrir olvidarme de quién soy y comportarme ante mi mismo al modo de un extraño. Entonces veo el cielo distinto y también la tierra se envuelve en unos falsos colores. Parece un descanso, pero no lo es en absoluto, me deslizo contento por la luz ajena, la que en otro tiempo hubiera debido ser mía, no voy a negarlo, y luego sobreviene la angustia del regreso, no os voy a decir adónde, no puedo, quizá a la ausencia, siempre hay que volver, no sé nada más, no es bueno estarse allí, tampoco está bien marcharse. Al día siguiente exigí que me devolvieran mis vestidos. El criado fue a informarse. Volvió con la

noticia de que los habían quemado. Seguí inspeccionando la habitación. Formaba a simple vista un cubo perfecto. Veía ramas a través del alto ventanal. Se agitaban suavemente, pero no siempre, a veces experimentaban bruscas sacudidas. Observé que la araña de cristal estaba encendida. Dije, mis vestidos, mis muletas. Me había olvidado de que mis muletas estaban ahí mismo, apoyadas en el sillón. El criado volvió a marcharse, dejando la puerta abierta. Más allá de la puerta divisé un ventanal, mayor que la puerta, cuyo marco rebasaba en todas direcciones, y opaco. El criado volvió y me dijo que habían enviado mis vestidos a la tintorería, para quitarles el brillo. Traía mis muletas, lo que hubiera debido sorprenderme, pero en cambio me pareció lo más natural del mundo. Tomé una y me puse a golpear con ella los muebles, pero no muy fuerte, justo lo bastante para hacer que cayeran al suelo sin llegar a romperlos. No había tantos como la noche anterior. La verdad es que más que golpearlos los empujaba, lo que hacía era dirigirles estocadas, cosa que no puede llamarse tampoco empujar, pero que se acerca más a empujar que a golpear. Pero, acordándome de quién era, arrojé mis muletas y me quedé inmóvil en el centro de la habitación, decidido a no suplicar nada más y a no volver a parecer enfurecido. Porque si quería mis vestidos, y parecía quererlos, esto no era razón bastante para simular que me enfurecía al rehusármelos. Y, solo otra vez, reanudé mi inspección del cuarto, y cuando ya iba a descubrirle nuevas propiedades, el criado regresó y me dijo que habían mandado a buscar mis vestidos y que dentro de poco los tendría. Pasó acto seguido a poner nuevamente en su sitio los muebles que yo había derribado, aprovechando para quitarles el polvo con un plumero que apareció súbitamente en su mano. Y no tardé en ayudarlo con mi mejor voluntad, para demostrar que no estaba enfadado con nadie. Y aunque, a causa de mi pierna tesa, no podía servirle de gran ayuda, de todos modos hice lo que pude, es decir, que me iba apoderando de los muebles según él los iba levantando y, con maniática minuciosidad, procedía a colocarlos de nuevo en posición correcta, retrocediendo con los brazos en alto para apreciar mejor el efecto, y precipitándome luego para llevar a cabo modificaciones imperceptibles. Y recogía los faldones de mi camión para dirigirles con ellos golpes petulantes. Pero tampoco en esta mímica pude mantenerme, y me quedé bruscamente inmóvil en el centro de la habitación. Viendo entonces que el criado se disponía a marcharse, avancé un paso hacia él y le dije: «Mi bicicleta». Y repetí esta frase hasta que pareció comprenderla. No sé a qué raza pertenecía el criado pequeño y carente de edad. Seguro que no era de la raza blanca. Quizá era un oriental, resulta impreciso, un oriental, un hijo de Levante. Llevaba pantalón blanco, camisa blanca y chaleco amarillo, parecía un gamo con botones dorados y sandalias. Es poco frecuente en mí advertir con tanta claridad qué atuendo llevan las personas, de modo que representa un placer proporcionales a ustedes tal ocasión. El fenómeno deberá atribuirse tal vez a que aquella mañana, por así decirlo, todo giraba en torno a vestidos, en torno a mis

vestidos. Y quizá, en resumen, venía a decirme, fijaos en este, tan tranquilo con su ropa, mientras que yo estoy flotando en un camisón ajeno, y probablemente de mujer, porque era rosa y transparente, adornado con cintas, blondas y encajes. En cambio, la habitación no la veía muy claramente, me parecía cambiada cada vez que reanudaba la inspección, lo cual, en el presente estado de cosas, equivale a no ver muy claramente. Hasta las ramas parecían cambiar de sitio, como dotadas de una velocidad de órbita propia, y la puerta ya no aparecía en el ventanal opaco, sino que se había desplazado ligeramente hacia la izquierda o hacia la derecha, ya no me acuerdo, hasta encuadrar un lienzo blanco de pared, sobre el que yo podía suscitar débiles sombras mediante determinados movimientos. No negaré que pueda haber explicaciones naturales para todos estos fenómenos, ya que, al parecer, infinitos son los recursos de la Naturaleza. Era yo quien no me hallaba lo bastante cercano al mundo natural para insertarme con comodidad en este orden de cosas y apreciar sus virtudes. Pero tenía por costumbre ver levantarse el Sol por el Sur y no saber ya adónde me encaminaba, ni de dónde salía, ni qué llevaba conmigo, tan inconsecuente y arbitrario era el desarrollo de las cosas. Reconocerán ustedes que ir a ver a la madre de uno en tales condiciones no es precisamente cómodo, menos cómodo que ir a casa de Lousse, sin quererlo, o a la comisaría, o a los demás lugares que sé que me aguardan. Pero como el criado me había traído mis vestidos, envueltos en un papel que desplegó en mi presencia, advertí que faltaba mi sombrero, ante lo cual exclamé: «¡Mi sombrero!» Y cuando comprendió lo que quería se largó y volvió poco después con mi sombrero. De modo que ya no faltaba nada, salvo el cordón para atar el sombrero al ojal, pero esto sí que me parecía imposible hacérselo comprender, de modo que renuncié. Un cordón viejo siempre puede encontrarse, no es eterno como lo son las ropas propiamente dichas. En cuanto a la bicicleta, tenía fundadas esperanzas de que me esperase abajo, en alguna parte, quién sabe si incluso ante la escalinata, dispuesta a llevarme muy lejos de aquellos horribles lugares. Y no acababa de ver qué interés podía yo tener en aludir nuevamente a ella, imponiéndonos a mí y al criado esta nueva prueba, si nos era posible evitarla. Estas consideraciones pasaron con cierta rapidez por mi espíritu. Revisé ante el criado los bolsillos —cuatro en total— de mis ropas, y advertí que su contenido no estaba completo. Eché especialmente en falta la piedra de succionar. Pero, con tal de saber buscarlas, nuestras playas abundan en piedras aptas para la succión, de modo que juzgué preferible no referirme a este asunto, sobre todo teniendo en cuenta que a lo más que podría aspirar sería a que al cabo de una hora de discusión regresara del jardín con una piedra completamente insuccionable. Esta decisión también la tomé ipso facto, por así decirlo. Y en cuanto a los demás objetos que habían desaparecido, para qué hablar de ellos, ya que no sabía exactamente de cuáles se trataba. Aparte de que quizá me los habían quitado en la comisaría, sin darme cuenta, o los había perdido al caerme o en cualquier otro

momento, quizá simplemente por haberlos tirado, porque de vez en cuando tenía un momento de despecho en el que tiraba lejos de mí todas mis pertenencias. De modo que más valía callarse. Sin embargo, me decidí a proclamar en voz alta que me faltaba un cuchillo, un magnífico cuchillo, y lo proclamé con tal acierto que conseguí que me dieran un hermoso cuchillo de cocina de los llamados inoxidables, pero rápidamente oxidado por mí, y que además se abría y cerraba, a diferencia de todos los cuchillos de cocina que yo había conocido, y tenía un seguro que no tardó en revelarse incapaz de asegurar cosa alguna, originándome innumerables heridas a lo largo de mis dedos apresados entre el mango de pretendida asta de Irlanda y la hoja roja de herrumbre y tan mellada que más que de heridas se trataba, a decir verdad, de contusiones. Y me detengo a hablar tan extensamente de aquel cuchillo porque creo que todavía lo conservo en alguna parte, entre mis posesiones, de modo que habiéndome referido extensamente a él ahora, ya no me será preciso hacerlo de nuevo cuando llegue el momento, si algún día llega, de establecer inventario de mis pertenencias, lo cual supondrá para mí un nuevo alivio, lo noto. Porque es natural que me extienda menos sobre lo que he perdido que sobre lo que no he podido perder. Y si a veces parezco no obedecer a este principio, es porque de vez en cuando lo pierdo de vista, como si nunca lo hubiera emitido. Es la observación de un demente, ya lo sé. Ya no soy casi consciente de lo que hago, ni por qué, cada vez lo voy comprendiendo menos, esta es la verdad, para qué iba a ocultarla y, ¿a quién?, ¿a ti a quien nada oculto? Y además la acción me llena de tal, no sé, no se puede expresar, para mí, ahora, después de tanto tiempo, ustedes se harán cargo, no voy a detenerme para indagar en virtud de qué principio. Y menos aún teniendo en cuenta que, haga lo que haga, es decir, diga lo que diga, siempre vendrá a ser de algún modo, de algún modo sí, lo mismo. Y qué le voy a hacer, si no hay principios y yo hablo de principios. En alguna parte los habrá. Y qué le voy a hacer si no es lo mismo comportarse siempre igual que actuar siempre según el mismo principio. Y además, ¿cómo saber si actuamos siempre según el mismo principio? ¿Y cómo tener ganas de saberlo? No, no vale la pena pararse a pensar en todo esto, y sin embargo uno lo hace, inconsciente de los valores. Y, por la misma razón, paso de largo ante lo que vale realmente la pena, o quizá por sentido común, sabiendo que toda esta historia de los valores no se ha hecho para uno, que no sabe bien lo que hace, ni por qué lo hace, y debe continuar ignorándolo bajo pena de, no sé de qué, me pregunto de qué, sí, me lo pregunto. Porque nunca he conseguido formarme la menor idea, lo cual nada tiene de extraño, ya que nunca lo he intentado, de que haya algo peor que lo que yo hago sin saber qué es ni por qué lo hago. Porque con lo que me conozco estoy seguro de que en cuanto supiera que hay algo peor me apresuraría a hacerlo. Aunque ya me basta con lo que tengo y lo que soy, y estoy también tranquilo sobre mis modestas aspiraciones de porvenir, ya que por el momento no parece que vaya a aburrirme. De modo que

entonces me vestí, tras haberme asegurado de que no se había producido ningún cambio en el estado de mi ropa, es decir, que me puse mi pantalón, mi abrigo, mi sombrero y mis zapatos. Mis zapatos. Me hubieran llegado hasta las pantorrillas de haber tenido yo pantorrillas, y medio se abotonaban, o se habrían abotonado de tener botones, medio se ataban, y creo que todavía tengo los cordones en alguna parte. Luego tomé las muletas y salí de la habitación. Todo el día se me había ido en estas nimiedades y ahora se hacía de nuevo la oscuridad. Al bajar por la escalera examiné la ventana que había visto a través de la puerta. Por esta ventana entraba en la escalera una luz desleída y violenta. Lousse estaba en el jardín, ocupada con la tumba de su perro. Sembraba hierba en ella, como si la hierba no creciese sola. Aprovechaba el fresco del anochecer. Al verme, se dirigió a mí cordialmente y me ofreció comida y bebida. Mientras reponía fuerzas, de pie, busqué mi bicicleta con la mirada. Lousse me hablaba. Rápidamente saciado, partí a la búsqueda de mi bicicleta. Lousse me siguió. Terminé por encontrar la bicicleta apoyada en un matorral que la ocultaba a medias. Tiré las muletas y tomé la bicicleta entre las manos, por el sillín y el manillar, con la intención de hacer girar unas cuantas veces las ruedas, hacia adelante y hacia atrás, antes de montar en ella y alejarme para siempre de aquellos lugares malditos. Pero por más empujones y tirones que di, las ruedas se negaban a girar. Se diría que los frenos estaban atascados, pero no era este el caso, porque mi bicicleta no tenía frenos. Y sintiéndome de pronto invadido por una gran fatiga, pese a hallarme en la hora de mi mayor vitalidad, volví a dejar la bicicleta apoyada en el matorral y me tendí en el suelo, sobre el césped, sin preocuparme por el rocío, nunca le temí al rocío. Fue aquel el momento en que Lousse, aprovechando mi desfallecimiento, se acurrucó a mi lado y empezó a hacerme proposiciones, a las que debo confesar que distraídamente presté atención, ya que no tenía otra cosa que hacer, e incluso no podía hacer otra cosa, y sin duda debía haberme puesto en la cerveza algún producto destinado a molificarme, a molificar a Molloy, de modo que, por así decirlo, yo no era más que una masa de cera en estado de fusión. Y de aquellas proposiciones, que Lousse enunciaba lentamente, repitiendo cada artículo varias veces, terminé por inducir lo que sigue y que constituye sin duda su esencia. Yo no podía impedir que ella sintiese simpatía hacia mí, ella tampoco. Me quedaría en su casa como si fuese la mía propia. Tendría comida, bebida, también tabaco si era fumador, todo ello gratuito, y mi vida transcurriría libre de preocupaciones. Vendría a reemplazar en cierto modo al perro que le había matado y que le hacía las veces de hijo. La ayudaría en trabajos del jardín o de la casa cuando yo quisiera, si quería. No saldría nunca a la calle, porque una vez en la calle no sabría cómo volver. Escogería el ritmo de vida que me gustara más, levantándome, acostándome y comiendo a las horas que quisiera. Si no me gustaba ir limpio, tener ropa decente, lavarme, etc., nadie me obligaría a ello. La apenaría, pero ¿qué era su pena al lado de la mía? Todo lo que ella pedía era sentirme

en su casa, a su lado y poder contemplar de vez en cuando aquel cuerpo extraordinario, en sus idas, venidas y descansos. Yo la interrumpía de vez en cuando, para preguntarle en qué ciudad nos encontrábamos. Pero ya porque no supo comprenderme, ya porque prefirió dejarme en la ignorancia, no daba respuesta a esta pregunta, y proseguía su discurso, insistiendo con infinita paciencia en lo que acababa de decirme, luego lentamente, suavemente, más tarde embarcándose en la exposición de las ventajas que derivarían para mí de fijar mi residencia en su casa y para ella del hecho de tenerme. Hasta que ya no existió nada más que aquella voz monótona, en la noche que se iba adensando y el olor de la tierra húmeda y de una flor muy perfumada que de momento no supe identificar, pero que identifiqué más tarde como la flor del espliego. Había arriates por todas partes, en aquel jardín, porque a Lousse le gustaba la flor del espliego, debió de decírmelo ella misma porque cómo iba yo a enterarme, le gustaba mucho más que todas las otras hierbas y flores, a causa de su olor, y también a causa de sus espigas y de su color. Y si hubiera conservado el sentido del olfato, el olor del espliego me haría pensar aún en Lousse, según el conocido mecanismo de las asociaciones. Y supongo que en cuanto maduraba, Lousse recogía aquel espliego, lo ponía a secar y confeccionaba los saquitos que introducía en sus armarios para perfumar los pañuelos, así como su ropa interior y su restante ropa blanca. Pero, sin embargo, de vez en cuando oía dar las horas en relojes y campanarios, cada vez más lentamente, luego muy breves de pronto, luego otra vez deprisa. Con lo que espero daros una idea del tiempo que dedicó a engatusarme, de su paciencia y de su resistencia física, ya que pasaba todo el rato agachada o arrodillada a mi lado, mientras que yo me quedaba tendido tranquilamente en el césped, ya boca arriba, ya boca abajo, ya de un lado, ya del otro. Y ella no paraba de hablar mientras que yo solo abría la boca para preguntar, de tarde en tarde, y cada vez más débilmente, en qué ciudad nos encontrábamos. Hasta que por fin, segura de haber ganado la partida, o simplemente consciente de que había hecho cuanto estaba a su alcance y de que insistir más no iba a servirle de nada, se levantó y se fue no sé adónde, porque yo me quedé donde estaba, a mi pesar, aunque no mucho. Porque en mí siempre ha habido, entre otros, dos payasos, el que solo aspira a quedarse donde está y el que imagina que un poco más lejos se encontraría mejor. De modo que, cualesquiera que fuese mi conducta, siempre hallaba razones que me asistían. Y cedía por turno a cada uno de aquellos tristes compadres para hacerles comprender su error. Y aquella noche no se trataba de Luna, ni de otra clase de luz, sino que fue una noche de escucha, dedicada a los imperceptibles rumores y susurros que agitan los jardines de las quintas de recreo durante la noche, formados del tímido coloquio de las hojas y los pétalos y el aire, que circula allí de modo distinto, más concentrado que en otros lugares, y de modo distinto también que durante el día, que permite vigilancias y estragos, y formados también de algo

indefinible, que no es ni el aire ni lo que mueve. Quizá es aquel rumor lejano, siempre idéntico, que produce la tierra y que los otros ruidos ocultan, pero no por mucho tiempo. Porque no hablan de aquel ruido que se oye cuando se escucha realmente, cuando todo parece callarse. Y había aún otro ruido, el de mi vida que era poseída por aquel jardín a caballo sobre la tierra de los abismos y de los desiertos. Sí, a veces no solo me olvidaba de quién era, sino de que era, me olvidaba de ser. Entonces ya no era aquel receptáculo herméticamente cerrado el que debía haberme conservado tan bien, sino que descendía un tabique y yo me llenaba de raíces y tallos, de rodrigones muertos hacía mucho tiempo y a punto de ser quemados, del asueto nocturno y la espera del Sol, y también del chirrido del planeta, de fuertes espaldas, porque caminaba hacia el invierno, que le liberaría de aquellas cortezas irrisorias. O bien yo era la calma precaria de aquel invierno, las nieves fundiéndose sin cambiar nada y el horror de volver a comenzar. Pero esto no era frecuente, la mayoría de las veces permanecía dentro de mi receptáculo, que no conocía ni estaciones ni jardines. Y era preferible. Pero allí dentro hay que ir con cuidado, plantearse preguntas, por ejemplo, si existimos aún y, caso de no existir, cuándo dejamos de existir y, caso de existir, cuánto tiempo vamos a durar todavía, cualquier cosa que sirva para que no perdamos el hilo del sueño. Yo me planteaba preguntas de muy buena gana, una tras otra, por el simple placer de su contemplación. No, no de buena gana, sino racionalmente, para crearme aún allí. Y sin embargo seguir allí no me servía de nada. A aquello le llamaba reflexionar. Reflexionaba casi sin interrupción, no me atrevía a detenerme. Quizá debía a esto mi inocencia. Estaba un poco marchita y como mordisqueada en los bordes, pero estaba contento de tenerla, sí, bastante contento. Muchas gracias, como me dijo una vez un chico al que le recogí una canica del suelo, no sé por qué, no tenía ninguna obligación de hacerlo y probablemente hubiera preferido recogerla él mismo. O quizá no fuera necesario recogerla. ¡Y qué esfuerzo me costó, a causa de mi pierna inválida! Aquellas palabras se inscribieron para siempre en mi memoria, sin duda porque las entendí de buenas a primeras, lo que en mi no es frecuente. No porque fuese duro de oído, porque tengo el oído bastante fino, y percibo quizá mejor que nadie los ruidos sin un sentido determinado. ¿De qué se trataba entonces? Quizá de un fallo del entendimiento, que solo resonaba si era percutido varias veces, o, si se prefiere, que resonaba, pero a un nivel inferior al raciocinio, si es posible concebir tal cosa, y es posible concebir tal cosa, puesto que yo la concibo. Sí, las palabras que oía, y las oía bastante bien, porque era bastante fino de oído, las oía la primera vez, e incluso a veces la segunda, y a menudo también la tercera, como puros sonidos, libres de toda significación, y probablemente era esta una de las razones de que conversar me resultara indescriptiblemente penoso. Y las palabras que yo pronunciaba y que casi siempre debían estar en relación con un esfuerzo de la inteligencia, me parecían a menudo el zumbido de un insecto. Lo cual

explica que yo fuese poco conversador, me refiero a esta dificultad que tenía no solo para comprender lo que decían los otros, sino también lo que yo les decía a ellos. Cierto que con un poco de paciencia nos llegábamos a comprender, pero respecto a qué, pregunto yo, y con qué finalidad. Y pienso que también reaccionaba a mi modo ante los rumores de la Naturaleza y las acciones humanas, sin deducir de ellos lección alguna. Y también mi ojo, el sano, debía de estar mal conectado, porque nombrada dificultosamente lo que se reflejaba, a menudo con nitidez, en él. Y aunque no llegaré a decir que veía el mundo al revés (lo cual sería demasiado simple), es cierto que lo veía de un modo exageradamente formal, sin ser por ello en absoluto artista o esteta. Y al tener solo un ojo en buen estado, no distinguía muy bien la distancia que me separaba del otro mundo, y a menudo alargaba la mano hacia cosas que se hallaban a todas luces fuera de su alcance, y a menudo me golpeaba contra objetos sólidos apenas visibles en el horizonte. Aunque me parece que ya era así cuando tenía los dos ojos sanos, pero tal vez no, porque este periodo de mi vida está lejano y guardo de él un recuerdo muy imperfecto. Y si bien se piensa, mis tentativas respecto al gusto y al olfato no eran mucho más afortunadas, olía y gustaba sin saber exactamente qué, ni si era bueno o malo, y raramente dos veces seguidas lo mismo. Creo que hubiera podido ser un marido excelente, de esos que no se cansan nunca de su esposa y solo la engañan en un momento de distracción. Ahora bien, me resulta imposible decir por qué me quedé una temporada en casa de Lousse. Bueno, podría decíroslo, pensándolo mucho. Pero ¿por qué iba a tomarme yo este trabajo? ¿Para dejar sentado de modo irrefutable que me era imposible adoptar otro comportamiento? Porque fatalmente iría a dar en esto. Siempre me había gustado la imagen de aquel viejo Geulincx, muerto joven, que en la nave de Ulises me dejaba en libertad de deslizarme, en el puente, hacia Levante. Es una libertad muy importante para quien no tiene alma de pionero. Y, en la popa, inclinado hacia el oleaje, esclavo tristemente alegre, contemplo la orgullosa e inútil estela. La cual, al no alejarme de ninguna patria, no me lleva hacia ningún naufragio. De modo que pasé una temporada con Lousse. La expresión es imprecisa, una temporada, quizá fueron algunos meses, tal vez un año. Sé que el día de mi partida volvía a hacer calor, pero esto no significaba nada en mi región, donde parecía hacer tiempo cálido, frío o simplemente tibio en cualquier época del año, y los días no discurrían por una suave pendiente, oh, no por una suave pendiente. Quizá ha cambiado desde entonces. De modo que solo sé que más o menos hacía el mismo tiempo al irme que cuando llegué, en la medida en que yo era capaz de saber qué tiempo hacía. Y llevaba tanto tiempo vagando al aire libre, hiciera el tiempo que hiciera, que distinguía bastante bien un tiempo de otro, e incluso mi cuerpo parecía tener sus preferencias. Creo que ocupé varias habitaciones, una después de otra, o alternándolas, no sé. En mi cabeza hay diversas ventanas, de eso sí estoy seguro, pero quizá se trata siempre de la misma, diversamente abierta sobre el

procesional universo. La casa no cambiaba nunca de lugar, quizá es esto lo que quiero decir al hablar de diferentes habitaciones. Casa y jardín permanecían inmóviles, gracias a algún secreto mecanismo de compensación, y yo también me quedaba inmóvil (cuando estaba tranquilo, que era casi siempre), y cuando me desplazaba lo hacía con extrema lentitud como en una jaula fuera del tiempo, como se dice doctamente, y también fuera del espacio, por supuesto. Porque para estar fuera del uno sin estar fuera del otro se necesita ser más vivo que yo, que soy más bien patoso. Pero a lo mejor estoy completamente equivocado. Y quizá estas diversas ventanas que se abren en mi cabeza, cuando evoco aquel tiempo, existían realmente y quizá siguen existiendo, aunque yo ya no esté allí para verlas, abrirlas y cerrarlas, o para agazaparme al fondo de la estancia y contemplar con asombro los objetos encuadrados en su marco. Pero no voy a demorarme en este episodio de una brevedad tan irrisoria y de tan poca garra. Porque yo no prestaba ninguna ayuda ni en la casa ni en el jardín y nada sabía de los trabajos que en tales lugares se llevaban a cabo, día y noche, cuyos ruidos distinguía, ruidos sordos y también secos, y además muchas veces el rumor del aire, que me parecía fuertemente agitado, y que quizá era simplemente el rumor de la combustión. Prefería el jardín a la casa, a juzgar por las largas horas que pasaba en él, pues pasaba en él la mayor parte del día y de la noche, con buen o mal tiempo. Había continuamente hombres trabajando sin descanso, ocupados no sé con qué obras. Porque desde luego el jardín no experimentaba ningún cambio, era el mismo día tras día, hecha abstracción de las minúsculas mutaciones debidas al ciclo habitual de nacimientos, vidas y muertes. Y en medio de aquellos hombres yo vagaba como una hoja muerta con resortes, o me tendía en el suelo, y entonces pasaban sobre mí con precaución como si yo fuera un parterre de flores preciosas. Sí, no cabía la menor duda de que su actividad se encaminaba precisamente a preservar al jardín de cualquier cambio. Mi bicicleta había vuelto a desaparecer. A veces me daban ganas de ir a buscarla, para volver a verla y formarme una idea más clara de su estado o para pasearme montado en ella por las alamedas y senderos que unían entre sí las diferentes partes del jardín. Pero en vez de intentar satisfacer este deseo, me quedaba contemplándolo, si se me permite la expresión, contemplando cómo se iba encogiendo y finalmente desaparecía, como la famosa piel de zapa, solo que más rápidamente. Porque parece que hay dos maneras de comportarse en presencia de los deseos, la activa y la contemplativa, y aunque las dos vengán a dar el mismo resultado, mis preferencias, supongo que por una cuestión de temperamento, se inclinaba hacia la segunda. El jardín estaba rodeado de una alta muralla, con la cresta erizada de cristales en forma de aleta de pez. Pero, cosa absolutamente inesperada, un postigo daba libre acceso a la calle, porque no estaba cerrado con llave, tenía de ello una certeza casi absoluta por haberlo abierto y cerrado sin la menor dificultad en varias ocasiones, tanto de día como de noche, y por haberlo

visto franquear a otras personas en ambos sentidos. Apenas asomaba la nariz al exterior, me apresuraba a retirarla. Permítanse algunas precisiones más. Nunca vi mujer alguna en aquel recinto, y por recinto entiendo no solamente el jardín, como sería de rigor, sino también la casa. A excepción de Lousse, vi únicamente hombres. Claro que el que yo viera o dejara de ver no debe tenerse demasiado en cuenta, pero de todos modos dejo constancia del dato. A Lousse la veía poco, era parca en sus apariciones ante mí, quizá por discreción, temerosa de alarmarme. Pero creo que me espiaba muy asiduamente, oculta tras los matorrales, o las cortinas, o agazapada al fondo de una habitación del primer piso, quién sabe si con unos gemelos de teatro. Porque, ¿acaso no había dicho que ante todo deseaba verme, tanto en reposo como en movimiento? Y para ver bien hace falta un agujero de cerradura, una abertura entre las hojas, cualquier cosa que a un tiempo impida ser visto y deje únicamente fragmentos del objeto espiado. ¿O no? Sí, me inspeccionaba, fragmento a fragmento, y sin duda incluso en mi intimidad, al acostarme, mientras dormía, al levantarme, las mañanas en que me acostaba. Porque a este respecto permanecía fiel a mi costumbre, que era dormir por la mañana, cuando dormía. Porque a veces no dormía en absoluto, durante varios días, sin experimentar por ello la menor molestia. Porque en mí, la vela era una forma de sueño. Y no dormía siempre en el mismo sitio, sino que unas veces dormía en el jardín, que era muy grande, y otras en la casa, que también era grande, realmente espaciosa. Y supongo que esta incertidumbre respecto a lugar y hora de mi sueño debía procurar a Lousse mucha satisfacción, y hacerle pasar el tiempo de un modo muy agradable. Pero es inútil insistir sobre este período de mi vida. A fuerza de llamar a esto mi vida terminaré por creérmelo. Es el principio de toda publicidad. Este período de mi vida. Me hace pensar, cuando pienso en él, en el aire contenido en una cañería de agua. Me limitaré, por tanto, a añadir que aquella mujer continuaba envenenándose lentamente, introduciendo no sé qué productos tóxicos ya fuese en la comida, ya en la bebida, ya en ambas cosas, o unos días en la comida y otros en la bebida. Sé que estoy pronunciando una grave acusación y no lo hago a la ligera. Y lo hago sin resentimiento, sí, la acuso sin resentimiento de haber añadido a mis alimentos polvos y líquidos dañinos y sin sabor. Por otra parte, aunque lo hubieran tenido hubiera sido igual, me lo habría tragado todo con la misma confianza. Por ejemplo, el famoso mal sabor a almendras amargas no me hubiera quitado el apetito. Hablemos un poco de mi apetito, por cierto. ¡Buen tema de conversación! Tenía muy poco, comía como un pajarillo, pero lo poco que comía lo engullía con un frenesí que suele atribuirse más bien a los grandes glotones, erróneamente, porque los grandes glotones más bien comen lenta y metódicamente, es algo que deriva del mismo concepto de gran glotón. Mientras que yo me precipitaba sobre mi plato único, me tragaba la mitad o la cuarta parte en dos bocados dignos de un pez de presa, quiero decir sin masticar (¿con qué hubiera podido

masticar?), y luego lo arrojaba asqueado lejos de mí. ¡Sí hasta se diría que comía para vivir! Del mismo modo me echaba al colete cinco o seis cañas de cerveza una tras otra, y luego pasaba una semana sin beber. Qué le voy a hacer, cada uno es como es, al menos en parte. Poco o nada puede remediarse. En cuanto a los productos que Lousse introducía del modo descrito en mis sistemas, no sabría decir si se trataba de estimulantes o de depresivos. A decir verdad, desde el punto de vista de la cenestesia, se entiende, yo me sentía más o menos como siempre, es decir —¡atención!, voy a ser franco— tan lleno de temor que terminaba por perder en cierto modo la sensibilidad, para no decir el conocimiento, y flotaba en las simas de un embotamiento misericordioso, atravesado por breves y abominables relámpagos, como tengo el honor de deciros. ¿Qué podían contra semejante equilibrio los miserables brebajes de la Lousse, administrados probablemente en dosis infinitesimales para prolongar el placer? No, no llegaré a afirmar que carecieran totalmente de eficacia. Porque de vez en cuando yo, que no saltaba nunca, me sorprendía dando un saltito en el aire, de dos o tres pies por lo menos. Parecía un fenómeno de levitación. Y también me ocurría (lo que es menos sorprendente) que al caminar, o incluso apoyado en algún soporte, me derrumbaba de golpe, como una marioneta al soltarse los hilos que la sostienen, y me quedaba un buen rato tirado en tierra, literalmente deshuesado. Aunque, como digo, esto me parecía menos raro, habituado como estaba a tales abatimientos, si bien con la diferencia de que los sentía acercarse y me preparaba, como el epiléptico que advierte la proximidad de una crisis. Quiero decir que, sabiendo que iba a caerme, me tendía, o, de pie, me afirmaba con tal habilidad que solo un terremoto hubiera podido moverme de sitio, y esperaba. Pero no siempre tomaba tales precauciones, a veces prefería la caída a la pejiquera de tener que tumbarme o afirmarme sobre mis pies. En cambio, mis caídas en casa de Lousse no había manera de evitarlas. De todos modos me sorprendían menos, tenían más que ver con mis resortes, que los saltitos. Porque no recuerdo haber saltado ni de niño, con estar muy poco calificado para referirme a aquella época, ni siquiera a impulsos de la ira o el dolor. Creo que tomaba mis comidas donde, cuando y como me parecía mejor. Nunca tenía que reclamarlas. Me las llevaban en una bandeja al lugar donde me encontrase. Aún veo la bandeja, puedo volver a verla casi a mi voluntad, era redonda, con un pequeño borde para que las cosas no se cayeran, y cubierta de laca roja, agrietada en algunos puntos. También era pequeña, como conviene a una bandeja destinada a contener solamente un plato y un pedazo de pan. Porque lo poco que comía me lo embutía en la boca con las dos manos, y las botellas, que vaciaba bebiendo a chorro, me las llevaban en un cesto aparte. Pero aquel cesto no me produjo ninguna impresión, ni buena ni mala, y no sabría decir cómo era. Y a menudo, tras haberme alejado por una u otra razón del lugar adonde me habían llevado aquellas provisiones, cuando me venían ganas de consumirlas no las sabía encontrar. Entonces me ponía a buscar por todas partes,

muchas veces con éxito, porque conocía bastante bien los lugares susceptibles de haberme albergado, pero también muchas veces en vano. O bien renunciaba a buscar, prefiriendo pasar hambre y sed a tomarme la molestia de buscar sin saber de antemano qué iba a encontrar, o la molestia de reclamar otra cesta y otra bandeja, o las mismas, en mi nuevo habitáculo. Entonces echaba de menos mi piedra de succión. Y cuando hablo de preferir, por ejemplo, o de echar de menos, no debe suponerse que optase por el mal menor y lo adoptara, porque sería apreciación errónea. Pero al no saber exactamente qué hacía o evitaba, lo hacía o evitaba sin sospechar que un día, mucho más tarde, me vería en la obligación de volver sobre todos aquellos actos y omisiones, diluidos y embellecidos por la lejanía, para arrastrarlos a la polución eudemonista. Pero tengo que decir que, más o menos, en casa de Lousse mi salud permanecía estable. Es decir, que lo que tenía descompuesto se me iba descomponiendo poco a poco cada vez más, como era de esperar. Pero no surgió ningún nuevo foco de sufrimiento o de infección, aparte naturalmente de los creados por la extensión de las plétoras y deficiencias ya existentes. A decir verdad, es difícil formular a este respecto ninguna afirmación libre de incertidumbres. Porque los desarreglos venideros, como por ejemplo la caída de los dedos de mi pie izquierdo, no, me equivocaba, de mi pie derecho, ¿quién puede saber en qué momento exacto depositaron en mi, cuán a mi pesar, sus gérmenes funestos? Todo lo que puedo decir, por consiguiente, y procuraré no decir más, es que durante mi estancia en casa de Lousse no se declaró nada, en el campo patológico, particularmente alarmante o inesperado, nada que no hubiera podido prever si hubiera podido, nada comparable con la súbita pérdida de la mitad de los dedos de mis pies. Porque esta es una cosa que nunca hubiera podido prever y cuyo sentido se me ha escapado siempre, me refiero a su relación con mis restantes molestias, debido probablemente a mis deficientes nociones de medicina. Pues siento que unas cosas sostienen a otras en la vasta locura del cuerpo. Pero no vale la pena de que extienda más el relato de este período de mi existencia, porque no me parece que tenga significación alguna. Ampollas y pústulas es todo lo que encuentro por más hondo que hurgue. Me limitaré, pues, a añadir las observaciones siguientes, la primera de las cuales es que Lousse era una mujer extremadamente lisa, hasta tal punto que aún esta noche me pregunto, en el silencio, tan relativo, de mi última morada si no sería más bien un hombre o al menos un andrógino. ¿Tenía el rostro ligeramente velludo o soy yo quien lo imagina para facilitar el relato? A la pobre la he visto tan poco y la he mirado menos aún. Y el timbre de su voz, ¿no era dudosamente grave? Así la recuerdo ahora. Molloy, deja de atormentarte, ¿qué importancia tiene que fuera un hombre o una mujer? Pero no puedo dejar de formularme la pregunta siguiente: ¿Una mujer hubiera podido cortar el impulso que me dirigía hacia mi madre? Sin duda. Mejor dicho, ¿era posible un encuentro semejante, quiero decir, entre una mujer y yo? Sí, me he rozado

con algunos hombres, pero, ¿y las mujeres? Bueno, no voy a seguir ocultándolo, sí, rocé a una mujer. No me refiero a mi madre, a ella hice más que rozarla. Aparte de que más vale dejar a mi madre fuera de todo este asunto, si ustedes me lo permiten. No, me refiero a otra, que hubiera podido ser mi madre, y creo que hasta mi abuela, si el azar no hubiera dispuesto otra cosa. Mira, ahora el tío habla del azar. Aquella mujer me hizo conocer el amor. Creo que respondía al apacible nombre de Ruth, pero no puedo certificarlo. A lo mejor se llamaba Edith. Tenía un agujero entre las piernas, no el agujero de tonel que siempre había imaginado, sino una hendidura, y yo introducía, mejor dicho, ella se introducía mi llamado miembro viril, no sin dificultad, y empujaba y jadeaba hasta eyacular o renunciar a ello o ser invitado a desistir. Una idiotez de juego, creo yo, y además fatigoso a la larga. Pero me prestaba a él de bastante buen talante, sabiendo que aquello era el amor, porque ella me lo había dicho. Se inclinaba por encima del diván, a causa de su reumatismo, y yo le daba por detrás. Era la única posición que podía soportar, a causa de su lumbago. A mí me parecía natural, porque se lo había visto hacer a los perros, y quedé sorprendido cuando me confió que podía hacerse de otro modo. Me pregunto qué quería decir exactamente. Quizá a fin de cuentas me introducía en su recto. Como ustedes podrán suponer, me daba exactamente igual. Pero en el recto ¿puede hablarse de verdadero amor? Esto es lo que me inquieta. ¿Y si después de todo no hubiera conocido nunca el amor? Era también una mujer extremadamente lisa y avanzaba a pasitos rígidos, apoyada en un bastón de ébano. Quién sabe si también ella era un hombre, otro más en la lista. Pero si lo era, ¿no hubieran entrechocado nuestros testículos con tanto meneo? Quizá ella se sujetaba los suyos con la mano, para evitar que esto ocurriese. Vestía faldas amplias y tumultuosas y otras prendas interiores que no sabría nombrar. El conjunto se encrespaba en un oleaje de frufú, para, establecida la ligazón, abatirse sobre nosotros en lentas cascadas. De modo que yo no veía nada más que aquella nuca amarillenta y tirante a punto de romperse, que mordisqueaba de vez en cuando, tal es el poder del instinto. Nos conocimos en un solar que reconocería entre mil, a pesar de lo mucho que se parecen los solares. No sé qué había ido a hacer allí. Yo removía suavemente los detritos, probablemente diciéndome, porque a esa edad aún debía tener ideas generales: «He aquí mi vida». Ella no tenía tiempo que perder, yo no tenía nada que perder, con tal de conocer el amor lo habría hecho con una cabra. Tenía un apartamento muy mono, no, no es esta la palabra, era un apartamento que le daba a uno ganas de encontrar su sitio y no moverse ya de él. Me gustaba. Estaba lleno de pequeños muebles, bajo nuestro impulso desesperado el diván avanzaba sobre sus ruedecitas y todo caía a nuestro alrededor, era el pandemónium. Nuestras relaciones no carecían de ternura, ella me cortaba con mano temblorosa las uñas de los pies y yo le frotaba las nalgas con un bálsamo aromático. Nuestro idilio fue breve. Pobre Edith, quizá yo apresuré el

desenlace. En fin, fue ella quien tomó la iniciativa, en el solar, pasándome la mano por la bragueta. Para mayor precisión, yo estaba inclinado sobre un montón de basuras, esperando encontrar en ellas algo que me asqueara hasta hacerme perder el apetito, y ella, acercándoseme por detrás, pasó el bastón entre mis piernas y se dedicó a halagarme las partes. Después de cada sesión me daba dinero, cuando yo habría aceptado graciosamente conocer el amor y profundizar en él. No era una mujer con mucho sentido práctico. Creo que yo hubiera preferido un orificio menos seco y menos amplio, me hubiera dado una idea más elevada del amor. En fin... Realmente, resulta mucho más cómodo hacerlo entre el pulgar y el índice. Pero sin duda el amor no tiene en cuenta tales contingencias. Y quizá el verdadero amor no nace y alza el vuelo muy por encima de las viles minucias cuando uno se encuentra cómodo, sino cuando el miembro enloquecido busca una pared en la que apoyarse y la unción de un poco de mucosa, y al no encontrarlo no se bate en retirada, y conserva su tumefacción. Y con unos toques de masajista y pedicura, sin ninguna relación con el éxtasis propiamente dicho, entonces realmente tengo la impresión de que ya no cabe la menor duda al respecto. Lo único que me molesta es la indiferencia con que recibí la noticia de su muerte, una noche que me arrastraba hacia su casa, indiferencia amortiguada, ciertamente, por el dolor de ver cortada una fuente de ingresos. Murió mientras tomaba un baño tibio, como tenía por costumbre antes de recibirme. Era para relajarse. ¡Cuándo pienso que habría podido esperar a encontrarse entre mis brazos! La bañera se volcó y el agua sucia llegó a inundar el piso de la vecina de abajo, que dio la alarma. Vaya, no creía conocer tan bien esa historia. De todos modos debía tratarse de una mujer, de no ser así se sabría en el barrio. Cierto que la mía era una región muy cerrada en todo lo referente a las cuestiones sexuales. No sé si ahora será distinto. Es muy posible que el hecho de haber encontrado a un hombre en vez de una mujer fuera inmediatamente rechazado y olvidado, por los pocos a quienes cupiera la desgracia de saberlo. Como es también posible que todo el mundo, menos yo, estuviera al corriente del asunto y lo comentara. Pero hay algo que me inquieta cada vez que me interrogo a este respecto, y es el problema de saber si toda mi vida ha transcurrido sin amor o si lo conocí con Ruth. Sí, puedo dar fe de que nunca intenté repetir la experiencia, sin duda por tener la intuición de que había sido perfecta y única en su género, completa e inimitable, y que importaba conservar su recuerdo, limpio de toda imitación barata, en lo más profundo de mi corazón, libre de recurrir de vez en cuando a los pretendidos buenos oficios del llamado placer solitario. Y no me vengáis con la chacha, hice mal en mencionarla, era mucho tiempo antes, yo estaba enfermo, quizá nunca hubo chacha en mi vida. Molloy, o la vida sin chacha. Todo lo cual viene a indicar que el hecho de haber encontrado a Lousse e incluso, en cierto sentido, haberla frecuentado, no probaba nada en cuanto a su sexo. Y prefiero continuar creyendo que era una mujer de edad avanzada, viuda y reseca, y

que Ruth también lo era, porque también hablaba de su difunto marido y de la imposibilidad en que se hallaba de satisfacer sus justas iras. Y hay días, como esta noche, en que ambas se confunden en mi memoria, y me siento tentado a ver en ellas un mismo vejestorio, aplastado y enfurecido por la vida. Y, que Dios me perdone, por revelaros el secreto de mi angustia, la imagen de mi madre viene a veces a unirse a las tuyas, lo que es literalmente insoportable, como para creerse en plena crucifixión, no sé por qué, ni me interesa saberlo. Pero finalmente dejé a Louise, en una noche cálida, sin un soplo de aire, sin decirle adiós, lo que sin embargo no hubiera tenido en sí la menor importancia, y sin que ella intentara retenerme por otros medios que, indudablemente, sortilegios. Pero sin duda me vio partir, ponerme en pie, tomar mis muletas y lanzarme por los aires sobre mi punto de apoyo. Y debió ver el postigo cerrándose a mis espaldas, porque se cerraba solo, gracias a un resorte automático, y, en fin, debió saber que me marchaba. Porque ella sabía cómo me comportaba cuando iba al postigo y me limitaba a asomar la nariz al exterior para meterla otra vez dentro un segundo más tarde. Y no intentó retenerme, sino que probablemente fue a sentarse junto a la tumba de su perro, que en cierto sentido era también la mía, y en la que dicho sea de paso no había sembrado hierba, como creí, sino toda suerte de florecillas multicolores y plantas herbáceas, seleccionadas de tal modo, me imagino, que cuando unas se apagaban, otras se encendían. Le dejé mi bicicleta, por la que ya no sentía el afecto de antes, pues se me había hecho sospechosa de ser el agente maléfico y quién sabe si la causa de mis males recientes. De todos modos, me la habría llevado, de saber dónde estaba y que se hallaba en estado de funcionar. Pero ignoraba tales cosas. Y si me ocupaba de averiguarlas, temía dejar de oír la vocecita que me decía: «Esfúmate, Molloy, toma tus muletas y esfúmate», y que tanto había tardado en comprender, porque hacía mucho tiempo que la oía. Y a lo mejor la comprendía al revés, pero la comprendía, en eso residía la novedad. Y me parecía también que esta partida no era necesariamente definitiva y que algún día podía conducirme de nuevo, por vericuetos complicados e informes, a su hogar. Y quizá aún no he llegado al final de mi trayecto. Hacía viento en la calle, era otro mundo. Ignorando dónde estaba y por tanto qué dirección me convenía, tomé la del viento. Y cuando, bien suspendido entre mis muletas, me lanzaba hacia adelante, sentí que me ayudaba aquel vientecillo que venía soplando desde no sabía qué barrio. Y de las estrellas no me habléis, las distingo a duras penas y no sé interpretarlas, pese a mis estudios de astronomía. Me guarecí en el primer sitio que encontré y permanecí en él hasta el amanecer, porque sabía que el primer policía que pasara no dejaría de cerrarme el paso y preguntarme qué hacía allí, pregunta a la que nunca hubiera sabido dar la respuesta adecuada. Pero no debía ser un lugar realmente adecuado para guarecerse, y no me quedé hasta el amanecer, porque poco después de mí llegó otro hombre y me expulsó. Y eso que había sitio para los dos. Creo que era una especie de vigilante nocturno, sin duda un

hombre, debía ser el sereno de no sé qué obras de excavación. Recuerdo un brasero. El fondo del aire, como se dice, debía ser fresco. Por consiguiente, seguí hasta más lejos y me instalé en los peldaños de una escalera, en una casa humilde, puesto que no tenía puerta o la puerta no se cerraba, lo ignoro. Mucho antes del amanecer, aquella humilde morada empezó a vaciarse. Empezaron a bajar personas por la escalera. Yo me pegué a la pared. No se fijaron en mí, nadie me hizo daño. Yo también terminé por salir, cuando lo juzgué prudente, y vagué por la ciudad, en busca de algún monumento conocido que me permitiera decir: «Bueno, estoy en mi ciudad, he estado aquí todo el tiempo». La ciudad despertaba, había animación en los portales, los rumores alcanzaban ya un respetable volumen. Pero apuntando hacia un pasaje estrecho entre dos altos inmuebles miré a uno y otro lado y me deslicé en su interior. Solo daban al pasaje algunas pequeñas ventanas a cada lado, una por piso. Estaban dispuestas frente a frente de modo simétrico. Supongo que serían las ventanas de los retretes. De todos modos, de cuando en cuando hay algunas cosas que se imponen al entendimiento con la fuerza de axiomas, sin que sepamos la razón. El pasaje no tenía salida, de modo que no era un verdadero pasaje, sino un callejón sin salida. Al fondo había dos nichos, no, no es la palabra, cubiertos de diversos detritos y excrementos, de perro y de hombre: los primeros, secos e inodoros; los otros, húmedos todavía. Ah, estos papeles que ya nadie leerá, que quizá nadie ha leído nunca. Supongo que por la noche allí se hacía el amor y se intercambiaban juramentos. Entré en uno de los rincones, tampoco se dice así, y me apoyé en la pared. Hubiera preferido tenderme y nada me inducía a creer que no lo haría. Pero de momento me conformaba con apoyarme en la pared, los pies lejos de la pared, en una posición resbaladiza, pero tenía otros puntos de apoyo, los extremos de mis muletas. Pero algunos minutos más tarde crucé el callejón sin salida para dirigirme a la otra capilla, esa es la palabra, donde me parecía que iba a encontrarme mejor, y me coloqué en la misma actitud de hipotenusas. Y en efecto, al principio me pareció que me encontraba un poquito mejor. Pero poco después adquirí la certeza de que no era así. Caía una fina lluvia y me quité el sombrero para refrescar con ella mi cráneo rugoso y agrietado y ardiente, ardiente. Me lo quité también porque se me hundía en la nuca a causa de la presión del muro. Tenía, pues, dos excelentes razones para quitármelo, y no eran demasiadas, una sola jamás hubiera bastado para decidirme. Lo arrojé lejos de mí despreocupadamente y, generoso, volvió hacia mí, al extremo de su lazo o cordón, y después de algunas sacudidas se inmovilizó en mi costado. Entonces me puse a reflexionar, es decir, a escuchar con más atención. No había muchas posibilidades de que dieran conmigo en aquel lugar, estaba tranquilo por lo menos durante el tiempo en que pudiera soportar la tranquilidad. Por un instante consideré la posibilidad de instalarme allí, de convertir aquel sitio en mi albergue y refugio, por un instante. Me saqué del bolsillo el cuchillo de cocina y me dediqué a abrirme con él

las venas de la muñeca. Pero el dolor no tardó en vencerme. Primero grité, luego me detuve, cerré el cuchillo y volví a guardármelo. Mi decepción no fue grande, en el fondo no contaba con otro resultado. Eso es todo. Siempre me ha entristecido reincidir, pero la vida está hecha de reincidencias, al parecer, y la misma suerte debe ser una especie de reincidencia, no me sorprendería lo más mínimo. ¿He dicho ya que había cesado el viento? La caída de una lluvia fina descarta de algún modo toda idea de viento. Tengo unas rodillas enormes, acabo de verlas al levantarme un momento. Mis dos piernas están rígidas como la justicia y sin embargo me pongo en pie de vez en cuando. Qué queréis. Así de vez en cuando os recordaré mi existencia actual, de la que solo una pobre idea puede dar lo que os cuento. Pero solo muy de tarde en tarde, para que el lector pueda decirse, cuando llegue el caso: «¿Es posible que viva aún?» O bien: «Se trata de un diario íntimo, pronto se interrumpirá». Que tenga enormes rodillas, que de vez en cuando me ponga en pie, son hechos cuya significación no parece a primera vista muy clara. Razón de más para dejar constancia de ellos. De modo que, una vez fuera del callejón sin salida, donde entre tendido y de pie acababa quizá de descabezar un sueñecito, pues era mi hora de dormir, me dirigí, agarraos, hacia el Sol, a falta de otra cosa, pues no había viento. O, mejor dicho, hacia la zona menos sombría del cielo, que una vasta nube cubría desde el cenit hasta el horizonte. Nube de la que caía la lluvia a que hice alusión. ¿Veis cómo todo se relaciona? Y en cuanto a decidir qué parte del cielo era la menos sombría, no resultaba desde luego cosa fácil. Porque a primera vista el cielo parecía uniformemente sombrío. Pero fijándome un poco, porque en la vida me fijaba un poco de vez en cuando, llegué a un resultado, es decir, que tomé una decisión al respecto. Lo cual me permitió reanudar mi camino, diciéndome: «Me dirijo hacia el Sol, es decir, en principio hacia el Este, o tal vez el Sudeste, puesto que ya no estoy en casa de Lousse, sino otra vez en plena armonía preestablecida, que emite una música tan dulce, que es una música tan dulce para quien sabe oírla». Los transeúntes iban y venían casi siempre a un paso irritado y precipitado, quién al abrigo de su paraguas, quién bajo la protección quizá menos eficaz del impermeable. Y también veía algunos que habían buscado refugio bajo árboles o bóvedas. Y entre los que, más valerosos o menos frágiles, iban y venían, y entre los que se habían detenido para remojarse menos, abundaban los que se decían: «Haría mejor comportándome como ellos», entendiéndolo por ellos la categoría de la que no formaban parte, o al menos eso supongo. Como debía de haber también muchos que se felicitaban por su destreza, increpando al mal tiempo que les obligaba a recurrir a ella. Pero al advertir a un joven anciano de aspecto miserable, que tiritaba solitario bajo una marquesina recordé de pronto el proyecto que había concebido el día de mi encuentro con Lousse y con su perro y que dicho encuentro me había impedido llevar a cabo. Me coloqué, por tanto, junto al anciano, adoptando, o al menos eso esperaba, el aire de quien se dice: «Este es un tipo listo, voy a imitarle».

Pero antes de que hubiese tenido tiempo de dirigirle la palabra, lo cual yo deseaba que se produjera de un modo natural y por tanto no inmediatamente, echó a andar bajo la lluvia y se alejó. Porque se trataba de una palabra susceptible, por su contenido, si no de ofender, sí al menos de asombrar. Y por esta razón era importante colocarla en el momento adecuado y con un tono muy preciso. Me excuso por daros tantos detalles, pero veréis cómo en seguida iremos más aprisa, mucho más aprisa. Sin que ello prejuzgue la posibilidad de una recaída en pasajes meticulosos y malolientes. Pero también ellos, a su vez, darán origen a vastos frescos, esbozados con visible repugnancia. Al homo, mensura. De modo que aquí me tenéis solo bajo la marquesina. No esperaba que nadie se me colocara al lado, y sin embargo tampoco excluía esta posibilidad. Esta es una buena caricatura de mi estado de ánimo en aquel momento. Total, que me quedé donde estaba. Me había llevado de casa de Louise algunos cubiertos de plata, oh, no muchos, principalmente cucharillas de café macizas, y otros pequeños objetos cuya utilidad desconocía, pero que parecían de valor. Entre ellos había uno en el que todavía ahora pienso con frecuencia. Consiste en dos X unidas, en la intersección, por una barra, y parecía una minúscula cabrilla de leñador, aunque con una diferencia, que las X de la auténtica cabrilla no son X perfectas, sino truncadas por arriba, mientras que las X del pequeño objeto a que me refiero eran perfectas, es decir, compuesta cada una de ellas de dos V idénticas, la superior abierta por arriba, como todas las V por supuesto, y la inferior abierta por abajo, o, para ser más exacto, de cuatro V exactamente iguales, las dos que acabo de nombrar y otras dos más, una a derecha y otra a izquierda, abiertas por la derecha y la izquierda, respectivamente. Pero quizá está fuera de lugar en tal ocasión hablar de derecha e izquierda, de inferior y de superior. Porque aquel pequeño objeto no parecía tener base propiamente hablando, sino que se sostenía con igual estabilidad sobre cualquiera de sus cuatro bases sin que su aspecto sufriera el menor cambio, lo que no ocurre con la verdadera cabrilla. Creo que todavía conservo en alguna parte aquel extraño instrumento, que nunca me he decidido a vender, ni siquiera en mis momentos de más extremada necesidad, porque me era imposible comprender para qué podía servir, ni siquiera esbozar una hipótesis al respecto. Y de vez en cuando me lo sacaba del bolsillo y lo contemplaba, con una mirada de asombro y no diré de afecto, porque de eso yo no soy capaz. Pero durante algún tiempo me inspiró, creo, una especie de veneración, ya que tenía por cierto que no era un talismán, sino que tenía una función muy específica que me sería siempre velada. De modo que podía interrogarle sin fin y sin peligro. Porque no saber nada no es nada, no querer saber nada tampoco, pero lo que es no poder saber nada, saber que no se puede saber nada, este es el estado de la perfecta paz en el alma del negligente pesquisador. Entonces da comienzo la verdadera división, veintidós entre siete, por ejemplo, y los cuadernos se llenan por fin de auténticos números. Aunque nada quisiera afirmar a este respecto.

Lo que en cambio me parece innegable es que, vencido por la evidencia, o más bien por una probabilidad muy fuerte, salí de debajo de la marquesina y me puse a avanzar balanceándome lentamente por los aires. El modo de andar apoyándose en unas muletas tiene, o debiera tener, algo de exaltante. Porque es como una sucesión de pequeños vuelos a ras de tierra. Se despega, se aterriza entre la muchedumbre de los sin muletas que no se atreven a levantar un pie del suelo antes de haber afirmado el otro. Y hasta la más jubilosa de sus carreras es menos veloz que mi andar renqueante. Pero estoy metiendo razonamientos basados en el análisis. Y aunque la preocupación por mi madre y el deseo de saber si me hallaba cerca de ella estuvieron en todo momento presentes en mi espíritu, comenzaban a estarlo menos, tal vez a causa de los cubiertos de plata que llevaba en el bolsillo, aunque no creo que fuera por eso, y también porque eran preocupaciones ya viejas y el espíritu no puede estar dándole vueltas siempre a las mismas preocupaciones, sino que tiene necesidad de cambiar de preocupaciones de vez en cuando, para volver a las de antes con renovado vigor en el momento requerido. ¿Pero estamos en situación de hablar de preocupaciones nuevas y viejas? Lo dudo. Aunque me sería difícil probarlo. Lo que puedo afirmar, sin temor de, sin temor, es que me iba siendo indiferente a ojos vistas saber en qué ciudad me encontraba y si iba a dar pronto con mi madre para despachar el asunto que nos concernía. E incluso la naturaleza de este asunto perdía para mi consistencia, sin por ello disiparse enteramente. Porque no era un asunto de poco más o menos, y me preocupaba. Toda mi vida me había preocupado, creo yo. Sí, en la medida en que podía preocuparme por algo durante toda una vida como la mía, siempre me había preocupado despachar este asunto entre mi madre y yo, aunque nunca había podido hacerlo. Y mientras me decía que el tiempo apremiaba y que pronto sería demasiado tarde, que quizá era demasiado tarde ya para proceder al arreglo en cuestión, yo me iba sintiendo derivar hacia otras preocupaciones y espectros. Y mucho más que saber en qué ciudad me hallaba, deseaba urgentemente en aquel momento salir de ella, aunque fuese la ciudad en que mi madre había esperado tanto y seguía quizá esperando. Y me parecía que caminando en línea recta iba a salir necesariamente. De modo que me dediqué a esta ocupación, con toda mi ciencia, teniendo en cuenta el desplazamiento hacia la derecha de la débil claridad que me guiaba. Y me afané tanto y tan bien que en efecto llegué a las murallas, al caer la noche, después de haber descrito sin duda un cuarto de círculo por lo menos, a causa de no saber navegar. Pero hay que decir también que no me había escatimado las paradas, claro, para descansar un poco, aunque eran paradas de corta duración, porque, infundadamente sin duda, me sentía hostigado. Pero en el campo, en los primeros tiempos, hay otra justicia, otros justicieros. Y una vez traspuestas las murallas debí reconocer que el cielo se despejaba antes de envolverse en el nuevo sudario de la noche. Sí, el nubarrón se deshilachaba, dejando aparecer aquí y allá un cielo pálido y moribundo. Y el Sol, sin

ser exactamente visible como disco, se manifestaba en chispas amarillas y rosáceas, lanzándose hacia el cenit, cayendo, volviendo a precipitarse, cada vez más débiles y más claras, y destinadas a extinguirse apenas encendidas. Si puedo fiarme del recuerdo de mis observaciones, se trataba de un fenómeno característico de mi región. Tal vez hoy ya no sea así. Aunque no acabo de ver cómo puedo hablar de las características propias de mi región, pues nunca salí de ella. No, nunca me evadí, e incluso ignoraba los límites de mi región. Pero me parecían bastante lejanos. Pero esta creencia no estaba basada en ningún fundamento serio, era simplemente una creencia. Porque si los límites de nuestra región estuvieran al alcance de mis pasos, creo que una especie de degradación me lo habría hecho presentir. Porque las regiones no terminan de golpe, que yo sepa, sino que se funden insensiblemente unas con otras. Y nunca advertí nada parecido a esto. Sino que, por más lejos que haya ido, en un sentido o en otro, he encontrado siempre el mismo cielo y la misma tierra, exactamente, día tras día y noche tras noche. Por otra parte, si las regiones se funden insensiblemente unas con otras, lo que está por demostrar, es posible que muchas veces haya salido de mi región creyendo seguir en ella. Pero prefería atenerme a mi simple creencia, la que me decía: «Molloy, tu región es muy extensa, nunca has salido de ella y nunca saldrás. Y vayas por donde vayas, entre sus límites remotos, siempre estarás precisamente en el mismo lugar». Lo que induciría a creer que mis desplazamientos no debían nada a los parajes que dejaban atrás, sino que se debían a otra cosa, a la rueda oculta que me llevaba, por imperceptibles sacudidas, de la fatiga al reposo, e inversamente, por ejemplo. Pero ahora he dejado de vagar, y ni siquiera me muevo, y sin embargo nada ha cambiado. Y los confines de mi habitación, de mi cama, de mi cuerpo, están tan lejos de mí como los de mi región en mi época de esplendor. Y el ciclo de huidas y descansos continúa, dando tumbos, en un Egipto sin límites, sin hijo y sin madre. Y cuando miro mis manos sobre las sábanas, que se complacen en estrujar, estas manos ya no son mías, son menos mías que nunca, no tengo brazos, es una pareja, juegan con las sábanas, quizá se trata de juegos de amor, quién sabe si una mano va en busca de la otra. Pero no dura mucho, poco a poco las devuelvo al reposo. Y con los pies me ocurre lo mismo, algunas veces, cuando los veo al pie de la cama: uno, con dedos, y el otro, sin ellos. Lo cual merece una más detenida exposición. Porque mis piernas, que vienen a reemplazar a los brazos del ejemplo anterior, están rígidas actualmente ambas y poseen una gran sensibilidad, y no debiera poder olvidarlas como puedo olvidar mis brazos, que, por así decirlo, están intactos. Y sin embargo las olvido y contemplo la pareja amorosa que se observa, lejos de mí. Pero a mis pies, cuando vuelven a ser mis pies, no los llevo hacia mí, porque no puedo, sino que se quedan ahí, lejos, aunque menos lejos que antes. Fin de la llamada al presente. Pero cualquiera diría que una vez bien salido de la ciudad, al volverme para examinarla en parte, hubiera debido darme cuenta de si

era o no mi ciudad. Nada de eso, la contemplé en vano, y creo que sin interrogarme en modo alguno acerca de ella, únicamente para conjurar al destino volviéndome. Quizá ni siquiera la miraba de verdad, quizá simplemente fingía mirarla. No echaba de menos mi bicicleta, en absoluto. No me repugnaba en exceso avanzar como he dicho, destripando terrones en la oscuridad, a través de los desiertos caminos rurales. Y me decía que era poco probable que me molestaran, que en todo caso sería yo quien molestaría a los que pudieran verme. Por la mañana hay que esconderse. La gente se despierta, llena de renovadas energías, sedienta de orden, belleza y justicia, y exigiendo la contrapartida. Sí, la hora peligrosa es entre las ocho o nueve y las doce del mediodía. Pero hacia el mediodía todo cede, los más implacables están saciados, vuelven a su casa, no ha sido perfecto, pero se ha trabajado bien; han escapado algunos, pero no son peligrosos; cada uno hace inventario de las piezas cobradas. Puede volverse al trabajo a primeras horas de la tarde, después del banquete, las celebraciones, los parabienes, las alocuciones, pero no es nada comparado con la mañana, ya no hay deporte. Evidentemente hacia las cuatro o las cinco está el equipo nocturno, la ronda de noche, que inicia su actividad. Pero el día ya empieza a declinar, las sombras van alargándose, se multiplican las paredes, los hombres avanzan pegados a las paredes, juiciosamente inclinados, dispuestos a la obsequiosidad, sin nada que esconder, escondiéndose solo por miedo, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, escondiéndose, pero no hasta el punto de despertar las iras, dispuestos a mostrarse, a sonreír, a escuchar, a arrastrarse, nauseabundos sin llegar a pestilentes, más parecidos a un sapo que a una rata. Luego viene la verdadera noche, también peligrosa, pero favorable a quienes la conocen, a quienes saben abrirse a ella como la flor a la luz solar, a quienes son ellos mismos noche, día y noche. No, tampoco es que la noche sea gran cosa, pero comparada con el día está muy bien, y desde luego comparada con la mañana está indiscutiblemente muy bien. Porque la depuración que se prosigue en ella está en su mayor parte a cargo de técnicos. El grueso de la población prefiere dormir, a fin de cuentas, y dejar el asunto a los especialistas. Se batalla durante el día, ya que el sueño es sagrado, y sobre todo por la mañana, entre el desayuno y el almuerzo. De modo que mi primera preocupación, después de andar algunas millas en la desierta alborada, fue buscarme un sitio para dormir, ya que el sueño también es una protección, por paradójico que ello pueda parecer. Porque el sueño, si bien excita el instinto de captura, parece apaciguar el de la ejecución inmediata y sangrienta, cualquier cazador os lo puede confirmar. Para la fiera que se desplaza o que acecha, agazapada en su guarida, no hay piedad, mientras que quien es sorprendido durmiendo tiene la posibilidad de beneficiarse de otros sentimientos, que hacen bajar el cañón y envainar el cris. Porque en el fondo todo cazador no es más que un débil y un sentimental, con reservas de ternura y compasión siempre dispuestas a desbordar. Y al dulce sueño que da el cansancio o el

terror deben muchas alimañas merecedoras de exterminio que les sea dado esperar el fin de sus días en un jardín zoológico, donde tan a menudo estalla la inocente alegría de los niños y, los domingos y festivos, la más razonada de los adultos. En lo que a mí respecta, siempre he preferido la esclavitud a la muerte, o mejor dicho, a la ejecución. Porque la muerte es una condición de la que nunca he podido formarme una representación satisfactoria y que, por tanto, no puede figurar legítimamente en el balance de los males y los bienes. Mientras que sobre la ejecución poseía nociones que me inspiraban confianza, con razón o sin ella, y a las cuales me parecía lícito referirme, en determinadas circunstancias. Oh, no eran nociones como las vuestras, eran nociones como las mías, todas envueltas en sobresaltos, sudores y temblores, sin un átomo de sentido común y sangre fría. Pero me bastaba con ellas. Pero para haceros entrever hasta dónde llegaba la confusión de mis ideas respecto a la muerte, os confesaré francamente que no excluía la posibilidad de que fuese todavía peor que la vida, en tanto que condición. Me parecía, pues, normal no echarme en sus brazos, y, cuando me descuidaba hasta el punto de iniciar un movimiento en tal sentido, detenerme a tiempo. Esta es mi única excusa. De modo que me deslicé, probablemente en un agujero cualquiera, y esperé allí, a medias dormido, a medias suspirando, gimiendo y riendo, o pasándome las manos por el cuerpo para ver si se había producido algún cambio, a que se calmara el frenesí matinal. Luego reanudaba mi avance en espiral. Y en cuanto a decir en qué paré y adónde iba, en los meses o años que siguieron, no tengo la menor intención de hacerlo. Porque ya empiezo a cansarme de estas invenciones y me reclaman otras. Pero a fin de emborronar todavía algunas páginas más, diré que pasé algún tiempo a la orilla del mar, sin incidente digno de mención. Hay personas a las que el mar no les va muy bien, que prefieren la llanura o la montaña. Personalmente, no me encuentro peor en el mar que en cualquier otro sitio. Gran parte de mi vida se ha desplegado ante esta temblorosa inmensidad, bajo el rumor del oleaje y las garras del reflujo. Qué digo ante el mar, al nivel del mar, tumbado en la arena o en una gruta. En la arena estaba en mi elemento. La hacía correr entre los dedos, cavaba en ella agujeros que llenaba en seguida, o que se llenaban en seguida, la arrojaba por el aire a manos llenas, me revolcaba en ella. Y en la gruta, iluminada de noche por el resplandor de los fanales, sabía arreglármelas para no encontrarme más incómodo que en otra parte. Y el hecho de que la tierra no llegara más lejos, al menos por un lado, no me disgustaba. Y me resultaba agradable sentir que había al menos una dirección que no podía tomar sin mojarme primero y ahogarme después. Porque siempre me he dicho: «Aprende primero a caminar y luego tomarás lecciones de natación». Pero no vayáis a creer por eso que mi región terminaba en el litoral, sería un grave error. Porque también formaban parte de mi región aquel mar y sus arrecifes e islas lejanas y sus ocultos abismos. Y también yo me había paseado por aquel mar, en una especie de esquife sin remos, aunque luego

me había confeccionado una pagaya. Y a veces me pregunto si llegué a regresar de tal paseo. Porque si bien vuelvo a verme entrando en el mar, y bogando largamente sobre las olas, no veo el retorno, la danza sobre los rompientes, ni oigo chirriar sobre la playa el frágil casco de la nave. Aproveché aquella estancia para aprovisionarme de piedras de succión. Eran guijarros, pero las llamo piedras. Sí, aquella vez adquirí una importante reserva. Las distribuí equitativamente entre mis cuatro bolsillos y las iba chupando por turno. Lo cual planteaba un problema que al principio resolví del modo siguiente. Yo tenía, pongo por caso, dieciséis piedras, cuatro en cada uno de mis cuatro bolsillos (los dos de mi pantalón y los dos de mi abrigo). Tomando una piedra del bolsillo derecho de mi abrigo, y poniéndomela en la boca, la reemplazaba en el bolsillo derecho de mi abrigo por una piedra del bolsillo derecho de mi pantalón, que reemplazaba por una piedra del bolsillo izquierdo de mi pantalón, que reemplazaba por una piedra del bolsillo izquierdo de mi abrigo, que reemplazaba por la piedra que tenía en la boca en cuanto terminaba la succión. De modo que siempre había cuatro piedras en cada uno de mis cuatro bolsillos, aunque no exactamente las mismas piedras. Y cuando me volvían las ganas de chupar, hundía la mano nuevamente en el bolsillo derecho de mi abrigo, con la certidumbre de que no iba a salirme la misma piedra de antes. Y, mientras la iba succionando, volvía a poner en orden las otras piedras, como acabo de explicar. Y así sucesivamente. Pero solo a medias me satisfacía esta solución. Pues no se me ocultaba que, por una extraordinaria casualidad, podían estar circulando siempre las mismas cuatro piedras. En cuyo caso, lejos de estar succionando las dieciséis piedras por turno, en realidad estaría succionando solo cuatro, siempre las mismas, por turno. Pero tenía buen cuidado de removerlas en mis bolsillos, antes de darles el chupeteo, y durante el mismo, antes de proceder a los traslados, con la esperanza de generalizar la circulación de las piedras de un bolsillo a otro. Pero era un mal menor, al cual no podía resignarse por mucho tiempo un hombre como yo. De modo que me puse a buscar otra solución. Y empecé por preguntarme si no haría mejor transportando las piedras de cuatro en cuatro, y no de una en una, es decir, que mientras chupaba podía tomar las tres piedras que quedaban en el bolsillo derecho de mi abrigo y colocar en su lugar las cuatro del bolsillo derecho de mi pantalón, y en lugar de estas, las cuatro del bolsillo izquierdo de mi pantalón, y en lugar de estas, las cuatro del bolsillo izquierdo de mi abrigo, y, por último, en lugar de estas, las tres del bolsillo derecho de mi abrigo y, en cuanto terminara de succionarla, la que tenía en la boca. Si, al principio me parecía que de este modo obtendría mejores resultados. Pero me vi forzado a cambiar de opinión, en cuanto reflexioné, para reconocer que la circulación de las piedras en grupos de cuatro venía a ser lo mismo que su circulación por unidades. Porque si bien tenía la seguridad de encontrar cada vez en el bolsillo de mi abrigo cuatro piedras totalmente distintas de las que las habían precedido inmediatamente, no por ello dejaba de

subsistir la posibilidad de que fuera a dar siempre con la misma piedra, en cada grupo de cuatro, y que, por consiguiente, en lugar de succionar las dieciséis por turno, como era mi deseo, no succionara realmente más que cuatro, siempre las mismas, por turno. Debía indagar, pues, en cuestiones distintas del procedimiento de circulación. Porque siempre tropezaba con el mismo azar, cualquiera que fuese el modo de hacer circular las piedras que adoptase. Era evidente que aumentando el número de mis bolsillos aumentaba en igual proporción mis posibilidades de sacar provecho de mis piedras según mis deseos, es decir, una tras otra hasta el final. Por ejemplo, caso de haber tenido ocho bolsillos en vez de cuatro, ni siquiera el azar más malévolos hubiera podido impedir que de mis dieciséis piedras succionara al menos ocho por turno. Para decirlo todo de una vez, hubiera necesitado dieciséis bolsillos para estar totalmente tranquilo. Y durante mucho tiempo me detuve en tal conclusión de que a menos que tuviera dieciséis bolsillos, cada uno con su piedra, nunca alcanzaría el objetivo que me había propuesto, salvo que concurriera algún azar extraordinario. Y si bien era concebible que doblara el número de mis bolsillos, aunque fuera dividiendo cada bolsillo en dos mediante algunos imperdibles por ejemplo, cuadruplicarlos me parecía que superaba el límite de mis posibilidades. Y no quería tomarme ninguna molestia solo para conseguir una solución intermedia. Porque empezaba a perder el sentido del justo medio, desde que empecé a luchar con aquel problema, y me decía: «Todo o nada». Y solo por un instante consideré la posibilidad de establecer una proporción más equitativa entre mis piedras y mis bolsillos, reduciendo aquellas al número de estos. Lo cual hubiera sido tanto como declararme vencido. Y sentado en la playa, ante el mar, dispuestas ante mis ojos las dieciséis piedras, las contemplaba con ira y perplejidad. Porque tan difícilmente me sentaba en una silla o una butaca, a causa de mi pierna rígida según podéis comprender, como fácil me resultaba sentarme en el suelo a causa de mi pierna rígida y de la que iba camino de serlo, porque en aquella época mi pierna sana, sana en el sentido de que no estaba tiesa, empezó a ponerse rígida. Necesitaba un apoyo bajo las corvas, y, en realidad, bajo toda la pierna, el apoyo de la tierra. Y mientras me quedaba de este modo contemplando mis piedras, rumiando martingalas cada vez más defectuosas, y oprimiendo puñados de arena, de modo que la arena se deslizaba entre mis dedos y volvía a caer sobre la playa, sí, mientras mantenía así en tensión el espíritu y parte del cuerpo, de pronto un día se me ocurrió la idea luminosa de que quizá podría alcanzar mis objetivos sin aumentar el número de mis bolsillos ni reducir el de mis piedras, mediante el simple expediente de sacrificar el principio del arrumaje. Me llevó algún tiempo penetrar el significado de esta proposición, que se puso de pronto a cantar dentro de mí, como un versículo de Isaías o Jeremías. Especialmente la palabra arrumaje me resultó oscura de comprensión durante mucho tiempo, porque no la conocía. Pero a fin de cuentas creí adivinar que la palabra arrumaje no podía significar otra cosa, otra cosa mejor que el

reparto de las dieciséis piedras en cuatro grupos de cuatro, uno en cada bolsillo, y que lo que había falseado todos mis cálculos hasta el presente y convertido el problema en insoluble era el rechazo de plantearme un reparto distinto. Y a partir de tal interpretación, fuera o no acertada, pude llegar finalmente a una solución, poco elegante, sin duda, pero sólida, sólida. Ahora bien, estoy completamente dispuesto a creer, e incluso lo creo firmemente, que existían, que incluso tal vez siguen existiendo otras soluciones para este problema, tan sólidas como la que voy a intentar describiros, pero más elegantes. Y creo también que con un poco más de constancia y de resistencia yo mismo hubiera podido dar con ellas. Pero estaba cansado, cansado, y cobardemente me contenté con la primera solución real que encontré para el problema. Y he aquí, en todo su horror, mi solución, ahorrándoos la recapitulación de las ansiosas etapas que tuve que atravesar antes de desembocar en ella. Bastaba simplemente con (¡simplemente con!) colocar por ejemplo, para empezar, seis piedras en el bolsillo derecho de mi abrigo (pues este es siempre el primer bolsillo del que saco una piedra), cinco en el bolsillo derecho de mi pantalón, y otras cinco en el bolsillo izquierdo de mi pantalón, así salían las cuentas, cinco por dos, diez, y seis, dieciséis, y ninguna piedra, porque ya no quedaba ninguna, en el bolsillo izquierdo de mi abrigo, que por el momento permanecía vacío, vacío de piedras se entiende, porque conservaba su contenido habitual, así como otros objetos de paso. Porque ¿dónde creíais que guardaba mi cuchillo de cocina, mis cubiertos de plata, mi bocina y todo lo demás que aún no he mencionado y que quizá no mencionaré jamás? Vale. Ahora puedo iniciar mi succión. Miradme bien. Saco una piedra del bolsillo derecho de mi abrigo, la chupo, la dejo de chupar, la guardo en el bolsillo izquierdo de mi abrigo, el vacío (de piedras). Saco una segunda piedra del bolsillo derecho de mi abrigo, la chupo, la guardo en el bolsillo izquierdo de mi abrigo. Y así sucesivamente hasta que el bolsillo derecho de mi abrigo queda vacío (aparte de su contenido habitual y pasajero) y las seis piedras que acabo de chupar, una tras otra, han pasado íntegramente al bolsillo izquierdo de mi abrigo. Entonces me paro, me concentro, no vaya a cometer un disparate, y traslado al bolsillo derecho de mi abrigo, que se ha quedado sin piedras, las cinco piedras del bolsillo derecho de mi pantalón, que reemplazo por las cinco piedras del bolsillo izquierdo de mi pantalón, que reemplazo por las seis piedras del bolsillo izquierdo de mi abrigo. De modo que una vez más se queda sin piedras el bolsillo izquierdo de mi abrigo, mientras que el bolsillo derecho de mi abrigo rebosa nuevamente de ellas, y en el buen sentido, es decir, de piedras diferentes de las que acabo de chupar y que me pongo a chupar ahora, una tras otra, y a trasladar sucesivamente al bolsillo izquierdo de mi abrigo, con la certidumbre, hasta donde es posible tenerla en este orden de ideas, de que estoy chupando piedras distintas de las anteriores. Y cuando el bolsillo derecho de mi abrigo queda nuevamente vacío (de piedras) y las cinco que acabo de chupar se encuentran todas

sin excepción en el bolsillo izquierdo de mi abrigo, procedo a la misma redistribución de antes, o a una redistribución análoga, es decir, que traslado al bolsillo derecho de mi abrigo, otra vez disponible, las cinco piedras del bolsillo derecho de mi pantalón, que reemplazo por las seis piedras del bolsillo izquierdo de mi pantalón, que reemplazo por las cinco piedras del bolsillo izquierdo de mi abrigo. Con lo cual estoy en situación de volver a empezar. ¿Debo proseguir? No, porque está claro que al final de la próxima serie de succiones y traslados la situación inicial se habrá restablecido, es decir, que volveré a tener las seis primeras piedras en el bolsillo inicial, las cinco siguientes en el bolsillo derecho de mi viejo pantalón y, en fin, las cinco últimas en el bolsillo izquierdo de la misma prenda de vestir, de modo que mis dieciséis piedras habrán sido succionadas una primera vez en sucesión impecable, sin que una sola de ellas haya sido succionada dos veces, sin que una sola se haya quedado sin ser succionada. Cierto que al volver a empezar no podía albergar muchas esperanzas de chupar mis piedras en el mismo orden que la primera vez y que la primera, séptima y duodécima del primer ciclo, pongo por caso, podían muy bien ser la sexta, undécima y decimosexta, respectivamente, del segundo, para ponernos en el peor de los casos. Pero se trataba de un inconveniente que no podía evitar. Y si en los ciclos tomados en su conjunto debía reinar una confusión inexplicable, al menos en el interior de cada ciclo podía estar tranquilo, bueno, todo lo tranquilo que se puede estar en esta clase de actividad. Porque para que todos los ciclos fueran iguales, en lo que respecta a la succión de las piedras en mi boca (¡y Dios sabe si tenía interés en ello!) hubiera necesitado o bien dieciséis bolsillos o bien tener numeradas las piedras. Y antes que fabricarme doce bolsillos más o numerar las piedras, prefería contentarme con la tan relativa tranquilidad de que gozaba en el interior de cada ciclo aisladamente considerado. Porque no bastaría con numerar las piedras, sino que hubiera sido necesario, cada vez que me ponía una en la boca, recordar qué número tocaba y buscarla en mis bolsillos. Lo cual me hubiera quitado el sabor de chupar en muy breve tiempo. Porque nunca hubiera estado seguro de no equivocarme, a menos que llevara una especie de registro, donde hubiera apuntado mis piedras a medida que las chupaba. Cosa de la que me creía incapaz. No, la única solución perfecta hubiera sido tener los dieciséis bolsillos, simétricamente dispuestos, cada uno con su piedra. Entonces no hubiera necesitado ni números ni reflexión, sino únicamente, mientras chupase determinada piedra, hacer avanzar a las quince restantes, un bolsillo cada una, trabajo bastante delicado si queréis, pero que entraba en el límite de mis posibilidades, y meter la mano en el mismo bolsillo cada vez que me vinieran ganas de chupar. Así habría podido estar tranquilo, no solo en el interior de cada ciclo aisladamente considerado, sino también respecto al conjunto de los ciclos, aunque se multiplicaran hasta el infinito. Pero de todos modos estaba muy contento de haber encontrado mi propia solución, por imperfecta que fuese, sin ayuda de nadie. Y si

bien era menos sólida de lo que creí al principio, en el entusiasmo inicial de mi descubrimiento, su inelegancia continuaba siendo absoluta. Y, en mi opinión, era inelegante sobre todo porque el reparto desigual de las piedras me resultaba físicamente penoso. Cierto que se establecía un cierto equilibrio en un momento dado, al inicio de cada ciclo, a saber, entre la tercera y la cuarta chupada, pero no duraba mucho. Y el resto del tiempo sentía que el peso de las piedras me tironeaba, ya a derecha, ya a izquierda. De modo que al renunciar al arrumaje renunciaba a algo más que a un principio, renunciaba a una necesidad física. Aunque creo que también era una necesidad física chupar las piedras como he expuesto, es decir, no de cualquier manera, sino de acuerdo con un método. De modo que se trataba del enfrentamiento irreconciliable de dos necesidades físicas. Cosas que pasan. Pero en el fondo no me importaba lo más mínimo sentirme en desequilibrio perpetuo, tironeado a derecha, a izquierda, hacia adelante y hacia atrás, como también me daba exactamente igual chupar cada vez una piedra diferente o siempre la misma por los siglos de los siglos. Porque todas tenían el mismo sabor. Y había recogido dieciséis, no para cargar con ellas de este o aquel modo, o para chuparlas por turno, sino simplemente para disponer de una pequeña provisión de reserva. Aunque de todos modos me importara mucho quedarme sin ninguna, no por eso me encontraría peor, o en todo caso la diferencia sería mínima. Y finalmente adopté la solución de tirar todas mis piedras, salvo una, que guardaba a veces en un bolsillo, a veces en otro, y que por supuesto no tardé en perder, o tirar, o regalar, o tragarme. Era una región costera bastante abrupta. No recuerdo que me deparara ningún serio percance. ¿Quién iba a querer hacerle daño a lo que yo era: un punto negro en la pálida inmensidad de la arena? Acercarse, sí, para ver de qué se trataba, si era o no un objeto de valor, proveniente de un naufragio y devuelto por la tempestad. Pero al ver que el objeto vivía, correcta aunque humildemente vestido, se le volvía la espalda. En los primeros tiempos, mi visión excitaba a algunas ancianas, y también a algunas jóvenes, os lo aseguro, que habían venido a recoger leña. Pero siempre eran las mismas y por más que me cambié de sitio acabaron todas por saber quién era y guardar las lógicas distancias. Creo que un día una de aquellas mujeres, separándose de sus compañeras, vino a ofrecerme comida y la miré sin decir palabra hasta que se retiró. Sí, me parece que por aquella época se produjo algún incidente de esta clase. Aunque puede que me esté confundiendo con alguna estancia anterior, porque esta será la última, bueno, la penúltima, porque nunca hay última, a la orilla del mar. Sea como fuere veo a una mujer que se me va acercando y de vez en cuando se vuelve para mirar a sus compañeras. Apretujadas como un rebaño la miran alejarse, animándola con el ademán y sin duda riendo, porque me parece oír risas a lo lejos. Después la veo de espaldas, regresa, y ahora se vuelve de vez en cuando, aunque sin detenerse, para mirarme. Pero puede que confunda en una sola dos ocasiones y dos mujeres, una que

se me acerca tímidamente, seguida por los gritos y risas de sus compañeras, y otra que se aleja, caminando a paso más bien rápido. Porque generalmente veía venir de lejos a las personas que se me acercaban, es una de las ventajas de las playas. Las veía como puntos negros en la lejanía, podía vigilar sus evoluciones diciéndome: «Se achica» o «Se agranda». Sí, era de hecho imposible ser sorprendido, porque a menudo me volvía también hacia la tierra firme. Y os diré una cosa, ¡veía mejor a la orilla del mar! Sí, explorando en todos los sentidos aquellas extensiones por decirlo así sin objeto, sin vertical, mi ojo sano funcionaba mejor e incluso el malo tenía días en que funcionaba bien. Y no solamente veía mejor, sino que me resultaba menos difícil dar un nombre a las cuatro cosas que veía. He aquí algunas de las ventajas y desventajas de la orilla del mar. O tal vez era yo quien cambiaba, ¿por qué no? Y por la mañana, en mi gruta, e incluso a veces por la noche, cuando soplaba el temporal, me sentía bastante bien guarecido de los seres y elementos. Aunque también allí debía pagar un precio. Incluso encajonado en una gruta hay que pagar un precio. Y lo pagamos de buena gana durante algún tiempo, pero no es posible seguirlo pagando siempre. Porque no se puede comprar siempre lo mismo con la pequeña renta vitalicia de que disponemos. Y por desgracia hay más necesidades que la de irse pudriendo tranquilamente, no, no es la palabra, naturalmente me refiero a mi madre, cuya imagen, durante algún tiempo latente, volvía ahora a inquietarme. De modo que regresé tierra adentro, porque mi ciudad no está precisamente a la orilla del mar, por más que se haya podido decir al respecto. Y para llegar a ella debía internarme tierra adentro, o al menos no conocía otro camino. Pero entre el mar y mi ciudad se extendía una especie de pantano que, por lo menos hasta donde llegan mis recuerdos, y a veces se sumergen a gran profundidad en el pasado inmediato, estaban siempre intentando sanear por medio de canales, o transformar en una vasta obra portuaria, o dotar de ciudades obreras sobre pilones, en fin, hacerlo explotable de un modo u otro. Y al mismo tiempo se hubiera acabado con el escándalo que constituía, a las puertas de la gran ciudad, un pantano pestilente y humeante, donde sucumbían cada año un número incalculable de vidas humanas, por ahora desconozco las estadísticas y supongo que seguiré desconociéndolas, este aspecto de la cuestión me deja del todo indiferente. Y nunca me pasará por la cabeza negar que desde luego se dio inicio a las obras y que incluso algunas han perdurado hasta nuestros días pese al desaliento, a los fracasos, a la lenta exterminación del personal y a la inercia de los poderes públicos. Pero de reconocer esto a afirmar que el mar bañaba los pies de mi ciudad media un abismo. Y, por mi parte, nunca me prestaré a semejante perversión (de la verdad) a menos que me obliguen o me resulte necesario que las cosas sean así. Y este pantano lo conocía un poco, porque en él había arriesgado con precaución mi vida en varias ocasiones, en un período de mi vida más rico en ilusiones que el que estoy reconstruyendo, es decir, más rico en determinada clase de ilusiones, más pobre

en otras. De modo que no había medio de abordar mi ciudad directamente por vía marítima, sino que era preciso desembarcar al Norte o al Sur y lanzarse a los caminos, os hacéis cargo, porque las vías férreas estaban aún en situación de proyecto, os hacéis cargo. Y entonces mi avance, siempre lento y penoso, lo era todavía más, a causa de mi pierna corta y tiesa, que creía desde mucho tiempo atrás más allá de los límites de la rigidez, pero ya os podéis ir a la mierda, porque se me ponía más rígida que nunca, lo cual hubiera creído imposible, y al mismo tiempo se hacía cada día más corta, pero sobre todo a causa de la otra pierna, que también iba adquiriendo, ¡con lo ligera que había sido!, progresiva y rápida rigidez, aunque por desgracia todavía no empezaba a acortarse. Porque cuando las dos piernas se acortan al mismo tiempo y con la misma cadencia, no es nada terrible, en absoluto. Pero cuando solo se acorta una, mientras la otra permanece estacionaria, el asunto empieza a resultar inquietante. Bueno, no es exactamente que me inquietase, simplemente me fastidiaba. Porque ya no sabía en qué pie apoyarme para mis acrobacias. Intentemos dilucidar un poco este dilema. Seguidme con atención, la pierna ya rígida me dolía, esto se da por supuesto, y normalmente la otra me servía de pivote o sostén. Pero resulta que esta última, quizá a causa de su progresiva rigidez, que no dejaba de provocar algunos trastornos en nervios y tendones, comenzaba a dolerme todavía más que la otra. Qué historia, con tal de que no me caiga de morros en ella. Porque haceos cargo, al primer dolor ya me había acostumbrado de algún modo, sí, de algún modo. Pero al nuevo, aunque fuese exactamente de la misma familia, todavía no había tenido tiempo de adaptarme. Tampoco debemos olvidar que con una pierna mala y otra más o menos buena podía mantener inactiva aquella, reduciendo al mínimo sus sufrimientos, es decir al máximo, sirviéndome exclusivamente de esta, gracias a mis muletas. Pero ya ni ese recurso me quedaba. Porque ya no tenía una pierna sana y otra enferma, sino que las dos estaban enfermas. Y, en mi sentir, la que estaba peor era la que hasta entonces había estado sana, bueno, relativamente sana, y a cuya alteración aún no me había acostumbrado. De modo que en un sentido, si queréis, seguía teniendo una pierna sana y una enferma, o mejor dicho una menos enferma, solo que ahora la menos enferma no era la misma que antes. Ahora tendía a apoyarme, andando con mis muletas, sobre la que llevaba más tiempo enferma. Porque si bien era extraordinariamente sensible, de todos modos lo era menos que la otra, o quizá lo era igual, si os empeñáis, pero no producía este efecto por datar de más tiempo. ¡Pero no podía! ¿Qué cosa? Apoyarme en ella. Porque se iba acortando, no lo olvidemos, mientras que la otra, aunque se iba poniendo rígida, no se acortaba todavía, o lo hacía con tanto retraso respecto a su compañera que era como si, como si, me he perdido, da igual. Si por lo menos hubiera podido doblarla en la rodilla, o incluso en la cadera, haciéndola así artificialmente tan corta como la otra, el tiempo necesario para aterrizar sobre la que era corta de verdad, antes de tomar nuevo

impulso. ¡Pero no podía! ¿Qué cosa? Doblarla. ¿Cómo iba a poder doblarla, si estaba rígida? De modo que tenía que cargar todo el trabajo sobre la misma pierna de siempre; aunque, al menos en el plano de las sensaciones, se hubiera convertido en la más enferma de las dos y la más necesitada de alivio. Cierto que algunas veces, cuando tenía la suerte de topar con un camino lo suficientemente combado, o aprovechando algún foso no demasiado profundo o cualquier otro desnivel adecuado para este fin, me las arreglaba para dar a mi pierna corta un añadido temporal y hacerla trabajar en lugar de la otra. Pero llevaba tanto tiempo sin trabajar que ya no sabía cómo hacerlo. Y yo creo que un montón de platos me hubiera servido de apoyo más seguro que esta pierna que tan bien me había sostenido en mi período larvario. Además intervenía en aquello, quiero decir, cuando explotaba así los accidentes del terreno, otro elemento de desequilibrio, me refiero a mis muletas, una de las cuales debería haber sido corta y la otra larga para mantenerme en línea vertical. ¿O no? No sé. Por lo demás solía recorrer senderos de bosque, resulta comprensible, donde las divergencias de nivel, si bien no dejaban de producirse, eran demasiado confusas y seguían trazados demasiado erráticos para poder resultarme útiles. Pero en el fondo, ¿era tan grande la diferencia, en cuanto al dolor, entre que mi pierna trabajara o descansara? No creo. Porque mi pierna que no hacía nada, sufría un dolor constante y monótono. Mientras que la que se obligaba al aumento de dolor representado por el trabajo conocía la disminución de dolor representado por la momentánea suspensión del trabajo. Pero soy humano, a fin de cuentas, y mi avance se resentía de aquel estado de cosas, y se transformaba, con perdón, de lento y penoso, como siempre había sido, dijera yo lo que dijera, en un verdadero calvario, sin estaciones ni esperanza de crucifixión, lo afirmo sin falsa modestia, y sin Cirineo, y me obligaba a frecuentes paradas. Sí, mi avance me obligaba a detenerme cada vez con mayor frecuencia, detenerme era el único modo de avanzar. Y aunque no entre en mis vacilantes intenciones la de tratar a fondo (como sin embargo lo merecerían) aquellos breves instantes de la inmemorial expiación, de todos modos adelantaré algunas palabras al respecto, tendré esta amabilidad para que mi relato, tan claro por lo demás, no termine en la oscuridad, en la oscuridad de aquellos inmensos oquedales, de aquellas frondosidades gigantescas, donde renqueo, escucho, me tiendo, me levanto, escucho, renqueo, preguntándome a veces, ¿hace falta decirlo?, sí volveré a ver el día odiado, en fin, poco amado, extendido pálidamente entre los últimos troncos, y a mi madre, para solventar nuestro asunto pendiente, y si no haría mejor, en fin, por lo menos igual de bien, colgándome de una rama con una liana. Porque de ver el día no tenía muchas ganas, francamente, y pocas esperanzas podía albergar de que mi madre siguiera esperándome después de tanto tiempo. Y mi pierna, mis piernas. Pero las ideas de suicidio tenían poco poder sobre mí, ya no sé por qué, creía saberlo, pero veo que no. La idea de estrangulamiento en particular, por tentadora que

resulte, he terminado siempre por vencerla tras una corta lucha. Voy a decir algo, nunca he tenido ninguna afección de las vías respiratorias, aparte naturalmente de las miserias inherentes a este sistema. Sí, podría contar, hubiera podido contar con los dedos de una mano, los días en que el aire, que al parecer contiene oxígeno, se negaba a descender hasta mí o, una vez que por fin había descendido, se negaba a dejarse expulsar. Ah, cierto, está mi asma, cuántas veces me he sentido tentado de ponerle fin seccionándome una carótida o la traquearteria. Pero me aguanté. El ruido me traicionaba, me ponía morado. Me daba sobre todo por la noche, de lo que no sabía si debía alegrarme o no. Porque si bien de noche los cambios bruscos de color pasan más inadvertidos, en cambio el menor ruido inhabitual resuena más en el silencio de la noche. Pero solo se trataba de crisis, nada, crisis, poca cosa en comparación con lo que nunca cesa, lo que no conoce flujo ni reflujo, en la superficie del plomo, en las profundidades infernales. Ni una palabra, ni una palabra contra las crisis, que me estrujaban, me retorcían y, por fin, amablemente me arrojaban, sin señalarme a terceros. Y me enrollaba el abrigo alrededor de la cabeza, para ahogar el ruido obscuro de mi ahogo, o lo camuflaba de violenta y prolongada tos, universalmente admitida y aprobada y cuyo único inconveniente reside en que puede provocar la compasión. Y quizá es este el momento de poner de relieve, nunca es tarde para esto, que al decir que mi avance se hacía más lento a causa del desfallecimiento de mi pierna sana no expreso sino una ínfima parte de la verdad. Porque en realidad tenía otros puntos débiles aquí y allá que también se iban volviendo cada vez más débiles, como era de prever. Pero no era de prever en cambio la rapidez con que iba aumentando su debilidad desde mi partida de la orilla del mar. Porque mientras estuve a la orilla del mar, mis puntos débiles, aunque aumentaban en debilidad como podía esperarse, solo lo hacían insensiblemente. De modo que me hubiera sido muy difícil afirmar, palpándome el ojo del culo, por ejemplo: «Vaya, está mucho peor que ayer, no parece el mismo». Pido perdón por insistir acerca de este vergonzoso orificio, así lo quiere mi musa. Quizá deba verse en él no tanto la tara que he nombrado como un símbolo de las que callo, dignidad debida tal vez a su posición central y a sus apariencias de enlace entre la otra mierda y yo. Soy de la opinión de que se tiene un conocimiento defectuoso de este agujero, y preferimos despreciarlo. Pero ¿y si fuese el pórtico del ser, y la célebre boca tan solo la entrada de servicio? Casi nada puede entrar en él sin ser rechazado al instante o poco menos. Casi todo lo que proviene del exterior le repugna y tampoco parece sentir mucho aprecio por lo que viene del interior. ¿No son rasgos significativos? La historia lo juzgará. Pero trataré, no obstante, de otorgarle menos importancia en el futuro. Lo cual me será fácil, porque del futuro más vale no hablar, no es muy incierto. Y en lo que respecta a dejar de lado lo esencial, en eso creo que estoy fuerte, y tanto más cuanto no poseo sobre este fenómeno más que informaciones contradictorias. Pero,

volviendo a mis puntos débiles, repito que a la orilla del mar se habían desarrollado normalmente, sí, no había notado nada anormal. Ya fuera porque no le prestaba la suficiente atención, pues me concentraba enteramente en la metamorfosis de mi excelente pierna, ya fuera que realmente no hubo nada especial que señalar al respecto. Pero apenas hube dejado atrás la playa, hostigado por el temor a despertarme un buen día lejos de mi madre y con las dos piernas tan rígidas como mis muletas, mis puntos débiles empezaron a avanzar a pasos agigantados, y de la debilidad pasaron a la agonía, con todos los inconvenientes que ello comporta cuando no se trata de puntos vitales. Sitúo hacia aquella época la cobarde deserción de los dedos de mi pie, por así decirlo, en campo raso. Me diréis que eso forma parte de mis jaleos con las piernas, que no tenía en rigor ninguna importancia, porque de todos modos no podía apoyar en el suelo el pie en cuestión. De acuerdo. Pero, a ver, ¿sabéis siquiera de qué pie se trata? No. Yo tampoco. Un momento, y os lo digo. Pero tenéis razón, los dedos de mis pies no eran un punto débil propiamente dicho, me parecían en muy buen estado, aparte algunos callos, juanetes y uñas encarnadas y cierta tendencia a los calambres. Sí, eran otros mis verdaderos puntos débiles. Y desde luego si no enumero ahora su lista impresionante ya nunca la enumeraré. Y en efecto, nunca la enumeraré, o tal vez sí, yo creo que sí. Aparte de, que no quisiera daros una idea errónea de mi estado de salud que, sin poder ser calificado de brillante, o insolente, era en el fondo de una robustez inaudita. Porque, de otro modo, ¿cómo hubiera podido llegar a la enorme edad que he alcanzado? ¿Gracias a mis cualidades morales? ¿A una higiene adecuada? ¿Al aire libre? ¿A la subalimentación? ¿A la falta de descanso? ¿A la soledad? ¿A la persecución? ¿A los terribles alaridos silenciosos (es peligroso lanzar alaridos)? ¿Al cotidiano deseo de ser tragado por la tierra? Venga, hombre, venga. El destino es rencoroso, pero no tanto. Fijaos en mi madre, por ejemplo. Me pregunto de qué acabó por morir. Posiblemente la enterraron viva. La mala pécora tuvo buen cuidado de transmitirme todas sus porquerías de cromosomas. Con el cutis plagado de granos desde mi más tierna edad. Bonito, ¿eh? El corazón palpita, vaya si palpita. De mis uréteres ya no os digo nada. Y las cápsulas suprarrenales. Y la vejiga. Y la uretra. Y el glande. Madre mía. Os diré una cosa, ya no orino, palabra de honor. Pero mi prepucio, *sat verbum*, rezuma orina, día y noche, bueno, creo que es orina, huele a riñón. Y yo que había perdido el sentido del olfato. ¿Puede hablarse de mear en tales condiciones? Veamos. También mi sudor, y me paso el día sudando, huele de un modo peculiar. Y creo que mi saliva, siempre abundante, despide este olor. Sí, me desprendo de mis toxinas, no será la uremia quien acabe conmigo. Si hubiera una justicia, a mí también me enterrarían vivo, como último recurso. Y aunque por miedo a agotarme no estableceré nunca la lista de mis puntos débiles, quizá sí la establezca un día, con el inventario de mis bienes y pertenencias. Porque si llega este día, tendré menos miedo de agotarme que ahora. Porque ahora,

aunque no me creo precisamente al inicio de mi carrera, estoy lejos de pretender hallarme en las proximidades de la meta. De modo que prefiero reservar mis energías para el *sprint*. Porque para no poder dar el *sprint* cuando llega el momento más me valdría abandonar. Pero está prohibido abandonar e incluso detenerse un instante. De modo que espero, avanzando con precaución, a que la campana me diga: «Molloy, no ahorres más fuerzas, ha llegado el final». Así razono, ayudándome con imágenes poco adecuadas a mi situación. Y ya no me abandona, o casi, ignoro por qué razón, el sentimiento de que un día deberé decir lo que me falta sobre todo lo que he tenido. Pero hasta entonces debo esperar, para estar seguro de no poder ya adquirir, perder, arrojar o regalar nada más. Entonces podré decir, sin miedo a equivocarme, qué me queda, a fin de cuentas, de mis pertenencias. Porque habremos llegado al final de las cuentas. Y desde ahora hasta entonces podré empobrecerme, enriquecerme, oh, no hasta el punto de que mi situación quede modificada, pero sí lo suficiente para impedirme anunciar desde ahora lo que me falta de cuanto he tenido, porque aún no me ha ocurrido todo lo que ha de ocurrirme. Pero no comprendo nada de este presentimiento, como creo que ocurre a menudo con los mejores presentimientos, totalmente incomprensibles casi siempre. De modo que puede tratarse de un verdadero presentimiento, susceptible de confirmarse. Pero, ¿son más comprensibles los presentimientos infundados? Creo que sí, que lo falso es más fácil de reducir a nociones claras y distintas, distintas de las otras nociones. Aunque puedo estar equivocado. Pero no era una criatura dada a presentimientos, sino simplemente a sentimientos, o más bien me atrevería a decir que a episentimientos. Porque sabía las cosas por adelantado, lo que me ahorra tener que presentirlas. Diré más (¿qué puede impedírmelo?), sólo sabía las cosas por adelantado, porque cuando me ocurrían ya no me enteraba, como quizá haya advertido el lector, o me enteraba a costa de esfuerzos sobrehumanos, y después tampoco sabía nada, me encontraba devuelto a mi ignorancia nativa. Todo lo cual, tomado en su conjunto, si ello es posible, debe poder explicar muchas cosas, especialmente mi asombrosa ancianidad, aún lozana en ocasiones, suponiendo que mi estado de salud, pese a lo dicho anteriormente, no baste para explicarla. Es una simple suposición, no comprometo a nada. Pero estaba diciendo que si, en la etapa a la que había llegado, mi avance se hacía cada vez más lento y doloroso, no era únicamente a causa de mis piernas, sino también a causa de una multitud de puntos llamados débiles sin ninguna relación con mis piernas. A menos que supongamos, y nada nos induce a ello, que estos puntos débiles y mis piernas fueran manifestaciones del mismo síndrome, que en este caso sería de una diabólica complejidad. El hecho es, y lo siento mucho, pero ahora ya es demasiado tarde para ponerle remedio, que he cargado excesivamente el acento sobre mis piernas, a expensas de lo demás, en el curso de este paseo. Porque no era un vulgar lisiado, qué va, y había días en que lo que tenía en mejor estado eran las piernas,

hecha abstracción del cerebro capaz de formar semejante juicio. De modo que me veía obligado a detenerme cada vez con mayor frecuencia, no me cansaré de decirlo, y tenderme, pese al reglamento, ya de espaldas, ya boca abajo, ya sobre un costado, ya sobre el otro, y con los pies más altos que la cabeza en la medida de lo posible, para facilitar la circulación de la sangre. Y no es precisamente fácil tenderse con los pies más altos que la cabeza cuando se tienen las dos piernas rígidas. Pero tranquilizaos, lo conseguía. Para estar cómodo no ahorra esfuerzos. Me rodeaba el bosque, y las ramas, entrelazándose a una altura prodigiosa, en comparación a la mía, me protegían de la luz y de las intemperies. Os juro que algunos días no avanzaba más de treinta o cuarenta pasos. Aunque no puedo decir que avanzara tropezando en medio de tinieblas impenetrables. Avanzaba tropezando, sí, pero las tinieblas no eran impenetrables. Reinaba una especie de oscuridad azulada, más que suficiente para mis necesidades visuales. Me sorprendía de que esta oscuridad no fuera verdosa en vez de azulada, pero yo la veía azulada y posiblemente lo era. El color rojo del Sol, mezclándose con el verde de las hojas, da una resultante azul. Este es el razonamiento que me formaba. Pero de vez en cuando. De vez en cuando. Cuánta bondad en estas mínimas palabras, cuánta ferocidad. Pero de vez en cuando iba a dar en una especie de encrucijada en forma de estrella, como suele haberlas incluso en los bosques más inexplorados. Y entonces, volviéndome metódicamente hacia los senderos que partían de ella, daba una vuelta completa sobre mí mismo, no sé con qué esperanza, o menos de una vuelta, o más de una vuelta, los senderos se parecían tanto entre sí que era difícil saberlo. En estos claros la oscuridad no era tan densa, y me apresuraba a alejarme de ellos. No me gusta que la oscuridad se atenúe, mala cosa. Naturalmente, en aquel bosque tuve una serie de encuentros, donde no suelen producirse, aunque sin consecuencias graves. Destacaré principalmente mi encuentro con un carbonero. Creo que me hubiera podido prender de él si yo hubiese tenido setenta años menos. Aunque tampoco es seguro. Porque él también hubiera tenido setenta años menos, bueno, quizá no tantos, pero bastantes menos. La verdad es que nunca anduve muy sobrado de ternura, pero de todos modos me tocó de niño mi pequeña parte alícuota, y se dirigía preferentemente a los viejos. Y hasta creo que hubiera tenido tiempo de amar a uno o dos, oh, por supuesto no con un verdadero gran amor, nada parecido a lo de la vieja, vaya, también he olvidado su nombre, Rose, no, bueno, ya sabéis quién quiero decir, pero de todos modos, cómo decirlo, con ternura, como a los que esperan la tierra de promisión. Ah, de niño era precoz, y de mayor he seguido siéndolo. Ahora los que están en curso de putrefacción me dan ganas de vomitar, igual que los lozanos y los aún inmaduros. Se precipitó sobre mí y me suplicó que compartiera su choza, podéis creerme o no. Un perfecto desconocido. Probablemente enfermo de soledad. Digo que era carbonero, pero en realidad no sé nada. El único dato es que en alguna parte veo humo. El humo no se me escapa nunca. Siguió un largo diálogo,

entrecortado por gemidos. No pude preguntarle por el camino de mi ciudad, porque seguía sin recordar su nombre. Le pregunté por el camino de la ciudad más próxima, encontré las palabras precisas y los acentos. Lo ignoraba. Probablemente había nacido en el bosque y pasado allí toda su vida. Le rogué que me indicara cómo salir del bosque lo más rápidamente posible. Me iba volviendo elocuente. Me respondió de un modo confuso. O yo no comprendía nada de lo que él decía, o él no comprendía nada de lo que yo decía, o no sabía nada, o quería que me quedase con él. Modestamente me inclino por la cuarta hipótesis, porque cuando hice ademán de alejarme me retuvo por la manga. De modo que empuñé rápidamente una muleta y le asesté un buen golpe en el cráneo. Con esto se calmó. Viejo asqueroso. Me levanté y proseguí mi camino. Pero apenas había dado algunos pasos, y para mí en aquel entonces algunos pasos eran bastante; di media vuelta y volví hacia él, para examinarlo. Al ver que seguía respirando, me conformé con propinarle algunos calurosos golpes con el tacón en las costillas. Veréis cómo lo hice. Escogí cuidadosamente mi posición, a algunos pasos del cuerpo, dándole la espalda por supuesto. A continuación, bien afirmado en las muletas, empecé a oscilar hacia adelante y hacia atrás, con los pies juntos, o mejor dicho, con las piernas apretadas, porque ¿cómo juntar los pies, dado el estado de mis piernas? ¿Pero, dado su estado, cómo apretar mis piernas? Solo puedo decir que lo hice. O no lo hice. ¿Qué más da? Lo importante es que me balanceé, cada vez más ampliamente, hasta que, juzgando que había llegado el momento oportuno, me lancé hacia adelante con todas mis fuerzas y, por consiguiente, un instante después, hacia atrás, con el resultado previsible. ¿De dónde me venía semejante acceso de vigor? Tal vez de mi debilidad. Naturalmente el golpe dio conmigo en tierra. Quedé patas arriba. En esta vida uno no puede tenerlo todo, lo he comprobado muchas veces. Me tomé un breve descanso, luego me levanté, recogí mis muletas y fui a colocarme al otro lado del cuerpo, donde me entregué metódicamente a idéntico ejercicio. Siempre he tenido la obsesión de la simetría. Pero había apuntado un poco demasiado bajo y uno de mis tacones dio en algo blando. Bueno, al menos, ya que no había acertado en las costillas había tocado los riñones con aquel golpe, oh, no con la suficiente fuerza para reventarlos, no lo creo. Cuando le ven a uno viejo, pobre, achacoso, asustadizo, la gente cree que uno es incapaz de defenderse, y de modo general puede decirse que la suposición es cierta. Pero si medían condiciones favorables, un agresor débil y torpe, como nosotros mismos, vaya, y un lugar apartado, nos es posible a veces mostrar cómo las gastamos. Y ha sido sin duda la intención de recordar esta posibilidad, demasiado frecuentemente olvidada, lo que me ha movido a demorarme respecto a un incidente sin interés en sí mismo, como todo lo que sirve de enseñanza o advertencia. Pero, ¿yo al menos comía de vez en cuando? Forzosamente, forzosamente, raíces, bayas, a veces una mora, un hongo de vez en cuando, temblando de miedo, porque no

distinguía muy bien los buenos de los malos. Qué más, ah, sí, algarrobas, tan caras a las cabras. En fin, lo que encontraba, los bosques abundan en buenos manjares. Y como había oído decir o más probablemente había leído en alguna parte, en el tiempo en que creía tener interés en instruirme, o en divertirme, o en embrutecerme, o en matar el tiempo, que cuando uno cree avanzar en línea recta en un bosque no hace en realidad más que describir círculos, ponía mi mejor voluntad en describir círculos, con la esperanza de avanzar así en línea recta. Porque a poco que me empeñara en ello dejaba de ser torpe y me volvía astuto. Y no había olvidado uno solo de los conocimientos que podían serme útiles en la vida. Y aunque describiendo círculos no avanzase exactamente en línea recta, por lo menos no describía círculos. Ya es algo. Y siguiendo el mismo procedimiento, día tras día y noche tras noche, esperaba llegar a salir un día del bosque. Porque no vayáis a creer que mi región era solo un inmenso bosque, no, nada de eso. Comprendía también la llanura, la montaña y el mar, y algunas ciudades y aldeas, unidas entre sí por caminos y carreteras. Estaba más seguro aún de que un día saldría del bosque porque ya había salido de él más de una vez, y conocía la dificultad de no hacer una vez más lo que ya se ha hecho. Aunque entonces las cosas habían sido un poco distintas. De todos modos albergaba la firme esperanza de ver temblar un día, a través de los limbos inmóviles, como tallados en cobre, y que nunca agitaba el más leve soplo, la extraña luz de la llanura, de pálidos y veloces remolinos. Pero también temía la llegada de aquel día. De modo que ya no dudaba de que tarde o temprano había de llegar. Porque no me encontraba mal en el bosque, podía figurarme en peor situación, y me habría quedado allí permanentemente bastante a gusto, sin añorar demasiado la luz y la llanura y otras amenidades de mi región. Porque conocía bastante a fondo las amenidades de mi región y consideraba que el bosque valía lo que ellas. Y no solo eso, sino que tenía sobre tales amenidades la ventaja de que ya me encontraba en él. Curioso modo de juzgar las cosas, ¿verdad? Quizá no tanto como parece. Porque encontrándome en el bosque, lugar ni mejor ni peor que otros, y siendo libre de quedarme en él, ¿no tenía derecho a encontrarle ventajas, no a causa de lo que fuera en sí mismo, sino por el hecho de encontrarme allí? Porque me encontraba allí. Y encontrándome allí no tenía necesidad de dirigirme allí, dato nada desdeñable, teniendo en cuenta el estado de mis piernas y de mi cuerpo en general. Esto es todo lo que quería decir, y si no lo he dicho de entrada fue porque algo se oponía a que lo dijera. Pero no podía, quiero decir que no podía quedarme en el bosque, no me era lícito. Es decir, que hubiera podido hacerlo, nada más fácil físicamente, pero yo no era del todo solamente físico, y caso de quedarme en el bosque hubiera tenido la sensación de transgredir un imperativo, al menos eso me parecía. Pero no podía engañarme y probablemente habría hecho mejor quedándome en el bosque, quién sabe, quizá hubiera podido hacerlo sin experimentar remordimientos, sin la penosa impresión de hallarme en

pecado mortal. Porque siempre me he sabido hurtar muy bien a la voz de mi conciencia. Y aunque no pueda en rigor felicitar me por ello, tampoco veo que sea ninguna razón para ponerme triste. Pero los imperativos son algo distinto, y siempre he tenido tendencia a ceder ante ellos, ignoro por qué razón. Porque nunca me han llevado a ninguna parte, sino que me han hecho salir de lugares donde, sin estar bien, no estaba peor que en otros, y después han enmudecido, dejándome abandonado a la perdición. De modo que sabía muy bien qué podía esperar de mis imperativos, y sin embargo les obedecía. Se había convertido en una costumbre. Hay que decir que casi todos versaban sobre la misma cuestión, las relaciones con mi madre, y sobre la necesidad de aportar a ellas lo más pronto posible alguna claridad, e incluso sobre la clase de claridad que convenía aportar, y sobre los medios de aportarla con el mayor grado de eficacia posible. Sí, se trataba de imperativos bastante explícitos, e incluso detallados, hasta el momento en que, una vez habían conseguido ponerme en movimiento, empezaban a tartajear para después callarse del todo, dejándome ahí plantado como a un imbécil que no sabe adónde va ni por qué motivo. Y versaban todos, quizá os lo he dicho ya, sobre la misma penosa y espinosa cuestión. Creo que ni siquiera podría citar uno solo que fuera de distinto tenor. Y el que me conminaba entonces a abandonar el bosque lo más pronto posible no difería en nada de aquellos a los que estaba acostumbrado, en lo que a su contenido respecta. Porque en la forma creí notar un detalle inédito. Porque después de la cancioncilla habitual surgió la siguiente solemne advertencia: Quizá sea ya demasiado tarde. Era en latín, *nimis sero*, creo que esto es latín. Está bien eso de los imperativos hipotéticos. Pero aunque nunca había llegado a liquidar el asunto de mi madre, no hay que culpar por ello únicamente a aquella voz que me abandonaba antes de tiempo. Lo único que cabe reprocharle es su parte de responsabilidad. Porque el medio ambiente también me era hostil, por diversos y retorcidos procedimientos, de lo que ya os he dado algunas muestras. Y aunque la voz me hubiera hostigado sin descanso, no habría logrado mejor mis propósitos, a causa de los demás obstáculos que cerraban el camino. Y en esta orden que titubeaba y luego se extinguía, ¿cómo no iba a sobreentender: «No hagas nada. Molloy»? ¿Acaso no me recordaba sin cesar mi deber únicamente para mostrarme luego más vívidamente lo que tenía de absurdo? Es posible. Afortunadamente en suma no hacía más que apoyar, aunque fuera para ridiculizarla a continuación, una inclinación permanente que no necesitaba apóstrofes para saberse veleidosa. Y, completamente solo, desde siempre, iba en busca de mi madre, según creo, con la intención de asentar nuestras relaciones sobre una base menos inestable. Y cuando estaba por fin en su casa, y he llegado a ella varias veces, me marchaba sin haber hecho nada en tal sentido. Y cuando ya no estaba en su casa estaba de nuevo en camino hacia ella, esperando que la próxima vez supiera hacerlo mejor. Y cuando aparentaba renunciar y dedicarme a otra cosa, o no ocuparme ya de cosa alguna, lo

que hacía era madurar mis planes y buscar el camino de su casa. Qué curioso. De modo que, incluso sin este presunto imperativo que someto a crítica, me habría sido difícil permanecer en el bosque, puesto que debía suponer que mi madre no se encontraba en él. Pero quizá hubiera procedido mejor intentando esta difícil estancia. Pero también me decía: «Dentro de poco tiempo, tal como van las cosas, ya no podré desplazarme, sino que tendré que quedarme donde me encuentre, a menos que me lleven de un sitio a otro». Aunque no lo decía con tan elegantes palabras. Y cuando digo que me decía, etcétera, quiero decir tan solo que sabía confusamente que era así, sin saber exactamente de qué se trataba. Y cada vez que digo: «Me decía esto o aquello», o que adopto una voz interior que me dice: «Molloy», y a continuación una hermosa frase más o menos clara y simple, o me encuentro en la obligación de prestar a terceros palabras inteligibles, o, refiriéndome a otro, salen de mi boca sonidos articulados casi de un modo correcto, no hago más que someterme a las exigencias de una convención que me pone en la disyuntiva de mentir o callar. Porque todo ocurría de modo muy distinto. De modo que no es que yo dijera: «Tal como van las cosas, dentro de poco tiempo, etc.», sino que estas frases son aproximaciones a lo que quizá me habría dicho caso de haber sido capaz. De hecho, yo no me decía nada en absoluto, sino que oía un rumor, una mutación en el silencio, y le prestaba oídos, al modo de un animal que se estremece y finge estar muerto, supongo. Y entonces, a veces, nacía confusamente en mí una especie de conciencia, la que expreso al decir: «Yo me decía, etcétera», o «Molloy, no lo hagas», o «¿Nombre de su madre?», dijo el comisario, cito de memoria. O lo expreso sin caer tan bajo como en la *oratio recta*, sino por medio de otras figuras, igualmente falaces, como, por ejemplo: «Me parecía que, etc.», o «Tenía la impresión de que, etc.», porque no me parecía nada en absoluto y no tenía impresión alguna de ningún género, sino que simplemente en alguna parte había cambiado algo que me obligaba a cambiar Yo también, o que obligaba a cambiar también al mundo, para que en definitiva nada quedara cambiado. Se trata de pequeños reajustes, como entre los vasos de Galileo, que solo puedo expresar diciendo: «Yo temía que», o «Yo esperaba que», o «¿Se llama así su madre?», dijo el comisario, por ejemplo, aunque sin duda podría expresarlos mejor si me tomara esa molestia. Y quizá lo haga algún día en que me dé menos pereza que hoy. Aunque no creo. De modo que me decía: «Dentro de poco tiempo, tal como van las cosas, ya no podré desplazarme, sino que me tendré que quedar donde me encuentre, a menos que pase por ahí alguien lo bastante amable para llevarme». Porque mis etapas se hacían cada vez más cortas y mis paradas, por consiguiente, cada vez más frecuentes, y añadiré que cada vez más prolongadas, porque la noción de parada larga no se desprende necesariamente de la de etapa corta, ni la de parada frecuente tampoco si reflexionamos en ello, a menos que prestemos a la palabra frecuente un sentido que está lejos de tener, lo que por nada del mundo estoy

dispuesto a hacer. Y me parecía tanto más deseable salir de aquel bosque lo más rápidamente posible cuanto que pronto me vería en la imposibilidad de salir de cualquier parte, ni siquiera de un bosquecillo. Era en invierno, debía de ser en invierno, y no solamente muchos árboles se habían quedado sin hojas, sino que estas hojas se habían vuelto negras y esponjosas y mis muletas se hundían en ellas, a veces hasta la horquilla. Cosa digna de notarse, no tenía más frío que antes. Quizá solo estábamos en otoño. Pero siempre he sido poco sensible a los cambios de temperatura. Y la oscuridad, aunque menos azulada, era tan densa como antes. Lo que terminó por llevarme a esta conclusión: «Es menos azul porque hay menos verde, pero sigue siendo densa gracias al cielo plomizo de invierno». Además, algo oscuro, algo así, caía de las ramas envueltas en la oscuridad. Los montones de hojas negras y como fangosas retardaban sensiblemente mi avance. Pero incluso sin ellas hubiera renunciado a caminar erguido al modo humano. Y aún recuerdo el día en que, echado boca abajo por aquello de descansar un poco, con desprecio notorio del reglamento, de pronto exclamé, golpeándome la frente: «Pero hombre, puedo avanzar reptando, no me acordaba». Pero ¿cómo, dado el estado de mis piernas y de mi tronco? Y de mi cabeza. Pero antes de proseguir, permitidme unas palabras sobre los murmullos del bosque. Por más que me esforzara en escuchar no percibía ni asomo de ellos. Sino más bien, con muy buena voluntad y un poco de imaginación, de vez en cuando un golpe lejano de gong. Un cuerno de caza está bien que suene en el bosque, es lo previsible. Es el montero. ¡Pero un gong! Ni siquiera un tam-tam me habría sorprendido, en realidad. ¡Pero un gong! Era decepcionante, tratar de aprovecharse al menos de los célebres murmullos y no llegar a oír más que un gong a lo lejos, de vez en cuando. Por un momento pude albergar la esperanza de que se trataba solo de mi corazón aún palpitante. Pero solo por un momento. Porque mi corazón no percute, el ruido que produce esta vieja bomba pertenece más bien al dominio de la hidráulica. Y también escuchaba con atención a las hojas antes de que cayeran, pero en vano. Permanecían inmóviles y rígidas como latón, me parece que ya he dicho esto en alguna parte. De modo que estos eran los murmullos del bosque. De vez en cuando hacía sonar mi bocina, a través de la tela de mi bolsillo. Su sonido era cada vez más apagado. La había sacado de mi bicicleta. ¿Cuándo? No lo sé. Y ahora, basta. Tendido boca abajo, utilizando mis muletas como garfios, las hundía ante mí en la maleza, y cuando las sentía bien afirmadas, avanzaba arrastrándome a pulso, pues mis muñecas estaban aún bastante vigorosas pese a mi caquexia, aunque hinchadas por completo y atormentadas por una especie de artritis deformante probablemente. De modo que, en pocas palabras, así era como me las arreglaba. Este procedimiento de locomoción tiene sobre los demás que he experimentado la ventaja de que cuando uno quiere descansar, sólo con pararse descansa, sin más expediente. Porque de pie uno no descansa, y sentado tampoco. Y hay hombres que circulan sentados, o incluso

arrodillados, avanzando a derecha, a izquierda, hacia adelante, hacia atrás, por medio de ganchos. Pero en el movimiento reptante, detenerse equivale a descansar instantáneamente, e incluso el mismo movimiento es una forma de descanso, en comparación con las otras clases de movimiento, tan fatigosas para mí. Y así avanzaba por el bosque, lentamente, pero con cierta regularidad, y daba mis buenos quince pasos diarios sin emplearme a fondo. Y hasta avanzaba de espaldas, hundiendo a tientas tras de mí mis muletas en los matorrales, con el celaje negro de las ramas ante mis ojos entrecerrados. Iba a ver a mi madre. Y de vez en cuando decía: «Mamá», sin duda para darme ánimos. A cada paso perdía mi sombrero, hacía tiempo que el cordón se había roto, hasta que, en un raptó de genio, me lo hundí en el cráneo con tanta violencia que ya no pude quitármelo. De modo que si hubiera encontrado a señoras conocidas, me habría sido imposible saludarlas correctamente. Pero siempre estaba presente en mi espíritu, que seguía funcionando sin parar, aunque a ritmo lento, la necesidad de describir círculos, de describir continuamente círculos, y cada tres o cuatro pasos que avanzaba modificaba el rumbo, lo que me hacía describir, si no un círculo, sí al menos un vasto polígono, cada uno hace lo que puede, y me permitía esperar que avanzase en línea recta, pese a todo, día y noche en línea recta en dirección a mi madre. Y llegó en efecto un día en que terminó el bosque y tuve ante mí la luz de la llanura, exactamente como lo había previsto. Aunque no la vi de lejos, agitándose más allá de los severos troncos, como esperaba que sucediera, sino que me encontré en ella de pronto, abrí los ojos y comprobé que había llegado. Lo cual se explica sin duda por el hecho de que hacía ya bastante tiempo que solo excepcionalmente abría los ojos. E incluso los pequeños cambios de dirección a que aludía los hacía a tientas, a oscuras. El bosque terminaba en un foso, ignoro por qué razón, y en este foso tuve conocimiento de lo que me había ocurrido. Sin duda abrí los ojos al caerme dentro, porque de lo contrario, ¿qué me hubiera movido a abrirlos? Contemplé la llanura que se extendía ante mí hasta perderse de vista. Bueno, no del todo hasta perderse de vista. Porque una vez mis ojos se hubieron habituado a la luz creí divisar, perfilándose pálidamente en el horizonte, las torres y campanarios de la ciudad, que naturalmente no tenía por qué suponer, hasta un más amplio informe, que se tratase de la mía. Cierto que la llanura me parecía familiar, pero en mi región todas las llanuras se parecen, conocer una es conocerlas todas. Por lo demás, para un hombre en mi situación, el hecho de que se tratara o no de mi ciudad, que mi madre respirara en alguna parte bajo aquellas frágiles columnas de humo o infestara la atmósfera a cien millas de allí, eran preguntas totalmente ociosas, aunque de innegable interés en el plano del puro conocimiento. Porque ¿cómo arrastrarme a través de aquella vasta extensión herbácea donde mis muletas no hallarían punto en que apoyarse? Quizá podría avanzar rodando. ¿Y luego? ¿Me dejarían avanzar rodando hasta la casa de mi madre? Afortunadamente, en aquella penosa coyuntura,

que había previsto vagamente, aunque sin imaginar todo su horror, me oí decir que no perdiera la sangre fría, que venían a ayudarme. Textualmente. Puedo decir que tales palabras sonaron tan nítidamente en mis oídos, y en mi entendimiento, como el «Muchas gracias» del chico a quien recogí la canica, sí, apenas exagero. No pierdas la sangre fría, Molloy, ya llegamos. En fin, supongo que para poseer un cuadro completo de las posibilidades de nuestro planeta hay que haberlo visto todo, incluso a los que llegan a ayudarnos. Me dejé caer rodando hasta el fondo del foso. Debía ser en primavera, sí, una mañana primaveral. Me parecía oír cantos de pájaros, tal vez alondras. Llevaba tiempo sin oírlos. ¿Cómo no los había oído en el bosque? Ni los había visto tampoco. Entonces no me había extrañado. Pero entonces me extrañó. ¿Los había oído a la orilla del mar? ¿Alondras? No podía recordarlo. Recordé los rascones. Me volvieron a la memoria los dos viajeros. Uno empuñaba una maza. Los había olvidado. Volvía a ver las ovejas. Bueno, esto es lo que digo ahora. No perdía la sangre fría, iba recordando otras escenas de mi vida. Me parecía que llovía y hacía sol, alternativamente. Un tiempo verdaderamente primaveral. Tenía ganas de volver al bosque. Bueno, no muchas ganas. Molloy podía quedarse donde estaba.

II

Es medianoche. La lluvia azota los cristales. Estoy tranquilo. Todo duerme. Sin embargo, me levanto y voy a mi despacho. No tengo sueño. Mi lámpara me ilumina nítida y suavemente. La tengo regulada. Durará hasta que se haga de día. Oigo al gran búho. ¡Qué terrible grito de guerra! Antes lo escuchaba impasible. Mi hijo duerme. Que siga durmiendo. También para él llegará una noche en la que le sea imposible dormir y se siente ante su mesa de trabajo. Para entonces, yo ya estaré olvidado.

Mi informe será extenso. Tal vez no lo termine. Me llamo Moran, Jacques Moran. Así me llaman. Estoy acabado. Mi hijo también. No debe sospecharlo. Debe creerse en el umbral de la vida, de la verdadera vida. Lo que por otra parte es exacto. Se llama Jacques, como yo. No puede haber confusiones.

Recuerdo el día en que recibí la orden de ocuparme de Molloy. Era un domingo estival. Yo estaba sentado en mi jardincito, en un sillón de mimbre, con un libro negro cerrado sobre las rodillas. Debían de ser sobre las once, demasiado temprano todavía para ir a la iglesia. Saboreaba el descanso dominical, no sin deplorar la importancia que se le otorga en algunas parroquias. A mi juicio, no era forzosamente reprehensible trabajar e incluso jugar en domingo. Todo dependía de la disposición espiritual del que trabajase o jugase, o de la naturaleza de sus trabajos o juegos. Así pensaba yo. Reflexionaba con satisfacción en que este punto de vista un poco liberal iba ganando terreno incluso entre el clero, cada vez más dispuesto a admitir que las fiestas de guardar, con tal de que se vaya a misa y se aporte el óbolo, pueden ser consideradas días como los demás, en determinados aspectos. Lo cual no me afectaba personalmente, siempre me ha gustado no dar golpe. Y hubiera descansado también los días laborables de haber podido. No es que yo fuera decididamente perezoso. Era algo distinto. Viendo hacer cosas que yo hubiera hecho mejor, de haber querido, y que hacía mejor cada vez que me decidía a ello, tenía la impresión de cumplir una función a la que ninguna actividad hubiera sido capaz de elevarme. Pero a lo largo de la semana tenía pocas ocasiones de entregarme a semejante dicha.

Hacía buen tiempo. Contemplaba morosamente mis colmenas, las entradas y salidas de las abejas. Oí sobre la grava los pasos presurosos de mi hijo, encantado no sé en qué fantasía de huidas y persecuciones. Le grité que no se ensuciara. No respondió.

Todo estaba en calma. Ni un soplo de aire. Ascendía el humo en una columna recta y azul desde las chimeneas de mis vecinos. Oíanse ruidos apacibles, un entrechocar de mazos y bolas, un rastrillo en la arena, una máquina cortando césped a lo lejos, la campana de mi querida iglesia. Y pájaros, por supuesto, ante todo mirlos y tordos, cuyos cantos expiraban como a pesar suyo, vencidos por el calor, mientras iban abandonando las ramas elevadas donde les sorprendiera el amanecer por la

sombra de los matorrales. Yo respiraba con placer las emanaciones de mi toronjil.

En este marco transcurrieron mis últimos momentos de sosiego y felicidad.

Un hombre entró en el jardín y se me acercó a paso rápido. Le conocía bien. En rigor, admito que el domingo, aunque prefiero no ver a nadie, venga a saludarme un vecino, si tiene ese capricho. Pero aquel hombre no era un vecino. Nuestras relaciones se limitaban al terreno profesional y había venido de lejos a turbar mi descanso. De modo que estaba dispuesto a recibirle con bastante frialdad, sobre todo al ver que se permitía venir directamente a donde yo estaba sentado, bajo el manzano. Porque veía con muy malos ojos a quienes se permitían estas libertades. Si querían hablar conmigo, que llamasen a la puerta de la casa. Marthe tenía instrucciones al respecto. Creía hallarme sustraído a los ojos de cualquier persona que entrase en el recinto de mi casa y recorriera el corto sendero que une la verja del jardín con la puerta del edificio. Y así era en efecto. Pero al oír cerrarse el portal me volví con irritación y pude ver, suavizada por las hojas, aquella larga figura que avanzaba derechamente hacia mí, sobre el césped. Ni me levanté ni le invité a sentarse. Se quedó parado delante de mí y nos miramos fijamente en silencio. Iba pesada y sombríamente endomingado, lo que terminó de predisponerme en contra de él. Esta grosera observancia de fachada, mientras el alma se deleita en sus harapos, me ha parecido siempre algo abominable. Miré los enormes pies que aplastaban mis margaritas. Le hubiera expulsado de mi jardín a golpes de *knut*. Desgraciadamente no se trataba solo de él. «Tome asiento», le dije, ablandado por la reflexión de que a fin de cuentas solo cumplía su oficio de intermediario. Sí, de pronto me dio lástima. Por él y por mí. Se sentó y se enjugó la frente. Vi a mi hijo que nos espiaba tras unos matorrales. Mi hijo tenía entonces trece o catorce años. Estaba muy crecido y robusto para su edad. A veces su inteligencia parecía alcanzar la media normal. Mi hijo, vaya. Le llamé y le dije que nos fuera a buscar cerveza. Siempre he tenido inclinación a adoptar actitudes de *voyeur*. Mi hijo me imitaba instintivamente. Volvió con notable rapidez provisto de dos vasos y una botella de litro de cerveza. Destapó la botella y nos sirvió. Le gustaba mucho destapar botellas. Le dije que fuera a lavarse, a poner orden en su atuendo, en una palabra, a prepararse para aparecer en público, porque se acercaba la hora de ir a misa. «Puede quedarse», dijo Gaber. «No quiero que se quede», le contesté. Y volviéndome hacia mi hijo le repetí que fuera a asearse. Si algo me irritaba en aquel entonces era el llegar tarde a la misa de doce. «Como usted quiera», dijo Gaber. Habíamos intentado tutearnos. En vano. Yo solo hablo, solo hablaba de tú a dos personas. Jacques se alejó refunfuñando y chupándose un dedo, detestable y poco higiénica costumbre, pero preferible de todos modos a la de meterse el dedo en la nariz, creo yo. Si chupándose el dedo mi hijo evitaba metérselo en la nariz, o en otra parte, creo que en un sentido hacía bien.

«Aquí están sus instrucciones», dijo Gaber. Se sacó una agenda del bolsillo y

empezó a leer. De vez en cuando cerraba la agenda, dejando el dedo dentro para señalar la página, y se dedicaba a comentarios y consideraciones que no me incumbían, porque conocía bien mi oficio. Cuando por fin hubo terminado, le dije que aquel trabajo no me interesaba y que más valdría que el jefe recurriera a otro agente. «Está empeñado en que sea usted, Dios sabrá por qué», dijo Gaber. «Sin duda a usted le dijo el porqué», dije yo viendo avecinarse la adulación, mi manjar favorito. «Ha dicho —respondió Gaber— que sólo usted era capaz de hacer este trabajo». Más o menos lo que yo quería oír. «Sin embargo —dije—, el asunto me parece infantilmente sencillo». Gaber criticó ásperamente al jefe, que le había obligado a levantarse en plena noche, justo cuando se disponía a cumplir sus deberes conyugales. «Para una tontería semejante», añadió. «¿Y le dijo que solo tenía confianza en mí?», pregunté. «Ya no sabe lo que dice —dijo Gaber, y añadí—: ni lo que hace». Secó el forro de su bombín, mirando atentamente el interior, como si buscara algo. «De modo que me es difícil negarme», dije, aunque sabía perfectamente que en cualquier caso me era imposible rehusar. ¡Rehusar! Pero es que nosotros los agentes nos divertíamos a menudo rezongando y dándonos aires de hombres libres. «Tiene que partir hoy mismo», dijo Gaber. «¡Hoy mismo! —exclamé—. Es como si me echaran un jarro de agua fría». «Su hijo le acompañará», dijo Gaber. Yo callaba. Cuando las cosas se ponían serias nos callábamos. Gaber cerró su agenda y volvió a guardársela en el bolsillo. Se puso en pie, se pasó las manos por el pecho. «De buena gana me bebería otro vaso», dijo. «Vaya usted a la cocina —le dije—. La sirvienta le servirá». «Adiós, Moran», dijo.

Era demasiado tarde para ir a misa. No necesitaba mirar el reloj para saberlo, sentía que habían empezado la misa sin mí. ¡Haber perdido la misa precisamente aquel domingo, yo que no me la había perdido nunca! ¡Con la falta que me hacía! ¡Para ponerme en marcha! Tomé la decisión de solicitar una recepción particular, en el curso de la tarde. No almorzaría. Con el bueno del padre Ambroise siempre había modo de arreglar las cosas.

Llamé a Jacques. Sin resultado. Me dije: «Viendo que se alargaba la conversación, se ha ido solo a misa». Explicación que no tardó en revelarse como la verdadera. «Pero —añadí— habría podido pasar a verme antes de partir». Me gustaba razonar monologando, y entonces se podía ver el movimiento de mis labios. Pero sin duda había temido molestarme y verse castigado. Porque cuando castigaba a mi hijo perdía con cierta frecuencia el sentido de la medida, lo que motivaba que me temiera un poco. A mí nunca me han castigado bastante. Oh, tampoco es que me hayan mimado, se han limitado a ignorarme. De ahí derivan algunas malas costumbres que ya es imposible remediar y de las que ni la atención más meticulosa ha podido librarme. Esperaba ahorrarle a mi hijo semejante infortunio, dándole de vez en cuando alguna buena bofetada apoyada en sólidos razonamientos. Luego me

pregunté, «¿osaría decirme que vuelve de misa si no es cierto y, por ejemplo, se ha ido con sus compañeros de juego detrás del matadero?» Y me prometí sonsacar al padre Ambroise al respecto. Porque mi hijo no debía creerse capaz de mentirme impunemente. Y si el padre Ambroise no podía informarme, me dirigía al sacristán, a quien la presencia de mi hijo en la misa de doce no podía haberle pasado inadvertida. Porque sabía a ciencia cierta que el sacristán llevaba una lista de los fieles y que, apostado junto a la pila de agua bendita, nos anotaba en el momento de la ablución. Detalle digno de ser notado, el padre Ambroise ignoraba esta maniobra, porque, como lo oís, todo lo que significase vigilancia le resultaba execrable al bueno del padre Ambroise. Y si hubiese creído capaz al sacristán de semejante exceso de celo lo habría despedido en el acto. Sin duda el sacristán llevaba este registro tan al día para su propia edificación. Por descontado, yo solo sabía cómo se producían los acontecimientos en la misa de doce, pues no tenía ninguna experiencia personal de los otros oficios, a los que nunca había asistido. Aunque me habían dicho que en ellos se ejercía el mismo control, si no por el sacristán en persona, ocupado sin duda en otras obligaciones, por uno de sus numerosos hijos. Extraña parroquia, en la que las ovejas sabían más que su pastor sobre una circunstancia que parecía más de la competencia de éste que de aquellas.

En todo esto pensaba, pues, mientras esperaba el retorno de mi hijo y la partida de Gaber, a quien aún no había oído marcharse. Y esta noche me parece extraño que en un momento semejante haya podido pensar en mi hijo, en mi deficiente educación, en el padre Ambroise, en el sacristán Joly con su registro. Después de lo que acababa de oír, ¿no tenía acaso preocupaciones más graves? Lo cierto es que aún no empezaba a tomarme en serio aquel asunto. Lo cual me extraña doblemente, porque semejante despreocupación no va con mi carácter. ¿O es que evitaba instintivamente pensar en ello para procurarme unos últimos instantes de calma? Aun a pesar de que, al leer el informe de Gaber, el asunto me había parecido indigno de mí, la insistencia del jefe en que yo, Moran, y no otro cualquiera, me ocupase de resolverlo, y la noticia de que mi hijo iba a acompañarme, hubieran debido advertirme de que era un trabajo que se salía de lo vulgar. Y en vez de dedicarle inmediatamente todos los recursos de mi espíritu y de mi experiencia, pensaba en las flaquezas de mi sangre y en las singularidades de mi entorno. Pero, sin embargo, el veneno que acababan de instilarme iba haciendo su obra. Me removía continuamente en mi sillón, me pasaba las manos por el rostro, cruzaba y descruzaba las piernas, etc. El mundo empezaba ya a cambiar de color y volumen y dentro de poco debería confesarme a mí mismo que me poseía la ansiedad. Recordé con despecho la cerveza que acababa de beber. ¿Me concederían la comunión después de una botella de Wallenstein? ¿Y si no decía nada? «¿Estás en ayunas, hijo mío?» Nadie iba a preguntármelo. Pero Dios lo sabría un día u otro. Quizá me perdonaría. Pero, ¿la eucaristía produce el mismo efecto habiendo

bebido cerveza, aunque sea floja? Bueno, siempre podía hacer la prueba. ¿Cuál era la doctrina de la Iglesia al respecto? ¿Y si estuviese a punto de cometer un sacrilegio? Me decidí a chupar algunos caramelos de menta camino del presbiterio.

Me levanté y fui a la cocina. Pregunté si Jacques había vuelto. «No le he visto volver», respondió Marthe. Parecía estar de mal humor. «¿Y el otro?», pregunté. «¿Qué otro?», preguntó. «El que ha venido de mi parte a pedirle un vaso de cerveza», dije. «Nadie ha venido a pedirme nada», dijo. «A propósito —dije sin desconcertarme—, hoy no almorzaré». Me preguntó si estaba enfermo. Porque yo era más bien glotón por naturaleza. Y precisamente me gustaba que el almuerzo del domingo fuera muy copioso. Olía bien en la cocina. «No, solo que hoy comeré un poco más tarde», le dije. Marthe me miraba enfurecida. «Más o menos hacia las cuatro», dije. Sabía perfectamente todo lo que galopaba y se encabritaba tras aquella frente estrecha y encanecida. «Hoy no podrá usted salir —dije fríamente—, lo siento». Muda de cólera, se precipitó sobre sus cacerolas. «Manténgame usted la comida caliente lo mejor que pueda», le dije. Y, como sabía que era perfectamente capaz de envenenarme, le dije: «Mañana puede usted tomarse todo el día libre, si lo desea.»

Salí y me dirigí al camino. De modo que Gaber se había ido sin beberse la cerveza. Y con las ganas que tenía. Wallenstein es una buena marca. Me quedé al acecho de la llegada de Jacques. Vendría por la derecha si volvía de la iglesia, y por la izquierda, si volvía del matadero. Acertó a pasar un vecino librepensador. «¡Vaya! —exclamó—. ¿Hoy no estamos para devociones?» Conocía mis costumbres, quiero decir mis costumbres dominicales. Las conocía todo el mundo, y el jefe quizá mejor que nadie, pese a hallarse tan lejos. «Parece usted trastornado», me dijo el vecino. «Solo verle a usted me subleva», le contesté. Volví a entrar en casa, sintiéndome seguido por una sonrisa conscientemente repugnante. Imaginaba al vecino que corría a casa de su concubina para decirle: «Ya conoces a aquel pobre imbécil de Moran, ¿si hubieras visto cómo le saqué de quicio! ¡Ya no sabía qué decirme! ¡Ha puesto pies en polvorosa!»

Jacques regresó poco después. No daba ninguna muestra de haberse entregado a la disipación. Dijo que en la iglesia había estado solo. Le hice algunas preguntas pertinentes sobre el desarrollo de los ritos. Respondió sin la menor vacilación. Le dije que se lavara las manos y se sentara a la mesa. Volví a la cocina. No hacía más que ir y venir. «Puede usted servir», dije. Marthe había llorado. Eché un vistazo a las cacerolas. Pote irlandés. Plato nutritivo y económico, un poco indigesto. Loor al país cuyo nombre ha popularizado. «Me sentaré a la mesa a las cuatro», dije. No necesitaba añadir en punto. Me agradaba la exactitud, y debía agradar también a cuantos vivieran bajo mi techo. Subí a mi habitación. Y allí, tendido en mi lecho, las cortinas corridas, hice una primera tentativa de prepararme para el asunto Molloy.

Para empezar, quería someter a consideración únicamente sus molestias más

inmediatas, los preparativos a que me obligaba. Seguía evitando siempre pensar en el nudo central del asunto Molloy. Me sentía invadido por una gran confusión.

¿Partiría en velomotor? Esta fue la primera pregunta que decidí plantearme. Yo era un hombre de espíritu metódico y nunca salía para cumplir una misión sin haber reflexionado largamente sobre cuál era el medio de locomoción que más me convenía. Era el primer problema que debía resolver, al inicio de cada investigación, y no me ponía nunca en movimiento sin haberlo resuelto de un modo satisfactorio. Unas veces prefería mi velomotor, otras el tren, otras el automóvil, y también era frecuente que partiera de noche, silenciosamente, a pie o en bicicleta. Porque cuando uno está rodeado de enemigos, como en mi caso, no es posible, ni siquiera de noche, partir en velomotor sin ser notado, a menos que se utilice el velomotor como una simple bicicleta, lo que carece de sentido. Pero si entraba en mis costumbres resolver ante todo esta difícil cuestión del transporte, no lo hacía nunca sin antes haber tomado en consideración, aunque fuera sin profundizar en ellos, los factores de que dependía. Porque ¿cómo decidir el modo en que uno se marcha sin saber previamente adónde va, o al menos con qué objeto se va? Pero en el presente caso abordaba el problema del transporte, sin otra preparación que el conocimiento que había adquirido distraídamente del informe de Haber. Sabría recordar los más ínfimos detalles de aquel informe en cuanto quisiera. Pero aún no me había tomado esa molestia, había evitado hacerlo diciéndome: «Es un asunto banal». Intentar resolver el problema del transporte en tales condiciones era una locura. Lo que no me impedía cometerla. Ya empezaba a perder la cabeza.

Me gustaba mucho partir en velomotor, era muy aficionado a esta forma de locomoción. Y, sumido como estaba en la ignorancia de las razones que se oponían a ella, me decidí a partir en velomotor. Así se inscribía, en los umbrales del asunto Molloy, el funesto principio del placer.

Los rayos solares se deslizaban entre las cortinas, haciendo visible el aquelarre del polvo. De lo cual deduje que seguía haciendo buen tiempo y me alegré por ello. Siempre es preferible que haga buen tiempo cuando se parte en velomotor. Me equivocaba, ya no hacía buen tiempo, el cielo se cubría, no tardaría en llover. Pero de momento seguía brillando el Sol. En este dato me basaba, con inconcebible ligereza, sin poseer otros elementos de juicio.

Abordé a continuación, según tenía por costumbre, el problema capital de los efectos que debía llevar conmigo. Y también sobre este punto hubiera tomado una decisión enteramente inútil de no mediar la interrupción de mi hijo, que me preguntó si podía salir. Me dominé. Se secaba la boca con el dorso de la mano. Es un espectáculo que detesto. Aunque hay gestos más obscenos, y algo sé de ellos.

«¿Salir? —dije— ¿Para dónde?» ¡Salir! Detestable holgazán. Comenzaba a sentir mucho apetito. «A los Olmos», me respondió. Así se llama nuestro pequeño parque

público. Y sin embargo me han asegurado que no tiene ni un olmo. «¿Para qué?», le dije. «Para repasar mi lección de botánica», me respondió. Había momentos, como aquel, en que sospechaba que mi hijo quería tomarme el pelo. Casi hubiera preferido que me dijera para tomar el fresco, o para mirar a las chicas. Lo malo era que sabía mucho más que yo sobre botánica. De lo contrario le hubiera podido hacer algunas preguntas capciosas a su regreso. A mí me gustaban los vegetales, sin más. Incluso veía a veces en ellos una prueba superabundante de la existencia de Dios. «Puedes irte —le dije—, pero que estés de vuelta a las cuatro y media, tenemos que hablar». «De acuerdo, papá», me dijo. ¡De acuerdo, papá! ¡Ah!

Dormí un poco. Abreviemos. Algo me detuvo al pasar ante la iglesia. Me quedé mirando el portal, de hermoso estilo jesuítico. Me pareció horrible. Anduve apresuradamente hasta el presbiterio. «El señor cura duerme», dijo el ama. «Esperaré», dije. «¿Es urgente?», dijo. «Sí y no», dije. Me introdujo en el salón, de una espantosa desnudez. El padre Ambroise entró, frotándose los ojos «Discúlpeme usted, padre», le dije. Hizo chasquear la lengua contra el paladar en señal de protesta. No describiré nuestras actitudes, características de él las suyas y las mías de mí. Me ofreció un cigarro, que acepté de buena gana y me guardé en el bolsillo, entre la pluma estilográfica y el lápiz de mina. El padre Ambroise se jactaba de saber vivir, de conocer las costumbres, aunque nunca fumara. Y todo el mundo decía de él que era muy generoso. Le pregunté si había visto a mi hijo en la misa de doce. «Ciertamente —me dijo—, y hasta hemos conversado». La sorpresa debió traslucirse en mi rostro. «Si —prosiguió—, viendo que usted no estaba en su lugar de costumbre, en la primera fila de los feligreses, temí que se encontrara enfermo. Llamé, pues, a nuestro querido chiquillo, que me tranquilizó». «Recibí una visita absolutamente intempestiva —dije— de la que no pude librarme a tiempo». «Esto me explicó su hijo —dijo, y añadió—: Pero tomemos asiento, no estamos montando guardia». Rió y tomó asiento, recogiendo la pesada sotana. «¿Me aceptaría usted un digestivo?», dijo. Yo estaba perplejo. Jacques había dejado escapar alguna alusión a la cerveza. Era capaz. «He venido a pedirle un favor», dije. «Ya lo tiene», dijo. Nos observamos. «Mire usted —dije— para mí un domingo sin viático es como...». Alzó la mano. «Sobre todo, nada de comparaciones profanas», dijo. Quizá pensaba en el beso sin bigotes o en el *rosbif* sin mostaza. No me gusta que me interrumpan. Me enfurruñé. «Ya adivino de qué se trata —dijo— ya puede usted decírmelo, desea comulgar». Incliné la cabeza. «Es una irregularidad», dijo. Me pregunté si él habría comido. Sabía que frecuentemente se entregaba a ayunos prolongados, sin duda por espíritu de mortificación, y también por prescripción de su médico de cabecera. De modo que mataba dos pájaros de un tiro. «No se lo diga a nadie, que quede entre nosotros y...». Se interrumpió alzando el dedo, con la mirada en el techo. «¡Vaya! —dijo—. ¿Qué es esa mancha?». Yo también miré al techo. «Es una mancha de humedad», dije. «Tate,

tate —dijo—, qué fastidio». Las palabras tate, tate me parecieron de una demencia inigualada. «Hay veces —dijo— que uno está a punto de entregarse al desánimo». Se puso en pie. «Voy a buscar mis avíos», dijo. De modo que a eso le llamaba sus avíos. Solo, con las manos unidas hasta hacer crujir las falanges, pedí consejo al Señor. Sin resultado. Ya era algo. En cuanto al padre Ambroise, teniendo en cuenta el modo en que había corrido en busca de sus avíos, me parece evidente que no sospechaba nada. Al menos que le divirtiera ver hasta dónde era yo capaz de llegar o hallase un malsano placer en ponerme a prueba. Resumí la situación en la siguiente fórmula. Si sabe que he bebido cerveza y pese a ello me da la comunión, es tan pecador como yo mismo, suponiendo que haya pecado. De modo que no corría un riesgo demasiado grave. Volvió con una especie de copón portátil, en un maletín. Lo abrió y me dio de comulgar sin la menor vacilación. Me puse en pie y se lo agradecí calurosamente. «¡Bah! —dijo—, tonterías. Ahora podremos charlar a gusto».

No tenía nada más que decirle. Solo aspiraba a una cosa, regresar lo más pronto posible a mi domicilio y atracarme de pote. Saciada el alma, me había entrado apetito. Pero como iba ligeramente adelantado respecto a mi horario, me resigné a dedicarle ocho minutos. Se me hicieron interminables. Me contó que madame Clément, esposa del farmacéutico y farmacéutica de primera, se había caído de una escalera en su oficina y se había roto el cuello. «¡El cuello!», exclamé. «Del fémur —dijo—, déjeme acabar». Añadió que era inevitable. Y yo, para no ser menos, le informé de que mis gallinas me procuraban muchos quebraderos de cabeza, en especial mi gallina gris, que se negaba a seguir poniendo e incubando, y llevaba más de un mes sentada, de la mañana a la noche, con el culo en el polvo. «Como Job, ja, ja», dijo. Yo también reí: «Ja, ja». «Qué bueno es reírse a gusto de vez en cuando», dijo. «¿Verdad que sí?», dije. «Es lo propio del hombre», dijo. «Ya lo había notado», dije. Sobrevino un corto silencio. «¿Qué pienso le da?», dijo. «Principalmente maíz», dije. «¿En papilla o en grano?», dijo. «De las dos maneras», dije. Añadí que ya casi no comía. «Los animales nunca ríen», dijo. «Solo nosotros nos podemos divertir con esto», dije. «¿Cómo?», dijo. «Solo nosotros nos podemos divertir con esto», repetí en voz más fuerte. Reflexionó. «Jesucristo tampoco rió nunca, que se sepa», dijo. Me miró. «Qué le vamos a hacer», dije. «Claro, claro», dijo. Nos sonreímos tristemente. «¿No tendrá pepita?», dijo. Respondí que no, sin duda alguna, que podía tener cualquier enfermedad excepto esta. Reflexionó. «¿Ha probado con bicarbonato?», dijo. «¿Cómo dice?», dije. «Bicarbonato de soda —dijo—, ¿lo ha probado usted?». «No, la verdad», dije. «¡Pues Pruébelo! —gritó, enrojeciendo de placer—. Hágale tragar algunas cucharillas de postre, varias veces al día, durante algunos meses. Verá cómo la pone en su sitio». «¿Es un polvo?», dije. «Así es», dijo. «Muy agradecido —dije—, hoy mismo empezaré a probarlo». «Una gallina tan sana —dijo—, tan buena ponedora». «Bueno, empezará mañana —dije—. Había olvidado que la farmacia

estaba cerrada. Salvo para casos de urgencia, naturalmente». «Y ahora, tómese este pequeño digestivo», dijo. Le di las gracias.

Aquella conversación con el padre Ambroise me dejó una impresión penosa. Era el mismo hombre de todas prendas de siempre, y sin embargo, algo había cambiado. Me parecía haber sorprendido en su rostro, cómo diría, cierta falta de nobleza. Hay que decir que la comunión se me atragantaba. Y mientras volvía a casa tenía una sensación parecida a la de un hombre que después de haber tomado un analgésico se asombra primero y se indigna después al constatar que sus dolores no disminuyen. Y casi me sentía tentado de sospechar que el padre Ambroise, enterado de mis excesos matinales, me había administrado pan sin consagrar. O tal vez había hecho restricción mental al pronunciar las palabras. De modo que llegué a mi casa de muy mal humor, bajo una lluvia torrencial.

El pote me resultó decepcionante. «¿Dónde están las cebollas?», exclamé. «No queda ni una», respondió Marthe. Me precipité en la cocina en busca de las cebollas, pues sospechaba que, sabiendo mi debilidad por ellas, me las había ocultado. Busqué hasta en el cubo de la basura. Ni rastro. Marthe me observaba sardónicamente.

Subí otra vez a mi cuarto, descorrí las cortinas ante un cielo de catástrofes, y me tendí en la cama. No comprendía qué me estaba ocurriendo. Por aquel entonces me resultaba penoso no comprender las cosas. Hice un esfuerzo para recobrar me. En vano. A la fuerza. Se me escapaba la vida, pero no sabía por dónde. De todos modos conseguí adormecerme, cosa nada fácil cuando la desgracia de uno no está claramente delimitada. Y, sumido en aquel sueño crepuscular, me alegraba de haberlo conseguido, cuando entró mi hijo sin llamar. Ahora bien, si hay una cosa que aborrezco es que entren en mi cuarto sin llamar. Hubiera podido estar precisamente masturbándome, delante del espejo. Y resulta un espectáculo poco edificante para un muchacho ver a su padre con la bragueta abierta, los ojos desorbitados, procurándose un sombrío y áspero placer. Le recordé con firmeza las conveniencias. Protesté alegando que había llamado dos veces. «Aunque hubieras llamado cien —le repliqué—, no por eso tendrías derecho a entrar antes de que te diera permiso». «Pero...», dijo. «Pero, ¿qué?», dije. «Me habías citado para las cuatro y media», dijo. «Hay algo en la vida —dije— más importante que la puntualidad, y es el pudor. Repítelo». En su boca despectiva me avergonzaba mi propia frase. Estaba mojado. «¿Qué has estado mirando?», dije. «Las liliáceas, papá», dijo. ¡Las liliáceas, papá! Cuando quería herirme, mi hijo sabía decir papá de un modo muy peculiar. «Ahora escúchame con atención», dije. Su rostro adoptó una expresión de atención angustiada. «Esta noche salimos de viaje —vine a decirle—. Te pondrás tu traje de colegio, el verde». «Pero, papá, si es azul», dijo. «Bueno, sea como sea te lo pondrás —dije con energía—. Pones en la mochila que te regalé por tu cumpleaños todas tus cosas de tocador, así como una camisa, siete calzoncillos y un par de calcetines.

¿Comprendido?» «¿Qué camisa papá?», dijo. «¡Qué importa eso —grité—, cualquier camisa!» «¿Qué zapatos me pongo?», dijo. «Tienes dos pares de zapatos, los de los domingos y los de a diario, y todavía me preguntas cuál debes ponerte», dije. Me levanté. «¿Es que pretendes tomarme el pelo?»

Acababa de dar a mi hijo instrucciones muy precisas. ¿Pero eran acertadas? ¿Resistirían una más detenida reflexión? ¿No me vería obligado —yo que nunca cambiaba de opinión delante de mi hijo— a rectificarlas dentro de poco? Todo podía temerse.

«¿Adónde vamos, papá?», dijo. La de veces que le había repetido que no me hiciera preguntas. Y, en efecto, ¿adónde íbamos? «Tú haz lo que te he dicho», dije. «Mañana tengo hora con monsieur Py» —dijo—. «Ya iras otro día», dije. «Pero me duele», dijo. «Hay otros dentistas —dije—. Monsieur Py no es el único dentista del hemisferio septentrional». Añadí imprudentemente: «No vamos al desierto». «Pero es un dentista muy bueno», dijo. «Todos los dentistas son iguales», dije. Habría podido decirle que me dejara tranquilo de una vez con su dentista, pero no, razonaba amablemente con él, le trataba de igual a igual. También habría podido hacerle notar que mentía al decir que le estaba doliendo. Le había dolido, creo que una premolar, pero ya no le dolía. El propio Py me lo había dicho. Se la había empastado, me dijo, y ya no podía dolerle. Recordaba muy bien aquella conversación. «Naturalmente, tiene dientes muy malos», dijo Py. «¿Cómo naturalmente? —dije—. ¿Qué quiere decir eso de naturalmente?» «Nació con dientes malos —dijo Py—, y los tendrá siempre. Naturalmente, haré lo que pueda». Lo que quería decir, estoy dispuesto por nacimiento a hacer todo lo que pueda, tengo por fuerza que hacer siempre todo lo que pueda. ¡Nació con dientes malos! A mí sólo me quedaban los incisivos, los que muerden.

«¿Sigue lloviendo?», dije. Mi hijo se había sacado un espejito de mano del bolsillo y examinaba el interior de su boca, levantando con el dedo su labio superior. «¡Ah!», dijo, sin interrumpir su inspección. «¡Deja de hurgarte la boca! —exclamé—. Ve a la ventana y dime si continúa lloviendo». Fue a la ventana y me dijo que continuaba lloviendo. «¿El cielo sigue totalmente cubierto?» «Sí», dijo. «¿Ni el menor claro?», dije. «No», dijo. «Corre las cortinas», dije. Deliciosos instantes en los que el ojo va acostumbrándose a la oscuridad. «¿Sigues ahí?», dije. Seguía. Pregunté que esperaba para obedecer mis instrucciones. Yo en su lugar ya me hubiera retirado hacía un buen rato. No valía lo que yo, no era de la misma madera. Era una conclusión inevitable. Menguada satisfacción la de sentirme superior a mi hijo, y además insuficiente para calmar los remordimientos por haberlo traído al mundo. «¿Puedo llevarme mi colección de sellos?», dijo. Mi hijo tenía dos álbumes, uno grande que constituía su colección propiamente dicha y uno pequeño que contenía los repetidos. Le autoricé a llevarse el segundo. Cuando puedo complacerle sin violentar

mis principios, lo hago muy a gusto. Se retiró.

Me levanté y fui hasta la ventana. No podía estar quieto. Asomé la cabeza entre las cortinas. Lluvia fina, cielo cubierto. No me había mentido. Podía preverse que clarearía hacia las ocho u ocho y media. Hermosa puesta de Sol, crepúsculo, noche. Luna menguante hacia medianoche. Llamé a Marthe y volví a acostarme. «Cenaremos en casa», dije. Me miró asombrada. ¿Acaso no cenábamos siempre en casa? Claro, no le había dicho que nos íbamos. Solo se lo diría en el último momento, con el pie en el estribo, como suele decirse. Solo tenía en ella una confianza muy limitada. En el último momento pensaba llamarla y decirle: «Marthe, nos vamos; es cuestión de un día, dos días, tres días, ocho días, quince días, qué sé yo, adiós». No tenía que estar prevenida. Entonces, ¿por qué incomodarla ahora? De todos modos nos habría servido la cena como cada día. Había cometido el error de colocarme en su lugar. Haberla privado de su tarde libre era más comprensible, pero decirle que cenaríamos en casa no tenía disculpa. Porque ya lo sabía, lo creía saber, lo sabía, efectivamente. Y como consecuencia de tan inútil precisión iba a olerse que ocurría algo desacostumbrado y a espiarnos con la esperanza de averiguar de qué se trataba. Primera equivocación. Segunda equivocación —primera cronológicamente—, había olvidado advertir a mi hijo de que no repitiera a nadie nada de lo que le había dicho. Claro que no por esto hubiera dejado de hacerlo. No importa, hubiera debido exigirselo, era mi obligación. Tan listo como solía ser y solo estaba haciendo tonterías. Intenté arreglarlo diciendo: «Un poco más tarde que de costumbre, aunque no antes de las nueve». Ya se iba, con su espíritu caduco en ebullición. «No estoy para nadie», le dije. Sabía lo que iba a hacer, iba a echarse un sayal sobre los hombros y deslizarse hasta el fondo del jardín. Allí llamaría a Hanna, la anciana cocinera de las hermanas Físner, y pasarían un buen rato cuchicheando a través de la reja. Hanna no salía nunca, no le gustaba salir. Las hermanas Físner eran bastante buenas vecinas. Lo único que tenía que reprocharles era que tocaran demasiado el piano. Si hay algo que me altere los nervios es la música. Lo que afirmo, niego o pongo en duda en tiempo presente puedo sostenerlo aún hoy. Pero emplearé sobre todo las diversas formas del pasado. Porque casi nunca estoy seguro, quizá no es exactamente así, no sé aún, o no sé, simplemente, o quizá no sabré nunca. Pensé un poco en las hermanas Elsner. Aún tenía que planearlo todo y me ponía a pensar en las hermanas Elsner. Tenían un aberdeen llamado Zulú. Le llamaban Zulú. A veces, cuando estaba de buen humor, le llamaba: «¡Zulú, perrito!», y venía a saludarme a través de las rejas. Pero tenía que estar de buen humor. No me gustan los animales. Es curioso, no me gustan ni los hombres ni los animales. Y en cuanto a Dios, ya empieza a cansarme. Me agachaba para toquetearle las orejas a través de las rejas diciéndole frases zalameras. No se daba cuenta de que me asqueaba. Se erguía sobre sus patas traseras y apoyaba el pecho contra los barrotes. Entonces veía su pene pequeño y negruzco que se

prolongaba en un delgado mechón de pelos mojados. Se sentía en posición inestable, sus corvas temblaban, las patitas buscaban su lugar, una después de otra. Yo también vacilaba, sentado en cuclillas. Con mi mano libre me agarraba a la reja. Quizá yo también le asqueaba a él. Me costó sustraerme a tan vanos pensamientos.

Me pregunté, en un movimiento de rebeldía, qué me obligaba a aceptar aquel trabajo. Pero ya lo había aceptado, había empeñado mi palabra. Demasiado tarde. El honor. No tardé en dorar mi impotencia.

Pero ¿no podría aplazar nuestra partida hasta mañana? ¿O marcharme solo? Inútiles argucias mentales. Pero no partiríamos hasta el último momento, un poco antes de medianoche. «Es una decisión irrevocable», me dije. Y justificada, además, por el estado de la Luna.

Me comportaba como cuando no podía dormir. Me paseaba por mi espíritu lentamente, tomando nota de cada detalle del laberinto, cuyos senderos me eran tan familiares como los de mi jardín y sin embargo siempre me resultaban nuevos, solitarios cuando lo deseaba o animados por insospechados encuentros. Y oía el son de los lejanos címbalos. Tengo tiempo, tengo tiempo. Pero la prueba de que no era cierto fue que en cuanto me detuve todo se esfumó y me puse a pensar de nuevo en el asunto Molloy. Oh incomprensible espíritu, a veces faro, a veces mar.

Nosotros los agentes nunca anotábamos nada por escrito. Gaber no era agente en el mismo sentido que yo. Gaber era mensajero. Lo cual le daba derecho a la agenda. Para ser mensajero se precisaban singulares virtudes, los buenos mensajeros escaseaban más que los buenos agentes. Yo, que era un excelente agente, solo hubiera sido mediocre como mensajero. A menudo lo lamentaba. Gaber estaba abundantemente protegido. Se servía de una clave para sus anotaciones, que él sólo comprendía. Cada mensajero, antes de ser nombrado, debía someter su sistema de anotación a la aprobación de la superioridad. Gaber no comprendía nada de los mensajes que transmitía. Reflexionaba sobre ellos hasta sacar conclusiones de falsedad asombrosa. Sí, no bastaba con que no comprendiese nada, era también preciso que creyera comprenderlo todo. Más aún. Su memoria era tan defectuosa que los mensajes no existían en su cabeza, sino únicamente en su agenda. Bastaba con que la cerrara para haber accedido, un minuto después, a una inocencia absoluta respecto a su contenido. Y cuando digo que reflexionaba sobre sus mensajes y sacaba conclusiones, no me refiero a que lo hiciera como usted y yo, es decir, con el libro y probablemente también los ojos cerrados, sino a medida que iba leyendo. Y cuando alzaba la cabeza y se entregaba a comentarios, no perdía por ello un instante, pues de haber perdido un instante lo habría olvidado todo, tanto el texto como la glosa. Muchas veces me he preguntado si no se sometería a los mensajeros a una intervención quirúrgica para que llegaran a este grado de amnesia. Aunque no lo creo. Porque en todo lo que no afectaba a los mensajes poseían bastante buena memoria. Y

he oído a Gaber hablar de su infancia y de su familia en términos muy plausibles. Ser el único en poder leer su propia escritura, estar en la más completa ignorancia del sentido de sus encargos sin saberlo y ser incapaz de retenerlos durante más de algunos segundos son condiciones que rara vez se encuentran reunidas en un mismo individuo. Y eran, sin embargo, las que se exigían a nuestros mensajeros. Y la prueba de que gozaban de mayor consideración que los agentes, más sólidos que brillantes, estaba en que gozaban de una paga semanal de ocho libras, mientras que nosotros solo percibíamos seis libras y media, aparte las primas y gastos de desplazamiento. Y aunque hablo en plural de agentes y mensajeros, no puedo ofrecer garantía alguna al respecto. Porque en mi vida había visto a más mensajeros que Gaber ni sabía de más agente que yo. Pero suponía que no éramos los únicos y Gaber debía de suponer lo mismo. Porque no creo que hubiéramos podido soportar sentirnos únicos en nuestras respectivas categorías. Y debía parecernos natural, a mí, que cada agente tuviera relación con un solo mensajero; a Gaber, que cada mensajero tuviera relación con un solo agente. Por esto yo había podido decirle a Gaber que encargaran aquel trabajo a otro, y él responderme que el jefe quería que lo hiciera precisamente yo. Aunque, suponiendo que no se las hubiera inventado Gaber para engatusarme, estas últimas palabras habían sido quizá pronunciadas por el jefe con el único objeto de mantener nuestra ilusión, si de ilusión se trataba. No, todo eso no está nada claro.

Si nos creíamos miembros de una extensa red se debía sin duda al muy humano sentimiento de que el infortunio compartido se amortigua. Pero, al menos para mí, que sabía escuchar la voz falsete de la razón, resultaba evidente que podíamos muy bien ser los únicos en hacer lo que hacíamos. Sí, en mis momentos de lucidez tenía esta hipótesis como posible. Y para no ocultarnos nada, esta lucidez alcanzaba a veces tal agudeza que llegaba a dudar de la existencia del propio Gaber. Y si no me hubiera apresurado a sumergirme de nuevo en las tinieblas, quizá hubiera llegado a desechar la existencia del jefe y a crearme solo y único responsable de mi desventurada existencia. Porque sabía que era desdichado, con seis libras y media a la semana más primas y falsos gastos. Y después de haber suprimido a Gaber y al jefe (un tal Yudi), ¿cómo habría podido negarme el placer de...? (ustedes me han comprendido). Pero yo no estaba hecho para la gran claridad aniquiladora, se me había dado simplemente una lamparilla y una gran paciencia para recorrer las sombras vacías. Era un cuerpo sólido entre otros cuerpos sólidos.

Bajé a la cocina. No esperaba encontrarme allí a Marthe, pero me la encontré. Estaba sentada en la mecedora, junto a la chimenea, y se mecía desabridamente. De creerla, aquella mecedora era el único de sus bienes que le importaba y no se habría desprendido de ella por todo el oro del mundo. Detalle digno de ser notado, no la había instalado en su habitación, sino en la cocina, junto a la chimenea. Como se acostaba tarde y se levantaba pronto, era en la cocina donde podía resultarle más útil.

Abundan los patronos, y yo figuro entre ellos, que ven con malos ojos muebles placenteros en los lugares de trabajo. ¿La sirvienta quiere descansar? Que se retire a su cuarto. Que en la cocina todo sea de madera blanca y dura. Debo decir que Marthe había exigido, antes de entrar a mi servicio, que le autorizase a tener la mecedora en la cocina. Yo había rehusado con indignación. Pero luego, viendo que su decisión era inquebrantable, había cedido. Siempre tuve demasiado buen corazón.

Cada sábado me llevaban a casa mi provisión semanal de cerveza, es decir, media docena de botellas de litro. No la probaba hasta el día siguiente, pues la cerveza debe dejarse reposar después de cualquier desplazamiento. De estas seis botellas, Gaber y yo habíamos vaciado una entre los dos. De modo que debían quedar cinco, más un resto de botella de la otra semana. Pasé a la antecocina. Allí estaban las cinco botellas, tapadas y selladas, y una botella abierta de cuyo contenido solo quedaba un cuarto. Marthe me seguía con la mirada. Me fui sin dirigirle la palabra y subí al primer piso. No hacía más que ir y venir. Entré en el cuarto de mi hijo. Sentado ante su mesita de trabajo, admiraba sus dos álbumes de sellos, el grande y el pequeño. Al acercarme yo, se apresuró a cerrarlos. Comprendí inmediatamente lo que estaba maquinando. Pero primero dije: «¿Tienes tus cosas preparadas?» Se levantó y me alargó su mochila. Miré dentro. Introduce la mano y palpé su contenido, con los ojos extraviados. No faltaba nada. Se la devolví. «¿Qué estás haciendo?», dije. «Mirando mis colecciones de sellos», dijo, «¿A eso lo llamas mirar tus colecciones de sellos?», dije. «Claro», dijo, con un descaro inimaginable. «¡Cállate, mocosito embustero!», grité. ¿Sabéis qué estaba haciendo en realidad? Traslataba de su magnífica colección propiamente dicha al álbum de los repetidos todos los sellos raros y valiosos, los que cada día contemplaba maravillado y que no podía hacerse a la idea de abandonar, ni siquiera por unos días. «Enséñame tu sello nuevo de Timor, el amarillo de cinco reis», dije. Le vi vacilar. «¡Enséñamelo!», grité. Yo mismo se lo había dado, me había costado un florín, lo que en aquel tiempo era una ganga. «Lo tengo aquí», dijo lastimeramente, tomando el álbum de los repetidos. Era lo que quería saber, o más exactamente lo que quería oírle decir, porque ya lo sabía. «Entendido», dije. Me dirigí a la puerta. «No llevarás contigo ninguno de los dos álbumes —dije—, ni el pequeño ni el grande». Ni una palabra de reproche, solo un futuro profético, como los que empleaba Yudi. «Su hijo le acompañará». Salí del cuarto. Pero mientras recorría a leves pasos el corredor en dirección a mi cuarto, casi contoneándome, felicitándome como de costumbre por la suavidad de mi moqueta, me asaltó un pensamiento que me obligó a regresar a la habitación de mi hijo. Estaba sentado en el mismo lugar, pero su actitud había variado ligeramente, tenía los brazos apoyados en la mesa y la cabeza sobre los brazos. Espectáculo que me llegó inmediatamente al corazón, pero no me impidió cumplir con mi deber. Ya no se movía. «Para mayor seguridad —dije—, vamos a guardar estos álbumes en la caja fuerte, hasta nuestro regreso». Seguía sin

moverse. «¿Me has oído?», dije. Se levantó de un salto que volcó la silla y profirió las siguientes furibundas palabras: «¡Haz lo que te dé la gana! ¡Ya no quiero ni verlos!» Hay que dejar que pase el primer arrebató de ira, este es mi parecer, hay que operar en frío. Tomé los álbumes y me retiré sin decir palabra. Me había faltado al respeto, pero no era el momento de hacérselo notar. Inmóvil en el pasillo, oí ruidos de caída y de colisión de objetos. Otro cualquiera, menos dueño de sí que yo de mí, habría intervenido. Pero no me desagradaba del todo que mi hijo diera libre curso a su dolor. Siempre es un desahogo. Me parece mucho más peligroso el dolor que se reprime.

Volví a mi habitación con los álbumes bajo el brazo. Había salvado a mi hijo de una grave tentación, la de guardarse en el bolsillo los sellos que le eran más caros para alimentarse de su contemplación en el curso de nuestro viaje. No es que el hecho de llevar algunos sellos encima resultara en sí reprehensible. Pero hubiera constituido una desobediencia. Habría tenido que esconderse de su padre para contemplarlos. Y cuando, como fatalmente debía suceder, los hubiera perdido, se hubiera visto obligado a mentir para justificarme su desaparición. No, si realmente le era imposible separarse de sus estampillas preferidas, hubiera valido más que se llevara el álbum completo. Porque es menos fácil perder un álbum que un sello. Pero yo estaba más autorizado que él para juzgar qué podía y qué no podía hacerse. Porque yo sabía cosas que él ignoraba aún, como, por ejemplo, que aquella prueba le iba a ser beneficiosa. *Sollst entbehren*, de aquí la lección que quería inculcarle desde su más tierna juventud. Palabras mágicas que hasta la edad de quince años no había ni siquiera imaginado que pudieran reunirse. Y aunque semejante empeño estuviera llamado a hacerme odioso a sus Ojos y a hacerle odiar, más allá de mi individualidad, hasta la idea misma del padre, no por ello desistiría de dedicar a él todas mis fuerzas. El pensamiento de que entre mi muerte y la suya, cesando por un instante de ultrajar mi memoria, pudiera preguntarse por un segundo si era posible que yo hubiese tenido razón me bastaba, me compensaba de todos los sacrificios que me había impuesto y me seguiría imponiendo. La primera vez se respondería negativamente y reanudaría sus execraciones. Pero la duda estaría ya sembrada. Volvería a asaltarle. Tal era mi razonamiento.

Faltaban aún algunas horas para la cena. Me decidí a aprovecharlas seriamente. Porque después de comer duermo un poco. Me quité la chaqueta y los calcetines, desabotoné el pantalón y me metí bajo los cobertores. Tendido, bien caliente, en la oscuridad, es cuando mejor penetro en la falsa turbulencia del mundo exterior, sitúo en ella a la criatura que me entregan, intuyo la ruta que he de seguir y hallo sosiego en la absurda miseria ajena. Lejos del mundanal ruido, de su agitación, de sus mordeduras y de su lúgubre claridad, lo juzgo, juzgo a quienes, como yo, están irremisiblemente sumergidos en él, y juzgo también, yo que no sé liberarme a mí

mismo, a quien necesita que le libere. Todo está oscuro, pero con la simple oscuridad del reposo que sigue a las grandes fragmentaciones. Masas desnudas como leyes vacilan. Qué importa de qué estén formadas. También el hombre está allí, en alguna parte, vasto bloque formado de todos los reinos, solo entre los que le rodean y tan falto de lo imprevisto como una peña. Y en algún lugar de este bloque, creyéndose un ser aparte, ha ido a esconderse el cliente. Cualquiera serviría para esto. Pero me pagan para que busque. Llego y él sale a la luz, toda su vida ha estado esperando esto, ser preferido, creerse condenado, afortunado, el más mediocre de los hombres. Este es el efecto que a veces me producen el silencio, el calor, la penumbra, los olores de mi lecho. Me levanto, salgo, y todo cambia. La sangre me baja de la cabeza, me asaltan de todas partes los rumores de las cosas, chocando, evitándose, volando en mil pedazos, mis ojos buscan en vano parecidos familiares, cada punto de mi piel grita un mensaje distinto, zozobro en la bruma marina de los fenómenos. Debo vivir y trabajar presa de tales sensaciones, que afortunadamente sé que son ilusorias. A ellas debo un sentido de vida. Como el que se despierta por un repentino dolor. Se inmoviliza, retiene el aliento, se dice: «Es una pesadilla», o «Es un poco de neuralgia». Respira, vuelve a dormirse, temblando aún. Y sin embargo no es desagradable, antes de emprender el trabajo, volver a empaparse de este mundo lento y pesado, donde todo se mueve con la taciturna lentitud de los bueyes, recorriendo pacientemente senderos inmemoriales. Mundo en el que, por supuesto, cualquier investigación sería imposible. Pero en aquella circunstancia, digo bien, en aquella circunstancia, tenía para decidirme razones más serias, o al menos eso espero, y menos agradables que útiles. Porque solo me atrevía a considerar el trabajo que me esperaba desplazándolo en aquella atmósfera, cómo decirlo, sí, por qué no, de finalidad sin fin. Porque donde no pudiera estar Molloy tampoco podía estar Moran. Moran podía inclinarse sobre Molloy. Y aun cuando de mi examen no surgiera nada particularmente útil o fecundo para la ejecución de la orden, habría al menos establecido una especie de relación, y una relación no necesariamente falsa. Porque la falsedad de los términos no implica necesariamente la de la relación, que yo sepa. Más aún, habría prestado a mi hombre, desde el comienzo, apariencias de ser fabuloso, lo que no podía dejar de serme útil más adelante, tenía este presentimiento. De modo que me quité la chaqueta y los calcetines, me desabotoné el pantalón y me deslicé bajo los cobertores, con la conciencia tranquila porque sabía muy bien lo que estaba haciendo.

Molloy, o Mollose, no era para mí un desconocido. De haber tenido colegas, sospecharía que había hablado con ellos de él en alguna ocasión, como de alguien destinado a ocuparnos un día u otro. Pero no tenía colega alguno e ignoraba en qué circunstancias me había enterado de su existencia. A lo mejor me la había inventado, quiero decir que la había encontrado ya formada en mi cabeza. Porque es cierto que a

veces nos encontramos con desconocidos que no lo son totalmente, por haber desempeñado un papel en algunas secuencias cerebrales. Eso no me había ocurrido nunca, no me creía llamado a tales experiencias, y hasta la simple sensación, tan frecuente, de haber vivido ya algo me parecía infinitamente lejos de mis posibilidades. Pero, según todas las apariencias, era lo que me estaba ocurriendo. Porque ¿quién había podido hablar de Molloy sino yo y a quién sino a mí había podido hablarle? Indagué en vano. Porque en mis escasas conversaciones con los hombres evitaba abordar estos temas. Si alguien me hubiese hablado de Molloy le habría rogado que se callase y yo por nada del mundo habría confiado a ningún alma viviente la existencia de Molloy. Claro que, de tener colegas, todo hubiera sido distinto. Entre colegas se dicen cosas que se callan en cualquier otro medio social. Pero yo no tenía colegas. Lo cual explica sin duda el inmenso malestar que sentía desde el comienzo de este asunto. Porque no es ninguna fruslería, para un hombre maduro y que se cree al cabo de la calle, verse convertido en teatro de una ignominia semejante. Hay como para alarmarse en serio.

La madre de Molloy, o Mollose, no me era tampoco totalmente desconocida, a lo que creía. Pero la recordaba con menos claridad que a su hijo, y Dios sabe lo lejos que estaba de recordar claramente a su hijo. Después de todo quizá no sabía nada de la madre de Molloy, o Mollose, salvo en la medida en que su hijo conservara jirones de sus rasgos.

De estos dos nombres, Molloy y Mollose, el segundo me parecía quizá más correcto. Pero no por mucha diferencia. Lo que oía, sin duda en mi fuero interno, de tan mala acústica, era una primera sílaba, Molí, muy clara, seguida casi inmediatamente de una segunda muy algodonosa y como ahogada por la primera, y que tanto podía ser oy como podía ser ose, ote, o incluso oc. Y me inclinaba por ose probablemente porque mi espíritu sentía particular debilidad por esta terminación, mientras que las demás no hacían vibrar en él ninguna cuerda sensible. Pero desde el momento en que Gaber había dicho Molloy, no una, sino varias veces, y siempre con la misma claridad, me era forzoso reconocer que yo también hubiera debido decirme Molloy y que al decirme Mollose incurría en error. Y de ahora en adelante, olvidando mis preferencias, me obligaré a decir Molloy, como Gaber. La idea de que pudiera tratarse de dos personas distintas, mi Mollose y el Molloy de la investigación, no llegaba ni a rozarme, y si lo hubiera hecho me habría apresurado a descartarla, como se espanta una mosca o un abejorro. Dios mío, qué poco de acuerdo consigo mismo está el hombre. Yo que me vanagloriaba de ser ponderado, frío como el cristal y limpio de toda falsa profundidad.

De modo que estaba enterado de la existencia de Molloy, sin saber mucho de él. Diré sucintamente lo poco que sabía. Aprovecharé la ocasión para indicar las lagunas más sobresalientes en mis conocimientos respecto a Molloy.

Molloy disponía de muy poco espacio. También tenía tasado el tiempo. Se apresuraba sin cesar, como impulsado por la desesperación, hacia objetivos que tenía muy cerca. Unas veces, prisionero, chocaba con no sé qué estrechos límites; otras, perseguido, buscaba refugio en el centro.

Jadeaba. Apenas surgía en mí, yo empezaba a sentirme lleno de jadeos.

Incluso en campo abierto parecía estar abriéndose camino Penosamente. Más que caminar, cargaba. Y sin embargo avanzaba muy despacio. Se balanceaba a derecha e izquierda como un oso.

Giraba la cabeza profiriendo palabras ininteligibles.

Era macizo y grueso hasta la deformidad. Y de color oscuro, sin ser negro.

Siempre iba de camino. Nunca le he visto tomarse un descanso. A veces se detenía y miraba furiosamente a su alrededor.

Así me visitaba, a intervalos muy espaciados. Entonces todo yo era ruido, pesadez, cólera, ahogo, esfuerzo incesante, furioso y estéril. Todo lo contrario a mi habitual modo de ser, en suma. Me cambiaba totalmente. Le veía desaparecer casi de mala gana, convirtiéndose en una especie de alarido de todo el cuerpo.

No tenía la menor idea de lo que Molloy se proponía.

Ninguna señal me indicaba la edad que podía tener. Me decía que siempre había debido de tener el aspecto bajo el cual le veía y que lo conservaría hasta el final, final que por otra parte me resultaba difícil imaginar. Porque al no concebir qué hubiera podido reducirle a tal estado, tampoco concebía de qué modo, con sus solas fuerzas, iba a poder ponerle término. Que el fin llegara de modo natural me parecía poco probable, ignoro por qué razón. Pero mi propio fin natural, al cual estaba completamente decidido, ¿no supondría al mismo tiempo su fin? En mi modestia, no lo daba por seguro. Por otra parte, ¿hay fines no naturales? ¿Acaso no se integran todos en la armoniosa naturaleza, tanto los innegablemente buenos como los presuntamente malos? No nos extraviemos en vanas conjeturas.

Ninguna información poseía respecto a su rostro. Lo suponía hirsuto, pedregoso y surcado de muecas. Nada me autorizaba a tal suposición.

Que un hombre como yo, tan meticuloso y calmo en general, vuelto pacientemente hacia el mundo externo como mal menor, criatura de su casa, de su jardín, de sus escasos y propios bienes, que ejecutaba con fidelidad y habilidad un trabajo repugnante, que retenía su pensamiento en los límites de cálculo movido por su horror a lo incierto, que un hombre así fabricado, pues yo era un producto de fábrica, se dejase invadir y poseer por quimeras, hubiera debido parecerme extraño e incluso obligarme a poner un poco de orden en el asunto, por mi propio interés. Pues bien, nada de eso. No veía en ello más que una típica necesidad de solitario, necesidad ciertamente poco recomendable, pero que debía satisfacerse si quería seguir siendo un solitario, y le tenía apego, con tan poco entusiasmo como a mis

gallinas o a mi fe, pero con la misma clarividencia. Por lo demás, aquello ocupaba un lugar bien escaso en la inenarrable carpintería que era mi existencia, no la comprometía más que mis sueños y era olvidado con la misma rapidez. Siempre me ha parecido razonable desempeñar el papel del fuego antes de la conflagración. Y si hubiera debido contar mi vida no hubiera hecho alusión a ninguna de tales presencias, cuánto menos a la del infortunado Molloy. Pues había otras mucho más avasalladoras.

Pero solo haciéndose violencia, la voluntad recobra esta clase de imágenes. Les añade unas cosas y les quita otras. Y el Molloy que yo ponía a flote aquel memorable domingo de agosto no era desde luego exactamente el mismo de mis bajos fondos, porque aún no había sonado su hora. Pero en lo que respecta a los rasgos esenciales podía estar tranquilo, la semejanza persistía. Y aunque el desajuste hubiera sido mayor, tampoco habría tenido por qué deplorarlo. Pues lo que hacía no lo hacía por Molloy, que me importaba un bledo, ni por mí mismo, a quien renunciaba, sino por el interés de un trabajo que, aunque nos necesitara a nosotros para realizarse plenamente, era anónimo por esencia, y subsistiría, habitaría el espíritu de los hombres, cuando sus miserables artesanos ya no existieran. Espero que ya no se diga que no me tomaba en serio mi trabajo. Más bien se dirá, con voz conmovida, ah, se ha extinguido la raza que daba estos hombres, se ha roto el molde que los formaba.

Dos observaciones.

El Molloy a quien así me iba acercando con precaución solo debía de tener un lejano parecido con el verdadero Molloy, aquel con quien debería enfrentarme dentro de poco a través de montes y valles.

Quizá mezclaba ya, sin darme cuenta, al Molloy recuperado en mí mismo elementos del Molloy descrito por Gaber.

Había, en suma, tres Molloy, no, cuatro. El de mis entrañas, la caricatura que de él formaba, el de Gaber y el de carne y hueso que me esperaba en alguna parte. Y, si no fuera por la prodigiosa exactitud de Gaber en lo que afectaba a sus encargos, tendría que añadir además el de Yudi. Razonamiento defectuoso. Porque ¿podía suponerse seriamente que Yudi hubiera confiado a Gaber todo lo que sabía, o creía saber (una cosa equivalía a la otra para Yudi) sobre su protegido? Con seguridad que no. Había dicho únicamente lo que juzgó útil para una pronta y eficaz ejecución de sus órdenes. Debo, pues, añadir un quinto Molloy, el de Yudi. Pero ¿no se confundía este quinto Molloy con el cuarto, el verdadero como suele decirse, el que acompaña a su sombra? Habría dado mucho por saberlo. Evidentemente, había otros. Pero limitémonos, si no os importa, a nuestro pequeño círculo de iniciados. Y no queramos indagar tampoco hasta qué punto estos cinco Molloy eran fijos y hasta qué punto estaban sujetos a fluctuaciones. Porque Yudi tenía la particularidad de que cambiaba de opinión muy fácilmente.

Ya van tres observaciones. Solo había previsto dos.

Una vez roto así el hielo, me juzgué en situación de afrontar el informe de Gaber y entrar en el núcleo de los datos oficiales. Me parecía que por fin iba a iniciarse la investigación.

Poco más o menos en aquel momento el sonido de un gong fuertemente percutido se dejó oír por toda la casa. En efecto, eran las nueve. Me levanté, puse en orden mis vestidos y bajé precipitadamente. Avisarme de que la sopa estaba servida, qué digo, que estaba a punto de congelarse, era siempre para Marthe una pequeña victoria y una gran satisfacción. Porque habitualmente yo estaba sentado a la mesa, con la servilleta desplegada sobre el pecho, desmigajando el pan, jugueteando con los cubiertos y el portacuchillos, esperando que me sirviera la cena, algunos minutos antes de la hora convenida. Me dedicué a la sopa. «¿Dónde está Jacques?», dije. Marthe se encogió de hombros. Detestable ademán de esclavo. «Dígale que baje inmediatamente» dije. En mi plato la sopa ya no humeaba. ¿Había humeado alguna vez? Marthe volvió. «No quiere bajar», dijo. Dejé la cuchara en el plato. «Dígame, Marthe —dije— ¿de qué es esta sopa?» Me dio su nombre. «¿Ya la había tomado alguna vez?», dije. Me aseguré que sí. «Entonces será que he sacado los pies del plato», dije. Este rasgo de ingenio me gustó mucho, reí tanto que acabé por hipar. Marthe no entendió nada y me miraba con asombro. «Que baje», dije finalmente. «¿Cómo dice?», dijo Marthe. Repetí la frase. Su apariencia de sincera perplejidad no varió. «Este pequeño Trianon tiene tres habitantes —dije—: usted, mi hijo y yo. He dicho que baje». «Pero se encuentra mal», dijo Marthe. «Aunque estuviera agonizando —dije—, tendría que bajar». La ira me empujaba a veces a leves excesos de lenguaje. No me arrepentía de ello. Me parecía que todo lenguaje es un exceso de lenguaje. Naturalmente los confesaba. De vez en cuando, debía poner de relieve mis defectos.

Jacques estaba colorado como un pimiento. «Tómate la sopa —dije—, ya verás qué rica». «No tengo hambre», dijo. «Tómate la sopa», dije. Comprendí que no se la iba a tomar. «¿Qué te pasa?», dije. «No me encuentro bien», dijo. Qué cosa tan abominable es la juventud. «Trata de ser más explícito», dije. Utilicé ex profeso esta expresión un poco difícil para los jóvenes, porque precisamente algunos días antes le había explicado su significación y modo de empleo. Tenía, pues, fundadas esperanzas de que me dijera que no me comprendía. Pero era listillo, a su manera. «¡Marthe!», vociferé. Marthe apareció. «El segundo plato», dije. Miré con más atención por la ventana. No solo había dejado de llover, cosa que ya sabía, sino que al Oeste crecían por momentos algunas franjas de un hermoso color rojo tornasolado. Más que verlas, las adivinaba a través del ramaje. Una dicha indecible, apenas exagero, me inundó ante tanta belleza, ante tan generosos auspicios. Aparté la mirada con un suspiro, pues la alegría inspirada por la contemplación de la belleza envuelve a menudo melancolía, y me encontré en la mesa con lo que había llamado el segundo plato, no

sin razón. «¿Qué diablos es esto?», dije. Generalmente los domingos por la noche hacíamos una cena fría, los restos de aves, pollo, pato, oca, pavo, qué se yo, de la cena del sábado. Siempre han sido muy celebrados mis pavos, en mi opinión su cría presenta mucho más interés que la de los patos. Más delicados, quizá, pero de mucho mejor rendimiento para quien sabe mimarlos, tratarlos, en resumen, para quien sabe amarlos y hacerse amar por ellos. «Es un plato de pastor», dijo Marthe. Lo degusté. «¿Y qué ha hecho del pollo de ayer?», dije. En el rostro de Marthe apareció una expresión de triunfo. Es evidente que esperaba esta pregunta y contaba con ella. «He pensado —dijo— que les convendría más una comida caliente, antes de marcharse de viaje». «¿Y de dónde ha sacado que nos vamos de viaje?», dije. Se dirigió hacia la puerta, señal inequívoca de que iba a lanzarnos un dardo. Solo sabía insultar huyendo. «No estoy ciega», dijo. Abrió la puerta. «Por desgracia», dijo. La cerró tras sí.

Miré a mi hijo. Tenía la boca abierta y los ojos cerrados.

«¿Nos has traicionado tú?», dije. Fingió no oírme. «¿Le has dicho a Marthe que nos íbamos?», dije. Dijo que no. «¿Y por qué no?», dije. «No la he visto», dijo con cinismo. «Pero hace un momento subió a tu cuarto», dije. «La cena estaba ya a punto», dijo. A veces casi era digno de mí. Sin embargo era un error aducir tal disculpa. Pero era joven e inexperto y renuncié a abrumarle. «Intenta explicarme —dije— de un modo un poco más preciso lo que te pasa». «Me duele el vientre», dijo. «¡Me duele el vientre!» «¿Tienes fiebre?», dije. «No sé», dijo. «Tómatela», dije. Cada vez parecía más atontado. Afortunadamente, a mí me gustaba bastante poner los puntos sobre las íes. «Ve a buscar el termómetro —dije—, está en la mesa de mi despacho, en el segundo cajón de la derecha, empezando a contar por arriba, tómate la temperatura y tráeme el termómetro». Dejé transcurrir algunos minutos y luego, sin ser invitado a ello, repetí palabra por palabra, y despacio, esta frase bastante larga y difícil, en la que figuraban no menos de tres imperativos. Viendo que se alejaba, porque sin duda había comprendido lo esencial, añadí jovialmente, «¿Ya sabes en qué boca tienes que metértelo?» En mis conversaciones con mi hijo, no me importaba dar cabida a bromas de gusto dudoso, con finalidades educativas. Si de momento no captaba toda la sal de algunas, como debía ocurrirle frecuentemente, podría reflexionar sobre ellas a placer o buscarles con sus pequeños camaradas la interpretación más verosímil. Lo que en sí mismo constituía un excelente ejercicio. Y al mismo tiempo agujoneaba su joven espíritu en una dirección muy fecunda, la del horror al cuerpo y sus funciones. Pero había construido mal la frase, hubiera hecho mejor diciendo: «No te equivoques de entrada». Mirando de más cerca el plato de pastor se me ocurrió esta rectificación. Levanté con la cuchara la capa espesa que lo recubría y miré dentro. Lo sondeé con el tenedor. Llamé a Marthe y le dije: «Ni un perro querría esto». Sonreí pensando en la mesa de mi despacho que no disponía más

que de seis cajones, tres a cada lado del hueco donde colocaba las piernas. «Como esta cena es incomible —dije—, tenga la bondad de preparar un paquete de sandwiches con los restos de pollo que no se haya podido comer». Por fin regresó mi hijo. Convenía tener un termómetro en casa. Me lo entregó, «¿al menos lo has limpiado?», dije. Viéndome bizquear con los ojos pegados al mercurio se dirigió a la puerta y encendió la luz. Qué lejos estaba Yudi en aquel momento. A veces, en invierno, cuando volvía extenuado tras una jornada de inútiles caminatas, encontraba mis zapatillas calentándose ante el fuego, con el empeine vuelto hacia las llamas. Tenía fiebre. «No tienes nada», dije. «¿Puedo subir a mi habitación?», dijo. «¿Para qué?», dije. «Para acostarme», dijo. ¿No estábamos asistiendo a un verdadero caso de fuerza mayor? Sin duda, pero nunca me atrevería a invocarlo. No iba a atraer sobre mí iras fulminantes de cuyas consecuencias quizá nunca me recuperaría, simplemente porque mi hijo tuviera cólicos. Si se ponía gravemente enfermo durante el viaje, ya sería distinto. No había estudiado en vano el Antiguo Testamento. «¿Has hecho caca, hijo mío?», dije con ternura. «Lo he intentado», dijo. «¿Tienes ganas?», dije. «Sí», dijo. «Pero no sale nada», dije. «No», dijo. «Alguna ventosidad», dije. «Sí», dijo. Me acordé de pronto del cigarro que me había dado el padre Ambroise. Lo encendí. «Ahora veremos», dije, levantándome de la silla. Subimos al primer piso. Le puse una lavativa de agua salada. Se agitó, pero no mucho. Le saqué la cánula. «Intenta retenerla —dije—, no te quedes sentado en el bacín, acuéstate boca abajo». Estábamos en el cuarto de baño. Se tendió sobre las baldosas, con el culo al aire. «Déjala que penetre bien», dije. Qué día. Contemplé las cenizas de mi cigarro. Eran azules y compactas. Me senté en el borde de la bañera. La porcelana, los espejos, el cromado hicieron que me invadiera una gran sensación de paz. O al menos a eso lo atribuyo. Tampoco era gran cosa, por otra parte. Me levanté, dejé el cigarro y me cepillé los incisivos. También me cepillé las encías del fondo de la boca. Me miré en el espejo, con los labios, que en estado de reposo se me introducen en la boca, replegados. «¿Qué aspecto tengo?», me dije. Como de costumbre, la visión de mis bigotes me irritó. No estaban bien perfilados. Me sentaban bien, yo era inconcebible sin bigotes. Pero hubieran debido sentarme mejor. Habría bastado con una pequeña variación en el corte. ¿Pero cuál? ¿Era demasiado, o no era suficiente? «Ahora —dije, sin dejar de inspeccionarme—, vuelve a sentarte en el bacín y empuja». ¿No sería debido al color? Un ruido de evacuación me devolvió a preocupaciones menos elevadas. Se puso en pie temblando. Nos inclinamos simultáneamente sobre el bacín que después de una larga pausa tomé por el asa e hice balancearse en uno y otro sentido. Una especie de virutas filamentosas nadaban en el líquido amarillento. «Cómo vas a hacer caca, dije, con el vientre vacío». Me hizo observar que había almorzado. «No probaste nada», dije. Callaba. Había acertado. «Olvidas que dentro de una o dos horas nos vamos», dije. «No podré», dijo. «Por tanto —proseguí—,

tienes que comer». Sentí un dolor lacerante en la rodilla. «¿Qué te ocurre, papá?», dijo. Me dejé caer en el escabel, me arremangué el pantalón, miré la rodilla, plegué y desplegué varias veces la pierna. «Pronto, el iodo», dije. «Estás sentado encima», dijo. Me levanté y el pantalón cayó de nuevo en torno a mi tobillo. Esta inercia de las cosas es como para volverle a uno literalmente loco. Lancé un rugido que debieron oír las hermanas Elsner. Dejan de leer, levantan la cabeza, se miran, escuchan. Silencio. Otro grito en la noche, uno más. Dos manos sarmentosas, venosas, cubiertas de anillos, se buscan, se oprimen una contra la otra. Volví a arremangarme el pantalón, lo arrollé con rabia en el muslo, levanté la tapadera del escabel, saqué el iodo y me di con él una friega en la rodilla. «La rodilla está llena de huesecillos que se mueven. Haz que penetre bien», dijo mi hijo. Ya me las pagaría. Cuando terminé, volví a ponerlo todo en orden, desenrollé el pantalón, volví a sentarme en el escabel y escuché. Silencio. «A menos que prefieras que probemos con un verdadero vomitivo», dije, como si no hubiera pasado nada. «Tengo sueño», dijo. «Te metes en cama —dije—, te llevaré una pequeña colación que va a gustarte mucho, dormirás un poco y luego nos iremos juntos». Lo atraje hasta mi pecho. «¿Qué dices a esto?», dije. Dijo a esto: «Sí, papá». ¿Me amaba en aquel momento tanto como yo a él? Nunca podía uno estar seguro de nada con aquel pequeño escurridizo. «Sube pronto a acostarte —dije—, tápate bien, voy en seguida». Bajé a la cocina, preparé y dispuse en mi hermosa bandeja de laca una taza de leche caliente y una rebanada de pan con confitura. Quería un informe. Vaya si lo tendrá. Marthe me miraba sin decir nada, repanchigada en su mecedora. Parecía una Parca sin hilo. Dejé todo en orden detrás de mí y me dirigí hacia la puerta. «¿Puedo acostarme?», dijo. Había esperado a que yo estuviera de pie, con la bandeja cargada en la mano, para dirigirme esta pregunta. Salí, dejé la bandeja sobre una silla al pie de la escalera y volví a la cocina. «¿Ha preparado usted los sandwiches?», dije. Mientras tanto la leche se iba enfriando y cubriéndose de una nata repugnante. Los había preparado. «Voy a acostarme», dijo. Todo el mundo se acostaba. «Tendrá que levantarse dentro de una o dos horas —dije— para echar el cerrojo». A ella le tocaba decidir si valía la pena acostarse en tales condiciones. Me preguntó por cuánto tiempo iba a ausentarme. ¿Se daba cuenta de que no me iba solo? Sin duda. Cuando subió a decirle a mi hijo que bajara, aun en el caso de que él no le hubiera dicho nada, ella habría debido ver la mochila. «No sé», dije. Acto seguido, al verla tan vieja, peor que vieja, envejeciendo, tan sola y triste en su eterno rincón, dije: «No será por mucho tiempo, vaya». Y la invité, en términos que para mí resultaban calurosos, a tomarse una buena temporadita de descanso durante mi ausencia y a distraerse intercambiando visitas con sus amigas. «No ahorre el té ni el azúcar —dije—, y si se diera el caso extraordinario de que necesitara dinero, diríjase al abogado Savory». Llevé este súbito acceso de amabilidad hasta el extremo de estrecharle la mano, que se enjugó apresuradamente en el delantal, en

cuanto comprendió mis intenciones. Terminado el apretón, no dejé aquella mano blanda y colorada. Sino que, con la punta de mis dedos, tomé uno de los suyos, me lo acerqué y lo contemplé. Si hubiera tenido lágrimas que derramar las hubiera derramado entonces, a torrentes, durante horas. Probablemente se preguntaba si iba a hacerle proposiciones deshonestas. Le devolví su mano, tomé los sandwiches y me fui.

Marthe llevaba mucho tiempo a mi servicio. Yo me ausentaba a menudo. Nunca me había despedido de ella de aquel modo, sino que siempre lo había hecho con desenvoltura, incluso cuando tenía razones para temer que mi ausencia fuera prolongada, lo que no ocurría en aquella ocasión. A veces me iba sin decirle palabra.

Antes de entrar en el cuarto de mi hijo entré en el mío. Seguía con el cigarro en la boca, pero sus hermosas cenizas habían ido a caer en alguna parte. Me reproché esta negligencia. Disolví en la leche unos polvos somníferos. No le perdonaría nada. Ya salía con la bandeja cuando mi mirada cayó sobre los dos álbumes que habían quedado en mi mesa de despacho. Me pregunté si podía retirar mi prohibición, al menos en lo que concernía al álbum de los repetidos. Poco antes había subido a aquella habitación en busca del termómetro. Se había demorado bastante, ¿y sí hubiera aprovechado la ocasión de apoderarse de algunos de sus sellos preferidos? No tenía tiempo de controlarlo todo. Dejé la bandeja y busqué al azar algunos sellos, 1 de Togo carmesí de un marco con un hermoso buque, 1 de Nyassa de diez reis de 1901, y algunos más. El de Nyassa me gustaba mucho. Era verde y representaba una jirafa ramoneando la copa de una palmera. Estaba en su sitio. Lo cual no probaba nada. Probaba simplemente que aquellos sellos estaban en su sitio. Juzgué que no podía modificar mi decisión, libremente tomada y enunciada con toda claridad, sin que mi autoridad sufriera menoscabo por ello, cosa que no estaba en situación de afrontar. Lo lamenté. Mi hijo ya dormía. Le desperté. Comió y bebió expresando con muecas su repugnancia. Ya veis cómo me lo agradecía. Esperé a que la última gota y la última migaja hubieran desaparecido. Se volvió de cara a la pared y lo arrojé. Estuve a punto de abrazarlo. Ni él ni yo habíamos pronunciado una palabra. Por el momento, ya no las necesitábamos. Además, no era frecuente que mi hijo tomara la iniciativa de hablarme. Y cuando le hablaba yo, casi siempre respondía despacio y como a pesar suyo. Sin embargo, con sus pequeños camaradas, cuando me creía lejos, era increíblemente voluble. No me disgustaba que mi presencia ahogara en él esta disposición. Ni una persona de cada cien sabe callarse y escuchar, ni siquiera lo que eso significa. Y sin embargo es entonces cuando se distingue, más allá del estrépito absurdo, el silencio de que está formado el Universo. Deseaba tal ventaja para mi hijo. Y que permaneciera apartado de los que se felicitan de saber tener los ojos bien abiertos. Yo no había luchado, pasado penalidades, conquistado una situación, vivido como un forzado para que mi hijo corriera la misma suerte. Me retiré de puntillas. No

me importaba desempeñar mis papeles hasta sus últimas consecuencias.

Puesto que de este modo iba retrasando el plazo, ¿debo excusarme por decirlo? Dejo caer esta sugerencia completamente al azar. Y sin tomarme demasiado interés. Porque al relatar aquella jornada vuelvo a ser el que la sufrió, el que la llenó con una vida ansiosa y fútil con el único objeto de aturdirse, de poder dejar de hacer lo que debía hacer. Y mi pluma evita ahora a Molloy como aquella noche lo evitaba el pensamiento. Hace ya algún tiempo que me ronda esta confesión. No encuentro en ella ningún alivio.

Reflexioné con amarga satisfacción en que si mi hijo acababa por estirar la pata durante el camino, no sería por culpa mía. Que cada cual cargue con sus responsabilidades. Conozco a muchos que no pierden el sueño por ellas.

Me dije: «En esta casa hay algo que me impide entrar en acción. Un hombre como yo no puede olvidar, cuando se evade de alguna obligación, de qué obligación se está evadiendo». Bajé al jardín y paseé en una oscuridad casi absoluta. Si el jardín me hubiera sido menos familiar me hubiera refugiado en los macizos de plantas o en las colmenas. Se me había apagado el cigarro sin darme cuenta. Lo sacudí y lo guardé en el bolso, con la intención de tirarlo más tarde al cenicero o a la papelera. Pero al día siguiente, lejos de Shit, volví a encontrarlo en mi bolsillo, y ciertamente no sin satisfacción. Porque aún pude darle algunas chupadas. Descubrir el cigarro apagado entre mis dientes, escupirlo, buscarlo en la oscuridad, recogerlo, preguntarme qué podía hacer con él, sacudir la ceniza y guardármelo en el bolsillo, representarme mentalmente el cenicero y la papelera, eran simplemente las principales etapas de un proceso que prolongué al menos durante un cuarto de hora. Otras etapas se referían al perro Zulú, a los perfumes multiplicados por la lluvia y cuyo origen me complacía en indagar, mental y empíricamente, a la luz que se veía en casa de un vecino, al ruido que llegaba de casa de otro, y así sucesivamente. La ventana del cuarto de mi hijo estaba tenuemente iluminada. Me reprochaba un poco a mi mismo permitirle este capricho. No hacía mucho que todavía le era imposible dormir sin su osito de felpa en los brazos. Cuando hubiera olvidado al oso (Jeannot) le suprimiría la lamparilla. ¿Qué hubiera hecho aquel día sin la preocupación de mi hijo? Posiblemente hubiera cumplido con mi deber.

Al verme tan descorazonado en el jardín como en la casa, volví a dirigirme a esta, diciéndome que una de dos, o mi casa no tenía ninguna influencia en la especie de aniquilamiento donde yo me debatía, o era preciso atribuir éste a todo el conjunto de mi pequeña propiedad. Al adoptar esta segunda hipótesis, excusaba mi comportamiento anterior y, anticipadamente, el que adoptase en lo sucesivo hasta el momento de mi partida. Esta hipótesis me procuraba una apariencia de absolución y un instante de ficticia libertad. De modo que la adopté.

Desde lejos, me había parecido que la cocina estaba sumida en la oscuridad. Y así

era, en cierto sentido. Pero no era así, en otro sentido. Porque pegando el ojo a los cristales distinguí una débil claridad rojiza, que no podía provenir del horno, porque yo no tenía horno, sino una modesta cocina de gas. Un horno, si ustedes se empeñan, pero un horno de gas. Es decir, que también había un verdadero horno en la cocina, pero estaba en desuso. Qué queréis, en una casa sin horno de gas me habría encontrado incómodo. De noche, interrumpiendo mis paseos, me gusta acercarme a las ventanas, estén iluminadas o no, y mirar en las habitaciones, para ver las escenas que transcurren en su interior. Me cubro el rostro con las manos y miro a través de los dedos. De este modo he dado un susto a más de un vecino. Se precipita al exterior sin encontrar a nadie. Las más oscuras habitaciones emergen entonces para mí de la oscuridad, como cargadas aún del día desaparecido o de la lámpara que acaba de ser apagada, por motivos más o menos confesables. Pero los resplandores de la cocina pertenecían a otra categoría y provenían de la lamparita con globo rojo que, en la habitación de Marthe, contigua a la cocina, ardía eternamente a los pies de una pequeña Madonna de madera tallada, adosada a la pared. Cansada de mecerse, Marthe había salido de la cocina para ir a tenderse en su cama, dejando abierta la puerta de su habitación a fin de que no se le escapara ninguno de los rumores de la casa. Pero quizá se había dormido.

Subí de nuevo al primer piso. Me detuve ante la puerta del cuarto de mi hijo. Me incliné y pegué la oreja a la cerradura. Otros pegan el ojo a las cerraduras, yo el oído. Para mi asombro, no oí nada. Porque mi hijo dormía ruidosamente, con la boca abierta. Me guardé mucho de abrir la puerta. Porque en aquel silencio tenía materia con la que mantener ocupado mi espíritu durante algún tiempo. Volví a mi habitación.

Entonces pudo verse aquel acontecimiento sin precedentes. Moran preparándose a partir en la más completa ignorancia de la empresa que iniciaba, sin haber consultado mapas ni manuales, sin haber tomado en consideración el problema del camino y de las etapas, despreocupado de las perspectivas meteorológicas, poseedor únicamente de algunas nociones confusas sobre los utensilios de que debía proveerse, sobre la duración probable de la expedición, sobre la suma de dinero que iba a necesitar e incluso sobre la naturaleza del trabajo que debería prestar y por consiguiente sobre los medios que debería poner en juego. Sin embargo yo silbaba, mientras embutía en mi zurrón un mínimo de efectos análogos a los que había indicado a mi hijo. Me puse mi viejo traje ceniciento de cazador, con calzones cortos que se abotonaban por debajo de la rodilla, medias adecuadas y un sólido par de botines negros. Me incliné, con las manos en las nalgas, y me miré las piernas. Delgadas y patizambas, no concordaban mucho con aquel atuendo con el que, por lo demás, nadie me había visto en el pueblo. Pero cuando partía en la noche hacia un lejano destino, me lo ponía a gusto, sintiéndome cómodo, aunque un poco ridículo. No me faltaba más que un mariposero para parecerme vagamente a un preceptor provinciano en vacaciones de

convalecencia. Los pesados botines de un color negro fulgurante y que parecían pedir a gritos un pantalón de sarga azul marino, daban el golpe de gracia a este conjunto que, sin ellos, hubiera podido parecer, a personas no muy avisadas, de un mal gusto de buen tono. Después de madura vacilación, me decidí por mi sombrero de paja de arroz, amarillento por la lluvia. Había perdido el cintillo, lo que le hacía parecer de una altura desmesurada. Estuve tentado de ponerme mi esclavina negra, pero opté finalmente por un pesado paraguas invernal de empuñadura maciza. La esclavina es una prenda práctica, y tenía varias. Al mismo tiempo disimula los brazos y los deja en libertad de maniobrar libremente. Pero el paraguas tiene también muchas virtudes. Y, de haber sido invierno o incluso otoño en vez de verano, quizá habría tomado ambas cosas. Ya lo había hecho en otras ocasiones y solo tenía motivos para alegrarme de tal decisión.

Vestido de esta guisa, no podía albergar muchas esperanzas de pasar inadvertido. Ni lo deseaba. En mi profesión, hacerse notar forma parte de los rudimentos del arte. Es indispensable suscitar sentimientos de compasión, de indulgencia, provocar sarcasmos e hilaridad. Mayores garantías de seguridad en los secretos. A condición de que uno no se emocione, ni denigre a nadie ni se ría, estado al que yo llegaba fácilmente. Además, era de noche.

Mi hijo solo iba a servirme de estorbo. Se parecía a otros mil muchachos de su edad y condición. Un padre siempre es algo más serio. Aunque sea grotesco, impone cierto respeto. Y cuando lo ven por los caminos con su hijo de corta edad, cuyo rostro va alargándose cada vez más, entonces no hay manera de trabajar. Le toman a uno por un viudo, las apariencias más alegres no pueden nada para evitarlo, más bien agravan la situación, haciendo que se nos impute una esposa muerta mucho tiempo atrás, probablemente de parto. Y entonces no se vería en mis excentricidades más que un efecto de la viudez, que me habría trastornado el entendimiento. Iba naciendo en mí la cólera contra quien me imponía semejante traba. No lo habría hecho mejor sí se hubiese propuesto mi fracaso. De haber podido reflexionar con mi habitual sangre fría sobre el trabajo que me encargaban, quizá lo hubiera juzgado más propicio a verse facilitado que estorbado por la presencia de mi hijo. Pero no insistiremos sobre este punto. Quizá podría hacerle pasar por mi ayudante, o simplemente por un sobrino. Le prohibiría llamarme papá, o darme señales de afecto en presencia de extraños, so pena de recibir uno de aquellos bofetones que tanto temía.

Y si, mientras daba vueltas a tan lúgubres pensamientos, de vez en cuando silbaba algunos compases, era porque en el fondo debía estar contento de dejar mi casa, mi jardín, mi pueblo, que habitualmente tanto me contrariaba abandonar. Hay personas que silban sin motivo. Yo, no. Y mientras iba y venía por mi habitación, poniendo las cosas en orden, guardando en el armario los vestidos y en sus cajas los sombreros que había sacado para elegir libremente entre ellos, cerrando con llave los diferentes

cajones, mientras hacía todo esto me veía con júbilo lejos de mi aldea, de las caras conocidas, de todas mis anclas de salvación, sentado en la oscuridad sobre un mojón, con las piernas cruzadas, una mano en el muslo, el codo en esta mano, el mentón en la otra, con los ojos fijos en el suelo, como ante un tablero de ajedrez, trazando fríamente mis planes para el día siguiente, para mañana, para pasado mañana, creando el tiempo futuro. Y entonces yo olvidaba que mi hijo estaría a mi lado, agitándose, quejándose pidiendo comer y dormir, ensuciándose los calzoncillos. Volví a abrir el cajón de mi mesilla de noche y tomé un tubo entero de comprimidos de morfina, mi calmante preferido.

Mi llavero es enorme, pesa más de una libra. Vaya donde vaya, no hay en mi casa una puerta o un cajón cuya llave no me acompañe. Las llevo en el bolsillo derecho del pantalón, en este caso del calzón. Una cadena maciza, unida a mis tirantes, me impide perderlas. Esta cadena, cuatro o cinco veces más larga de lo necesario, reposa enrollada en mi bolsillo, sobre el llavero. El peso me hace inclinarme a la derecha cuando estoy cansado o me olvido de compensarlo mediante un esfuerzo muscular.

Eché una última mirada a mi alrededor, noté que había omitido algunas precauciones, lo remedí, tomé el zurrón, he estado a punto de escribir la guitarra, el sombrero de paja, el paraguas, espero no olvidarme nada, apagué la luz, salí al pasillo y cerré mi puerta con llave. Hasta aquí todo está claro. Oí a continuación un ruido de estrangulamiento. Era mi hijo que dormía. Le desperté. «No tenemos tiempo que perder», dije. Se aferraba desesperadamente al sueño. Era natural. Algunas horas de sueño, por profundo que sea, no bastan a un organismo apenas púber quebrantado por la indigestión. Mientras lo sacudía y lo ayudaba a salir de la cama tirándole primero de los brazos y luego de los cabellos, se apartó de mí furiosamente, volviéndose hacia la pared, y hundió las uñas en el colchón. Me fue preciso recurrir a todo mi vigor para acabar con su resistencia. Pero apenas lo hube sacado de la cama cuando escapó de mis brazos, para revolcarse en el suelo, lanzando gritos de ira y rebelión. Ya empezábamos. Ante tan repugnante exhibición me fue forzoso emplear mi paraguas, que empuñé por el extremo con ambas manos. Pero permitidme unas palabras sobre mi sombrero de paja, antes de que se me olvide. El borde tenía dos agujeros, uno a cada lado, naturalmente, que yo mismo había perforado con mi berbiquí. Y había fijado en estos agujeros los dos extremos de un elástico lo bastante largo para pasar bajo mi mentón, o mejor dicho bajo mis mandíbulas, aunque no demasiado largo, porque debía quedar bien sujeto, o mejor dicho bajo mis mandíbulas. De este modo, cualesquiera que fuesen mis movimientos, mi sombrero no se movería de su sitio, es decir, sobre mi cabeza. «¡Deberías avergonzarte —grité—, maldito arrapiezo sin modales!» Si no me cuidaba, iba a ceder a una explosión de ira. Es un lujo que no puedo permitirme. Porque entonces me quedo ciego, un velo de sangre nubla mis ojos y, a semejanza del gran Gustave, oigo crujir los banquillos del Tribunal. No se puede

ser impunemente amable, educado, razonable, paciente, día tras día, año tras año. Tiré el paraguas al suelo y me precipité fuera de la habitación. En la escalera me encontré con Marthe que subía sin cofia, el pelo suelto y las ropas en desorden. «¿Qué ocurre?», gritó. La miré. Volvió a la cocina. Corrí temblando al cobertizo, tomé el hacha, fui al patio y me puse a talar afanosamente un viejo tronco sobre el cual en invierno partía tranquilamente mis leños en cuatro. La hoja terminó por hundirse tan profundamente que no pude sacarla del tronco. Los esfuerzos a que ello me obligó me depararon, con el agotamiento, el sosiego interior. Volví a subir al primer piso. Mi hijo, llorando, se vestía. Todo el mundo lloraba. Le ayudé a ponerse la mochila. Le dije que no olvidara el impermeable. Quería guardarlo en la mochila. Le dije que de momento lo llevara bajo el brazo. Eran casi las doce de la noche. Recogí del suelo mi paraguas. Intacto. «Adelante», dije. Salió de la habitación, que me quedé contemplando un instante, antes de seguirle. Reinaba en ella el mayor desorden. Fuera la temperatura era agradable, en mi humilde opinión. El aire era aromático. La grava gimió bajo nuestros pasos. «No —dije—, por aquí». Me introduje en el bosquecillo. Mi hijo, detrás de mí, iba tropezando y dándose golpes contra los troncos. No sabía orientarse en la oscuridad. Como aún era joven, las palabras de reproche se ahogaron en mis labios. Me detuve. «Toma mi mano», dije. Hubiera podido decirle: «Dame tu mano». Pero dije: «Toma mi mano». Es curioso. Pero el sendero era demasiado estrecho para que pudiéramos avanzar los dos de frente. De modo que me puse la mano a la espalda y mi hijo la tomó, al parecer con gratitud. Así llegamos ante el postigo rústico cerrado con llave. Lo abrí y me hice a un lado, para que mi hijo pasara primero. Volví la mirada hacia la casa. El bosquecillo me la ocultaba en parte. La cresta dentada del tejado y la única chimenea con sus cuatro tubos apenas se destacaban contra el cielo donde babeaban algunas estrellas al ahogarse. Ofrecí el rostro a aquella masa fragante de vegetación que me pertenecía, de la cual podía hacer lo que quisiera sin que nadie me dirigiera observación alguna. Estaba poblada de pájaros cantores con la cabeza bajo el ala, sin temor alguno, pues me conocían. Creía amar mis árboles, mis arbustos, mis parterres, mis minúsculos arriates. Si a veces les cortaba una rama o una flor era únicamente por su bien, para que crecieran más tupidos y felices. Pero lo hacía con el corazón en un puño. Por lo demás, es muy sencillo, no lo hacía yo, se lo hacía hacer a Christie. No cultivaba legumbres. El gallinero no estaba lejos. Mentí al decir que tenía pavos, etc. Solo tenía algunas gallinas. Allí estaba mi gallina gris, no en la percha con las otras, sino en tierra, en un rincón, entre el polvo, a merced de las ratas. El gallo ya no se dirigía hacia ella para saltarle furiosamente encima. Si no se recuperaba, no estaba lejos el día en que las otras gallinas unirían sus fuerzas para despedazarla a picotazos y arañazos. Todo estaba en silencio. Soy muy fino de oído. Pero no tengo el menor sentido musical. Percibo este adorable rumor formado por minúsculos pataleos, de

plumas nerviosas, ínfimos cloqueos inmediatamente reprimidos, que distingue a los gallineros durante la noche y termina mucho antes del amanecer. Cuántas veces lo había escuchado gozosamente, diciéndome: «Mañana tengo el día libre». De esta suerte volví la mirada a mi pequeña propiedad, antes de abandonarla, con la esperanza de conservarla.

En la callejuela, después de haber cerrado el postigo con llave, dije a mi hijo: «A mano izquierda». Hacía mucho tiempo que había renunciado a pasearme con mi hijo, pese al vivo deseo que a veces tenía de hacerlo. El menor paseo con él resultaba un suplicio por su falta de sentido de orientación. Sin embargo, yendo solo parecía conocer todos los atajos. Cuando lo mandaba al colmado, o a casa de madame Clément, o incluso más lejos, a buscar semillas en la carretera de V, estaba de vuelta en la mitad del tiempo que yo hubiera invertido en el mismo trayecto, y eso sin haber corrido. No quería que se viese a mi hijo merodeando por las calles, como los gamberros con los que se juntaba a escondidas frecuentemente. No, yo quería que caminase como yo, pasitos rápidos, con la cabeza alta, la respiración regular y económica, balanceando los brazos, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, aparentando no ver nada y en realidad sin perderse un detalle del camino. Pero cuando iba conmigo invariablemente tomaba un rumbo equivocado, bastaba una encrucijada o un simple cruce de caminos para extraviarle del buen camino, el elegido por mí. No creo que lo hiciera adrede. Lo que ocurría era que, fiándose de mí, no miraba por dónde iba y avanzaba maquinalmente sumergido en una especie de sueño. Y parecía que se dejase aspirar por todas las aberturas susceptibles de hacerle desaparecer. De modo que habíamos adoptado la costumbre de pasearnos cada uno por su lado. Y el único paseo que por lo regular hacíamos juntos era el que nos conducía, el domingo, de casa a la iglesia y, una vez terminada la misa, de la iglesia a casa. Inmerso en la lenta oleada de los feligreses, mi hijo ya no estaba solo conmigo, sino que formaba parte de aquel inmenso rebaño que se dirigía una vez más a agradecer a Dios sus beneficios y a implorar perdón y misericordia, y luego, a la vuelta, tranquilizada el alma, aspiraba a otras satisfacciones.

Esperé a que volviera sobre sus pasos, luego pronuncié las palabras destinadas a solventar aquel problema de una vez por todas. «Te colocas detrás de mí —dije— y me vas siguiendo». Aquella solución era acertada, desde varios puntos de vista. Pero ¿mi hijo era capaz de seguirme? ¿No vendría fatalmente un momento en que levantaría la cabeza y se encontraría solo, en un lugar desconocido, el momento en que yo, dejando de lado mis pensamientos, me volvería para constatar su desaparición? Me entretuve brevemente en considerar la idea de atármelo mediante una cuerda larga, cuyos dos extremos se arrollarían a nuestras cinturas. Hay muchos modos de llamar la atención y no estaba seguro de que aquel fuera uno de los más indicados. Y además, hubiera podido deshacer silenciosamente los nudos, y tomar las

de Villadiego, dejándome continuar el camino completamente solo, seguido por una larga cuerda que se arrastrase por el polvo, como un burgués de Calais. Hasta el momento en que la cuerda, enganchándose a un objeto fijo o pesado, cortara mi impulso. De modo que hubiera necesitado, en lugar de la cuerda blanda y silenciosa, una cadena, cosa en la que no había ni que pensar. Pero de todos modos pensé en ella, me divertí un instante pensando en ella, imaginándome en un mundo mejor hecho y discurrendo de qué manera, sin tener a mi disposición más que una simple cadena, sin argolla, ni collar, ni esposas, ni hierros de ninguna clase, podría encadenar a mi hijo de modo que no pudiese darme un chasco. Era un simple problema de lazos y de nudos, y hubiera podido resolverlo, en caso necesario. Pero, por lo demás, ya reclamaba mi atención la imagen de mi hijo caminando, no detrás, sino delante de mí. Colocado en esta posición respecto a él hubiera podido mantenerlo bajo mi mirada e intervenir al menor falso movimiento de su parte. Pero, aparte de que iba a tener otras cosas en que ocuparme, durante aquella expedición, que espiar o hacer de niñera, la perspectiva de no poder dar un paso sin tener ante los ojos aquel cuerpo desagradable y recordete me resultaba intolerable. «¡Ven aquí!» exclamé. Porque al oírme decir que había que doblar a mano izquierda había doblado a mano izquierda, como si se propusiera sacarme de mis casillas. Hundido bajo mi paraguas, inclinada la cabeza como bajo el peso de una maldición, con los dedos de mi mano libre entre dos tablas del postigo, permanecía tan inmóvil como una estatua. De modo que volvió por segunda vez sobre sus pasos. «Te dije que me siguieras y me precedes», dije.

Era en tiempo de vacaciones. Su gorra de escolar era verde y llevaba bordadas en oro en la parte delantera iniciales y una cabeza de ciervo o de jabalí. Estaba colocada sobre su cráneo rubio con una exactitud de cápsula. Así le gustaba llevarla. En los cubrecabezas colocados con tanta precisión hay algo que tiene la virtud de exasperarme. En cuanto a su impermeable, en vez de llevarlo plegado bajo el brazo, o echado sobre los hombros, como le había dicho, lo había enrollado como una bola y lo oprimía con las dos manos sobre su vientre. Allí lo tenía, ante mí, con los enormes pies separados, las rodillas a punto de doblarse, el vientre saliente, el pecho hundido, el mentón al aire, la boca abierta, en una actitud de verdadero *miflus habens*. También debía parecer que yo me sostenía de pie gracias únicamente a mi paraguas y al apoyo del postigo. Al fin pude articular: «¿Eres capaz de seguirme?» No respondió. Pero capté su pensamiento con tanta claridad como si lo hubiera expresado, a saber: «¿Y tú, eres capaz de conducirme?» Sonaron las doce en el campanario de mi querida iglesia. No importaba, ya no estaba en casa. Indagué en mi espíritu, donde se halla cuanto necesito, cuál de sus caras pertenencias podía llevar consigo mi hijo. «Espero —dije— que no hayas olvidado tu cuchillo de *scout*, podría hacernos falta». Aquel cuchillo comprendía, aparte de las cinco o seis hojas de primera necesidad, un sacacorchos, un abrelatas, un punzón, un destornillador, un pie de cabra y algunas

nimiedades más. Era un regalo mío, con ocasión de un premio en historia y geografía, ciencias asimiladas por oscuras razones una con otra en la escuela que frecuentaba. Zoquete absoluto en todo lo relacionado con las letras y las llamadas ciencias exactas, no tenía igual para recordar las fechas de las batallas, revoluciones, restauraciones y otras proezas del género humano, en su lenta ascensión hacia la luz, así como para retener en la memoria el trazado de las fronteras y la altura de los picos. Lo cual era mérito suficiente para hacerle acreedor a un cuchillo de *camping*. «No vayas a decirme que te lo has olvidado en casa», dije. «Por supuesto que no», dijo con orgullo y satisfacción, palpándose el bolsillo. «Bien, pues dámelo», dije. Naturalmente no respondió. No entraba en sus costumbres tener en cuenta el primer aviso. «Dame el cuchillo», exclamé. Me lo dio. ¿Qué otra cosa iba a hacer, solo conmigo en la noche? Era por su bien, para evitar que lo extraviara. Porque el corazón del *scout* está donde esté su cuchillo, a menos que tenga medios de comprarse otro, caso que no era el de mi hijo. Porque, como no lo necesitaba, jamás llevaba encima dinero efectivo. Sino que guardaba cada penique que recibía (y no recibía muchos), primero en su hucha italiana y luego en la caja de ahorros, cuya libreta quedaba en mi poder. Sin duda en aquel mismo momento me hubiera degollado de buena gana con el mismo cuchillo que yo guardaba con tanta tranquilidad en mi bolsillo. Pero todavía mi hijo era un poco jovencito para los grandes actos de justicia. Aunque, con lo estúpido que era, quizá se consolaba con la consideración de que el tiempo trabajaba en su favor. Sea como fuere, por esta vez retuvo sus lágrimas, lo que le agradecí. Me erguí y posé la mano en su hombro, diciéndole: «Paciencia, hijo mío, paciencia». Lo terrible en estos asuntos es que cuando uno tiene los deseos carece de los medios adecuados, y a la inversa. Pero esto mi hijo, el pobre, no podía aún sospecharlo, debía de creer que aquella ira que le hacía temblar y le ensombrecía el rostro le abandonaría únicamente el día en que pudiera darle satisfacción. Y ni siquiera entonces. Sí, debía de creerse un alma de pequeño Edmundo Dantés, cuyas monadas le eran familiares, tal como se permiten relatarlas las ediciones Hachet. Después, golpeando con vigor aquel omóplato impotente, dije: «Andando». Y en efecto empecé a andar y mi hijo iba dando tumbos a mis espaldas. Salía de viaje en compañía de mi hijo, de acuerdo con las instrucciones recibidas.

No tengo el propósito de narrar las diversas aventuras que nos acontecieron a mi hijo y a mí, juntos y por separado, antes de nuestra llegada al país de Molloy. Sería fastidioso. Pero no es esa la dificultad que me detiene. Todo es fastidioso en ese relato que se me ha impuesto. Pero iré dando cuenta de él a mi gusto, hasta cierto punto. Y si no tiene la fortuna de agrandar a quien me lo encargó, si le parece que contiene pasajes desagradables para él y para sus asociados, tanto peor para todos nosotros, para todos ellos, porque lo que es para mí ya no hay peor posible. Es decir, que para formarme tal idea necesitaría más imaginación de la que tengo. Y eso que

tengo más imaginación que antes. Y me someto a esta triste labor de escribano, que no entra en mis atribuciones, por razones bien distintas de las que podría creerse. Sigo obedeciendo órdenes, si quieren, pero ya no a impulsos del temor. Sí, sigo teniendo miedo, pero es más bien por costumbre. Y ya no necesito a Gaber para transmitirme la voz a que obedezco. Ahora está en mí y me exhorta a seguir siendo hasta el final el fiel servidor de una causa ajena que he sido siempre, y cumplir pacientemente con mi papel hasta sus últimos y más amargos extremos, como quería, en los tiempos en que quería algo, que hiciesen los demás. Y todo ello, odiando a mi dueño y sintiendo el desprecio más absoluto por sus designios. Como puede verse, se trata de una voz bastante ambigua y no siempre fácil de seguir en sus razonamientos y decretos. Pero sin embargo la voy siguiendo más o menos, la sigo en el sentido de que la comprendo y en el sentido de que la obedezco. Y no creo que abunden las voces de las que pueda decirse otro tanto. Y tengo la impresión de que la seguiré obedeciendo de ahora en adelante, cualesquiera que sean sus órdenes. Y que cuando cese, dejándome sumido en la duda y las tinieblas, esperaré a que regrese antes de hacer nada, aunque el mundo entero, por mediación de sus innumerables autoridades reunidas y unánimes, me ordene que haga esto o lo otro bajo pena de indescriptibles sevicias. Pero esta noche, esta mañana, he bebido un poco más que de costumbre, de modo que mañana puedo sostener otra opinión. Esta voz que ahora empiezo apenas a conocer me dice también que el recuerdo de aquel trabajo cuidadosamente ejecutado hasta el final me ayudará a soportar las largas angustias de la libertad y el vagabundeo. ¿Es decir, que un día seré expulsado de mi casa, de mi jardín, que perderé mis árboles, mis arriates, estos pájaros para mi tan familiares uno a uno por su modo peculiar de cantar, de volar, de acercárseme o de huir cuando me acerco, y todas las absurdas dulzuras de mi interior, donde cada cosa tiene su lugar propio, donde poseo todo lo que hace falta para soportar el hecho de ser un hombre, donde mis enemigos no pueden alcanzarme, este refugio que he pasado toda mi vida edificando, embelleciendo, perfeccionando y conservando? ¡Soy demasiado viejo para perderlo ahora todo, soy demasiado viejo para volver a empezar! Venga, Moran, un poco de calma. Nada de emociones, por favor.

Estaba diciendo que no me proponía contar todas las vicisitudes del camino que unía mi país al de Molloy, por la sencilla razón de que tal cosa no entra en mis intenciones. Y al escribir estas líneas sé hasta qué punto me expongo a inspirar celos en quien mayor interés debería tener en tratar con miramientos, y ahora más que nunca. Pero de todos modos las escribo, y con mano firme, inexorable lanzadera que devora la página con la indiferencia de una plaga. Aunque contaré brevemente algunas de tales vicisitudes, porque me parece conveniente, en sí, y para dar una idea de los métodos de mi plena madurez. Pero antes de pasar a esto diré lo poco que sabía, al salir de mi casa, del país de Molloy, tan diferente del mío. Porque una de las

características del penoso trabajo que se me impone consiste en no poder quemar etapas e ir al grano de una vez. Sino que debo volver a ignorar lo que ya no ignoro y creer saber lo que creía saber al salir de mi casa. Solo en detalles de importancia marginal faltaré de vez en cuando a esta regla. En conjunto, me atengo a ella. Y con tal vehemencia que, sin exagerar, soy más el que descubre las cosas que el que las va narrando, la mayoría de las veces. Y a duras penas, en el silencio de mi cuarto, archivado el asunto en lo que me concierne, sé mejor adónde voy y qué me espera que aquella noche en que me aferraba a mi postigo, en la callejuela, junto al imbécil de mi hijo. Y no tendría nada de sorprendente que en las páginas venideras me apartase del curso estricto y real de los acontecimientos. No creo que ni a Sísifo le haya sido impuesto rascarse, o gemir, o exultar de gozo, según pretende una doctrina hoy en boga, siempre exactamente en los mismos lugares. Y hasta es posible no preocuparse demasiado del camino elegido una vez se ha alcanzado la meta en los plazos previstos. ¿Y quién sabe si el viajero no creerá que cada vez es la primera? Lo cual lo mantendría seguramente en la esperanza, disposición infernal por excelencia, contrariamente a lo que haya podido creerse hasta nuestros días. Mientras que verse envuelto en una interminable cadena de reiteraciones le tranquiliza a uno el ánimo.

Por el país de Molloy entiendo la reducidísima región cuyos límites administrativos nunca había franqueado, ni posiblemente llegaría a franquear, ya porque le estuviera prohibido, ya porque no tuviera ganas, ya —como es lógico— por obra de un azar extraordinario. Dicha región estaba situada al Norte, con relación a la más amena donde yo residía, y se componía de una aglomeración que algunos llegaban en su generosidad a denominar burgo, mientras que otros solo veían en ella una aldea y los campos circundantes. Aquel burgo, o aldea, digámoslo de una vez, se llamaba Bally, y representaba, con sus tierras adyacentes, una superficie de cinco o seis millas cuadradas como máximo. En los países civilizados se da a esto el nombre de comuna, creo, o cantón, ya no me acuerdo, pero entre nosotros no existe ningún término abstracto y genérico para designar estas subdivisiones territoriales. Y para expresarlas empleamos otro procedimiento, de notable sencillez y belleza, y que consiste en decir Bally (para tomar el ejemplo de Bally) cuando se quiere decir Bally, y Ballyba cuando se quiera decir Bally y sus tierras adyacentes, y Ballybaba al referirse a las tierras de Bally con exclusión del propio Bally. Yo, por ejemplo, vivía y bien pensado sigo viviendo aún en Shit, capital de Shitba. Y por la noche, cuando me paseaba para tomar el aire por las afueras de Shit, tomaba el aire en Shitbaba, y no en otra parte.

Ballybaba, pese a su reducida extensión, no dejaba de ofrecer cierta variedad. Habría tierras que pretendían pasar por pastos, un área pantanosa, algunos bosquecillos y, a medida que el viajero se acercaba a sus confines, ondulaciones y parajes casi risueños, como si Ballybaba se alegrara de no llegar más lejos. Pero la

principal belleza de aquella región consistía en una especie de angosta cala que lentas y grises mareas vaciaban y llenaban, vaciaban y llenaban. Y hasta las personas menos noveleras salían del burgo en tropel, para admirar tal espectáculo. Unos decían: «Nada más bello que esta arena apenas mojada». Otros: «Hay que venir cuando la marea sube, para ver la ensenada de Ballyba». ¡Qué belleza en aquellas aguas plomizas y podría creerse que muertas, de no estar prevenido de lo contrario! Y otros, finalmente, afirmaban que se parecía a un lago subterráneo. Pero todos estaban de acuerdo, como los habitantes de Isigny, en que su ciudad estaba situada a orillas del mar. Y ponían Bally-Sur-Mer en el membrete de su papel de cartas.

Ballyba tenía pocos habitantes, de lo que francamente me alegraba por adelantado. Las tierras eran poco aptas para la explotación. Porque apenas una tierra de labor o un prado adquirirían alguna extensión venían a darse de narices contra un bosque druídico o una franja pantanosa de la cual solo podía obtenerse un poco de carbón de muy mala calidad o resto de encina con los que se fabricaban amuletos, cortapapeles, aros de servilletas, rosarios, escapularios y otras bagatelas. La Madonna de Marthe, por ejemplo, procedía de Ballyba. Pese a las lluvias torrenciales, los pastos eran de gran pobreza y salpicados de rocas. Allí solo crecían copiosamente la grama y una gramínea extraña, azul y de sabor amargo, inadecuada para la alimentación del ganado, pero con la que, mal que bien, se conformaban el asno, la cabra y el carnero negro. ¿De dónde provenía, pues, la opulencia de Ballyba? Ahora os lo diré. No, no diré nada. Nada.

De modo que esta es una parte de lo que creía saber respecto a Ballyba cuando salí de mi casa. Me pregunto si no lo confundía con otro lugar.

A una veintena de pasos de mi postigo el callejón empieza a discurrir a lo largo del muro del cementerio. El callejón desciende y el muro es cada vez más elevado. A partir de cierto punto se camina por debajo de los muertos. Allí tengo una concesión a perpetuidad. Mientras el mundo sea mundo, aquel sitio me pertenecerá, en principio. De vez en cuando iba allí a contemplar mi tumba. Ya estaba preparada. Era una sencilla cruz latina de color blanco. Yo había querido añadir mi nombre, con el R.I.P. y la fecha de mi nacimiento. Ya solo habría faltado añadir la de mi muerte. No me lo permitieron. A veces sonreía, como si ya estuviera muerto.

Durante algunos días fuimos a pie por caminos secretos. No quería que me vieran en la carretera principal.

Fue el primer día cuando encontré la colilla del cigarro del padre Ambroise. No solo no la había tirado al cenicero o a la papelería, sino que me la había guardado en el bolsillo al cambiar de vestido. Había ocurrido sin que lo advirtiera. La miré con asombro, la encendí, le di algunas bocanadas y la tiré. Fue el hecho más destacado de aquella primera jornada.

Enseñé a mi hijo el modo de utilizar la brújula de bolsillo. Le divertía mucho. Se

portaba bien, mejor de lo que había esperado. El tercer día le devolví su cuchillo.

El tiempo nos era favorable. Cubríamos fácilmente diez millas diarias. Nos acostábamos al raso. Lo aconsejaba la prudencia.

Enseñé a mi hijo el modo de construir un refugio con ramajes. Era *boy scout*, pero no sabía hacer nada. Bueno, sabía encender fuego. A cada parada me suplicaba que le dejase ejercer esta habilidad. No veía de qué utilidad podía serme aquello.

Comíamos fiambres, en latas que le enviaba a buscar por los pueblos. Me servía para eso. Bebíamos agua de los arroyos.

Ciertamente, todas estas precauciones eran inútiles. Un día, yendo por el campo, vi a un granjero conocido. Se acercaba a nosotros. Me apresuré a dar media vuelta, tomando a mi hijo por el brazo y llevándole en sentido opuesto al que debíamos seguir. Como había previsto, el granjero nos dio alcance. Me saludó y preguntó adónde íbamos. El campo debía de ser suyo. Respondí que volvíamos a casa. Afortunadamente, no estábamos aún muy lejos de ella. Entonces me preguntó dónde habíamos estado. Quizá acababan de robarle un buey o un cerdo. «Dando una vuelta», le contesté. «De buena gana les llevaría en mi coche —dijo—, pero no salgo hasta después del anochecer». «Lástima», dije. «Si quieren esperar —dijo—, les llevaré con mucho gusto». Se lo agradecí. Afortunadamente no eran aún las doce del mediodía. No tenía nada de extraño que prefiriéramos no esperar hasta la noche. «De acuerdo, y feliz regreso», dijo. Dimos un gran rodeo y volvimos a tomar el camino del Norte.

Sin duda, tales precauciones eran exageradas. Lo indicado hubiera sido viajar de noche y esconderse de día, al menos en las primeras etapas. Pero hacía un tiempo tan maravilloso que no podía resolverme a ello. No es que pensara solo en mi placer, ¡pero pensaba en él! Nunca me había ocurrido nada semejante en mi trabajo. ¡Y había que ver la lentitud con que avanzábamos! No debía de tener mucha prisa en llegar.

Reflexionaba intermitentemente sobre las instrucciones de Gaber, no sin abandonarme a la dulzura del estío expirante. No llegaba a reconstruir las instrucciones de Gaber de un modo enteramente satisfactorio. De noche, bajo los ramajes, sustraído a las atracciones de la Naturaleza, me entregaba plenamente a la consideración de tal problema. Los ruidos que emitía mi hijo al dormir me molestaban considerablemente. A veces salía del refugio y me paseaba arriba y abajo en la oscuridad. O me sentaba apoyando la espalda en un tronco, encogía los pies hasta meterlos debajo de mi, tomaba las piernas entre los brazos y apoyaba el mentón sobre una rodilla. Ni en esta actitud me aclaraba. ¿Qué buscaba exactamente? Es difícil decirlo. Buscaba lo que faltaba para que el informe de Gaber estuviera completo. Me parecía que hubiera debido decirme lo que había que hacer con Molloy una vez lo hubiéramos encontrado. Mi trabajo no terminaba nunca con la mera localización del individuo. Hubiera sido demasiado hermoso. Sino que siempre debía

actuar respecto al interesado de un modo o de otro, según las instrucciones. Tales intervenciones revestían formas muy diversas, desde las más enérgicas hasta las más discretas. El asunto Yerk, que me costó casi tres meses de trabajo, llegó a su término el día en que conseguí apoderarme de su alfiler de corbata y destruirlo. Establecer contacto era solo una mínima parte de mi trabajo. A Yerk lo encontré al cabo de tres días. Nunca se me exigía la prueba de que había cumplido mi misión, se atenían a mi palabra. Yudi debía disponer de medios de verificación. A veces me pedían un informe.

En otra ocasión mi misión había consistido en llevar a la persona indicada a determinado lugar en determinada hora. Labor muy delicada, pues no se trataba de una mujer. Nunca he tenido que ocuparme de mujer alguna. Lo siento. No creo que Yudi se interesara mucho en ellas. A este respecto me acuerdo del viejo chiste sobre el alma de las mujeres. Pregunta, ¿tienen alma las mujeres? Respuesta, sí. Pregunta, ¿por qué? Respuesta, para poder condenarse. Muy divertido. Afortunadamente, me habían concedido un amplio margen de libertad en lo que respectaba al día. Lo importante era la hora y no la fecha. Una vez hubo acudido a la cita, me fui, alegando un pretexto cualquiera. Era un muchacho agradable, bastante triste y taciturno. Vagamente recuerdo haberme inventado no sé qué historia de faldas. Un momento, ahora me acuerdo. Sí, le dije que ella estaba enamorada de él desde hacía seis meses y deseaba vivamente que se encontraran en un lugar apartado. Incluso le había dado su nombre. Era una actriz bastante conocida. Una vez le hube conducido al lugar designado por ella era, pues, natural que por delicadeza me retirase. Aún le estoy viendo cuando me miraba al alejarme. Creo que le hubiera gustado tenerme por amigo. No sé qué fue de él. Una vez terminada la operación me desinteresaba de mis pacientes. Incluso puedo decir que nunca he vuelto a ver a ninguno de ellos. Y lo digo sin segundas intenciones. Oh, la de historias que podría contaros, si tuviera un poco más de tranquilidad. Qué turbamulta en mi cabeza, qué galería de moribundos. Murphy, Watt, Yerk, Mercier y tantos otros. Jamás hubiera creído que... sí, sí, lo creo. Historias y más historias. No he sabido contarlas. No sabré contar esta.

De modo que no conseguía saber qué debía hacer con Molloy una vez lo hubiera encontrado. Las indicaciones que Gaber no había podido dejarme de transmitir a este respecto se me habían ido totalmente de la cabeza. Este era el resultado de haber perdido toda la jornada del domingo en tonterías. Era inútil que me dijera: «A ver, ¿qué es lo que suelen pedirme por regla general?» Mis instrucciones escapaban a toda regla general. Sí, determinada operación reaparecía periódicamente, pero no con la suficiente frecuencia como para que hubiera grandes posibilidades de que fuera la que buscaba. Pero aunque solo por una vez se me hubiera pedido una cosa distinta, hubiera bastado para atarme las manos, pues era muy escrupuloso.

Me decía que valía más no seguir dándole vueltas, que bastaba con que empezara

por encontrar a Molloy, que después ya daría aviso, que hasta entonces tenía tiempo, que me acordaría cuando menos me lo esperase y que si, una vez encontrado Molloy, seguía ignorando qué debía hacer con él, podría arreglármelas para ponerme en contacto con Gaber sin que Yudi lo supiera. Tenía sus señas y él las mías. Le pondría un telegrama, ¿qué hacer con M? Sabría responderme en términos claros, aunque convenientemente velados. ¿Pero había telégrafo en Ballyba? Me decía también, uno es humano, que cuanto más tardara en encontrar a Molloy más posibilidades tendría de recordar lo que debía hacer con él. Y habríamos proseguido avanzando pausadamente a pie de no mediar el incidente que relataré acto seguido.

Una noche, en que había terminado por dormirme al lado de mi hijo como de costumbre, me desperté sobresaltado, bajo la impresión de que acababan de golpearme violentamente. Tranquilizaos, no voy a contar un sueño propiamente dicho. En el refugio reinaba la oscuridad más profunda. Presté oído atentamente sin hacer ningún movimiento. No oí nada, salvo los ronquidos y jadeos de mi hijo. Iba a decirme como de costumbre que se trataba solo de una pesadilla, cuando un dolor lacerante me fulminó la rodilla. He ahí, pues, la explicación de mi súbito despertar. En efecto, se parecía a un golpe, una sensación similar, imagino, a la producida por una coz de caballo. Esperé con ansiedad su reaparición, inmóvil y casi sin respirar, naturalmente bañado en sudor. En resumen, que actuaba exactamente como creía saber que debía actuarse en tal coyuntura. Y, en efecto, el dolor reapareció algunos minutos más tarde, pero menos vivo que la primera vez, o, más exactamente, que la segunda. ¿O es que me parecía menos vivo simplemente porque esta vez lo esperaba? ¿O porque ya comenzaba a acostumbrarme? No creo. Porque siguió reapareciendo varias veces, y cada vez más débil que la anterior, y finalmente se calmó del todo, de modo que pude reanudar mi sueño bastante tranquilizado. Pero antes de volverme a dormir me dio tiempo a recordar que ya conocía anteriormente aquel dolor. Porque ya lo había experimentado, en el cuarto de baño, cuando le di la lavativa a mi hijo. Pero entonces me había asaltado una sola vez y no había reaparecido. Y volví a dormirme preguntándome, para ir cogiendo el sueño, si me había dolido entonces la misma rodilla que ahora o había sido la otra. Cosa que nunca he llegado a saber. Y tampoco mi hijo, interrogado al respecto, fue capaz de decir en cuál de las dos rodillas me había dado una friega en su presencia, con iodo, la noche de nuestra partida. Y volví a dormirme un poco tranquilizado, diciéndome, es un poco de neuralgia provocada por las grandes caminatas y las noches frescas y húmedas, y prometiéndome procurarme una caja de algodón termógeno, con el bonito demonio pintado en la tapa, en la primera ocasión. Tal es la rapidez del pensamiento. Pero eso no era todo. Porque, habiéndome vuelto a despertar hacia el amanecer, esta vez a causa de una necesidad natural, y con el sexo ligeramente erecto, para dar mayor verosimilitud a la cosa, me encontré con que no podía levantarme. Es decir, que terminé por levantarme, no había

otro remedio, ¡pero a costa de qué esfuerzos! No poder se dice rápido y se escribe rápido, pero no hay nada tan desagradable. Sin duda a causa de la voluntad, que parece sufrir ante la menor oposición. Así creí al principio que no podía doblar la pierna, pero empeñándome llegué a doblarla un poco. La anquilosis no era completa. Estoy hablando de mi rodilla. Pero ¿era la misma rodilla que me había despertado a inicios de la noche? No lo podía jurar. No me dolía. Simplemente, oponía resistencia a la flexión. El dolor, tras haberme prevenido en vano repetidas veces, había cesado. Así veía yo el asunto. Me habría sido imposible arrodillarme, por ejemplo, porque de cualquier modo que uno se arrodille hay que doblar siempre las dos rodillas, a menos que se adopte una aptitud francamente grotesca e imposible de sostener más que algunos segundos, quiero decir, con la pierna enferma extendida ante uno, a la manera de los bailarines del Cáucaso. Examiné la rodilla enferma a la luz de la linterna. No estaba hinchada ni enrojecida. Puse en movimiento la rótula. Parecía un clítoris. Durante todo ese tiempo mi hijo resoplaba como una foca. No sospechaba lo que puede depararnos la vida. Yo también era un ingenuo. Pero lo sabía.

Reinaba esta horrible claridad que precede de cerca la salida del Sol. Las cosas vuelven a ocupar solapadamente su posición diurna, se instalan, se hacen el muerto. Me senté en el suelo con precaución y debo decir que no sin cierta curiosidad. Cualquier otro hubiera querido sentarse al modo habitual, con un movimiento espontáneo. Pero yo no. Por nueva que fuese aquella nueva cruz encontraba en el acto el mejor modo de acarrearla. Pero cuando uno se sienta en el suelo es preciso sentarse como un sastre o como un feto, son esas, por así decirlo, las únicas posturas posibles para un principiante. De modo que no tardé en dejarme caer de espaldas. Y no iba a tardar en añadir a la suma de mis conocimientos el de que cuando de todas las posiciones que adopta sin pensarlo el hombre normal solo dos o tres nos siguen siendo abordables, se produce un enriquecimiento de estas. De no haber pasado por tal experiencia, hubiera más bien sostenido lo contrario, y tenazmente. Sí, al no poderse estar de pie ni sentado con comodidad, uno se refugia en las diferentes posiciones horizontales como el niño en el regazo de su madre. Uno las explora como nunca lo había hecho anteriormente y encuentra en ellas delicias insospechadas. Llegan a ser infinitas, en resumen. Y sí pese a todo uno termina por cansarse de ellas a la larga, basta con ponerse en pie durante algunos instantes, incluso simplemente con incorporarse en el asiento. Estas son las ventajas de una parálisis local e indolora. Y no me sorprendería mucho que las grandes parálisis clásicas contuvieran satisfacciones análogas y quizá más arrebatadoras. ¡Hallarse por fin realmente en la imposibilidad de moverse! ¡Ahí es nada! Se me derrite de gusto el espíritu sólo con pensarlo. ¡Y además una afasia completa! ¡Y quizá una sordera total! ¡Y a lo mejor una parálisis de la retina! ¡Y probablemente pérdida de la memoria! ¡Y solo con el mínimo de cerebro intacto necesario para estallar de júbilo! Y para temer a la muerte

como a un segundo nacimiento.

Reflexioné sobre lo que debía hacer en el caso de que mi rodilla no mejorara o empeorase. A través del ramaje miraba descender el cielo. Por la mañana el cielo descende, es un fenómeno sobre el que no se ha insistido bastante. Es como si se acercara para ver mejor. A menos que sea la tierra la que ascienda, para que le den el visto bueno, antes de iniciar su jornada.

No voy a relatar mi razonamiento. Y eso que me resultaría fácil. Desembocó en la decisión que hizo posible la redacción del pasaje siguiente.

«¿Has dormido bien?», dije, en cuanto mi hijo hubo abierto los ojos. Hubiera podido despertarle, pero no, dejé que despertara por sí mismo. Terminó por decirme que no se encontraba bien. A menudo mi hijo daba respuestas sin ninguna relación con la pregunta. «¿Dónde estamos —dije— y cuál es la aldea más cercana?» Me la nombró. La conocía, había estado en ella, era un burgo importante, el azar nos favorecía. Incluso tenía algunos conocidos entre los habitantes. «¿A qué día estamos?», dije. Me informó de ello sin la menor vacilación. ¡Y apenas acababa de despertarse! Ya dije que era un as para la historia y la geografía. Él fue quien me enseñó que el río Baise pasa por Condom. «Bueno —dije—, vas a salir inmediatamente para Hole, te llevará —hice el cálculo mental— tres horas como máximo». Me miró asombrado. «Allí —dije— te compras una bicicleta a tu medida, de segunda mano a ser posible. Puedes gastarte hasta cinco libras». Le di cinco libras en cambio de a diez chelines. «Debe tener un porta equipajes muy sólido —dije—, y si no es muy sólido lo harás cambiar por otro que lo sea». Intentaba expresarme con claridad. Le pregunté si estaba contento. No lo parecía. Repetí las instrucciones y volví a preguntarle si estaba contento. Más bien parecía estupefacto. Quizá a causa de la gran alegría que le dominaba. Quizá no daba crédito a sus oídos. «¿Has comprendido bien?» Qué bueno es tener de vez en cuando un poco de conversación verdadera. «Repíteme lo que vas a hacer», dije. Era el único modo de saber si me había comprendido. «Debo ir a Hole —dijo— a quince millas de aquí». «¿Quince millas?», dije. «Sí», dijo. «Bien —dije—, continúa». «A comprar una bicicleta», dijo. Yo seguía esperando. Nada más. «¡Una bicicleta! —exclamé—. ¡Pero en Hole hay millones de bicicletas! ¿Qué clase de bicicleta?» Reflexionó. «De segunda mano», se aventuró a decir. «¿Y si no la encuentras de segunda mano?», dije. «Tú me has dicho de segunda mano», dijo. Permanecí un buen rato en silencio. «Y si no la encuentras de segunda mano —dije finalmente—, ¿qué vas a hacer?» «No me lo has dicho», dijo. Cómo le descansa a uno un breve coloquio de vez en cuando. «¿Cuánto dinero te he dado?», dije. Contó el cambio. «Cuatro libras y diez chelines», dijo. «Vuelve a contar», dije. Volvió a contar. «Cuatro libras y diez chelines», dijo. «Dame el dinero», dije. Me lo dio y lo conté. Cuatro libras y diez chelines. «Te he dado cinco libras», dije. No respondió, dejó que las cifras hablasen por sí solas. ¿Me había robado diez

chelines que llevaba escondidos entre sus ropas? «Vacía tus bolsillos», dije. Empezó a hacerlo. No olvidemos que yo seguía tendido. Mi hijo no sabía que yo estaba enfermo. Por lo demás, no estaba enfermo. Miraba distraídamente los objetos que se presentaban a mi vista. Iba sacándoselos de los bolsillos uno a uno, los sostenía delicadamente en el aire entre el pulgar y el índice, me los mostraba bajo diferentes puntos de vista y finalmente los dejaba en el suelo a mi lado. Cuando un bolsillo quedaba vacío le sacaba el forro y lo sacudía. Creábase entonces una nubecilla de polvo. Lo absurdo de semejante verificación no tardó en imponérseme. Le dije que parara. Podía tener los diez chelines escondidos en la manga o en la boca. Hubiera tenido que levantarme y cachearle de arriba abajo. Pero entonces habría advertido mi enfermedad. Bueno, tampoco se trataba exactamente de una enfermedad. ¿Y por qué no quería que lo supiera? No sé. Habría podido contar el dinero que me quedaba. Pero ¿de qué me hubiera servido? ¿Sabía al menos con qué cantidad había salido de mi casa? No. También a mi mismo me complacía en aplicarme el método socrático. ¿Sabía acaso lo que había gastado hasta aquel momento? No. Habitualmente, llevaba una contabilidad muy rigurosa de mis viajes de negocios, justificaba hasta el último penique mis gastos de desplazamientos. No así en aquella ocasión. Ni en un viaje de placer habría tirado el dinero con tanta desenvoltura. «Supongamos que me haya equivocado —dije— y que te haya dado solamente cuatro libras y diez chelines». Iba recogiendo con calma los objetos que cubrían el suelo y se los ponía en los bolsillos. ¿Cómo hacérselo comprender? «Deja eso y préstame atención», dije. Le alargué el dinero. «Cuéntalo», dije. Lo contó. «¿Cuánto?» «Cuatro libras con diez», dijo. «¿Diez qué?», dije. «Diez chelines», dijo. «Tienes cuatro libras con diez chelines», dije. «Sí», dijo. «Yo te he dado cuatro libras con diez chelines», dije. «Sí», dijo. No era verdad, le había dado cinco. «Estás de acuerdo en eso», dije. «Sí», dijo. «¿Y para qué crees que te he dado tanto dinero?», dije. «Para qué tanto dinero», dijo. Se le iluminó el rostro. «Para comprar una bicicleta», dijo. «¿Qué clase de bicicleta?», dije. «De segunda mano», replicó inmediatamente. «¿Te figuras que una bicicleta de segunda mano vale cuatro libras y diez chelines?», dije. «No sé», dijo. Yo tampoco sabía nada. Pero no era ahí donde residía el problema. «¿Qué es exactamente lo que te he dicho?», dije. Los dos tratamos de recordar. «De segunda mano a ser posible —dije finalmente—, eso es lo que te he dicho». «Ah», dijo. No transcribo este dúo en extenso, me limito a indicar los rasgos esenciales. «No te he dicho de segunda mano —dije—, te he dicho de segunda mano a ser posible». Había vuelto a recoger sus cosas. «Deja eso —dije— y préstame atención». Dejó caer ostensiblemente una gruesa bola de cuerdas enredadas. Quizá en el centro estaban los diez chelines. «No distingues entre de segunda mano y de segunda mano a ser posible», dije. Consulté mi reloj. Eran las diez. Solo contribuía a aumentar yo mismo la confusión de mis ideas. «No te esfuerces en comprender —dije— y presta atención a lo que voy a

decirte, porque no lo pienso repetir». Se acercó a mí y se arrodilló. Parecía que yo fuese a exhalar el último suspiro. «¿Sabes qué es una bicicleta nueva?», dije. «Sí, papá», dijo. «Pues bien —dije—, si no la encuentras de segunda mano, vas a comprar una bicicleta nueva. Voy a repetírtelo». Lo repetí. Y eso que había dicho que no pensaba repetir. «Ahora dime lo que tienes que hacer —dije, y añadí—: Aparta esa cara, tu boca apesta». Estuve a punto de añadir: «No te lavas los dientes y luego te quejas de los abscesos», pero me contuve a tiempo. No era el momento de introducir otro motivo. Repetí: «¿Qué tienes que hacer?» Reflexionó. «Ir a Hole —dijo—, a quince millas de aquí». «Ahora deja en paz las millas —dije—. De acuerdo, estás en Hole. ¿Con qué objeto?» No, no puedo. Terminó por comprender. «¿Para quién es esa bicicleta?», dije. «¿Para Goering?» Aún no había comprendido que la bicicleta era para él. Cierto que en aquella época no era mucho más pequeño que yo. Por lo que respecta al portaequipajes, como si no hubiera dicho nada. Pero su espíritu terminó por abarcarlo todo. Hasta el punto que me preguntó qué debía hacer en el caso de que no le alcanzara el dinero. «Vuelves aquí y ya veremos», dije. Naturalmente, cuando reflexioné en todas estas cuestiones antes de que mi hijo se despertase, había previsto que podrían oponerle dificultades y preguntarle, a la vista de su juventud, de dónde había sacado tanto dinero. Y sabía lo que en tal caso debía hacer, a saber, ir al encuentro del inspector Paul o pedir que le llevaran ante él, darse a conocer y decir que era yo, Jacques Moran, quien le había encargado comprar una bicicleta en Hole, dejando suponer que me había quedado en Shit. Evidentemente, se trataba de dos operaciones distintas, en primer lugar la de prever el caso (antes de que mi hijo despertara) y en segundo lugar la de encontrarle solución (ante la noticia de que Hole era la aglomeración urbana más próxima). Pero renuncié a comunicarle instrucciones tan sutiles. «No temas —dije—, tienes dinero de sobra para comprarte una estupenda bicicleta, que traerás aquí sin pérdida de tiempo». Con mi hijo había que preverlo todo. Nunca habría podido adivinar qué había que hacer con la bicicleta una vez comprada. Habría sido capaz de quedarse en Hole, Dios sabe en qué condiciones, a la espera de nuevas directrices. Me preguntó qué me pasaba. Había debido escapárseme alguna mueca. «Me pasa que ya estoy harto de verte», dije. Y le pregunté a qué esperaba. «No me encuentro bien», dijo. A mí me preguntaba cómo me encontraba y no decía nada, y él, sin ser preguntado, decía que no se encontraba bien. «¿No estás contento —dije— de tener un bonito velocípedo nuevo y flamante para ti solo?» Decididamente, tenía mucho interés en oírle decir que estaba contento. Pero lamenté haber pronunciado aquella frase, que solo podía contribuir a aumentar su confusión. Pero aquello bastó para poner fin al coloquio familiar.

Salió del refugio y cuando juzgué que ya se había alejado bastante, yo también salí como pude. Había recorrido unos veinte pasos. Adopté un aire despreocupado, con la espalda apoyada negligentemente en un tronco y la pierna sana ampliamente

doblada ante la otra. Le llamé. Se volvió. Agité la mano. Me miró un instante, luego me dio la espalda y prosiguió su camino. Le llamé por su nombre. Se volvió de nuevo. «¡Un faro! —grité—. ¡Un buen faro!» No comprendía. ¿Cómo hubiera podido comprender, a veinte pasos, si a un solo paso de distancia no comprendía nada? Volvió hacia mí. Yo le indiqué por gestos que se alejara, gritando: «¡Vete!, ¡vete!» Se detuvo y me miró, con la cabeza ladeada como un papagayo, completamente desamparado en apariencia. Irreflexivamente, inicié el movimiento de inclinarme para recoger una piedra o un leño o un terrón, cualquier clase de proyectil, y estuve a punto de caerme. Quebré por encima de mi cabeza un pedazo de rama y lo arrojé violentamente en su dirección. Dio media vuelta y se marchó corriendo. Había ocasiones en que verdaderamente no comprendía nada de mi hijo. Debía saber que no podía alcanzarle, ni siquiera con un buen cacho de piedra, y a pesar de ello ponía pies en polvorosa. Quizá tenía miedo de que saliera corriendo en su persecución. Efectivamente, hay algo inquietante en mi forma de correr, con la cabeza echada hacia atrás, los dientes apretados, los codos doblados al máximo y las rodillas casi pegadas al rostro. Y a esta forma de correr debo el haber dado alcance a menudo a personas más ágiles que yo. Prefieren detenerse y esperarme a prolongar a sus espaldas tan pavoroso espectáculo. En cuanto al faro, no lo necesitábamos en absoluto. Más tarde, cuando la bicicleta hubiera ocupado su lugar en la vida de mi hijo, en su vida de obligaciones e inocentes esparcimientos, un faro sería indispensable para iluminar sus correrías nocturnas. Y sin duda en previsión de tan venturoso porvenir había pensado en el faro y había gritado a mi hijo que comprara uno de buena calidad, para que más adelante sus idas y venidas fueran iluminadas y exentas de todo riesgo. Y hubiera podido decirle igualmente que prestara atención al timbre, que destornillara la tapita y lo examinara a conciencia, para asegurarse de que era un buen timbre y se hallaba en buen estado, antes de cerrar la operación, y que lo hiciera sonar para darse cuenta de qué clase de sonido emitía. Pero ya tendríamos tiempo más adelante de ocuparnos de todo ello. Y ayudaría gozosamente a mi hijo, llegado el momento, a colocar en su bicicleta los mejores faros, tanto delanteros como traseros, y el mejor timbre y los mejores frenos que puedan encontrarse. El día se me hizo largo. ¡Me faltaba mi hijo! Lo pasé lo mejor que pude. Comí varias veces. Aproveché el hallarme finalmente solo, sin más testigos que Dios, para masturbarme. Mi hijo debía de haber tenido la misma idea, debía de haber hecho un alto en el camino. Espero que le procurara más satisfacción que a mí. Di varias veces la vuelta al refugio, esperando que aquel ejercicio sería beneficioso para mi rodilla. Avanzaba bastante rápidamente y sin demasiado dolor, pero me cansaba pronto. Al cabo de unos diez pasos una gran fatiga, o más bien pesadez, me invadía la pierna, y me veía forzado a detenerme. Se me pasaba en seguida y podía volver a ponerme en marcha. Me administré un poco de morfina. Me planteé algunas preguntas. ¿Por qué no le

había dicho a mi hijo que me trajera medicamentos? ¿Por qué le había ocultado que me encontraba enfermo? ¿Es que tal vez en el fondo me alegraba de ello, hasta el punto de no desear la curación? Me abandoné bastante a las bellezas del lugar, contemplé largo rato los árboles, los campos, los cielos, los pájaros, y escuché atentamente los ruidos que me llegaban de cerca y de lejos. Por un instante creí percibir el silencio al que ya se aludió, según creo. Tendido en el interior del refugio, pensé en la empresa que había iniciado. Intenté recordar de nuevo qué debía hacer con Molloy cuando lo hubiera encontrado. Me arrastré hasta el riachuelo. Tendido, me contemplé en él, antes de lavarme la cara y las manos. Esperé a que mi imagen se reconstruyera y la contemplé, temblorosa, cada vez más parecida a mí. De vez en cuando una gota que caía de mi rostro volvía a enturbiarla. En todo el día no vi a nadie. Pero hacia el anochecer oí pasos que rondaban el refugio. No hice ningún movimiento. Los pasos se alejaron. Pero, un poco más tarde, habiendo salido no recuerdo por qué razón, vi a algunos pasos de mí a un hombre que permanecía inmóvil de pie. Me daba la espalda. Llevaba un abrigo muy pesado para la estación y se apoyaba en un bastón tan recio y con tal diferencia de grosor entre la parte inferior y la superior, que parecía una maza. Se volvió y pasamos un buen rato mirándonos en silencio. Es decir, que yo le miré fijamente, como hago siempre para aparentar que no tengo miedo, mientras que él me miraba fugazmente de vez en cuando y bajaba los ojos a continuación, al parecer no tanto por timidez cuanto con objeto de reflexionar tranquilamente en lo que acababa de ver, antes de completarlo con nuevas imágenes. Pues su mirada era de una frialdad y una fuerza extraordinarias. El rostro era pálido y hermoso, me hubiera dado por satisfecho con él. Iba a suponerle cincuenta y cinco años cuando se quitó el sombrero, lo tuvo en la mano un instante y volvió a ponérselo en la cabeza. En nada se parecía eso a un saludo. Pero juzgué oportuno inclinarme. El sombrero era realmente extraordinario, tanto de forma como de color. No intentaré describirlo, porque no entraba en ninguna de las categorías que me eran familiares. Los cabellos, cuya suciedad no ocultaba su encantamiento, eran abundantes y encrespados. Antes de que volviera a comprimirlos, tuve tiempo de verlos erguirse lentamente en el cráneo. El rostro era velludo y estaba sucio, sí, era pálido, hermoso, velludo y estaba sucio. Hizo un movimiento extraño, como una gallina que hincha el plumaje para ir quedando luego reducida a menores dimensiones que antes. Creí que iba a marcharse sin dirigirme la palabra. Pero de pronto me pidió un pedazo de pan. Acompañó tan humillante petición con una mirada fulminante. Tenía un acento extranjero o de hombre que había perdido el hábito de la palabra. Y en efecto me había dicho con alivio, solo al verle de espaldas, es un extranjero. «¿Quiere una lata de sardinas?», dije. Me pedía pan y le ofrecía pescado. Este rasgo define todo mi carácter. «Pan», dijo. Entré en el refugio y cogí el pedazo de pan que guardaba para mi hijo, que sin duda iba a volver hambriento. Se lo di. Esperaba que se apresurase a

devorarlo. Pero lo partió en dos y guardó las mitades en los bolsillos de su abrigo. «¿Me permite examinar su bastón?», dije. Alargué la mano. No se movió. Puse mi mano sobre el bastón, por debajo de la suya. Sentí que sus dedos dejaban lentamente el bastón. Ahora yo lo sostenía. Me asombró lo liviano que era. Volví a ponérselo en la mano. Me dirigió una última mirada y se fue. Era casi de noche. Caminaba a pasos rápidos e inseguros, más que utilizarlo arrastraba el bastón, cambiaba de dirección con frecuencia. Me hubiera gustado seguirle un buen rato con la mirada. Hubiera querido estar en pleno desierto, a mediodía, y seguirle con la mirada hasta que no fuera más que un punto lejano en los confines del horizonte. Me quedé todavía un buen rato fuera del refugio. De vez en cuando escuchaba atentamente. Pero mi hijo no volvía. Como empezaba a tener frío, entré en el refugio y me tendí bajo el impermeable de mi hijo. Pero al sentir que el sueño empezaba a vencerme salí de nuevo y encendí una gran hoguera, para que sirviera de punto de orientación a mi hijo. Cuando el fuego se avivó, me dije: «¡Pero ahora voy a poder calentarme!» Me calenté, frotando mis manos una contra otra después de haberlas expuesto al calor de la llama y antes de volver a hacerlo, y colocándome de espaldas a la llama y levantando los faldones de mi chaqueta, y dando vueltas sobre mí mismo como colocado en un asador. Y, finalmente, vencido por el calor y la fatiga, me tendí en el suelo cerca del fuego y me dormí, diciéndome: «Quizá una chispa incendie mis vestidos y me despierte convertido en antorcha humana». Y diciéndome muchas cosas más, pertenecientes a series distintas y sin vínculo aparente entre sí. Pero al despertarme volvía a ser de día y el fuego se había apagado. Aunque las brasas todavía estaban calientes. Mi rodilla no había mejorado, aunque tampoco empeorado. Es decir, que quizá había empeorado un poco, sin que yo me hallara en situación de advertirlo, a causa del hábito que iba adquiriendo de considerar cada vez con mayor conmiseración a mi cuerpo. Aunque no creo. Porque al auscultar mi rodilla y someterla a pruebas diversas desconfiaba de tal costumbre y procuraba hacer abstracción de ella. Y era más bien otro yo, que tenía acceso al santuario de mis sensaciones, el que decía: «Sin novedad, Moran, sin novedad». Lo cual puede parecer imposible. Me dirigí al bosquecillo para tallarme un bastón. Pero cuando finalmente hube encontrado una rama que me convenía, recordé que no tenía cuchillo. Volví al refugio, esperando encontrar el cuchillo de mi hijo entre los objetos que había dejado en el suelo sin recogerlos luego. No estaba. En cambio, mi mirada fue a dar con mi paraguas y me dije: «Para qué un bastón si ya tengo el paraguas». Y me ejercité en caminar apoyado en mi paraguas. Y aunque de este modo no avanzaba ni más rápido ni menos dolorosamente, tardaba más en fatigarme, lo que ya suponía una ventaja. Y en vez de detenerme cada diez pasos para descansar podía caminar fácilmente quince pasos seguidos. Y también cuándo me detenía para descansar me resultaba útil el paraguas. Porque apoyado en él podía comprobar que la pesadez de mi pierna, debida

sin duda a un defecto de circulación, desaparecía más aprisa que cuando me sostenía de pie gracias a la ayuda de mis músculos y mi árbol de la vida únicamente. Y equipado de esta suerte no me contentaba con dar vueltas al refugio, como el día anterior, sino que irradiaba de él en todas direcciones. E incluso subí a una pequeña elevación del terreno desde donde dominaba mejor la extensión en la que mi hijo podía aparecer de un momento a otro. Y de vez en cuando lo veía en mi imaginación, inclinado sobre el manillar o de pie sobre los pedales, cada vez más cercano, y le oía jadear y veía reflejada en su rostro mofletudo la alegría de volver por fin al hogar. Pero al mismo tiempo no descuidaba vigilar el refugio, que me atraía extraordinariamente, de modo que algo tan cómodo como pasar directamente de un lugar a otro, ambos igualmente apartados, me resultaba imposible. Cada vez debía volver sobre mis pasos hasta el refugio, para asegurarme de que todo estaba en orden, antes de emprender una nueva salida. Y consumí la mayor parte de aquella segunda jornada en tan vanas idas y venidas, en tal acecho y tales imaginaciones, aunque tampoco les dediqué la jornada entera. Porque de vez en cuando también me tendía en el refugio, que se había convertido en mi hogar, para reflexionar tranquilamente sobre algunos asuntos, especialmente sobre mis provisiones de boca que se iban agotando rápidamente, hasta el punto de que después de una comida engullida a las cinco no me quedaban más que dos latas de sardinas, un puñado de galletas y algunas manzanas. Pero también intentaba acordarme de lo que había que hacer con Molloy, una vez que lo hubiera encontrado. Y también meditaba sobre mí mismo, sobre lo que de algún tiempo a esta parte había cambiado en mí. Creía verme envejecer con la rapidez de una mariposa efímera. Aunque no era exactamente la idea de envejecimiento la que me asaltaba. Y lo que veía se parecía más bien a un desmigajamiento, a un derrumbamiento implacable de cuanto desde siempre me había protegido de aquello en lo que desde siempre estaba condenado a convertirme. O como si estuviera asistiendo a una especie de perforación cada vez más rápida hacia no sé qué luz y qué rostro, conocidos y abolidos. Pero cómo describir aquella sensación sombría y pesada, chirriante y pedregosa, que de pronto se hacía líquida. Y entonces veía una pequeña esfera que ascendía lentamente de las profundidades, a través de aguas sosegadas, primero compacta, apenas más clara que los remolinos que la escoltaban, para convertirse poco a poco en un rostro, con los orificios de los ojos y la boca y los demás estigmas, sin que se pudiera saber si era un rostro de hombre o de mujer, joven o viejo, ni sí su serenidad no se debe también a un efecto del agua que le separa de la luz. Aunque debo decir que solo prestaba una muy relativa atención a tan pobres imágenes, donde sin duda mi sentimiento de derrota trataba de contenerse. Y el hecho de no dedicarme más a ello era otra señal de cómo había cambiado y cuán indiferente me era ya el poseerme o no a mí mismo. Y sin duda habría ido de descubrimiento en descubrimiento respecto a mí, en el caso de

haber insistido. Pero bastaba con que hiciese brotar, con la ayuda de una imagen o un razonamiento, un poco de claridad en aquella oscura agitación que me iba poseyendo, para que me dirigiera hacia otras preocupaciones. Y un poco más tarde todo volvía a empezar. Y también me era difícil reconocermé a mí mismo en semejante forma de proceder. Porque no entraba en mi naturaleza, quiero decir en mis costumbres, hacer cálculos de modo tan global, sino que los separaba unos de otros y llevaba cada uno a sus últimas consecuencias. E incluso cuando sentía que se agitaban en el fondo de mi memoria las indicaciones relativas a Molloy que echaba en falta, prefería alejarme bruscamente de ellas en beneficio de otras menos familiares. Y yo, que quince días atrás hubiera calculado gozosamente el tiempo que podría subsistir con los víveres que me quedaban, haciendo intervenir probablemente la cuestión de las vitaminas y las calorías, yo, que hubiera establecido mentalmente una serie de menús que se iban aproximando como una línea asíntota a la nada alimenticia, me contentaba a la sazón con dejar lánguidamente constancia de que pronto perecería por inanición, si no conseguía renovar mis provisiones. Así transcurrió aquella segunda jornada. Pero, antes de pasar a la siguiente, queda un incidente por relatar.

Acababa de encender la hoguera y la miraba avivarse cuando oí que me interpelaban. La voz, ya tan próxima que me sobresaltó, era de hombre. Pero pasado el primer sobresalto me recuperé y continué ocupándome del fuego como si nada hubiera ocurrido, removiéndolo con una rama que acababa de arrancar a tal efecto, quitándole los tallos y las hojas y hasta una parte de la corteza con la sola ayuda de mis uñas. Siempre me ha gustado descortezar las ramas de modo que quede al descubierto su interior, de clara y lisa belleza. Pero oscuros sentimientos de amor y compasión para con el árbol me impedían hacerlo las más de las veces. Y contaba entre los amigos más íntimos al drago de Tenerife que pereció a la edad de cinco mil años abatido por un rayo. Era un ejemplo de longevidad. Era una rama gruesa, llena de savia, que no se inflamaba al hundirla en el fuego. La sostenía por un extremo. El crepitar del fuego, mejor dicho, de los leños que en él se retorcían, porque el fuego triunfante no crepita, sino que produce un ruido muy distinto, había permitido al hombre acercárseme sin que yo me diera cuenta. Si hay algo que me irrita es que me cojan desprevenido. De modo que, pese a mi primer movimiento de pánico, y esperando que hubiera pasado inadvertido, continué atizando el fuego como si me encontrara solo. Pero al contacto de la mano del hombre sobre mi espalda me vi obligado a comportarme como cualquier otro en mi lugar, lo que conseguí volviéndome rápidamente, en un movimiento, espero que bien simulado, de cólera y temor. Y me encontré cara a cara con un hombre cuyos rasgos y apariencia física me fue al principio difícil distinguir, a causa de la oscuridad. «Hola, amigo», dijo. Pero poco a poco yo me fui formando una idea de la clase de individuo que podía ser. Y a fe mía que había gran acuerdo y reinaba gran armonía entre sus diversas partes, de

modo que podía decirse de él que tenía el cuerpo que correspondía a su rostro, y viceversa. Y, de haberle podido ver el culo, con toda seguridad que me habría parecido digno de lo demás. «No esperaba encontrarme a nadie en estos andurriales —dijo—, es una suerte». Y apartándome del fuego, que comenzaba a llamear, y cuya luz, que yo ya no interceptaba, dio de lleno sobre el intruso, pude advertir que no me había equivocado y que se trataba efectivamente del tipo de latoso que había entrevisto. «¿Podría usted decirme...?», dijo. Me veré en la obligación de describirlo sucintamente, aunque ello vaya contra mis principios. Era más bien bajo de estatura, aunque fornido. Vestía un grueso traje azul marino (con la chaqueta cruzada) de un corte detestable y un par de esos zapatos negros, de anchura desmesurada, cuya punta llega a un nivel más alto que el empeine. Esta horrenda configuración parece ser monopolio de los zapatos negros. «¿No sabe usted...?» dijo. Los extremos con flecos de una bufanda oscura, de siete pies de longitud por lo menos, arrollada varias veces en torno a su cuello, le colgaban por la espalda. Se tocaba con un sombrero de fieltro azul oscuro de alas pequeñas, en cuya cinta había prendido un anzuelo con cebo artificial, lo que le daba un aire deportivo a más no poder. «¿Me oye usted?», dijo. Pero todo esto no era nada en comparación con el rostro, que se parecía vagamente, siento tener que decirlo, al mío, naturalmente en menos fino, el mismo escuálido bigote, los mismos ojillos de hurón, la misma parafimosis nasal y una boca delgada y roja, como congestionada a fuerza de querer cagar la lengua. «¡Contésteme!», dijo. Me volví hacia el fuego. Tiraba bien. Le eché más madera. «Hace cinco minutos que le estoy hablando», dijo. Me dirigí hacia el refugio, se interpuso en mi camino. Al verme cojear se envalentonaba. «Le aconsejo que me conteste», dijo. «No le conozco», dije. Y reí. Tenía gracia, en efecto. «¿El señor quisiera ver mi tarjeta?», dijo. «No me serviría de nada», dije. Se me acercó más. «Quítese de en medio», dije. Entonces fue él quien se echó a reír. «¿Se niega a responderme?», dijo. Hice un gran esfuerzo. «¿Qué desearía saber?», dije. Debió de creer que me inclinaba hacia mejores sentimientos. «Eso está mejor», dijo. Llamé en mi auxilio la imagen de mi hijo que podía llegar de un momento a otro. «Ya se lo he dicho», dijo. Yo temblaba. «Tenga usted la bondad de repetírmelo —dije—. Abreviemos». Me preguntó si había visto pasar a un viejo con un bastón. Lo describió. Mal. Su voz parecía llegarme de lejos. «No», dije. «¿Cómo que no?», dijo. «No he visto a nadie», dije. «Y sin embargo ha pasado por aquí», dijo. Yo seguí callado. «¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?», dijo. También su cuerpo se iba volviendo difuso, como si se disolviera. «¿Qué diantre hace usted aquí?», dijo. «¿Le han encargado vigilar este territorio?», dije. Adelantó una mano hacia mí. «Estoy seguro de haberle dicho otra vez que se quitara de en medio». Aún recuerdo la mano que se me iba acercando, blancuzca, abriéndose y cerrándose. Parecía autopropulsada. No sé qué ocurrió entonces. Pero un poco más tarde, quizá mucho más tarde, lo encontré tendido en el suelo, con la cabeza hecha

papilla. Lamento no poder indicar con mayor precisión por qué procedimiento se llegó a tal resultado. Hubiera sido un pasaje emocionante. Pero no voy a ponerme a hacer literatura llegado a este punto de mi relato. A mí no me había ocurrido nada, salvo algunos arañazos que descubrí al día siguiente. Me incliné sobre el hombre. Al hacerlo, comprobé que mi pierna volvía a flexionarse normalmente. El hombre ya no se me parecía. Le tomé por los tobillos y lo arrastré, reculando, hasta el refugio. Sus zapatos brillaban debido a una espesa capa de betún grasiento. Los calcetines estaban adornados con galoncitos. El pantalón se había arremangado, dejando al descubierto la carne blanca y sin vello de las piernas. Tenía tobillos delgados y huesudos, como los míos. Casi podía rodearlos con el dedo. Llevaba ligas, una de las cuales se había desprendido y colgaba suelta. Este detalle me conmovió. Volví a acercarme al fuego. Mi rodilla ya se ponía otra vez rígida. Ya no tenía necesidad de ser ágil. Volví al refugio y cogí el impermeable de mi hijo. Volví a salir y me tendí junto al fuego, cubierto con el impermeable. No dormí apenas, pero dormí un poco. Escuchaba a los mochuelos. No eran búhos, era un grito parecido al silbato de una locomotora. Escuché a un ruiseñor. Y estertores lejanos. Si hubiese oído hablar de otros pájaros que gritan o cantan de noche también los habría escuchado. Miré extinguirse el fuego, con las dos manos puestas una sobre otra y encima de ellas la mejilla. Aceché la llegada del amanecer. En cuanto apuntó, me levanté y me dirigí al refugio. El hombre también tenía las rodillas bastante rígidas, pero las articulaciones lumbares seguían funcionando a plena satisfacción. Lo arrastré hasta el bosquecillo, deteniéndome frecuentemente para descansar, pero sin soltar las piernas, para no tener que inclinarme a recogerlas. Después deshice el refugio y cubrí el cuerpo con las ramas así recuperadas. Volví a llenar las mochilas y me las cargué a la espalda, cogí el impermeable y el paraguas. Nada, que me iba. Pero antes de partir me concentré un instante para asegurarme de que no olvidaba nada, y sin fiarme solo de mi cerebro, porque me palpé los bolsillos y miré a mi alrededor. Y al palparme los bolsillos comprobé la ausencia de mis llaves, de la cual no había podido informarme mi cerebro. No tardé en encontrarlas esparcidas por el suelo, pues el llavero se había roto. Y, para ser exactos, encontré primero la cadenita, luego, las llaves y finalmente, el llavero, partido en dos. Y como no había ni que pensar, ni siquiera con la ayuda de mi paraguas, en inclinarme cada vez a recoger una llave, dejé en el suelo las mochilas, el paraguas y el impermeable y me eché boca abajo entre las llaves, que de este modo pude recuperar sin dificultad ninguna. Y cuando alguna estaba demasiado lejos me arrastraba hacia ella, asiendo la hierba con las dos manos. Y, tanto si lo necesitaba como si no lo necesitaba, frotaba cada llave en las hiervas antes de metérmela en el bolsillo. Y de vez en cuando me incorporaba apoyándome en las manos, para dominar mejor la escena. Y recuperé varias llaves, vistas de este modo a bastante distancia, rodando sobre mí mismo como un gran cilindro. Y al no encontrar

más llaves, me dije: «Ya no vale la pena contarlas, porque ignoro cuántas había». Entonces volví a mirar a mi alrededor buscando alguna otra. Pero finalmente me dije: «Tanto peor, me conformaré con las que tengo». Y mientras buscaba así mis llaves encontré una oreja, que arrojé en el bosquecillo. Y, lo que es más extraño aún, ¡encontré mi sombrero de paja, que creía llevar puesto! Uno de los agujeros por donde pasaba el elástico se había ensanchado hasta el borde del ala, sí se me permite la expresión, y por tanto ya no era un agujero, sino una hendidura. Pero el otro había resistido bien y el elástico seguía en su sitio. Y finalmente me dije: «Ahora voy a levantarme y echaré una última mirada de inspección al terreno». Y lo hice. Fue entonces cuando encontré el llavero, primero un trozo, luego el otro. Luego, al no encontrar ya ninguna pertenencia mía o de mi hijo, volví a cargar con las mochilas, me hundí concienzudamente el sombrero de paja en el cráneo, me coloqué doblado bajo el brazo el impermeable de mi hijo, tomé el paraguas y me fui. Pero no llegué muy lejos. Porque no tardé en detenerme en la cima de un montículo desde donde podía vigilar sin fatigarme tanto el emplazamiento de mi campamento como la campiña circundante. E hice la siguiente curiosa observación, que la tierra e incluso las nubes del cielo, estaban dispuestas en aquel paraje de tal modo que dirigían suavemente la mirada hacia el campamento, como en la perspectiva del cuadro de un maestro. Me instalé lo más cómodamente posible. Me quité de encima mis diversos fardos y me comí toda una lata de sardinas y una manzana. Me acosté boca abajo sobre el impermeable de mi hijo. Y tan pronto me apoyaba con los codos en el suelo sosteniéndome las mandíbulas con las manos, lo cual orientaba mis miradas hacia el horizonte, como formaba sobre el suelo un pequeño cojín con mis dos manos y apoyaba en él cinco minutos una mejilla y cinco minutos la otra, tendido boca abajo. Hubiera podido hacerme una almohada con las dos mochilas, pero no lo hice, no se me ocurrió. La jornada discurrió en la mayor tranquilidad, sin incidente alguno. Y solo un perro rompió para mí la monotonía de aquel tercer día, rondando los restos de mi hoguera para adentrarse luego en el bosquecillo. Pero no le vi salir de él, ya porque tuviera la atención puesta en otra parte, ya porque saliera por el otro extremo del bosque, limitándose, pues, en cierto sentido, a atravesarlo. Arreglé mi sombrero, abriendo, con la ayuda de la llave de la lata de sardinas, un nuevo agujero junto al anterior y sujetándole nuevamente el elástico. Y también arreglé el llavero, enroscando las dos mitades, e introduje las llaves y lo uní nuevamente a la larga cadena. Y para hacer el tiempo más corto me planteé algunas preguntas y me esforcé en hallarles respuesta. He aquí algunas:

Pregunta. —¿Qué había sido del sombrero de fieltro azul?

Respuesta.

Pregunta. —¿Sospecharán del viejo del bastón?

Respuesta. —Era lo más probable.

Pregunta. —¿Qué posibilidades tenía de demostrar su inocencia?

Respuesta. —Muy pocas.

Pregunta. —¿Debía poner a mi hijo al corriente de lo que había ocurrido?

Respuesta. —No, porque entonces su deber sería denunciarme.

Pregunta. —¿Me denunciaría?

Respuesta.

Pregunta. —¿Cómo me encontraba?

Respuesta. —Más o menos como siempre.

Pregunta. —¿Y, no obstante, había cambiado y seguía cambiando?

Respuesta. —Sí.

Pregunta. —¿Y a pesar de esto me encontraba más o menos como siempre?

Respuesta. —Sí.

Pregunta. —¿Cómo era posible?

Respuesta.

Estas preguntas y otras más estaban separadas unas de otras, así como de las respuestas correspondientes, por intervalos de tiempo más o menos prolongados. Y las respuestas no siempre se atenían al orden de las preguntas. Sino que buscando la respuesta, o las respuestas, a determinada pregunta, encontraba la respuesta, o las respuestas, a una pregunta que ya me había formulado inútilmente, en el sentido de que no había sabido hallarle respuesta, o bien encontraba otra pregunta, u otras preguntas, que me exigían a su vez una respuesta inmediata.

Devolviéndome ahora con la imaginación al momento presente, afirmo haber escrito todo el pasaje anterior con mano firme e incluso satisfecha, y con el espíritu más tranquilo que desde hace mucho tiempo. Porque antes de que puedan leerse estas líneas estaré lejos, y en un lugar donde a nadie se le ocurrirá ir a buscarme. Aparte de que Yudi se ocupará de mí, no dejará que me castiguen por una falta cometida en acto de servicio. Y contra mi hijo no se podrá emprender acción alguna, sino que más bien se le compadecerá por haber tenido semejante padre, y las ofertas de ayuda y los testimonios de aprecio lloverán sobre él.

Así discurrió aquella tercera jornada. Y hacia las cinco me comí la última lata de sardinas y algunas galletas con buen apetito. De modo que solo me quedaban algunas manzanas y algunas galletas. Pero hacia las siete, cuando el Sol estaba ya muy bajo, llegó mi hijo. Había debido de adormecerme un instante, porque al principio no le divisé en el horizonte, y luego le vi creciendo por momentos, como había previsto. Pero cuando le vi ya estaba entre yo y el campamento, hacia el cual se dirigía. Me invadió una gran irritación y me puse en pie rápidamente y empecé a gritar blandiendo el paraguas. Se volvió y le indiqué por señas que se acercara, agitando el paraguas como si quisiera apresar algo con el mango. Por un instante creí que iba a desafiarme y proseguir su camino hasta el campamento, o mejor dicho, hasta el lugar

donde había estado el campamento, porque el campamento ya no existía. Pero acabó por dirigirse hacia mí. Iba empujando una bicicleta que, al llegar a donde yo estaba, dejó caer con un gesto que indicaba que ya no podía más. «Levántala —dije—, quiero verla». En efecto, debía de haber sido una buena bicicleta. De buena gana la describiría, emplearía cuatro mil palabras en su descripción. «¿Es esto tu bicicleta?», dije. Como solo tenía medianas esperanzas de que me respondiera, continué examinando la bicicleta. Pero había en el silencio de mi hijo algo de inusitado que me impulsó a levantar los ojos hacia él. Los ojos se le salían de las órbitas. «¿Qué te pasa —dije—, es que llevo la bragueta abierta?» Volvió a dejar caer la bicicleta. «Levántala», dije. La levantó. «¿Qué te ha pasado?», dijo. «Me caí», dije. «¿Te caíste?», dijo. «Sí —exclamé—, ¿no te ha pasado nunca?» Busqué el nombre de la planta nacida de las eyaculaciones de los ahorcados y que grita al cogerla. «¿Cuánto has pagado por ella?», dije. «Cuatro libras», dijo. «¡Cuatro libras!», exclamé. Si me hubiera dicho dos libras, o incluso treinta chelines, hubiera reaccionado igualmente. «Me pedían cuatro libras y cinco chelines», dijo. «¿Tienes el recibo?», dije. No sabía lo que era un recibo. Se lo describí. Con todo el dinero que me gastaba en instruir a mi hijo y no sabía ni siquiera lo que era un simple recibo. Aunque creo que lo sabía tan bien como yo. Porque cuando le dije: «Ahora dime qué es un recibo», me lo dijo a la perfección. En el fondo me daba exactamente igual que le hubieran hecho pagar por la bicicleta tres o cuatro veces lo que realmente valía o que se hubiera quedado con una parte del dinero destinado a tal adquisición. No iba a salir de mi bolsillo. «Dame los diez chelines», dije. «Me los he gastado», dijo. «Basta, basta». Empezó a explicarme que el primer día las tiendas estaban cerradas, que el segundo... Yo le dije: «Basta, basta». Miré el portaequipajes. Era lo mejor que tenía aquella bicicleta. Eso, y la bomba. «¿Al menos funciona?», dije. «Tuve un pinchazo a dos millas de Hole —dijo—, he recorrido el resto del camino a pie». Miré sus zapatos. «Ínflala», dije. Cogí la bicicleta. Ya no recuerdo de qué rueda se trataba. En cuanto hay dos cosas más o menos parecidas me pierdo. Hacía trampa, pues el aire se iba entre la válvula y el tubo que adrede no había atornillado a fondo. «Toma la bicicleta —dije— y dame la bomba». Pronto el neumático se endureció. Miré a mi hijo. Empezó a protestar. Le obligué a callarse. Cinco minutos después, palpé el neumático. No había perdido nada de su dureza. «Eres un miserable», dije. Se sacó una tableta de chocolate del bolsillo y me la ofreció. La tomé. Pero en lugar de comérmela, como hubiera sido mi deseo, y aunque detesto el despilfarro, la arrojé lejos de mí tras un instante de vacilación. Instante que esperaba hubiese pasado inadvertido a mi hijo. «Bueno, basta». Bajamos a la carretera. Más bien era un camino rural. Intenté sentarme en el portaequipajes. El pie de la pierna que tenía rígida quería entrar bajo tierra, en la tumba. Me elevé mediante la mochila. «Sostenla», dije. No bastaba. Añadí el zurrón. Sus partes abultadas se me hundían en las nalgas. Cuando más

dificultades encuentro, mayor empeño pongo en las cosas. Con tiempo, solo a fuerza de uñas y dientes, sería capaz de subir desde el centro de la Tierra a la corteza terrestre, aunque supiera perfectamente que nada iba a ganar con ello. Y cuando me hubiera quedado sin uñas y sin dientes seguiría arañando la roca con mis huesos. Veamos en unas pocas palabras la solución que adopté finalmente. Primero el zurrón, luego la mochila, luego el impermeable de mi hijo doblado en cuatro, todo ello sólidamente atado, con los cordeles de mi hijo, al portaequipajes y a la base del sillín. En cuanto al paraguas, me lo colgué al cuello, para que me quedaran las dos manos libres al objeto de asirme a la cintura de mi hijo, o mejor dicho bajo sus axilas, pues quedaba encaramado a mayor altura que él. «Pedalea», dije. Quiero creer que realmente hizo un esfuerzo desesperado. Caímos. Sentí un fuerte dolor en la tibia. Había quedado trabado a la rueda trasera. «¡Ayúdame!», grité. Mi hijo me ayudó a levantarme. Mi media presentaba un desgarrón y la pierna sangraba. Afortunadamente, se trataba de la pierna enferma. ¿Qué habría podido hacer, con las dos piernas inútiles? Me las habría arreglado. No hay mal que por bien no venga, pensé. Naturalmente, pensaba en la flebotomía. «¿No te has hecho daño?», dije. «No», dijo. Por supuesto. Con mi paraguas le propiné un buen porrazo en las corvas, donde veía lucir la carne entre la media y el calzón. Lanzó un grito. «¿Quieres que nos matemos?», dije. «Me faltan fuerzas —dijo—, me faltan fuerzas». Aparentemente, a la bicicleta no le ocurría nada, quizá solo la rueda trasera un poco descentrada. Comprendí inmediatamente la equivocación que había cometido. Consistía en haberme sentado firmemente y con los pies colgando antes de partir. Reflexioné. «Probaremos otra vez», dije. «No puedo», dijo. «No abuses de mi paciencia», dije. Montó en la bicicleta. «Cuando te lo indique, te pones en marcha despacio», dije. Volví a mi posición en la parte trasera. Sentado, no tocaba el suelo con los pies. Así era como debía hacerse. «Espera mi indicación», dije. Me dejé resbalar de lado hasta que el pie de mi pierna sana tocó el suelo. Sobre la rueda que movía la bicicleta pesaba ya solo mi pierna enferma, levantada y apartada a costa de grandes esfuerzos. Hundí los dedos en la chaqueta de mi hijo. «Avanza despacito», dije. Las ruedas empezaron a girar. Yo seguía, a medias llevado por la bicicleta y a medias dando saltitos. Temía por mis testículos, que más bien tienden a quedar colgantes. «¡Más aprisa!», grité. Se apoyó más a fondo en los pedales. De un salto volví a situarme en mi asiento. La bicicleta vaciló, recobró el equilibrio, fue aumentando la velocidad. «¡Bravo!» grité entusiasmado. «¡Hurra!», grito mi hijo. ¡Cómo detesto esta exclamación! He estado a punto de no poder ni siquiera transcribirla. Creo que mi hijo estaba tan contento como yo. Sentía su corazón palpitar en mi mano, y sin embargo, mi mano estaba lejos de su corazón. Afortunadamente, el camino nos venía en sentido descendente. Afortunadamente había reparado mi sombrero y el viento no podía llevárselo. Afortunadamente hacia

buen tiempo y yo no estaba solo. Afortunadamente, afortunadamente.

Así llegamos a Ballyba. No enumeré los obstáculos que debimos superar, los seres maléficos que debimos esquivar, los extravíos de conducta del hijo, los desmoronamientos del padre. Tenía la intención, y casi el deseo, de contarle todo, me complacía en la idea de que vendría un momento en que podría hacerlo. Ahora ya no tengo tal intención, el momento ha llegado cuando ya pasó mi deseo de contarle todo. Mi rodilla no empeoraba. Tampoco mejoraba. La herida de la tibia se había cerrado. Solo no habría llegado nunca. Debo a la ayuda de mi hijo. ¿Qué cosa? El haber llegado. Se quejaba a menudo de su salud, de su vientre, de su dentadura. Yo le daba morfina. Cada vez tenía peor aspecto. Cuando le preguntaba qué tenía, no sabía responderme. Tuvimos problemas con la bicicleta. Pero los superé. Sin mi hijo, no habríamos llegado nunca. Nos llevó tiempo. Semanas. A fuerza de equivocarnos de camino, de no darnos prisa. Seguía sin saber lo que debía hacer con Molloy una vez lo hubiera encontrado. Ya ni pensaba en ello. Pensaba mucho en mí, de viaje con mi hijo, sentado tras él, con la cabeza más alta que la suya, y en el campamento cuando iba y venía, y durante sus ausencias. Porque se ausentaba a menudo, para buscar información o para comprar provisiones. Yo, por así decirlo, ya no hacía nada. Debo decir que se cuidaba mucho de mí. Era torpe, estúpido, tardo, sucio, embustero, taimado, poco afectuoso, pero no me abandonaba. Yo pensaba mucho en mí. Es decir, que a menudo me echaba un vistazo, cerraba los ojos, olvidaba, y vuelta a empezar. Nos llevó mucho tiempo llegar a Ballyba, incluso diré que llegamos sin saberlo. «Párate», dije un día a mi hijo. Acababa de divisar a un pastor cuyo aspecto me agradaba. Sentado en el suelo, acariciaba a su perro. En torno a ambos pastaban apaciblemente carneros negros, poco lanudos. Dios mío, qué país pastoral. Dejando a mi hijo al borde del camino me dirigí hacia ellos a través del prado. A menudo me detenía para descansar, apoyado en mi paraguas. El pastor me miraba acercarme, sin levantarse. El perro, también, sin ladrar. Los carneros, también. Sí, poco a poco, unos después de otros, se volvían hacia mí, me miraban de frente, observaban mi avance hacia ellos. Su turbación se traslucía únicamente en algunos leves movimientos de retroceso, en el golpe de alguna pata escuálida sobre el suelo. Parecían poco asustadizos, para ser carneros. Y naturalmente también mi hijo me miraba alejarme, sentía en la espalda su mirada. El silencio era absoluto. Profundo, vaya. En resolución, que fue un momento solemne. El tiempo era delicioso. Caía la tarde. Cada vez que me detenía miraba a mi alrededor. Miraba al pastor, a los carneros, al perro e incluso al cielo. Pero mientras caminaba sólo veía el suelo y el movimiento de mis pies, el pie sano que avanzaba, se contenía, se afirmaba, esperaba la llegada del otro. Finalmente, me detuve a unos diez pasos del pastor. No valía la pena ir más lejos. Cómo me gustaría extenderme sobre él. Su perro le quería, sus carneros no le temían. Pronto se levantaría al sentir la caída del rocío. El redil estaba lejos, lejos. Vería desde

lejos la luz de su casa. Yo me encontraba ahora en medio de los carneros, formaban un círculo a mi alrededor, sus miradas convergían en mí. Podía ser el carnicero que venía a elegir su víctima. Me quité el sombrero. Vi que los ojos del perro seguían el movimiento de mi mano. Continué mirando a mi alrededor sin poder decir nada. No sabía cómo romper aquel silencio. Estuve a punto de volver sobre mis pasos sin haber dicho nada. Por último dije: «Ballyba», en un tono que aspiraba a resultar interrogador. El pastor se quitó la pipa de la boca y señaló el suelo con la boquilla. Yo sentía deseos de decirle: «Tómeme a su servicio, le serviré fielmente, solo por la comida y el albergue». Le había comprendido, pero probablemente sin aparentarlo, porque repitió varias veces su gesto, dirigiendo al suelo la boquilla de su pipa. «Bally», dije. Su mano se alzó, vaciló un instante como ante un mapa, y luego se inmovilizó en el aire. La pipa aún humeaba débilmente, el humo volvía el aire azul por un instante y luego desaparecía. Miré en la dirección indicada. El perro, también. Los tres nos habíamos vuelto hacia el Norte. Los carneros empezaban a desinteresarse de mí. Quizá habían comprendido. Les oía volver a ramonear y triscar. Divisé finalmente, en el confín de la llanura, un confuso resplandor rojizo, suma de mil distintas luces enturbiadas por la distancia. Parecía una galaxia. Era como una pequeña rotura en la hermosa línea recta y oscura del horizonte. Di las gracias a la noche, que suscita la aparición de las luces, las estrellas en el cielo y en la tierra las amadas lucecitas humanas. De día, el pastor hubiera levantado en vano su pipa para señalar la larga comisura, neta y clara, del cielo y la tierra. Pero ahora sentía que el hombre y el perro se volvían de nuevo hacia mí, y el hombre volvía a chupar de la pipa, con la esperanza de que no se hubiera apagado. Y sabía que yo era el único en contemplar aquel lejano destello destinado a avivarse, a avivarse, para extinguirse luego bruscamente. Y me azoraba un poco ser el único, bueno, quizá también mi hijo, no, el único, en experimentar esa fascinación. Y me preguntaba cómo iba a poder retirarme sin detestarme demasiado a mí mismo, sin violentarme demasiado, cuando una especie de inmenso suspiro a mi alrededor anunció que no era yo quien se iba, sino el rebaño. Los miré alejarse, con el hombre en cabeza, detrás los carneros, apretujados, con la cabeza gacha, empujándose y lanzándose de vez en cuando a un trotecillo, arrancando sin detenerse y como a ciegas un último bocado a la tierra, y finalmente el perro, que se balanceaba y agitaba la enorme cola negra y plumosa, aunque no hubiera nadie para advertir su alegría, si de alegría se trataba. Y así el pequeño grupo se alejaba en un orden perfecto, sin que el amo debiera gritar ni el perro intervenir. Y así proseguiría sin duda hasta el establo o el cercado. Y el pastor se hace a un lado para dejar paso a los animales, y para descargo de su conciencia los cuenta mientras desfilan ante él. Luego se dirige a su casa, la puerta de la cocina está abierta, la lámpara arde, entra y se sienta a la mesa sin quitarse el sombrero. Pero el perro se detiene en el umbral, inseguro sobre si puede entrar o debe quedarse fuera.

Aquella noche tuve una discusión bastante violenta con mi hijo. No recuerdo por qué causa. Un momento, tal vez sea importante.

No, no sé. He tenido tantas discusiones con mi hijo. Lo único que sé es que en aquel momento debió parecerme una escena como tantas otras. Debí llevarla a buen término de acuerdo con una técnica de probada eficacia, mostrarle con maestría la enormidad de sus fallos. Pero a la mañana siguiente comprendí que me había equivocado. Porque al despertar temprano me encontré solo en el refugio, yo que era siempre el primero en despertarme. Es más, mi instinto me decía que hacía tiempo que estaba solo, que hacía tiempo que la respiración de mi hijo no se confundía con la mía, en el angosto refugio que había construido bajo mi dirección. Y el hecho de que se hubiera marchado con la bicicleta, durante la noche o al apuntar los primeros rubores del alba, no tenía en sí mismo nada que resultara profundamente inquietante. Y, si solo se hubiera tratado de eso, habría sabido hallarle excelentes y honorables explicaciones. Desgraciadamente, se había llevado su impermeable y su mochila. Y en el refugio, fuera del propio refugio, no me quedaba absolutamente nada suyo. Más aún, se había ido con una considerable suma de dinero, él, que solo tenía derecho a algún penique de vez en cuando para su alcancía italiana. Porque desde que se ocupaba de todo, bajo mi dirección por supuesto, y especialmente de las compras, le otorgaba un cierto margen de confianza en lo referente al dinero. Y llevaba siempre encima una suma muy superior a lo estrictamente necesario. Y para que ello parezca más verosímil añadiré que:

1.º Deseaba que aprendiera a llevar una contabilidad por partida doble, cuyos rudimentos le había enseñado.

2.º Ya no me sentía con ánimos de ocuparme de aquellas miserias que antaño me alegraban la vida.

3.º Le había dicho que durante sus correrías anduviera con el ojo abierto por si encontraba otra bicicleta, liviana y a buen precio. Porque estaba cansado del Portaequipajes y además veía acercarse el día en que mi hijo no tendría ya fuerzas para pedalear por dos. Y yo me creía capaz, qué digo, me sabía capaz, con algún entrenamiento, de aprender a pedalear con un solo pie. Y entonces tomaría el lugar que me correspondía, quiero decir en cabeza. Y mi hijo me seguiría. Y no se reproduciría aquella situación escandalosa, a saber, mi hijo despreciando mis instrucciones, tomando la izquierda cuando yo le indicaba la derecha, o la derecha cuando le indicaba la izquierda, o siguiendo en línea recta cuando le decía a derecha o a izquierda, como ocurría cada vez más frecuentemente en los últimos tiempos.

Esto es cuanto quería añadir.

Pero al registrar mi portamonedas comprobé que solo contenía quince chelines, lo que me inducía a creer que mi hijo no se había conformado con el dinero que llevaba encima, sino que había desvalijado mis bolsillos antes de irse, mientras yo dormía. Y,

¡abismos del alma humana!, mi primer movimiento fue agradecerle que me hubiera dejado aquella pequeña suma, suficiente para ir subsistiendo hasta la llegada de socorros. Veía incluso en ello una especie de delicadeza.

De modo que estaba solo, con mi zurrón, mi paraguas, que también hubiera podido llevarse, y quince chelines, sabiéndome fríamente abandonado, de modo deliberado y sin duda con premeditación, en Ballyba si ustedes se empeñan, caso de hallarme ahí efectivamente, pero bastante lejos aún de Bally. Y me quedé varios días, no sé cuántos, en el lugar donde mi hijo me había abandonado, comiendo mis últimas provisiones (hubiera podido llevárselas), sin ver alma viviente, incapaz de actuar, o quizá por fin con la suficiente presencia de ánimo para renunciar a la acción. Porque estaba tranquilo, sabía que todo iba a terminar, o resurgir, poco importaba, y poco importaba de qué manera, no tenía más que esperar. Incluso a veces me divertía dejando crecer en mí, para aplastarlas luego, infantiles esperanzas, como, por ejemplo, la de que mi hijo, depuesta su cólera, tendría compasión de mí y volvería conmigo. O la de que Molloy, en cuyo país me hallaba, vendría hasta mí, ya que yo no había sabido ir hasta él, y que hallaría en él un amigo, un padre, y me ayudaría a cumplir con mi misión, de modo que Yudi no se enfadara conmigo y no me castigara. Sí, dejaba que crecieran y se amontonaran en mí, que brillaran y se adornasen con mil encantadores detalles, y luego las barría, con un vigoroso y asqueado escobazo, me limpiaba de sus restos y miraba con satisfacción el vacío que habían profanado. Y por la noche me volvía hacia las luces de Bally, las miraba brillar cada vez más ardientes para apagarse luego todas al mismo tiempo, sucias lucecitas parpadeantes de hombres aterrorizados. Y me decía: «¡Pensar que quizá estaría ya allí, de no haberme sobrevenido esta desgracia!» Y aunque tanto me hubiera gustado verle de cerca, no llegué a ver nunca, ni de cerca ni de lejos, a Obidil, de quien estuve a punto de hablaros, y ni siquiera me sorprendería mucho que no existiera. Y ante la idea de las sanciones que Yudi podía adoptar contra mí me sacudía una enorme risotada, sin que se dejara oír el menor ruido ni mi rostro expresara otra cosa que tristeza y serenidad. Pero todo mi cuerpo se agitaba, y hasta mis piernas, de modo que debía apoyarme en un árbol, o en un arbusto, cuando me daba la risa estando de pie, ya que mi paraguas era insuficiente para mantenerme en equilibrio. Risa extraña, si las hay, y que, si bien lo pienso, solo denomino así por pereza, o tal vez por ignorancia. Y en cuanto a mí, debo decir que tan fiel pasatiempo no me ocupaba mucho el pensamiento. Pero había momentos en que me parecía que no estaba muy lejos, que me acercaba como la arena se acerca a la ola que se infla y blanquea, aunque debo decir que esta imagen resulta poco apropiada para mi situación, más cercana a la de la mierda que espera ser arrastrada por el agua del retrete. Y anoto aquí el pequeño síncope que tuve una vez, en casa, cuando una mosca, que volaba bajo por encima de mi cenicero, levantó con el aire movido por sus alas un poco de ceniza. Y cada vez estaba más débil y más

contento. Llevaba varios días sin comer nada. Probablemente hubiera podido encontrar moras y setas, pero no me interesaba. Pasaba todo el día tendido en el refugio, echando vagamente de menos el impermeable de mi hijo, y por la noche salía a reírme un buen rato contemplando las luces de Bally. Y aunque me resentía un poco de calambres en el estómago e hinchazón del vientre, me encontraba extraordinariamente contento, contento de mí, casi exaltado, encantado con mi personaje. Y me decía: «Pronto voy a perder el conocimiento del todo, es solo cuestión de tiempo». Pero la llegada de Gaber puso fin a tales pasatiempos.

Era de noche. Acababa de arrastrarme fuera del refugio para mi carcajeo habitual y para sentir mejor mi debilidad. Ya llevaba ahí algún tiempo. Estaba sentado en un tronco, medio dormido. «Hola, Moran», dijo. «¿Me reconoce?», dije. Sacó su agenda y la abrió, se humedeció el dedo con la lengua, pasó las páginas hasta encontrar la que buscaba y la acercó a sus ojos, mientras inclinaba al mismo tiempo la cabeza para verla más de cerca aún. «No veo nada», dijo. Iba vestido como la última vez que nos vimos. De modo que había hecho mal al reprocharle mentalmente que fuera endomingado. A menos que volviéramos a estar en domingo. Pero ¿no le había visto siempre vestido así? «¿Tiene usted una cerilla?», dijo. Era la primera vez que su voz me sonaba tan lejana. «O una linterna de bolsillo», dijo. Debí leer en mi rostro que no tenía nada luminoso. Se sacó del bolsillo una linterna eléctrica e iluminó la página. Leyó: «Moran, Jacques, volverá a su casa, pues han cesado todas sus ocupaciones». Apagó la linterna, cerró la agenda dejando el dedo dentro como señal y me miró. «No puedo caminar», dije. «¿Cómo?», dijo. «Estoy enfermo, no puedo moverme», dije. «No oigo una palabra», dijo. Le grité que no podía desplazarme, que estaba enfermo, que deberían llevarme en camilla, que mi hijo me había abandonado, que no podía más. Me examinó lentamente de la cabeza a los pies. Di algunos pasos apoyado en mi paraguas para probarle que ya me era imposible caminar. Volvió a abrir su agenda, iluminó de nuevo la página correspondiente, la examinó un buen rato y dijo: «Moran volverá a su domicilio, pues han cesado todas sus ocupaciones». Cerró la agenda, volvió a guardársela en el bolsillo, volvió a guardarse la linterna en el bolsillo, se puso en pie, se pasó las manos por el pecho y anunció que se moría de sed. Ni una palabra sobre mi aspecto. Sin embargo, no me había afeitado desde el día en que mi hijo había vuelto de Hole con la bicicleta, ni me había lavado, ni peinado, para no hablar de las privaciones de toda índole y de las grandes metamorfosis interiores. «¿Me reconoce?», grité. «¿Qué si le reconozco?», dijo. Reflexionó. Ya sabía yo lo que estaba haciendo, buscaba la frase más indicada para herirme. «¡Demonio de Moran!», dijo. Yo me tambaleaba de debilidad. Hubiera podido caerme muerto a sus pies y se hubiera limitado a decir, «Caramba con Moran, siempre el mismo». La oscuridad era cada vez más densa. Me pregunté si realmente se trataba de Gaber. «¿Está enfadado Yudi?», dije. «¿No tendrá usted un botellín que ofrecerme?», dijo.

«Le pregunto si está enfadado», dije. «Enfadado —dijo Gaber—, qué ocurrencia, pasa el día restregándose las manos, lo oigo desde la antecámara». «Esto no quiere decir nada», dije. «Se ríe solo», dijo Gaber. «Seguramente estará enfadado conmigo», dije. «¿Sabe lo que me dijo el otro día?», dijo Gaber. «¿Es que ha cambiado?», dije. «¿Cómo?», dijo Gaber. «¿Es que ha cambiado?», grité. «No —dijo Gaber—, no ha cambiado, ¿por qué iba a cambiar? Simplemente se hace viejo, como todo el mundo, eso es todo». «Qué voz más rara tiene usted esta noche», dije. No creo que me oyese. «Bueno —dijo, volviéndose a pasar las manos por el pecho, de arriba abajo—, me voy, ya que no tiene nada que ofrecerme». Se alejó sin despedirse. Pero le alcancé, pese a la repugnancia que me inspiraba, pese a mi debilidad y a mi pierna enferma, y le cogí de la manga. «¿Qué le ha dicho?», dije. Se detuvo. «Moran —dijo—, está usted empezando a tocarme seriamente las narices». «Se lo suplico —dije—, dígame qué le ha dicho». Me dio un empujón. Caí. No se proponía hacerme caer, no se daba cuenta de mi estado, solo había querido mantenerme a distancia. No intenté levantarme. Lancé un alarido. Se acercó y se inclinó sobre mí. Llevaba un gran bigote castaño a la antigua. Vi que el bigote se movía, que los labios se movían, y casi acto seguido oí, como en un murmullo, palabras solícitas. Conocía bien a Gaber, no era brutal. «Gaber —dije—, no es mucho lo que le pido». Recuerdo bien aquella escena. Quiso ayudarme a ponerme en pie. Le rechacé. Me encontraba bien tal como estaba. «¿Qué le dijo?», dije. «No comprendo», dijo Gaber. «Hace un momento me dijo que le había dicho algo —dije—, cuando yo le interrumpí». «¿Me interrumpió?», dijo Gaber. «Sabe usted lo que me dijo el otro día —dije—, estas fueron sus propias palabras». Se le iluminó el rostro. Vaya con el gordinflón de Gaber, casi era tan listo como mi hijo. «Me dijo —dijo Gaber—, me dijo...» «Más alto», exclamé. «Me dijo —dijo Gaber—. Gaber, me dijo, la vida es algo hermoso, Gaber, una cosa inaudita». Me acercó el rostro. «Una cosa inaudita —dijo—, algo hermoso, una cosa inaudita». Sonrió. Yo cerré los ojos. Una sonrisa está muy bien, le da a uno mucho ánimo, pero hace falta alguna distancia. Yo dije, «¿Cree usted que se refería a la vida humana?» Presté atención. «A saber si hablaba de la vida humana», dije. Abrí los ojos. Estaba solo. Tenía las manos llenas de hierba y de tierra que había arrancado sin darme cuenta y que seguía arrancando. Literalmente, arrancaba las raíces de cuajo. Sí, dejé de hacerlo en cuanto comprendí lo que había hecho, algo tan mal hecho, le puso fin, abrí las manos, pronto quedaron vacías.

Aquella noche emprendí el camino de regreso. No fui muy lejos. Pero fue un comienzo. El primer paso es lo que cuenta. El segundo ya cuenta menos. Cada día avanzaba un poco más. La frase no me ha salido clara, no dice lo que yo esperaba que dijera. Al principio, contaba los pasos por decenas. Me detenía cuando no podía más y me decía: «Bravo, ya van tantas decenas, he caminado tanto trecho más que ayer». Luego conté por quincenas, por veintenenas y finalmente por cincuentenas. Sí, al final

podía caminar cincuenta pasos antes de detenerme para descansar apoyado en mi fiel paraguas. Al principio, debía errar por Ballyba de un lado a otro, si realmente estaba en Ballyba. Después seguí más o menos los mismos caminos que habíamos recorrido en el viaje de ida. Pero, recorridos en sentido inverso, los caminos cambiaban de aspecto. Comía, según el sentido común, todas las sustancias comestibles que me ofrecían la Naturaleza, el bosque, los campos y las aguas. Acabé mi provisión de morfina.

Recibí órdenes de volver a mi casa en agosto, lo más tarde en septiembre. Llegué en primavera, no quiero dar la fecha exacta. De modo que me había pasado caminando todo el invierno.

Cualquiera otro en mi lugar se habría tendido en la nieve, decidido a no levantarse más. Yo, no. En otro tiempo, creía que los hombres no podrían conmigo. Siempre me creía más astuto que las cosas que me rodeaban. Existen los hombres y las cosas, no me habléis de los animales. Ni de Dios. Una cosa que me opone resistencia, aunque sea para mi bien, no me la opone mucho tiempo. Aquella nieve, por ejemplo. Aunque a decir verdad, la atracción que ejerció sobre mí fue más fuerte que la resistencia que me oponía, pero en un sentido me oponía resistencia. Bastaba con eso. La vencí, haciendo chirriar los dientes de alegría, pues es posible hacer chirriar los incisivos. Me abrí camino, hacia lo que hubiera llamado mi perdición de haber concebido qué tenía que perder. Luego quizá lo concebí, quizá aún no he terminado de concebirlo, con el tiempo termina por conseguirse, lo conseguiré. Pero durante el viaje, expuesto a la malignidad de las personas y las cosas y a las flaquezas de la carne, no lo concebí. Mi rodilla, aparte de los efectos de la habituación, no me resultaba ni más ni menos molesta que el primer día. Cualquiera que fuese el mal, no evolucionaba. ¿Puede hallarse una explicación a semejante fenómeno? Pero para volver a las moscas, creo que las hay que nacen en las casas al empezar el invierno y mueren poco después. Se las puede ver, muy pequeñas, volando en los rincones caldeados, lentamente, sin ruido ni impulso. Es decir, que se ve alguna de vez en cuando. Deben de morir muy jóvenes, sin haber podido poner huevos. Sin darnos cuenta las barreos, las empujamos con la escoba al interior de la pala. Es una extraña generación de moscas. Pero otras afecciones, no, no es la palabra, intestinales en su mayoría, hacían presa en mí. Ya no tengo ganas de transcribirlas, lo siento, hubiera quedado muy bien. Me limitaré a decir que cualquier otro no hubiera sobrevivido a ellas sin asistencia médica. ¡Pero yo! Doblado en dos, oprimiéndome el vientre con la mano que me quedaba libre, avanzaba, lanzando de vez en cuando un rugido de angustia y de triunfo. Debía de ser culpa de algunos musgos que comía. Pero si se me metía en la cabeza presentarme puntualmente en el lugar del suplicio, no iba a impedírmelo una disentería sangrante, avanzaría a cuatro patas cagando tripas y entrañas y entonando maldiciones. Ya lo dije, solo mis hermanos pueden conmigo.

Pero no voy a decir mucho acerca de aquel viaje de regreso, de sus furores y perfidias. Y dejaré en el silencio los hombres malvados y los espectros que quisieron impedirme volver a mi casa, como Yudi me había ordenado. Pero de todos modos diré al respecto algunas palabras, con el objeto de edificar y de mejor disponer mi espíritu para la conclusión del relato. Empezaré por mis raros pensamientos.

Algunos problemas de orden teológico me preocupaban singularmente. He aquí algunos:

1.º ¿Qué valor debe otorgarse a la teoría de que Eva salió, no de la costilla de Adán, sino de un tumor donde la pierna pierde su honesto nombre (es decir, en el culo)?

2.º ¿La serpiente reptaba o, como afirma Comestor, marchaba erecta?

3.º ¿María concibió por el oído, como afirman San Agustín y Abobardo?

4.º ¿Cuánto tiempo nos hará vegetar aún el Anticristo?

5.º ¿Realmente tiene importancia con qué mano nos enjuagamos el ano?

6.º ¿Qué pensar del juramento proferido por los irlandeses con la mano derecha sobre las reliquias de los santos y la izquierda sobre el miembro viril?

7.º ¿La Naturaleza observa el descanso dominical?

8.º ¿Puede ser cierto que los diablos no sufren tormentos infernales?

9.º ¿Qué pensar de la teología algebraica de Craig?

10.º ¿Es cierto que San Roque de niño no quería mamar los miércoles ni los viernes?

11.º ¿Qué pensar de la excomunión de alimañas en el siglo XVI?

12.º ¿Debe aprobarse la conducta del zapatero italiano Lovat, que se crucificó después de haberse castrado?

13.º ¿Qué diantre hacia Dios antes de la creación?

14.º A la larga, ¿la visión beatífica no debe de resultar aburrida?

15.º ¿Debe ser cierto que el suplicio de Judas queda en suspenso los sábados?

16.º ¿Y si la misa de los muertos se dijera por los vivos?

Y me recitaba el hermoso Paternóster quietista: «Padre nuestro que no estás en el cielo ni en la tierra ni en el infierno, no quiero ni deseo que tu nombre sea santificado, tú sabes de sobra lo que te conviene, etc». La parte central y el final están muy bien.

En este mundo encantador y frívolo iba a refugiarme cuando mi cáliz estaba a punto de desbordar.

Pero también me planteaba otras preguntas que quizá me afectaban más directamente. He aquí algunas:

1.º ¿Por qué no le había pedido prestados algunos chelines a Gaber?

2.º ¿Por qué había obedecido la orden de volver a mi casa?

3.º ¿Qué había sido de Molloy?

4.º ¿Y de mí?

5.º ¿Qué iba a ser de mí?

6.º ¿Y de mi hijo?

7.º ¿Su madre había ido al cielo?

8.º ¿Y mi madre?

9.º ¿Iría yo al cielo?

10.º ¿Nos encontraríamos todos un día en el cielo: yo, mi madre, mi hijo, su madre, Yudi, Gaber, Molloy, su madre, Yerk, Murphy, Watt, Camier y los demás?

11.º ¿Qué había sido de mis gallinas y mis abejas? ¿Seguía con vida mi gallina gris?

12.º ¿Vivían aún Zulú y las hermanas Elsner?

13.º ¿El despacho de Yudi seguía estando en la plaza de las Acacias, número 8? ¿Y si le escribiera? ¿Y si fuera a verle? Le explicaría. ¿Qué le explicaría? Le pediría perdón. ¿Perdón por qué?

14.º ¿Aquel invierno no era excepcionalmente riguroso?

15.º ¿Cuánto tiempo llevaba sin confesar ni comulgar?

16.º ¿Cómo se llamaba el mártir que, encarcelado, cargado de cadenas, cubierto de heridas y parásitos, incapaz de moverse, celebró la consagración sobre su estómago y se dio la absolución?

17.º ¿Qué iba a hacer hasta el momento de mi muerte? ¿No podría hallarse algún medio de adelantarla sin incurrir en pecado?

Pero antes de poner en movimiento, a través de aquellas soledades heladas, y fangosas luego con el deshielo, mi cuerpo propiamente dicho, diré que pensaba mucho en mis abejas, más que en mis gallinas, y Dios sabe si llegaba a pensar en mis gallinas. Y pensaba sobre todo en su danza, porque las abejas danzaban, oh, no como los hombres, para divertirse, sino de un modo muy distinto. Creía ser el único en el mundo en saberlo. Había investigado muy concienzudamente al respecto. Aquella danza se manifestaba principalmente en las abejas que volvían a la colmena, más o menos cargadas de néctar, y abarcaba una gran variedad de figuras y de ritmos. Y había terminado por ver en ella un sistema de señales por medio del cual las abejas contentas o descontentas de la cosecha obtenida indicaban a las que salían de la colmena hacia qué lado debían o no dirigirse. Pero las abejas que salían danzaban igualmente. Sin duda era su modo de decir «Comprendido», o «No te preocupes por mí». Pero lejos de la colmena, en pleno trabajo, las abejas no danzaban. Allí la consigna parecía ser «Que cada uno mire por sí mismo», suponiendo que las abejas sean capaces de tales nociones. La danza consistía principalmente en figuras muy complicadas, trazadas por el vuelo, y había clasificado un gran número de ellas, con su probable significación. Pero estaba también el problema de los zumbidos, cuya diversidad de timbre, al llegar y al partir de la colmena, podía difícilmente atribuirse al azar. Al principio había sacado la conclusión de que cada figura se reforzaba por

medio de una clase especial de zumbido que le era propio. Pero debí abandonar tan agradable opinión. Porque veía la misma figura (bueno, lo que yo llamaba la misma figura) acompañada de zumbidos muy diversos. De modo que me dije: «El zumbido no sirve para subrayar la danza, sino, al contrario, para variar su sentido. Y la misma figura exactamente puede cambiar de sentido según el zumbido que la acompañe». Y había recogido y clasificado gran número de observaciones al respecto, no sin resultado. Pero no se trataba solamente de la figura y del zumbido, sino también de la altura a que se ejecutaba la figura. Y tenía la convicción de que la misma figura, acompañada del mismo zumbido, no significaba lo mismo a doce pies del suelo que a seis. Porque las abejas no danzaban a cualquier nivel, a la buena de Dios, sino que había tres o cuatro niveles, siempre idénticos, en los que danzaban. Y si os dijera cuáles eran los niveles y qué relaciones se establecían entre ellos, porque lo tenía cuidadosamente medido, no me creeríais. Y no es este el momento adecuado para despertar incredulidades. A veces parece que escriba para el público. Y a pesar de todo el trabajo que dedicaba a tales problemas, estaba más perplejo que nunca por la complejidad de aquella danza innumerable, en la que debían intervenir otros determinantes de los que no tenía la menor idea. Y me decía, encantado: «He aquí una materia que puedo pasarme la vida estudiando sin llegar a comprenderla nunca». Y durante aquel viaje de regreso, cuando me interrogaba sobre las posibilidades de alguna pequeña alegría futura, casi me animaba pensando en mis abejas y en su danza. ¡Porque, de vez en cuando, seguía deseando alguna pequeña alegría! Y admitía de buena gana la posibilidad de que en el fondo aquella danza fuera como la de los occidentales, frívola y carente de significación. Pero para mí, sentado junto a mis colmenas bañadas por el Sol, sería siempre un hermoso espectáculo cuyo alcance nunca llegaría a enturbiar mis razonamientos de hombre a pesar suyo. Y no sería capaz de agraviar a las abejas como había agraviado a Dios, a quien me habían enseñado a atribuir mis cóleras, mis temores y deseos, y hasta mi cuerpo.

He hablado de una voz que me daba instrucciones, o, más exactamente, consejos. Fue durante aquel viaje de regreso cuando la oí por primera vez. No le presté atención.

En lo que respecta al cuerpo, me parecía que me iba volviendo rápidamente irreconocible. Y cuando me pasaba las manos por el rostro, en un gesto familiar y más excusable entonces que nunca, mis manos no tocaban ya el mismo rostro y mi rostro no tocaba ya las mismas manos. Y sin embargo la sensación era en el fondo la misma que cuando iba bien afeitado y perfumado y tenía las manos blancas y suaves de un intelectual. Y aquel vientre que no reconocía seguía siendo mi vientre, el de siempre, en virtud de no sé qué intuición. Y, para decirlo todo, seguía reconociéndome e incluso tenía un sentido más neto y vivo de mi identidad que antes, pese a sus lesiones íntimas y a las llagas que la cubrían. Y desde este punto de vista

me hallaba en clara situación de inferioridad respecto a mis otros conocimientos. Lamento que esta última frase no me haya salido mejor. Quién sabe, quizá merecería ser dicha sin ambigüedad.

Sin embargo, están también los vestidos, tan acordes con el cuerpo y, por así decirlo, inseparables de él en tiempos de paz. Sí, siempre he sido muy sensible a los vestidos, sin tener nada de dandy en absoluto. No tenía queja alguna de los míos, sólidos y bien cortados. Por supuesto, me cubrían insuficientemente, pero ¿de quién era la culpa? Y debí separarme de mi sombrero de paja, poco adecuado para hacer frente a la estación invernal, y de mis medias (dos pares), que el frío y la humedad, las largas caminatas y la imposibilidad en que me hallaba de lavarlas convenientemente, redujeron literalmente a la nada en poco tiempo, pero alargué mis tirantes al máximo y mis calzones, muy ahuecados como deben ser los calzones, me bajaron hasta las pantorrillas. Y a la vista de aquella carne azulada, entre mis calzones y la caña de mis botines, pensaba a veces en mi hijo y en el golpe que le había dado, tan fácilmente se excita el espíritu ante las menores analogías. Mis botines se volvieron rígidos, a falta del debido cuidado. Era su modo de defenderse de la piel muerta y curtida. El aire circulaba por ellos libremente, impidiendo quizá que mis pies se congelaran. Tuve también, bien a mi pesar, que separarme de mis calzoncillos (dos). Al contacto con mis derrames se habían podrido. Entonces el fondo de mis calzones, también consumido rápidamente, me penetraba dolorosamente desde el coxis hasta el nacimiento del escroto. ¿De qué otra cosa tuve que desprenderme?, ¿mi camisa? No, aunque a menudo me la ponía al revés y con la parte delantera detrás. Veamos. Tenía cuatro modos de ponerme la camisa. La parte delantera delante al derecho, la parte delantera delante al revés, la parte delantera detrás al derecho, la parte delantera detrás al revés. Y al quinto día, vuelta a empezar. Era con la esperanza de prolongar su duración. ¿Lo conseguí? No sé. Duró. Preocuparse de las pequeñas cosas es conseguir las grandes, con el tiempo. ¿Pero de qué otra cosa tuve que desprenderme? De mis cuellos postizos, sí, los arrojé todos, y además antes de haberlos usado completamente. Pero conservé mi corbata, incluso me la ponía anudada a la piel del cuello, por fanfarronería, supongo. Era una corbata de lunares, aunque no recuerdo de qué color.

Cuando llovía, cuando nevaba, cuando granizaba me encontraba ante el siguiente dilema: o continuar avanzando apoyado en mi paraguas hasta empaparme, o detenerme y guarecerme bajo mi paraguas abierto. Era un falso dilema, como tantos otros. Porque del techo de mi paraguas no quedaban más que algunos jirones que flotaban en torno a las varillas, y hubiera podido seguir avanzando, muy lentamente, empleando el paraguas no ya como apoyo, sino como protección. Pero estaba tan acostumbrado, por una parte a la perfecta impermeabilidad del hermoso paraguas, por otra a no poder caminar sin su apoyo, que para mí el dilema permanecía intacto.

Naturalmente, hubiera podido fabricarme un bastón con una rama y seguir avanzando a pesar de la lluvia, la nieve, el granizo, apoyado en el bastón y con el paraguas abierto por encima de mí. Pero no lo hice, ignoro por qué razón. Sino que cuando caía la lluvia, y las demás cosas que nos caen del cielo, a veces seguía avanzando, apoyado en el paraguas, empapándome, pero casi siempre lo que hacía era inmovilizarme, abrir el paraguas por encima de mi cabeza y esperar a que escampase. Con lo cual también me empapaba. Pero no residía en esto el problema. Y si hubiera empezado a caer maná hubiera esperado, inmóvil bajo mi paraguas a que cesase, antes de aprovecharlo. Y cuando se me cansaba el brazo de sostener el paraguas en alto, lo cambiaba de mano. Y con la mano libre golpeaba y frotaba todas las partes del cuerpo que podía alcanzar, para favorecer en ellas una abundante circulación, o la pasaba por mi rostro, en uno de mis gestos característicos. Y la larga punta de mi paraguas parecía un dedo. Durante aquellas paradas me venían mis mejores pensamientos. Pero cuando quedaba comprobado que la lluvia, etc., no iba a cesar en todo el día, entonces razonaba y me construía un verdadero refugio. Pero no me gustaban los verdaderos refugios, hechos con ramajes. Porque pronto no quedaron hojas, sino solo las agujas de algunas coníferas. Pero no era esa la verdadera razón de que no me gustaran los refugios, no. Sino que en su interior pensaba continuamente en el impermeable de mi hijo, literalmente lo veía (el impermeable), no veía nada más, llenaba todo el espacio. A decir verdad, era lo que nuestros amigos ingleses llaman una trinchera, y hasta percibía su olor a caucho, aunque en general las trincheras no están revestidas de caucho. De modo que evitaba, en la medida de lo posible, recurrir a los verdaderos refugios contruidos con ramajes, y prefería guarecerme bajo mi fiel paraguas o bajo un árbol, un seto, un matorral o una ruina.

Ni siquiera me rozó el pensamiento la idea de dirigirme a la carretera principal para hacerme trasladar por un vehículo.

En cuanto a buscar ayuda en las aldeas, en las granjas, hubiera rechazado la idea, caso de haberseme ocurrido.

Volví a casa con mis quince chelines intactos. No, me gasté dos. Ahora contaré en qué circunstancias.

Tuve que soportar además otras molestias e impertinencias, pero no voy a relatarlas. Baste con los paradigmas. Quizá deberé soportar otras en el porvenir, es seguro, pero no las contaré, es igualmente seguro.

Era de noche. Esperaba tranquilamente, bajo mi paraguas, a que se aclarase el tiempo, cuando me abordaron brutalmente por la espalda. No había oído nada. Había estado en un sitio donde no había visto alma viviente. Una mano me obligó a volverme. Era un granjero gordo y rubicundo. Llevaba un impermeable de hule, un sombrero hongo y botas. Sus mejillas redondas chorreaban y sus gruesos bigotes estaban goteando. Pero de qué sirven tales indicaciones. Nos miramos con odio.

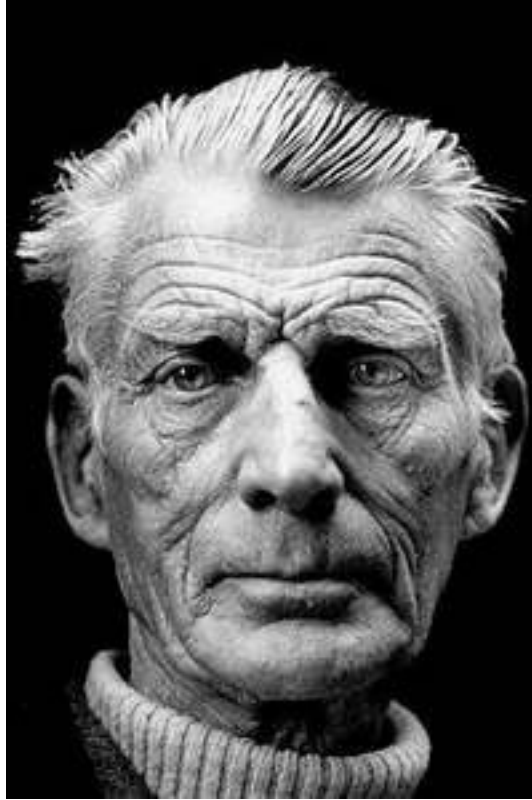
Quizá era el mismo que se había ofrecido tan cortésmente a llevarnos a mi hijo y a mí en su coche. No creo. Pero su rostro me era familiar. Y no solo el rostro. Llevaba en la mano una linterna. No estaba encendida. Pero podía encenderla de un momento a otro. En la otra mano llevaba una pala. Como para enterrarme. Me tomó por la solapa de la chaqueta. Exactamente aún no me sacudía, no empezaría a sacudirme hasta que le pareciera oportuno. De momento, solo me insultaba. Me pregunté qué había podido hacer para exasperarle de este modo. Debía levantar las cejas. Pero siempre tengo las cejas levantadas, casi descansan en mi cabellera, mi frente es solo un conjunto de pliegues unos encima de otros. Acabé por comprender que no estaba en mi casa. Estaba en sus tierras. ¿Qué hacía en sus tierras? Si hay una pregunta a la que temo y nunca he podido dar una respuesta satisfactoria, es indudablemente esta. ¡Y para colmo en terreno ajeno! ¡Y de noche! ¡Y con un tiempo de perros! Pero no perdí mi sangre fría. «Es un voto», dije. Cuando quiero, tengo una voz bastante distinguida. Debió impresionarle. Me soltó. «Una peregrinación», dije, aprovechando la ventaja obtenida. Me preguntó adónde. Había ganado la partida. «A la Madonna de Shit», dije. «¿La Madonna de Shit?», dijo, como si conociera Shit como la palma de su mano y no existiera allí virgen alguna. Pero ¿dónde no hay una virgen? «La misma», dije, «¿La negra?», dijo, para ponerme a prueba. «Que yo sepa, no es negra», dije. Cualquiera otro se hubiera desconcertado. Yo, no. Conocía bien los puntos flacos de los campesinos de mi región. «No llegará nunca», dijo. «A ella le debo el haber perdido a mi hijo —dije—, pero haber conservado a su madre». Aquellos sentimientos debían complacer forzosamente a un criador de vacas. ¡Si hubiera sabido la verdad! Le expuse más extensamente lo que por desgracia nunca había ocurrido. No es que eche de menos a Ninette. Pero, de todos modos, tal vez, si, una lástima, en fin. «Es la patrona de las mujeres encinta —dije—, de las mujeres casadas encinta, y he jurado arrastrarme miserablemente hasta su hornacina para expresarle mi gratitud». Este incidente permitirá apreciar la habilidad que conservaba aún en aquel tiempo. Pero me había excedido un poco, porque volvía a mirarme con malos ojos. «¿Puedo pedirle a usted un favor? —dije—. Dios se lo pagará». Añadí: «Dios le ha puesto en mi camino esta tarde». Pedir humildemente un favor a una persona que está a punto de cargársenos es un recurso que a veces da buenos resultados. «Un poco de té caliente —supliqué—, sin azúcar ni leche, para reponer fuerzas». Reconoceréis que era tentador prestar tal servicio a un peregrino maltrecho. «Bien, venga a casa —dijo—, podrá secarse las ropas». «No puedo, no puedo —exclamé—, he jurado avanzar en línea recta». Y para disipar la mala impresión creada por esas últimas palabras me saqué un florín del bolsillo y se lo di. «Para sus pobres», dije. Y añadí, a causa de la oscuridad: «Un florín para sus pobres». «Está lejos», dijo. «Dios le acompañará», dije. Reflexionó. No le faltaban motivos. «Sobre todo nada de comida —dije—, no, no debo comer nada». Vaya con el viejo Moran, astuto como una

serpiente. Naturalmente hubiera preferido adoptar el estilo rudo, pero no me atrevía a correr el riesgo. Finalmente se alejó diciéndome que le esperara. No sé qué intenciones tendría. Cuando me pareció que estaba lo bastante lejos cerré el paraguas y me marché en dirección opuesta, perpendicular a la que debía seguir, bajo la lluvia torrencial. Así gasté un florín.

Ahora podré concluir.

Caminé rodeando el cementerio. Era de noche. Quizá las doce. El callejón ascendía y yo avanzaba trabajosamente. Un vientecillo alejaba las nubes a través del cielo débilmente iluminado. Está bien eso de tener una concesión a perpetuidad. Está muy bien. Si no hubiese más perpetuidad que aquella. Llegué al postigo. Estaba cerrado con llave. Perfectamente. Pero no pude abrirlo. La llave entraba en la cerradura, pero no giraba. ¿A causa del largo tiempo que llevaba sin usarse? ¿O tal vez habían cambiado la cerradura? Lo derribé. Retrocedí hasta el otro lado de la callejuela y me arrojé contra el postigo. Había vuelto a mi casa, como Yudi me había ordenado. Me levanté finalmente. ¿Qué olía tan bien? ¿Las lilas? Quizá las primulas. Fui a mirar mis colmenas. Seguían allí, como temía. Levanté la tapa de una de ellas y la dejé en el suelo. Era como un pequeño tejado, con remate agudo y bruscos aleros. Introduje la mano en la colmena, la pasé a través de las alzas vacías, la paseé por el fondo. En un rincón tropezó con una bola seca y porosa, que se pulverizó al contacto de mis manos. Las abejas se habían arracimado para conseguir un poco más de calor, para intentar dormir. Cogí un puñado de ellas. Como estaba demasiado oscuro para verlo, me lo guardé en el bolsillo. No pesaba nada. Las habían dejado fuera todo el invierno, les habían quitado la miel, no les habían dado azúcar. Sí, ahora puedo terminar. No fui al gallinero. Sabía que mis gallinas también habrían muerto. Solo que las habían matado de otra manera, salvo la gris, quizá. Había abandonado mis abejas, mis gallinas. Me dirigí hacia la casa. Estaba sumida en la oscuridad. La puerta estaba cerrada con la llave. La derribé. Quizá hubiera podido abrirla con una de mis llaves. Accioné el conmutador. No se encendió la luz. Pasé a la cocina, al cuarto de Marthe. No había nadie. Pero acabemos de una vez. La casa estaba abandonada. La compañía había cortado la electricidad. Quisieron volver a dármele. Pero yo no quise. Fijaos cómo he cambiado. Volví al jardín. Al día siguiente examiné el puñado de abejas que había cogido. Un polvillo de alas y de anillos. Encontré correspondencia, en el buzón que estaba al pie de la escalera. Una carta de Savory. Mi hijo seguía bien. Naturalmente. No hablemos más de él. Volvió. Duerme. Una carta de Yudi, escrita en tercera persona, pidiéndome un informe. Vaya si se lo haré. Vuelve a ser verano. Se ha cumplido ya un año desde mi salida. Me voy. Un día recibí la visita de Gaber. Quería el informe. Vaya, y yo que creía que todo eso había acabado, los encuentros, las conversaciones. «Vuelva otro día», dije. Un día recibí la visita del padre Ambroise. «¿Será posible?», dijo al verme. Creo que a su modo me tenía verdadero

afecto. Le dije que no contara más conmigo. Se engolfó en un discurso. Tenía razón. Quién no tiene razón. Le dejé. Me voy. Quizá encuentre a Molloy. Mi rodilla no mejora. Tampoco empeora. Ahora llevo muletas. Esta vez seré más rápido. Vendrán buenos tiempos. Aprenderé. Ya he vendido lo que tenía por vender. Pero tenía muchas deudas. No soportaré más ser un hombre, ya no lo intentaré. Esta lámpara ya no la vuelvo a encender. La apagaré de un soplo y me iré al jardín. Pienso en los largos días de mayo, de junio que pasé en el jardín. Un día hablé con Hanna. Me dio noticias de Zulu, de las hermanas Elsner. Sabía quién era yo y no me temía. Nunca salía, no le gustaba salir. Me hablaba desde su ventana. Las noticias eran malas, pero no del todo. También había cosas buenas. Eran días hermosos. El invierno había sido excepcionalmente riguroso, todo el mundo lo decía. De modo que teníamos derecho a aquel magnífico verano. No sé si teníamos derecho. No habían matado a mis pájaros. Eran pájaros salvajes. Y sin embargo bastante confiados. Yo los reconocía y ellos parecían reconocermé. Aunque nunca se sabe. Faltaban algunos y había otros nuevos. Intentaba comprender mejor su lenguaje. Sin recurrir al mío. Eran los días más largos y más hermosos del año. Yo vivía en el jardín. Ya he hablado de una voz que me decía esto y lo otro. En aquella época comenzaba a actuar de acuerdo con ella, a comprender sus deseos. No se servía de las palabras que habían enseñado al pequeño Moran, quien a su vez las había enseñado a su pequeño. De modo que al principio no sabía lo que quería la voz, pero he terminado por comprender su lenguaje. Lo he comprendido, lo comprendo, quizá erróneamente. No es este el problema. La voz es quien me dijo que hiciese el informe. ¿Es decir, que ahora soy más libre? No lo sé. Ya aprenderé. Entonces entré en casa y escribí, es medianoche. La lluvia azota los cristales. No era medianoche. No llovía.



SAMUEL BARCLAY BECKETT (Dublín, 1906 – París, 1989). Fue un dramaturgo, novelista, crítico y poeta irlandés, uno de los más importantes representantes del experimentalismo literario del siglo xx, dentro del modernismo anglosajón. Fue igualmente figura clave del llamado teatro del absurdo y, como tal, uno de los escritores más influyentes de su tiempo. Escribió sus libros en inglés y francés, y fue asistente y discípulo del novelista James Joyce. Su obra más conocida es el drama *Esperando a Godot*.

Fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura en 1969 «por su escritura, que, renovando las formas de la novela y el drama, adquiere su grandeza a partir de la indigencia moral del hombre moderno». En 1961 había recibido asimismo el «Premio Formentor» otorgado por el Congreso Internacional de Editores, junto a Jorge Luis Borges.